

# **El Misterio del Cuarto Amarillo**

**Gaston Leroux**

## 1. DONDE SE EMPIEZA A NO ENTENDER NADA

No sin cierta emoción, comienzo a relatar aquí las extraordinarias aventuras de Joseph Rouletabille. Hasta hoy, este se había negado tan firmemente a ello que yo había perdido toda esperanza de publicar alguna vez la historia policial más curiosa de los últimos quince años. Supongo que el público nunca habría conocido "toda la verdad" sobre el prodigioso caso llamado del "cuarto amarillo" –que generó tantos dramas misteriosos, crueles y sensacionales, y en el que mi amigo estuvo tan íntimamente comprometido– si, con motivo de la reciente nominación del ilustre Stangerson para el grado de la Gran Cruz de la Legión de Honor, un periódico vespertino, en un artículo lamentable por su ignorancia o por su audaz perfidia, no hubiera resucitado una terrible aventura que Joseph Rouletabille, según me decía, hubiera deseado que se olvidara para siempre.

¡El "cuarto amarillo"! ¿Quién podía acordarse de ese caso que hizo correr tanta tinta hace unos quince años? ¿Se suele olvidar tan rápido en París! ¿Acaso no hemos olvidado hasta el nombre del proceso de Nayves y la trágica historia de la muerte del pequeño Menaldo? Y, sin embargo, en esa época, la opinión pública estaba tan interesada por los debates que originó el caso, que una crisis ministerial que estalló en aquel momento pasó completamente inadvertida. Ahora bien, el proceso del "cuarto amarillo", que precedió unos cuantos años al caso de Nayves, tuvo aún más resonancia. Durante meses, el mundo entero intentó resolver aquel oscuro problema... El más oscuro, hasta donde sé, que jamás haya desafiado la perspicacia de nuestra policía o se haya presentado nunca a la conciencia de nuestros jueces. Todos buscaban la solución de ese problema perturbador. Fue como un dramático jeroglífico que se empeñaban por descifrar la vieja Europa y la joven América. La verdad – me está permitido decirlo porque no hay en todo esto amor propio de autor y no hago más que transcribir hechos sobre los cuales una documentación excepcional me permite aportar una nueva luz–, la verdad es que no creo que en el campo de la realidad o de la imaginación, ni siquiera en el autor de "Los crímenes de la calle Morgue", ni en las invenciones de los seguidores de Edgar Poe ni en los truculentos casos de Conan Doyle se pueda encontrar algo comparable, en lo que al misterio se refiere, con el completamente natural misterio del "cuarto amarillo".

Lo que nadie había podido dilucidar, el joven Joseph Rouletabille, de dieciocho años de edad, por entonces modesto reportero de un diario importante, lo descubrió. Pero cuando reveló ante los Tribunales la clave del caso, no dijo toda la verdad. Sólo dejó entrever lo necesario para explicar lo inexplicable y para impedir que se condenara a un inocente. Las razones que

tenía para callar hoy han desaparecido. Más aún, mi amigo tiene que hablar. Van a saberlo todo; por eso, sin más preámbulos, voy a exponer ante ustedes el problema del "cuarto amarillo", tal como se planteó ante los ojos del mundo entero, al día siguiente del drama del castillo de Glandier.

El 25 de octubre de 1892, la siguiente nota de última hora aparecía en Le Temps:

"Un crimen espantoso se acaba de cometer en el castillo de Glandier, en el linde del bosque de Santa Genoveva, al norte de Épinay-sur-Orge, en casa del profesor Stangerson. Anoche, mientras el profesor trabajaba en su laboratorio, intentaron asesinar a la señorita Stangerson, que descansaba en una habitación contigua a dicho laboratorio. Los médicos no responden por la vida de la señorita Stangerson."

Pueden imaginarse la turbación que se apoderó de París. Ya, en aquella época, el mundo científico estaba muy interesado en los trabajos del profesor Stangerson y de su hija. Estos trabajos, los primeros que se realizaron sobre la radiografía, habrían de conducir, más tarde, a los esposos Curie al descubrimiento del radio. Por otra parte, se estaba a la espera de un informe sensacional que el profesor Stangerson iba a leer, en la Academia de Ciencias, sobre su nueva teoría, La disociación de la materia, teoría destinada a socavar los cimientos de toda la ciencia oficial, que se basa, desde hace mucho tiempo, en el principio de que nada se pierde y nada se crea.

Al día siguiente, los diarios matutinos sólo hablaban de este drama. Le Matine, entre otros, publicaba un artículo, titulado "Un crimen sobrenatural". Así escribe el anónimo redactor de Le Matin:

"Estos son los únicos detalles que hemos podido obtener sobre el crimen del castillo de Glandier. El estado de desesperación en el que se encuentra el profesor Stangerson y, la imposibilidad de recoger alguna información de boca de la víctima han hecho tan difíciles nuestras investigaciones y las de la justicia que, por el momento, no es posible tener la menor idea de lo que ocurrió en el "cuarto amarillo", donde fue encontrada la señorita Stangerson, en ropa de dormir y agonizando en el suelo. Por lo menos, pudimos entrevistar al tío Jacques –como lo llaman en el lugar– un viejo criado de la familia Stangerson. El tío Jacques entró en el "cuarto amarillo" al mismo tiempo que el profesor. El cuarto está al lado del laboratorio. Este último y el "cuarto amarillo" se encuentran en un pabellón, en el fondo del parque, a trescientos metros, aproximadamente, del castillo.

–Eran las doce y media de la noche –nos contó el buen hombre– y yo me encontraba en el laboratorio, en donde el señor Stangerson seguía trabajando, cuando el hecho tuvo lugar. Ya había ordenado y limpiado todos los instrumentos, y esperaba que el señor Stangerson se retirara para ir a

acostarme. La señorita Mathilde había trabajado con su padre hasta la medianoche; cuando sonaron las doce en el reloj de cuco del laboratorio, se levantó, besó al señor Stangerson y le deseó buenas noches. Me dijo: "¡Buenas noches, tío Jacques!", y abrió la puerta del "cuarto amarillo". Cuando oímos que la cerraba con llave y echaba el cerrojo, no pude evitar sonreír y decirle al señor: "Ya está la señorita encerrándose con siete llaves. ¡No hay duda de que le teme al Animalito de Dios!". El señor ni siquiera me oyó, por lo absorto que estaba. Pero un maullido abominable me respondió desde afuera y reconocí precisamente el grito del Animalito de Dios... Daba escalofríos... "¿Tampoco esta noche nos dejará dormir?", pensaba. Porque debo decirle, señor, que, hasta fines de octubre, me alojo en el desván del pabellón que está sobre el "cuarto amarillo", con el único fin de que la señorita no se quede sola toda la noche en el fondo del parque. Fue una idea de la señorita pasar los meses de calor en el pabellón; sin duda le parece más alegre que el castillo y, en los cuatro años que lleva construido, nunca deja de instalarse en él desde la primavera. Cuando llega el invierno, la señorita regresa al castillo, porque en el "cuarto amarillo" no hay chimenea.

Así pues, el señor Stangerson y yo nos habíamos quedado en el pabellón. No hacíamos ruido alguno. Él estaba en su escritorio. Y yo, sentado en una silla porque había terminado mis tareas, lo miraba y me decía: "¡Qué hombre! ¡Qué inteligencia! ¡Qué sabiduría!". Destaco el hecho de que no estábamos haciendo ruido puesto que, por esa razón, el asesino debió de creer que nos habíamos marchado. Y de pronto, mientras el cucú daba las doce y media, un alarido desesperado salió del "cuarto amarillo". Era la voz de la señorita Stangerson que gritaba: "¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Socorro!". Enseguida resonaron unos disparos de revólver y se oyó un estruendo de mesas, de muebles arrojados al suelo, como en una pelea, y una vez más la voz de la señorita que gritaba: "¡Al asesino!... ¡Socorro!... ¡Papá! ¡Papá!".

Se puede imaginar que el señor Stangerson y yo nos lanzamos de un salto sobre la puerta. Pero, ¡ay!, estaba cerrada, y muy bien cerrada, por dentro por la señorita, que se había tomado el trabajo, como ya le he dicho, de echar la llave y el cerrojo. Tratamos de derribarla, pero era muy sólida. El señor Stangerson estaba como loco, y ciertamente tenía razones para estarlo, porque oíamos a la señorita que gemía: "¡Socorro!... ¡Socorro!... "Y el señor Stangerson daba golpes terribles sobre la puerta, bramando de rabia, y sollozando por la desesperación y la impotencia.

Entonces tuve una idea. "El asesino se debe haber metido por la ventana", exclamé. "¡Voy a la ventana!". Y salí del pabellón corriendo como un desquiciado.

Pero, por desgracia, la ventana del "cuarto amarillo" da al campo, de tal modo que la tapia del parque que se prolonga hasta el pabellón no me permitía

llegar enseguida a esa ventana. Para lograrlo, primero había que salir del parque. Corrí hacia la reja y, en el camino, me encontré con Bernier y su mujer, los caseros, que acudían alarmados por los disparos y por nuestros gritos. En dos palabras los puse al tanto de la situación; le dije al portero que fuera a reunirse enseguida con el señor Stangerson y le ordené a su mujer que viniera conmigo para abrir la reja del parque. Cinco minutos después, la portera y yo estábamos delante de la ventana del "cuarto amarillo". Había un hermoso claro de luna y pude comprobar que nadie había tocado la ventana. No sólo los barrotes estaban intactos, sino también estaban cerrados los postigos detrás de los barrotes, como yo mismo los había dejado la víspera, al igual que todas las noches –aunque la señorita, como sabía que yo estaba muy cansado y sobrecargado de tareas, me había dicho que no me molestara en hacerlo, que los cerraría ella misma–; y habían quedado tal como yo los dejé, sujetos por dentro con un pestillo de hierro. Por lo tanto, ni el asesino había pasado por ahí ni podía escapar por ahí; ¡pero yo tampoco podía entrar por ahí!

¡Qué desgracia! Por mucho menos uno podría perder la cabeza. La puerta de la habitación cerrada con llave por dentro, los postigos de la única ventana, también cerrados por dentro y, por encima de los postigos, los barrotes intactos, barrotes por los que ni siquiera se podía pasar un brazo... ¡Y la señorita que pedía socorro!... O, mejor dicho, no, ya no la oíamos... Tal vez estaba muerta... Pero yo seguía oyendo al señor que intentaba derribar la puerta, en el fondo del pabellón...

La portera y yo nos echamos a correr de nuevo, y regresamos al pabellón. La puerta seguía en pie, a pesar de los terribles golpes del señor Stangerson y de Bernier. Finalmente, cedió bajo nuestros furiosos esfuerzos y, entonces, ¿qué fue lo que vimos? Hay que aclarar que, detrás de nosotros, la portera sostenía la lámpara del laboratorio, una lámpara potente que iluminaba toda la habitación.

También debo decirle, señor, que el "cuarto amarillo" es muy pequeño. La señorita lo había amueblado con una cama de hierro bastante ancha, una mesa pequeña, una mesita de luz, un tocador y dos sillas. Por eso, a la luz de la gran lámpara que sostenía la portera, vimos todo de una primera ojeada. La señorita, en camión, yacía sobre el piso, en medio de un desorden increíble. Mesas y sillas caídas indicaban que allí había habido una gran pelea. Seguramente habían sacado a la señorita de su cama; ella estaba llena de sangre, tenía terribles arañazos en el cuello –las uñas habían arrancado prácticamente toda la carne del cuello– y un agujero en la sien derecha desde donde manaba un hilo de sangre que había formado un pequeño charco en el suelo. Cuando el señor Stangerson vio a su hija en semejante estado, se precipitó sobre ella lanzando tal grito de desesperación que daba pena oírlo.

Comprobó que la desdichada todavía respiraba y sólo se ocupó de ella. Nosotros buscamos al asesino, al miserable que había querido matar a nuestra ama, y le juro, señor, que, si lo hubiéramos encontrado, le habríamos hecho pasar un mal rato. Pero ¿cómo se explica que no estuviera allí, que ya se hubiera ido?... Eso sobrepasa todo lo imaginable. Nadie debajo de la cama, nadie detrás de los muebles, ¡nadie! Sólo encontramos sus huellas; las marcas ensangrentadas de una ancha mano de hombre sobre las paredes y la puerta, un gran pañuelo rojo de sangre, sin ninguna inicial, una vieja boina y la marca fresca de muchos pasos de hombre en el suelo. El hombre que había caminado por allí tenía pies enormes y las suelas dejaban una especie de hollín negruzco. ¿Por dónde había entrado ese hombre? ¿Por dónde había desaparecido? No se olvide, señor, de que no hay chimenea en el "cuarto amarillo". No se pudo haber escapado por la puerta, porque es muy estrecha, y por ella entró la portera con su lámpara, mientras que el portero y yo buscábamos al asesino en esa reducida habitación cuadrada en la que es imposible esconderse y donde, por otra parte, no encontramos a nadie. Nadie podría haber huido por la ventana cerrada, con los postigos echados y los barrotes intactos. ¿Entonces? Entonces... empecé a creer en el diablo.

Pero he aquí que descubrimos mi revólver en el suelo. Sí, mi propio revólver... ¡Eso me hizo volver a la realidad! El diablo no habría necesitado mi revólver para matar a la señorita. El hombre que había entrado allí primero había subido al desván, había tomado mi revólver del cajón y lo había utilizado para sus malvados designios. Y, luego de examinar los cartuchos, comprobamos que el asesino había hecho dos disparos. De todos modos, señor, tuve suerte, a pesar de la desgracia, de que el señor Stangerson estuviera en su laboratorio cuando ocurrió el hecho y que hubiera comprobado con sus propios ojos que yo también estaba allí, porque con esa historia del revólver, no sé qué habría pasado; yo, seguramente, ya estaría en la cárcel. ¡La justicia no precisa mucho más para llevar a un hombre al cadalso!"

El redactor de Le Matin terminaba la entrevista con las siguientes líneas:

Hemos dejado que el tío Jacques nos contara someramente, sin interrumpirlo, lo que sabe del crimen del "cuarto amarillo". Incluso hemos reproducido las mismas palabras que usó; solamente hemos ahorrado al lector los continuos lamentos con que salpicaba su relato. ¡Nos quedó claro, tío Jacques! ¡Nos quedó claro que quiere usted mucho a sus amos! Necesita que lo sepamos, y usted no deja de repetirlo, sobre todo después de que descubrieron el revólver. ¡Está en todo su derecho y no vemos ningún inconveniente en ello! Nos habría gustado hacerle más preguntas al tío Jacques –Jacques Louis Moustier– pero precisamente en ese momento vinieron a buscarlo de parte del juez de instrucción, que proseguía su investigación en el salón del castillo. Nos resultó imposible penetrar en el

Glandier; y, en cuanto al robledal, está vigilado en un amplio perímetro por unos policías, que velan celosamente por preservar todas las huellas que pueden conducir al pabellón y, quizás, a descubrir al asesino.

También hubiéramos querido interrogar a los caseros, pero no los pudimos ver. Por fin, esperamos en una posada, no muy lejos de la reja del castillo, a que saliera el señor de Marquet, el juez de instrucción de Corbeil. A las cinco y media, lo vimos con su secretario. Antes de que subiera a su coche, pudimos hacerle la siguiente pregunta:

–Señor de Marquet, ¿puede darnos alguna información sobre este caso, sin que ello perjudique su instrucción?

–Nos resulta imposible –nos respondió el señor de Marquet. Además, es el caso más extraño que jamás haya visto. ¡Cuanto más creemos saber sobre algo, menos sabemos!

Le pedimos al señor de Marquet que se dignara explicarnos estas últimas palabras. Y lo que nos dijo, cuya importancia no puede escapársele a nadie, fue lo siguiente:

–Si nada se agrega a las comprobaciones materiales realizadas hoy por la Justicia, mucho me temo que el misterio que rodea al abominable atentado del que fue víctima la señorita Stangerson está lejos de esclarecerse; aunque es de esperar, en nombre de la razón humana, que los sondeos de las paredes, el techo y el piso del "cuarto amarillo", sondeos que iniciaré mañana mismo con el contratista que construyó el pabellón hace cuatro años, nos darán la prueba de que nunca hay que perder la esperanza en la lógica de las cosas. Porque el problema está ahí: sabemos por dónde se introdujo el asesino –entró por la puerta y se escondió bajo la cama mientras esperaba a la señorita Stangerson–; pero ¿por dónde salió? ¿Cómo pudo escaparse? Si no encontramos trampa, ni puerta secreta, ni reducto o abertura de algún tipo, si el examen de las paredes e, incluso, su demolición –porque estoy decidido, y el señor Stangerson también lo está, a llegar hasta la demolición del pabellón– no revelan un pasadizo que sea transitable, no sólo para un ser humano, sino incluso para cualquier otro ser, si el cielo raso no está agujereado, si el piso no oculta un sitio subterráneo..., ¡habrá que creer en el diablo, como dice el tío Jacques!

Y el redactor anónimo destaca en este artículo –que elegí por ser el más interesante de todos los que se publicaron aquel día sobre el mismo caso–, que el juez de instrucción pareció poner cierta intención en esta última frase: “¡Habrá que creer en el diablo, como dice el tío Jacques!”.

El artículo concluye con estas líneas:

Hemos querido saber lo que el tío Jacques entendía por "el grito del Animalito de Dios". El propietario de la Posada del Torreón nos explicó que

así llaman al grito particularmente siniestro que lanza, a veces, por la noche, el gato de una anciana, la tía "Agenoux" como la llaman en el lugar. La tía Agenoux es una especie de santa que vive en una cabaña, en el corazón del bosque, no lejos de la Gruta de Santa Genoveva.

El "cuarto amarillo", el Animalito de Dios, la tía Agenoux, el diablo, santa Genoveva, el tío Jacques: he aquí un crimen muy embrollado, que un golpe de piqueta en la pared desembrollará mañana; esperémoslo, por lo menos, en nombre de la razón humana, como dice el juez de instrucción. Entretanto, se cree que la señorita Stangerson, que no ha cesado de delirar y que sólo pronuncia claramente esta palabra: "¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!...", no pasará la noche...

Finalmente, a última hora, el mismo periódico anunciaba que el jefe de la Súreté había telegrafiado al famoso inspector Frédéric Larsan, que había sido enviado a Londres por un caso de títulos robados, para que regresara de inmediato a París.

## **2. DONDE APARECE POR PRIMERA VEZ JOSEPH ROULETABILLE**

Recuerdo, como si fuera ayer, la entrada del joven Rouletabille en mi habitación aquella mañana. Serían las ocho, y todavía estaba en la cama, leyendo el artículo de Le Matin referente al crimen del Glandier.

Pero, antes que nada, llegó el momento de que les presente a mi amigo.

Conocí a Rouletabille cuando él era un modesto reportero. En aquella época, yo debutaba como abogado y, a menudo, tenía ocasión de encontrarlo en los despachos de los jueces de instrucción, cuando yo iba a pedir un "pase" para Mazas o para Saint-Lazare. Tenía, como suele decirse, "un buen balero". Su cabeza era redonda como una bola de billar y, por eso, pensaba yo, sus compañeros de la prensa le habían puesto ese apodo, destinado a hacerse famoso: "¡Rouletabille!", "¿Has visto a Rouletabille?", "¡Ahí está ese `dichoso' Rouletabille!". En general, estaba colorado como un tomate, a veces alegre como unas castañuelas, otras serio como un papa. ¿Cómo, siendo tan joven – cuando lo vi por primera vez, tenía dieciséis años y medio –, ya se ganaba la vida en la prensa? Esto es lo que uno habría podido preguntarse si no fuera porque todos los que se le acercaban estaban al tanto de sus comienzos. Cuando ocurrió el caso de la mujer descuartizada de la calle Oberkampf –otra historia caída en el olvido– le había llevado al redactor en jefe de L'Époque, diario que entonces rivalizaba en informaciones con Le Matin, el pie izquierdo que faltaba en el canasto en donde habían sido encontrados los tétricos



despojos. Durante ocho días, la policía había buscado en vano ese pie izquierdo, y el joven Rouletabille lo encontró en una alcantarilla donde a ninguno se le había ocurrido buscar. Para eso, tuvo que integrar un equipo de alcantarilleros ocasionales, que la administración de la ciudad de París había contratado a raíz de los daños causados por una excepcional crecida del Sena.

Cuando el redactor en jefe se encontró en posesión del preciado pie y comprendió las inteligentes deducciones que un niño había realizado para descubrirlo, se sintió dividido entre la admiración que le causaba tanta astucia policíaca en un cerebro de dieciséis años, y la alegría de poder exhibir, en la "vitrina de despojos mortales" del diario, el pie izquierdo de la calle Oberkampf.

–Con este pie –exclamó–, haré un artículo de primera plana.

Luego, después de confiar el siniestro paquete al médico forense afectado a la redacción de L'Époque, le preguntó a quien pronto sería Rouletabille cuánto quería ganar por formar parte, en calidad de gacetillero, de la sección de información general.

–Doscientos francos por mes –respondió modestamente el muchacho, sorprendido hasta la sofocación ante semejante propuesta.

–Recibirá doscientos cincuenta –prosiguió el redactor en jefe–, pero tendrá que declarar a todo el mundo que forma parte del diario desde hace un mes. Que quede claro que no fue usted quien descubrió el pie izquierdo de la calle Oberkampf, sino el diario L'Époque. ¡Aquí, mi amigo, el individuo no es nada; el diario es todo!

Luego de lo cual, le pidió al nuevo redactor que se retirara. En el umbral de la puerta, lo detuvo para preguntarle el nombre. El joven respondió:

–Joseph Joséphin.

–Eso no es un nombre –exclamó el redactor en jefe–, pero como usted no firma, no tiene importancia...

El Imberbe redactor hizo, de inmediato, muchos amigos, porque era servicial y estaba dotado de un buen humor que encantaba a los más gruñones y desarmaba a los más envidiosos. En el café del Colegio de Abogados, donde los reporteros de policiales se reunían antes de subir a la Fiscalía o a la Prefectura para buscar su crimen cotidiano, comenzó a tener fama de listo, la que pronto le abrió las puertas de la oficina del jefe de la Sûreté. Cuando un caso valía la pena y Rouletabille –ya le habían puesto su sobrenombre– había sido lanzado al campo de batalla por su redactor en jefe, a menudo les ganaba la partida a los inspectores más renombrados.

En ese mismo café del Colegio de Abogados pude conocerlo mejor. Los

abogados penalistas y los periodistas no son enemigos, porque unos necesitan publicidad y otros información. Conversamos y enseguida sentí una gran simpatía por ese valiente jovencito que era Rouletabille. ¡Tenía una inteligencia tan lúcida y original! Y poseía una calidad de pensamiento que nunca encontré en otro.

Poco tiempo después, me encomendaron la crónica judicial en Le Cri du Boulevard. Mi entrada en el periodismo no podía sino estrechar los lazos de amistad que ya se habían trabado entre Rouletabille y yo. Finalmente, como mi nuevo amigo había tenido la idea de crear un breve correo de lectores judicial que le hacían firmar con el seudónimo Business en su diario L'Époque, llegué incluso a darle, frecuentemente, las informaciones legales que necesitaba.

Casi dos años pasaron así, y cuanto más lo conocía, más lo quería, porque, bajo su apariencia de alegre extravagancia, había descubierto que era extraordinariamente serio para su edad. En fin, varias veces, yo, que estaba acostumbrado a verlo muy contento, y a menudo demasiado contento, lo encontraba sumido en una profunda tristeza. Quise preguntarle acerca de la causa de este cambio de humor, pero cada vez que lo intentaba comenzaba a reír y no contestaba nada. Un día, cuando le pregunté sobre sus padres, de los que nunca hablaba, se alejó, haciendo de cuenta que no me había oído.

En ese momento, estalló el famoso caso del "cuarto amarillo", que no sólo lo clasificaría como el primero de los reporteros, sino que lo convertiría en el primer policía del mundo, una doble cualidad que no debe sorprendernos encontrar en una misma persona, dado que la prensa cotidiana ya empezaba a transformarse y a convertirse en lo que es más o menos en la actualidad: la gaceta del crimen. Algunos espíritus taciturnos podrán lamentarse; yo estimo que hay que felicitarlos. Nunca habrá suficientes armas, públicas o privadas, contra el criminal. A lo cual, esos espíritus taciturnos replicarán que, a fuerza de hablar de esos crímenes, la prensa acaba por inspirarlos. Pero con alguna gente nunca se puede tener razón, ¿no es cierto?

Pues bien, Rouletabille se encontraba en mi habitación aquella mañana del 26 de octubre de 1892. Estaba más colorado que de costumbre; los ojos se le salían de las órbitas, como se suele decir, y parecía presa de una gran exaltación. Agitaba Le Matin con una mano febril. Me gritó:

–Y bien, mi querido Sainclair... ¿Lo leyó?...

–¿El crimen del Glandier?

–Sí. ¡El "cuarto amarillo"! ¿Qué le parece?

–Vaya, pienso que es el diablo o el Animalito de Dios el que cometió el crimen.

–Hablo en serio.

–Bueno, le diré que no creo demasiado en los asesinos que huyen atravesando las paredes. Para mí, el tío Jacques se equivocó al dejar el arma del crimen tras de sí y, como vive arriba de la habitación de la señorita Stangerson, la operación arquitectónica a la que el juez de instrucción va a dedicarse hoy nos dará la clave del enigma, y no tardaremos en saber por qué trampilla natural, o por qué puerta secreta, el buen hombre pudo deslizarse para regresar inmediatamente al laboratorio, junto al señor Stangerson, que no se habría percatado de nada. ¿Qué puedo decirle? ¡Es una hipótesis!...

Rouletabille se sentó en un sillón, encendió su pipa, de la que nunca se separaba, fumó unos instantes en silencio –sin duda el tiempo necesario para calmar esa fiebre que, visiblemente, lo dominaba– y, después, me habló con desprecio:

–¡Jovencito! – me dijo, con un tono cuya lamentable ironía no intentaré reproducir. Jovencito... Usted es abogado, y no dudo de su talento para hacer absolver a los culpables; pero, si algún día llega a ser juez de instrucción, ¡qué fácil le resultará hacer condenar a los inocentes!... Realmente tiene muchas cualidades, jovencito.

Luego de decir estas palabras, fumó enérgicamente y continuó:

–No encontrarán ninguna trampilla y el misterio del "cuarto amarillo" se volverá cada vez más misterioso. Por eso mismo me interesa. El juez de instrucción tiene razón: nunca se ha visto un crimen más extraño que este...

–¿Tiene alguna idea del camino que el asesino pudo haber tomado para escapar? – le pregunté.

–Ninguna –me respondió Rouletabille–, ninguna por el momento... Pero ya tengo mi propia idea sobre el revólver, por ejemplo... El asesino no usó el revólver...

–¿Y quién lo utilizó? ¡Por Dios!

–Y quién va a ser... la señorita Stangerson...

–¡Ahora no entiendo nada! – exclamé. Aunque, en realidad, nunca lo he entendido...

Rouletabille se encogió de hombros:

–¿No hay nada que le haya llamado la atención en el artículo de Le Matin?

–La verdad que no... Todo lo que dice me pareció igualmente extraño...

–Está bien, pero... ¿Y la puerta cerrada con llave? – Es lo único natural del relato...

–¡Es verdad!... ¿Y el cerrojo?...

–¿El cerrojo?

–El cerrojo echado por dentro... ¡Cuántas precauciones tomó la señorita Stangerson...! Yo creo que la señorita Stangerson sabía que tenía motivos para temerle a alguien; había tomado sus precauciones; incluso se había apoderado del revólver del tío Jacques, sin avisarle. Seguramente, no quería asustar a nadie; sobre todo, no quería asustar a su padre... Lo que la señorita Stangerson temía ocurrió... y se defendió. Hubo una pelea, y utilizó hábilmente su revólver para herir al asesino en la mano –así se explica la huella de la ancha mano de hombre ensangrentada en la pared y en la puerta, de ese hombre que buscaba casi a tientas una salida para huir–, pero no disparó con suficiente rapidez como para escapar del golpe terrible que iba a recibir en la sien derecha.

–¿Entonces no fue el revólver el que hirió a la señorita Stangerson en la sien?

–El diario no lo dice y yo, por mi parte, no lo creo así, porque me parece lógico que el revólver haya sido usado por la señorita Stangerson contra el asesino. Ahora bien, ¿cuál era el arma del asesino? Ese golpe en la sien parecería probar que el asesino quiso matar a la señorita Stangerson, después de intentar en vano estrangularla... El asesino debía saber que el desván estaba habitado por el tío Jacques, y pienso que es una de las razones por las que quiso actuar con un arma silenciosa, tal vez una cachiporra o un martillo...

–¡Todo eso no nos explica cómo salió nuestro asesino del "cuarto amarillo"! – repuse.

–Por supuesto –respondió Rouletabille levantándose–; y, como hay que explicarlo, voy al castillo de Glandier, y vine a buscarlo para que me acompañe...

–¡Yo!

–Sí, mi querido amigo, lo necesito. L'Époque me encomendó definitivamente este caso, y tengo que aclararlo lo antes posible.

–Pero, ¿en qué puedo ayudarlo?

–Roben Darzac está en el castillo de Glandier.

–Es cierto... ¡Y debe de estar desesperado!

–Tengo que hablar con él...

Rouletabille pronunció esta frase con un tono que me sorprendió:

–¿Acaso ve algo interesante por ese lado?... –le pregunté.

–Sí.

Y no quiso decir nada más. Pasó a mi salón rogándome que me arreglara de prisa.

Yo conocía a Robert Darzac por haberle hecho un gran favor judicial en un proceso civil, cuando era secretario del letrado Barbet Delatour. Robert Darzac, que en aquella época tenía unos cuarenta años, era profesor de Física en la Sorbona. Estaba íntimamente relacionado con los Stangerson, porque, luego de siete años de cortejarla asiduamente, finalmente estaba a punto de casarse con la señorita Stangerson, una mujer de cierta edad (tendría unos treinta y cinco años) pero todavía muy hermosa.

Mientras me vestía, le grité a Rouletabille, que comenzaba a impacientarse en mi salón:

–¿Tiene alguna idea sobre la condición del asesino?

–Sí –respondió. Lo imagino, si no hombre de mundo, por lo menos de una clase bastante alta... Todavía no es más que una impresión...

–¿Y qué le hace tener esa impresión?

–Pues bien –replicó el muchacho–, la boina mugrienta, el pañuelo vulgar y las huellas de los zapatos toscos en el suelo...

–Comprendo. –exclamé. – ¡No se dejan tantas huellas tras de sí, cuando son la expresión de la verdad!

–¡Algo lograremos de usted, mi querido Sainclair! – concluyó Rouletabille.

### **3. "UN HOMBRE PASÓ COMO UNA SOMBRA A TRAVÉS DE LOS POSTIGOS"**

Media hora después, Rouletabille y yo estábamos en el andén de la estación de Orleans, esperando que saliera el tren que nos dejaría en Épinay-sur-Orge. Vimos llegar a las autoridades judiciales de Corbeil, representadas por el señor de Marquet y su secretario. El señor de Marquet había pasado la noche en París –con su secretario– para asistir, en la Scala, al ensayo general de una revista de la que era el autor encubierto, y que había firmado simplemente como Castigat Ridendo.

El señor de Marquet empezaba a envejecer noblemente. Era un hombre cortés y galante, y la única pasión de su vida había sido el arte dramático. En su carrera de magistrado, sólo se había interesado realmente por los casos que podían procurarle por lo menos el tema de un acto. Aunque con los

importantes contactos que tenía pudo haber aspirado a los más altos puestos judiciales, en realidad sólo había trabajado para "llegar" al romántico Porte–Saint–Martin o al pensativo Odéon. Tal ideal lo había conducido, ya mayor, a ser juez de instrucción en Corbeil, y a firmar Castigat Ridendo una breve pieza picante en la Scala.

El caso del "cuarto amarillo", por sus rasgos inexplicables, debía seducir a un espíritu tan... literario. Le interesaba prodigiosamente, y el señor de Marquet se entregó a él menos como magistrado ávido de conocer la verdad que como aficionado a las comedias de enredos, que concentra toda su atención en la intriga, y que, sin embargo, a nada teme más que a llegar al final del último acto, donde todo se explica.

Así pues, cuando nos encontramos con ellos, oí cómo el señor de Marquet le decía a su secretario en un suspiro:

–¡Ojalá, mi querido señor Maleine, que este contratista no nos eche abajo, con su piqueta, un misterio tan hermoso!

–No se preocupe –respondió Maleine–; su piqueta quizás eche abajo el pabellón, pero dejará intacto nuestro caso. Examiné las paredes y estudié el cielo raso y el piso, y de esto entiendo bastante. A mí no me engañan. Podemos estar tranquilos. No descubriremos nada.

Luego de haber serenado así a su jefe, el señor Maleine nos señaló con un discreto movimiento de cabeza. El señor de Marquet frunció el ceño y, cuando vio acercarse a Rouletabille, quien ya se descubría, se precipitó hacia una de las puertas y subió al tren de un salto, diciéndole a media voz a su secretario:

–¡Sobre todo, nada de periodistas!

El señor Maleine replicó:

–¡Entendido!

Detuvo la carrera de Rouletabille y pretendió impedir que subiera al compartimiento del juez de instrucción.

–Perdonen, señores. Este compartimiento está reservado...

–Soy periodista, señor. Redactor de L'Époque –dijo mi joven amigo, y le prodigó una gran cantidad de saludos y cortesías–, y tengo que decirle unas palabras al señor de Marquet.

–El señor de Marquet está muy ocupado con su investigación...

–¡Oh! Créame, su investigación me es absolutamente indiferente... Yo no escribo sobre perros atropellados –declaró el joven Rouletabille, cuyo labio inferior expresaba en ese momento un infinito desprecio por la literatura de los "informadores generales". Soy cronista de espectáculos... y como esta noche

tengo que hacer una breve crítica sobre la revista de la Scala...

–Suba, señor, por favor... –dijo el secretario, apartándose.

Rouletabille ya estaba en el compartimiento. Lo seguí. Me senté a su lado; el secretario subió y cerró la puerta.

El señor de Marquet miraba a su secretario.

–¡Oh, señor! – comenzó Rouletabille. No culpe "a este buen hombre" si transgredí sus órdenes; no es con el señor de Marquet con quien quiero tener el honor de hablar, ¡sino con el señor Castigat Ridendo!... Como cronista de teatro de L'Époque, permítame felicitarlo...

Y Rouletabille, luego de presentarme, se presentó a su vez.

El señor de Marquet acariciaba su barba puntiaguda con un gesto inquieto. En pocas palabras le explicó a Rouletabille que era un autor demasiado modesto para desear que el velo de su seudónimo se corriera públicamente, y esperaba que el entusiasmo del periodista por la obra del dramaturgo no llegara a descubrir al público que el señor Castigat Ridendo no era otro sino el juez de instrucción de Corbeil.

–La obra del autor dramático podría perjudicar –añadió, con una ligera vacilación a la obra del magistrado... sobre todo en la provincia, donde todo es un poco rutinario...

–¡Oh! ¡Cuenta con mi discreción! – exclamó Rouletabille levantando las manos y poniendo al Cielo de testigo.

En ese momento, el tren arrancó...

–¡Ya salimos! – dijo el juez de instrucción, sorprendido de vernos hacer el viaje con él.

–Sí, señor, la verdad se pone en marcha... –dijo el reportero, sonriendo amablemente–, en marcha hacia el castillo de Glandier... ¡Bonito caso, señor de Marquet, bonito caso!...

–¡Oscuro caso! Increíble, insondable, inexplicable caso... Y sólo temo una cosa, señor Rouletabille... y es que los periodistas metan sus narices por querer explicarlo...

Mi amigo recibió la indirecta.

–Sí –dijo simplemente–, es de temer... Se meten en todo... En cuanto a mí, señor juez de instrucción, sólo le hablo porque la casualidad, la pura casualidad, me puso en su camino y casi en su compartimiento.

–¿Adónde va usted? – preguntó el señor de Marquet.

–Al castillo de Glandier –dijo Rouletabille sin vacilar. El señor de Marquet se sobresaltó.

–¡No podrá entrar, señor Rouletabille!...

–¿Usted me lo impedirá? erijo mi amigo, ya dispuesto a dar batalla.

–¡Claro que no! Aprecio demasiado a la prensa y a los periodistas para mostrarme desagradable en ningún caso, pero el señor Stangerson ha prohibido la entrada a todo el mundo. Y la puerta está bien custodiada. Ayer, ni un solo periodista pudo cruzar el vallado del Glandier.

–Tanto mejor –replicó Rouletabille–, llego a tiempo.

El señor de Marquet apretó los labios y pareció dispuesto a mantener un obstinado silencio. Sólo se distendió un poco cuando Rouletabille no quiso ocultarle por más tiempo que íbamos al Glandier para estrechar la mano "de un viejo amigo íntimo", ya que así se refirió a Robert Darzac, a quien, a lo sumo, había visto una vez en su vida.

–¡Pobre Robert! – continuó el joven reportero. ¡Pobre Robert! Es capaz de morir... Amaba tanto a la señorita Stangerson...

–Verdaderamente da pena ver el dolor del señor Darzac... –dejó escapar, como a su pesar, el señor de Marquet.

–Pero es de esperar que la señorita Stangerson se salve...

Ojalá... Su padre me decía ayer que, si llegara a sucumbir, él no tardaría mucho en reunirse con ella en la tumba... ¡Qué pérdida incalculable para la ciencia!

–La herida en la sien es grave, ¿no es cierto?...

¡Claro! Pero es una suerte increíble que no haya sido mortal... ¡Recibió un golpe tan fuerte!

–Entonces, no fue el revólver lo que hirió a la señorita Stangerson

–dijo Rouletabille, lanzándome una mirada triunfal.

El señor de Marquet parecía muy molesto.

–¡Yo no he dicho nada, no quiero decir nada y no diré nada! Y se volvió hacia su secretario como si ya no nos conociera.

Pero no era tan fácil deshacerse de Rouletabille. Este se acercó al juez de instrucción y, mostrándole un ejemplar de Le Matin que sacó de su bolsillo, le dijo:

–Hay una cosa, señor juez de instrucción, que puedo preguntarle sin ser indiscreto. ¿Leyó el relato de Le Matin? Es absurdo, ¿no es cierto?



–Para nada, señor...

–¡Cómo dice! El "cuarto amarillo" sólo tiene una ventana enrejada cuyos barrotes no fueron arrancados, y una puerta que han echado abajo... ¡Y no pueden encontrar al asesino!

–¡Así es, señor! ¡Así es!... ¡Así es como se plantea el interrogante!...

Rouletabille no dijo nada más y se perdió en pensamientos desconocidos... Así pasaron quince minutos.

Cuando volvió a la realidad, dirigiéndose de nuevo al juez de instrucción, dijo:

–¿Cómo estaba peinada la señorita Stangerson esa noche?

–No entiendo adónde quiere llegar –dijo el señor de Marquet.

–Es algo de gran importancia –replicó Rouletabille. Llevaba el pelo en bandós, ¿no es cierto? ¡Estoy seguro de que esa noche, la noche de la tragedia, llevaba el pelo en bandós!

–Pues bien, señor Rouletabille, se equivoca –respondió el juez de instrucción. Esa noche, la señorita Stangerson tenía todo el cabello recogido en un rodete en la cabeza... Debe de ser su peinado habitual... Con la frente completamente descubierta..., se lo puedo asegurar porque examinamos detenidamente la herida. No había sangre en el cabello... y nadie tocó su peinado desde el atentado.

–¿Está seguro? ¿Está seguro de que la señorita Stangerson, la noche del atentado, no tenía el pelo en bandós?...

–Completamente seguro –prosiguió el juez sonriendo–, porque, precisamente, todavía recuerdo al doctor diciéndome, mientras yo examinaba la herida: "Es una lástima que la señorita Stangerson tenga la costumbre de peinarse con el cabello recogido, dejando la frente golpe que recibió en la sien". Ahora bien, le diré que me parece extraño que le dé importancia...

–¡Oh! Si no tenía el pelo en bandós, ¿adónde vamos a parar? – se lamentó Rouletabille. ¿Adónde vamos a parar? Tendré que informarme al respecto. – E hizo un gesto de desolación.

–¿Y la herida en la sien es terrible? – volvió a preguntar.

–Terrible.

–Por último, ¿qué arma se usó?

–Eso, señor, es secreto de instrucción.

–¿Encontró el arma?

El juez de instrucción no respondió.

—¿Y la herida en la garganta?

En este punto, el juez de instrucción aceptó confiarnos que la herida en la garganta era tal que podían afirmar que, si el asesino hubiera apretado esa garganta unos segundos más, la señorita Stangerson habría muerto estrangulada.

—El caso, tal como lo refiere Le Matin —continuó Rouletabille, obstinado—, me parece cada vez más inexplicable. ¿Puede decirme, señor juez, cuántas aberturas, puertas y ventanas hay en el pabellón?

—Hay cinco —respondió el señor de Marquet, después de haber tosido dos o tres veces, pero sin poder resistir más el deseo que tenía de exponer todo el increíble misterio del caso que instruía. Hay cinco, contando la puerta del vestíbulo, que es la única de entrada del pabellón, una puerta que siempre está cerrada automáticamente y que, tanto desde adentro como desde afuera, sólo se puede abrir con un par de llaves especiales de las que el tío Jacques y el señor Stangerson nunca se separan. La señorita Stangerson no las necesita porque el tío Jacques vive en el pabellón y ella, durante el día, está siempre con su padre. Cuando los cuatro entraron precipitadamente en el "cuarto amarillo", cuya puerta habían conseguido derribar, la puerta de entrada del vestíbulo, por su parte, había permanecido cerrada como todos los días, y una de las dos llaves de esa puerta estaba en el bolsillo del señor Stangerson y la otra, en el del tío Jacques. En cuanto a las ventanas del pabellón, son cuatro: la única ventana del "cuarto amarillo", las dos ventanas del laboratorio y la ventana del vestíbulo. La ventana del "cuarto amarillo" y las del laboratorio dan al campo; sólo la ventana del vestíbulo da al parque.

—¡Por esa ventana salió del pabellón! —exclamó Rouletabille.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el señor de Marquet, clavando en mi amigo una extraña mirada.

—Ya veremos más tarde de qué modo se escapó el asesino del "cuarto amarillo" —replicó Rouletabille—, pero tuvo que salir del pabellón por la ventana del vestíbulo...

—Una vez más, ¿cómo lo sabe?

—¡Por Dios, es muy simple! Al no poder huir por la puerta del pabellón, tiene que salir por una ventana y, para que pase, tiene que haber por lo menos una ventana que no esté enrejada. La ventana del "cuarto amarillo" está enrejada porque da al campo; las dos ventanas del laboratorio deben de estarlo por la misma razón. Y dado que el asesino huyó, me imagino que encontró una ventana sin barrotes, y tiene que ser la del vestíbulo que da al parque, es decir,

al interior de la propiedad. ¡No es nada del otro mundo!...

—Sí—dijo el señor de Marquet—, pero lo que usted no podía adivinar era que esa ventana del vestíbulo, que es la única, en efecto, que no tiene barrotes, posee unos sólidos postigos de hierro. Ahora bien, esos postigos de hierro permanecieron cerrados por dentro con su pestillo de hierro, y sin embargo, tenemos pruebas de que el asesino, en efecto, huyó del pabellón por esa misma ventana. Rastros de sangre en la pared interior y en los postigos, y huellas de pasos en la tierra, pasos completamente similares a los que medí en el "cuarto amarillo", atestiguan que el asesino se escapó por ahí. Pero entonces, ¿cómo lo hizo, si los postigos permanecieron cerrados por dentro? Pasó como una sombra a través de los postigos. Y, finalmente, lo más desconcertante de todo es haber encontrado la huella del asesino, en el momento en que este huía del pabellón, cuando es imposible tener la menor idea del modo en que el asesino salió del "cuarto amarillo", ya que debió atravesar, forzosamente, el laboratorio para llegar al vestíbulo. ¡Ah, sí, señor Rouletabille! Este caso es alucinante... ¡Es un bonito caso, ya lo creo! Y llevará mucho tiempo encontrar su solución, ¡eso espero!...

—¿Qué es lo que espera, señor juez de instrucción?...

El señor de Marquet se rectificó:

—... No lo espero... Lo creo...

—¿Entonces cerraron la ventana, por dentro, después de que huyó el asesino? —preguntó Rouletabille.

—Seguramente, y eso me parece, por el momento, natural aunque inexplicable... Porque habría un cómplice o varios cómplices..., y no los veo...

Luego de un silencio, agregó:

—¡Ah! Si la señorita Stangerson se sintiera bien hoy para interrogarla...

Rouletabille, continuando con su razonamiento, preguntó:

—¿Y el desván? Tiene que haber una abertura en el desván.

—Sí, en efecto, no la había contado; así serían seis aberturas. Arriba hay una ventanita, más bien un tragaluz y, como da al exterior de la propiedad, el señor Stangerson también mandó poner barrotes. En ese tragaluz, como en las ventanas de la planta baja, los barrotes estaban intactos; y los postigos, que, como es lógico, se abren por dentro, permanecieron cerrados. Por lo demás, no descubrimos nada que pueda hacernos sospechar que el asesino haya pasado por el desván.

—¡Así que para usted, señor juez de instrucción, no caben dudas de que el asesino escapó, aunque no se sepa cómo, por la ventana del vestíbulo!

–Todo lo demuestra...

–Yo también lo creo –asintió gravemente Rouletabille. Hizo un silencio y prosiguió:

–Si no encontró ningún rastro del asesino en el desván, como, por ejemplo, esos pasos negruzcos que se advierten en el suelo del "cuarto amarillo", habrá concluido que él no robó el revólver del tío Jacques...

–No hay más huellas, en el desván, que las del tío Jacques –replicó el juez con un significativo movimiento de la cabeza, y se decidió a completar su idea. El tío Jacques estaba con el señor Stangerson... Afortunadamente para él...

–Entonces, ¿qué papel desempeña el revólver del tío Jacques en el drama? Parece quedar demostrado que esa arma sirvió más para herir al asesino que a la señorita Stangerson...

Sin responder a esta pregunta, que, sin duda, lo intrigaba, el señor de Marquet nos informó que habían encontrado las dos balas en el "cuarto amarillo", una en una pared, la que estaba manchada por la mano roja –una mano roja de hombre–, y la otra, en el cielo raso.

–¡Oh! ¡Oh! ¡En el cielo raso! – repitió a media voz Rouletabille. ¡Con que... en el cielo raso! ¡Eso es muy curioso... en el cielo raso!...

Se puso a fumar en silencio, envolviéndose en una nube de humo. Cuando llegamos a Épinay-sur-Orge, tuve que darle un golpe en el hombro para despertarlo de su sueño y traerlo de vuelta al andén.

Allí, el magistrado y su secretario nos saludaron, dándonos a entender que ya nos habían visto lo suficiente; luego subieron rápidamente a un cabriolé que los esperaba.

–¿Cuánto tiempo se tarda en ir a pie de aquí hasta el castillo de Glandier? – le preguntó Rouletabille a un empleado del ferrocarril.

–Una hora y media, una hora cuarenta y cinco sin apurarse –respondió el hombre.

Rouletabille miró el cielo, lo encontró conveniente para él y, sin duda, para mí, porque me tomó del brazo y me dijo:

–¡Vamos!... Necesito caminar.

–¿Y bien? – le pregunté. ¿Se va desembrollando el asunto?

–¡Oh! – exclamó. ¡Oh! ¡No hay nada desembrollado en absoluto!... ¡Está aún más embrollado que antes! Pero tengo una idea.

–Dígala.

–¡Oh! No puedo decir nada por el momento... Mi idea es una cuestión de vida o muerte para dos personas por lo menos.

–¿Cree que hay cómplices?

–No lo creo...

Nos quedamos callados un instante; luego continuó:

–Es una suerte que hayamos encontrado a ese juez de instrucción a su secretario... ¡Vio! ¿Qué le había dicho sobre el revólver?... Tenía la cabeza inclinada hacia el camino, las manos en los bolsillos, y silbaba. Al cabo de un instante, lo oí murmurar:

–¡Pobre mujer!...

–¿Se lamenta por la señorita Stangerson?...

–Sí, es una mujer muy noble y muy digna de piedad... Tiene mucho, muchísimo carácter... Me imagino... Me imagino...

–¿Conoce, pues, a la señorita Stangerson?

–Yo, para nada... Sólo la vi una vez...

–¿Por qué dijo que tiene mucho carácter?

–Porque supo enfrentar al asesino, porque se defendió con valor, y, sobre todo, sobre todo, por la bala en el cielo raso.

Miré a Rouletabille, preguntándome in petto si se estaba burlando de mí o si se había vuelto loco de repente. Pero me di cuenta de que el muchacho nunca había tenido menos ganas de reír que en ese momento, y el brillo inteligente de sus pequeños ojos redondos me dio seguridad acerca del estado de su mente. Y, además, ya me había acostumbrado un poco a sus frases cortadas... cortadas para mí, que a menudo no encontraba en ellas más que incoherencia y misterio hasta que, con unas pocas frases rápidas y precisas, me permitía retomar el hilo de su pensamiento. Entonces todo se aclaraba de pronto: las palabras que había dicho, y que me habían parecido carentes de sentido, se unían con una facilidad y una lógica tal que no podía comprender cómo no lo había entendido antes.

#### **4. "EN EL SENO DE UNA NATURALEZA SALVAJE"**

El castillo de Glandier es uno de los más antiguos de la región de Île-de-France, donde todavía se alzan tantos ilustres monumentos de la época feudal. Construido en el corazón de los bosques, durante el reinado de Felipe el

Hermoso, se levanta a unos cientos de metros del camino que va del pueblo de Sainte–Geneviève–des–Bois a Montlhéry. Cúmulo de construcciones disparatadas, se halla dominado por un torreón. Cuando el visitante sube los escalones oscilantes de ese antiguo torreón y desemboca en la pequeña plataforma donde, en el siglo XVII, Georges–Philibert de Séquigny, señor del Glandier, Maisons–Neuves y otros lugares, hizo edificar la actual linterna –de un abominable estilo rococó – puede divisar, a tres leguas de allí, por encima del valle y de la llanura, la orgullosa torre de Montlhéry. El torreón y la torre todavía se miran, después de tantos siglos, y parece que se cuentan, por encima de las verdes florestas o de los bosques muertos, las más antiguas leyendas de la historia de Francia. Se dice que el torreón del Glandier vela por una sombra heroica y santa, la de la buena patrona de París, ante quien retrocedió Atila. Santa Genoveva duerme su último sueño en los antiguos fosos del castillo. En verano, los enamorados, balanceando con una mano distraída la canasta de los almuerzos campestres, vienen a soñar o a intercambiar juramentos ante el sepulcro de la santa, piadosamente florecida de nomeolvides. No lejos de este sepulcro, hay un pozo que contiene, según dicen, agua milagrosa. El agradecimiento de las madres levantó en este lugar una estatua a santa Genoveva, y colgó a sus pies las botitas o los gorros de los niños salvados por esta agua sagrada.

En un lugar de tales características, que parecía pertenecer por completo al pasado, el profesor Stangerson y su hija habían venido a instalarse para preparar la ciencia del futuro. Su aislamiento en la profundidad de los bosques les gustó desde el primer momento. Viejas piedras y grandes robles serían los únicos testigos de sus trabajos y de sus esperanzas. El Glandier, antiguamente Glandierum, se llamaba así por la gran cantidad de bellotas que, desde siempre, se habían recogido en aquel lugar. Esta tierra, hoy tristemente célebre, había reconquistado, debido a la negligencia o al abandono de los propietarios, el aspecto salvaje de una naturaleza primitiva; tan sólo los edificios que allí se ocultaban habían conservado la huella de extrañas metamorfosis. Cada siglo había dejado en ellos su impronta: un fragmento arquitectónico al que se unía el recuerdo de algún acontecimiento terrible, de alguna sangrienta aventura; y, por tal razón, este castillo, a donde iba a refugiarse la ciencia, parecía ser el más indicado para servir de escenario a misterios de espanto y de muerte.

Dicho esto, no puedo evitar hacer una reflexión, que es la siguiente.

Si me he detenido un poco en hacer esta triste pintura del Glandier no es porque haya encontrado la ocasión dramática para "crear la atmósfera" necesaria para los dramas que van a desarrollarse ante los ojos del lector, ya que, en realidad, mi principal preocupación, en todo este caso, consistirá en ser lo más directo posible. No tengo la pretensión de ser un escritor. Quien dice

escritor dice, casi siempre, novelista y, ¡por Dios!, el misterio del "cuarto amarillo" está lo suficientemente cargado de trágico horror real como para precisar de la literatura. No soy y no quiero ser más que un fiel "cronista". Como debo relatar el acontecimiento, sitúo este acontecimiento en su marco, eso es todo. Es perfectamente natural que sepan ustedes dónde suceden las cosas.

Vuelvo al señor Stangerson. Cuando compró la propiedad, aproximadamente unos quince años antes de la tragedia que nos ocupa, hacía mucho tiempo que nadie habitaba el Glandier. Otro viejo castillo de los alrededores, construido en el siglo XIV por Jean de Belmont, también estaba abandonado, de tal modo que la región se hallaba prácticamente deshabitada. Algunas casitas al costado del camino que conduce a Corbeil, una posada, la Posada del Torreón, que ofrecía una pasajera hospitalidad a los carreteros, eran prácticamente los únicos vestigios de la civilización en aquel lugar abandonado, difícil de encontrar a unas pocas leguas de la capital. Pero ese completo abandono había sido la razón determinante de la elección del señor Stangerson y de su hija. El señor Stangerson ya era famoso; acababa de volver de América, donde sus trabajos habían tenido una resonancia considerable. El libro que había publicado en Filadelfia, La disociación de la materia por acciones eléctricas, había provocado la protesta de todo el mundo científico. El señor Stangerson era francés, pero de familia estadounidense. Unos asuntos de herencia muy importantes lo habían retenido durante varios años en los Estados Unidos. Allí había continuado una obra comenzada en Francia y había regresado a Francia para terminarla, después de haber amasado una enorme fortuna, una vez que los juicios sucesorios terminaran favorablemente, sea por sentencias que le dieron razón, sea mediante acuerdos. Esa fortuna fue bienvenida. Al señor Stangerson, que habría podido, si hubiera querido, ganar millones de dólares explotando o haciendo explotar dos o tres de sus descubrimientos químicos relacionados con nuevas técnicas de tintura, siempre le repugnó emplear en beneficio propio el don maravilloso de inventar que había recibido de la naturaleza; pero no pensaba que su genio le perteneciera. Se lo debía a los hombres, y todo lo que su genio traía al mundo iba a parar, por esa voluntad filantrópica, al dominio público. Si no intentó disimular la satisfacción que le causaba la posesión de aquella fortuna inesperada que le permitiría entregarse por entero a su pasión por la ciencia pura, el profesor debió alegrarse también, al parecer, por otro motivo. La señorita Stangerson tenía veinte años cuando su padre volvió de América y compró el Glandier. Era más bonita de lo que se podría imaginar: poseía, a la vez, toda la gracia parisina de su madre, muerta al dar a luz, y todo el esplendor y la riqueza de la joven sangre americana de su abuelo paterno, William Stangerson. Este, que había nacido en Filadelfia, debió naturalizarse francés, obedeciendo a las exigencias familiares, cuando contrajo matrimonio

con una francesa, quien sería la madre del ilustre Stangerson. Así se explica la nacionalidad francesa del profesor Stangerson.

Veinte años, adorablemente rubia, ojos celestes, tez blanca como la leche, radiante y de una salud espléndida, Mathilde Stangerson era una de las más hermosas jóvenes casaderas en todo el antiguo y el nuevo continente. Era un deber para su padre, a pesar del previsible dolor de una separación inevitable, pensar en ese casamiento, y no debió disgustarse al ver llegar la dote. Aunque no dejó, por ese motivo, de "internarse" en el Glandier con su hija, aun cuando sus amigos esperaban que presentara a la señorita Mathilde en sociedad. Algunos fueron a verlo y le manifestaron su asombro. A las preguntas que le hicieron, el profesor respondió: "Es la voluntad de mi hija. Soy incapaz de negarle nada. Fue ella la que eligió el Glandier". Interrogada a su vez, la jovencita replicó con serenidad: "¿En dónde podríamos trabajar mejor que en esta soledad?". Porque la señorita Mathilde Stangerson ya colaboraba con la obra de su padre, pero todavía no era posible imaginar que su pasión por la ciencia llegaría a hacerle rechazar a todos los pretendientes que se le presentaron durante más de quince años. Pero por más retirados que vivieran padre e hija, tuvieron que hacerse presentes en algunas recepciones oficiales, y, en ciertas épocas del año en dos o tres salones de personas de su amistad, donde la gloria del profesor y la belleza de Mathilde causaron sensación. Al principio, la extrema frialdad de la joven no desanimó a los pretendientes; pero, al cabo de unos años, se cansaron. Uno solo persistió con una suave tenacidad y se hizo merecedor del nombre de novio eterno, que él aceptó con melancolía: era Robert Darzac. Ahora, la señorita Stangerson ya no era joven, y parecía que, si no había encontrado motivos para casarse hasta los treinta y cinco años de edad, no los descubriría jamás. Evidentemente, tal argumento carecía de valor para Robert Darzac, ya que él no dejaba de hacerle la corte, si todavía se puede llamar "cortejo" a las atenciones delicadas y tiernas que se prodigan a una mujer de treinta y cinco años, que se ha quedado soltera y ha declarado que no se casará.

Pero de pronto, unas semanas antes de los acontecimientos que nos ocupan, un rumor al que al principio no se le dio mayor importancia –tan increíble parecía– se propagó por París. ¡La señorita Stangerson consentía, por fin, en premiar la inextinguible llama de Robert Darzac! Sólo cuando se comprobó que el mismo Robert Darzac no desmentía tales comentarios nupciales, se consideró, finalmente, que podía haber algo de cierto en un rumor tan inverosímil. Por fin, el señor Stangerson tuvo a bien anunciar, un día en que salía de la Academia de Ciencias, que la boda de su hija y Robert Darzac se celebraría en la intimidad del castillo de Glandier, tan pronto como su hija y él hubieran dado el último toque al informe que resumiría todos sus trabajos sobre La disociación de la materia, es decir, el retorno de la materia al éter. Los recién casados se instalarían en el Glandier, y el yerno colaboraría en



la obra a la que padre e hija habían consagrado su vida.

El mundo científico todavía no había tenido tiempo de recuperarse de esta noticia cuando se enteró del intento de asesinato de la señorita Stangerson, que había ocurrido en las condiciones fantásticas que hemos enumerado y que nuestra visita al castillo va a permitirnos precisar aún más.

No he dudado en darle al lector todos estos detalles retrospectivos, que conocía a raíz de mis relaciones de negocios con Robert Darzac, para que, al cruzar el umbral del "cuarto amarillo", supiera tanto como yo.

## **5. DONDE JOSEPH ROULETABILLE LE DIRIGE A ROBERT DARZAC UNA FRASE QUE PRODUCE SU PEQUEÑO EFECTO**

Hacia unos minutos que Rouletabille y yo caminábamos a lo largo de una tapia que bordeaba la vasta propiedad del señor Stangerson, y ya divisábamos la reja de entrada cuando atrajo nuestra atención un personaje que, encorvado a medias hacia el suelo, parecía tan ocupado que no nos vio llegar. Por momentos se inclinaba, se acostaba casi, en el suelo; por momentos se levantaba y observaba atentamente la tapia; unas veces miraba el hueco de su mano, después daba grandes pasos, luego se ponía a correr y volvía a mirar el hueco de su mano derecha. Rouletabille me detuvo con un gesto:

—¡Silencio! ¡Frédéric Larsan está trabajando!... No lo molestemos.

Joseph Rouletabille sentía una gran admiración por el famoso policía. Yo nunca había visto a Frédéric Larsan, pero conocía muy bien su reputación.

El caso de los lingotes de oro de la Casa de la Moneda, que resolvió cuando todos se daban por vencidos, y el arresto de los ladrones de cajas fuertes del Crédito Universal lo habían vuelto casi un personaje público. En aquella época, en que Joseph Rouletabille todavía no había dado las pruebas admirables de un talento único, Larsan pasaba por la inteligencia más apta para desenredar la enmarañada madeja de los crímenes más misteriosos y más oscuros. Su reputación se había extendido en el mundo entero y, a menudo, la policía de Londres o de Berlín, o incluso de los Estados Unidos, le pedía ayuda cuando los inspectores y los detectives nativos confesaban haber llegado al límite de su imaginación y sus recursos. Así pues, no es de extrañar que, desde el comienzo del misterio del "cuarto amarillo", el jefe de la Sûreté haya pensado en enviar a su valioso subordinado a Londres, adonde Frédéric Larsan había sido enviado por un importante caso de títulos robados, un telegrama que decía: "Vuelva rápido". Creíamos que Frédéric, a quien llamaban, en la Sûreté, el gran Fred, se había dado mucha prisa: sin duda sabía

por experiencia que, si lo molestaban, era porque seguramente necesitaban de sus servicios. Fue por eso que aquella mañana Rouletabille y yo lo encontrábamos en plena tarea. Pronto comprendimos en qué consistía.

Lo que no dejaba de observar en el hueco de su mano derecha no era otra cosa que su reloj, y parecía muy ocupado en contar los minutos. Luego desanduvo el camino, reemprendió una vez más su carrera, que no detuvo hasta llegar a la reja del parque, volvió a consultar su reloj, lo puso en su bolsillo, encogió los hombros con un gesto de desaliento, empujó la reja, penetró en el parque, volvió a cerrar la reja con llave, levantó la cabeza y, recién entonces, nos divisó a través de los barrotes. Rouletabille corrió y yo lo seguí. Frédéric Larsan nos esperaba.

–Señor Fred –dijo Rouletabille, quitándose el sombrero y mostrando un profundo respeto, fundado en la auténtica admiración que el joven reportero sentía por el célebre policía–, ¿podría decirnos si Robert Darzac se halla en el castillo en este momento? Está aquí uno de sus amigos, del tribunal de París, que desearía hablarle.

–No lo sé, señor Rouletabille –replicó Fred estrechando la mano de mi amigo, porque ya había tenido ocasión de encontrarse con él varias veces en el transcurso de sus investigaciones más difíciles. No lo he visto.

–Los caseros nos podrán informar, ¿verdad? – dijo Rouletabille, señalando una casita de ladrillos que tenía la puerta y las ventanas cerradas, y que, indudablemente, debía albergar a aquellos fieles guardianes de la propiedad.

–Los caseros no podrán informarle, señor Rouletabille.

–¿Por qué no?

–¡Porque están detenidos desde hace una hora!...

–¡Detenidos! – exclamó Rouletabille. ¿Ellos son los asesinos?... Frédéric Larsan se encogió de hombros.

–¡Cuando no se puede detener al asesino –dijo Larsan con un tono de suprema ironía–, uno siempre se puede dar el lujo de descubrir a los cómplices!

–¿Fue usted quien ordenó detenerlos, señor Fred?

–¡Ah! ¡No! ¡No faltaba más! Yo no mandé que los detuvieran; primero porque estoy casi seguro de que no tienen nada que ver en el asunto, y segundo porque...

–Porque ¿qué? – preguntó ansiosamente Rouletabille.

–Porque... Nada... –dijo Larsan, sacudiendo la cabeza. ¡Porque no hay cómplices! – susurró Rouletabille.

Frédéric Larsan se detuvo en seco, mirando al reportero con interés.

–¡Ah! ¡Ah! Entonces tiene alguna idea sobre el caso... Sin embargo, no ha visto nada, jovencito... Todavía no ha entrado aquí...

–Ya lo haré.

–Lo dudo... La consigna es terminante.

–Entraré si me permite ver a Robert Darzac... Usted sabe que somos viejos amigos... Haga eso por mí, señor Fred, se lo ruego... Acuérdesse del bello artículo que le hice sobre los "Lingotes de oro". Por favor, sólo unas palabras con Robert Darzac.

En ese momento, la cara de Rouletabille era muy cómica. Reflejaba un deseo tan irresistible de franquear ese umbral, al otro lado del cual ocurría algún prodigioso misterio; suplicaba con tal elocuencia, no sólo con la boca y con los ojos, sino también con todos sus rasgos, que no pude evitar echarme a reír. Frédéric Larsan, al igual que yo, tampoco pudo mantenerse serio.

Sin embargo, del otro lado de la reja, Frédéric Larsan volvía a meter tranquilamente la llave en su bolsillo. Yo lo examinaba.

Era un hombre que podía tener unos cincuenta años. Tenía una hermosa cabeza, el pelo entrecano, la tez mate, el perfil duro; la frente era prominente; la barbilla y las mejillas estaban cuidadosamente afeitadas; los labios, sin bigote, delicadamente dibujados; los ojos, algo pequeños y redondos, se clavaban en las personas con una mirada inquisidora que extrañaba e inquietaba. Esbelto y de mediana estatura, su aspecto general era elegante y simpático. Nada tenía del vulgar policía. Era un gran artista en su género, y él lo sabía; se podía percibir que tenía una elevada idea de sí mismo. El tono de su conversación era el de una persona escéptica y desengañada. Su extraña profesión le había hecho frecuentar tantos crímenes y bajezas, que habría resultado inexplicable que no le endureciera un poco los sentimientos, según la curiosa expresión de Rouletabille.

Larsan volvió la cabeza al oír el ruido de un coche a sus espaldas. Reconocimos el cabriolé que, en la estación de Épinay, había llevado al juez de instrucción y a su secretario.

–¡Mire! – dijo Frédéric Larsan. ¿Usted quería hablar con Robert Darzac? ¡Ahí está!

El cabriolé ya había llegado a la reja y Robert Darzac le pedía a Frédéric Larsan que le abriera la entrada del parque. Le decía que estaba muy apurado y que apenas tenía tiempo de llegar a Épinay para tomar el próximo tren a París, cuando me reconoció. Mientras Larsan abría la reja, el señor Darzac me preguntó qué podía traerme al Glandier en un momento tan trágico. Entonces

noté que estaba atrozmente pálido y que su rostro reflejaba un infinito dolor.

–¿La señorita Stangerson se encuentra mejor? – le pregunté inmediatamente.

–Sí –dijo. Quizás la salven. Tienen que salvarla.

No agregó: "o moriré", pero sentimos temblar el final de la frase al borde de sus labios exangües.

Entonces intervino Rouletabille:

–Señor, sé que está apurado. Sin embargo, necesito hablar con usted. Tengo algo muy importante que decirle.

Frédéric Larsan interrumpió:

–¿Me disculpan si los abandono? – preguntó a Robert Darzac. ¿Tiene una llave o quiere que le dé esta?

–Gracias, tengo una llave. Yo cerraré la reja.

Larsan se alejó rápidamente en dirección al castillo, cuya mole imponente se divisaba a un centenar de metros.

Robert Darzac, con el ceño fruncido, ya se mostraba impaciente. Presenté a Rouletabille como a un excelente amigo; pero, no bien supo que el joven era periodista, el señor Darzac me miró con reproche, se excusó por la urgencia que tenía de llegar a Épinay en veinte minutos, saludó y fustigó su caballo. Pero Rouletabille, ante mi profundo estupor, ya había sujetado las riendas y detenido el pequeño carruaje con mano vigorosa, mientras pronunciaba esta frase, desprovista para mí de todo sentido:

–La rectoría no ha perdido nada de su encanto, ni el jardín de su esplendor.

Apenas salieron estas palabras de la boca de Rouletabille vi que Robert Darzac se quedaba perplejo; aunque estaba pálido, palideció aún más, sus ojos se clavaron en el joven con espanto y descendió inmediatamente de su coche con una indescriptible alteración.

–¡Vamos! ¡Sígame! – balbuceó. Y, de repente, prosiguió con una especie de furor–: ¡Vamos, señor, vamos!

Y desanduvo el camino que conducía al castillo, sin decir una palabra más, mientras Rouletabille lo seguía sin soltar el caballo. Le dirigí unas palabras al señor Darzac..., pero no me respondió. Interrogué con la mirada a Rouletabille, pero no me vio.

## **6. AL FONDO DEL ROBLEDAL**

Llegamos al castillo. El viejo torreón se unía a la parte del edificio enteramente reconstruida durante el reinado de Luis XIV por otro cuerpo de edificación moderna, estilo Viollet-le-Duc donde se encontraba la entrada principal. Creo que nunca antes había visto algo tan original, ni tan feo, ni, sobre todo, tan extraño arquitectónicamente como aquel raro conjunto de estilos disparatados. Era monstruoso y cautivador. Al acercarnos, vimos a dos gendarmes que se paseaban delante de una pequeña puerta que daba a la planta baja del torreón. Pronto nos enteramos de que, en esa planta baja, que antiguamente había sido una prisión y ahora servía para guardar trastos, habían encerrado a los caseros, el señor y la señora Bernier.

Robert Darzac nos hizo entrar a la parte moderna del castillo por una ancha puerta protegida por una marquesina. Rouletabille, que había dejado el caballo y el cabriolé al cuidado de un criado, no perdía de vista al señor Darzac; seguí su mirada y me di cuenta de que se dirigía exclusivamente hacia las manos enguantadas del profesor de la Sorbona. Cuando estuvimos en un saloncito lleno de muebles anticuados, el señor Darzac se volvió hacia Rouletabille y le preguntó de un modo bastante brusco: –¡Hable! ¿Qué quiere de mí?

El reportero respondió con la misma brusquedad:

–¡Estrecharle la mano!

Darzac retrocedió:

–¿Qué significa esto?

Evidentemente, había comprendido lo que yo comprendí entonces: que mi amigo lo consideraba sospechoso del abominable atentado. La huella de la mano ensangrentada en las paredes del "cuarto amarillo" se presentó en su mente... Miré a aquel hombre de fisonomía tan altiva, de mirada habitualmente tan frontal, y que en ese momento se turbaba de manera tan extraña. Tendió su mano derecha y, señalándome, dijo:

–Usted es amigo del señor Sainclair, quien me hizo un favor desinteresado en una causa justa, señor, y no veo por qué tendría que negarle mi mano...

Rouletabille no tomó su mano. Dijo, mintiendo con una audacia sin igual:

–Señor, he vivido algunos años en Rusia y allí adquirí la costumbre de no estrechar nunca la mano de quien no se quite los guantes.

Creí que el profesor iba a dar rienda suelta a la furia que comenzaba a agitarlo; pero, por el contrario, con un violento y visible esfuerzo, se calmó, se quitó los guantes y mostró sus manos. No tenían ninguna cicatriz.

–¿Está satisfecho?

–¡No! – replicó Rouletabille. Mi querido amigo –dijo, volviéndose hacia mí–, me veo obligado a pedirle que nos deje solos un instante.

Saludé y me retiré, estupefacto por lo que acababa de ver y oír, y sin comprender cómo Robert Darzac no había echado a la calle a mi impertinente, ofensivo y estúpido amigo... Pues, en aquel instante, no perdonaba a Rouletabille por sus sospechas, que habían desembocado en aquella inaudita escena de los guantes...

Me paseé más o menos veinte minutos delante del castillo, tratando – aunque sin lograrlo– de unir entre sí los diferentes acontecimientos de esa mañana. ¿Qué idea tenía Rouletabille? ¿Era posible que creyera que Robert Darzac fuera el asesino? ¿Cómo podía imaginar que ese hombre, que iba a casarse en unos días con la señorita Stangerson, se hubiera introducido en el "cuarto amarillo" para asesinar a su prometida? Por último, no entendía cómo el asesino había salido del "cuarto amarillo" y, mientras no me explicaran aquel misterio –que me resultaba inexplicable–, estimaba que nadie debía sospechar de nadie. En fin, ¿qué significaba aquella frase descabellada que todavía resonaba en mis oídos: "La rectoría no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor"? Estaba ansioso por encontrarme a solas con Rouletabille para preguntárselo.

En ese momento, el joven salió del castillo con Robert Darzac. Curiosamente, me di cuenta, apenas los vi, de que eran los mejores amigos del mundo.

–Vamos al "cuarto amarillo" –me dijo Rouletabille. Venga con nosotros. A propósito, querido amigo, se quedará conmigo todo el día. Almorzaremos juntos por aquí...

–Almorzarán conmigo, aquí, señores...

–No, gracias –replicó el joven. Almorzaremos en la Posada del Torreón...

–Comerán muy mal... Allí no encontrarán nada.

–¿Le parece?... Yo espero encontrar algo allí –replicó Rouletabille. Después de almorzar, seguiremos trabajando, escribiré mi artículo, y Sainclair será tan amable de llevarlo a la redacción...

–¿Y usted? ¿No regresará conmigo?

–No, dormiré aquí...

Me volví hacia Rouletabille. Hablaba en serio, y Robert Darzac no se mostró en absoluto sorprendido...

En aquel momento pasábamos delante del torreón, y oímos algunos lamentos. Rouletabille preguntó:

–¿Por qué detuvieron a esa gente?

–Es un poco por mi culpa –dijo el señor Darzac. Ayer le hice notar al juez de instrucción que es inexplicable que los caseros hayan tenido tiempo de oír los disparos, vestirse y recorrer la gran distancia que separa su casa del pabellón, todo eso en dos minutos; porque no transcurrieron más de dos minutos entre los disparos y el momento en que se encontraron con el tío Jacques.

–Efectivamente, es sospechoso –asintió Rouletabille. ¿Y estaban vestidos?

–Eso es lo increíble... Estaban completamente vestidos..., de pies a cabeza y bien abrigados... No le faltaba ninguna prenda a su vestimenta.

La mujer llevaba zuecos, pero el hombre tenía los cordones de sus zapatos atados. Ahora bien, ellos declararon que se habían acostado, como todas las noches, a las nueve. Esta mañana, cuando llegó el juez de instrucción, que había traído de París un revólver del mismo calibre que el del crimen (porque no quiere tocar el revólver que es prueba del delito), mandó a su secretario a disparar dos tiros en el "cuarto amarillo", con la ventana y la puerta cerradas. Estábamos con él en la casa de los caseros; no oímos nada..., no se alcanza a oír nada. Eso significa que los caseros mintieron, no cabe duda... Estaban listos; ya estaban afuera, cerca del pabellón; esperaban algo. Por cierto, no se los acusa de ser los autores del atentado, pero es probable que sean cómplices... El señor de Marquet ordenó que los detuvieran inmediatamente.

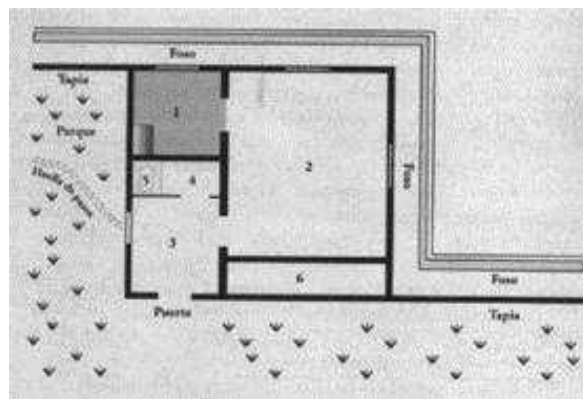
–Si fueran cómplices –dijo Rouletabille–, habrían llegado desarreglados o, mejor aún, no habrían llegado. Cuando alguien se precipita a los brazos de la justicia, con tantas pruebas de complicidad en su contra, es porque no es cómplice. No creo que haya habido cómplices en este asunto.

–Entonces, ¿por qué estaban afuera a la medianoche? ¡Que lo digan!

–Seguramente tienen algún interés en callarse. Se trata de saber cuál es... Aunque no sean cómplices, puede tener importancia. Todo lo que sucede en una noche semejante es importante...

Acabábamos de cruzar un viejo puente construido sobre el foso y entrábamos en esa parte del parque llamada "El Robledal". Había allí robles centenarios. El otoño ya había retorcido sus hojas amarillentas, – y sus altas ramas, negras y serpenteantes, parecían horribles cabelleras, nudos de reptiles gigantescos entrecruzados como los que el antiguo escultor retorció en la cabeza de Medusa. Aquel lugar, que la señorita Stangerson habitaba en verano porque le resultaba alegre, nos pareció, en aquella estación, triste y fúnebre. El suelo estaba negro, embarrado por las lluvias recientes y el cieno formado por las hojas muertas; los troncos de los árboles estaban negros; hasta el cielo, sobre nuestras cabezas, estaba de duelo, cargado de espesos nubarrones. Y, en

aquel retiro sombrío y desierto, vimos las paredes blancas del pabellón. Extraña construcción, sin una ventana visible desde el lugar donde aparecía ante nosotros. Sólo una pequeña puerta señalaba la entrada. Parecía una tumba, un amplio mausoleo en el fondo de un bosque abandonado... A medida que nos acercábamos, adivinábamos su disposición. El edificio recibía toda la luz que necesitaba al mediodía, es decir, del otro lado de la propiedad, del lado del campo. Detrás de la pequeña puerta cerrada sobre el parque, el señor y la señorita Stangerson debían de encontrar un reducto ideal para vivir con su trabajo y sus sueños. Además, voy a dar enseguida el plano del pabellón. Tenía una planta baja, a la que se accedía por unos escalones, y un desván bastante elevado que no nos interesa en absoluto. Este es el sencillo plano de la planta baja, que ofrezco al lector.



Fue dibujado por el mismo Rouletabille, y pude comprobar que no le faltaba una sola línea, una sola indicación que pudiera ayudar a la solución del problema que se planteaba entonces ante la justicia. Con las indicaciones y el plano, sabrán tanto como sabía Rouletabille cuando entró al pabellón por primera vez, y todos nos preguntábamos: ¿Por dónde se pudo haber escapado el asesino del "cuarto amarillo"?

1. "Cuarto amarillo", con su única ventana enrejada y una sola puerta que da al laboratorio.
2. Laboratorio, con sus dos grandes ventanas enrejadas y sus puertas: una que da al vestíbulo y la otra, al "cuarto amarillo".
3. Vestíbulo, con su ventana sin reja y su puerta de entrada, que da al parque.
4. Baño.
5. Escalera que conduce al granero.
6. Amplia y única chimenea del pabellón, que sirve para las experiencias del laboratorio.

Antes de subir los tres escalones de la puerta del pabellón, Rouletabille nos detuvo y le preguntó a quemarropa al señor Darzac:



–Y bien, ¿cuál es el móvil del crimen?

–Para mí, señor, no hay ninguna duda con respecto a eso –dijo el novio de la señorita Stangerson con enorme tristeza. Las huellas de los dedos, los profundos arañazos en el pecho y en el cuello de la señorita Stangerson demuestran que el miserable que estaba allí cometió un terrible atentado. Los peritos médicos, que examinaron ayer esas marcas, afirman que fueron hechas por la misma mano cuyo rastro ensangrentado quedó en la pared; una mano enorme, señor, y que no entraría en mi guante –añadió con una amarga e indefinible sonrisa...

–Esa mano roja –interrumpí–, ¿no podría ser la huella de los dedos ensangrentados de la señorita Stangerson, quien, en el momento de caer, habría chocado contra la pared y dejado, al deslizarse, una imagen alargada de su mano llena de sangre?

–No había una sola gota de sangre en las manos de la señorita Stangerson cuando la levantaron –respondió Darzac.

–Entonces –dije–, ahora estamos seguros de que era la señorita Stangerson la que estaba armada con el revólver del tío Jacques, ya que hirió la mano del asesino. ¿Quiere decir que ella tenía miedo de algo o de alguien?

–Es probable...

–¿No sospecha de nadie?

–No... –respondió el señor Darzac, mirando a Rouletabille.

Rouletabille, entonces, me dijo:

–Tiene que saber, mi amigo, que la investigación está un poco más avanzada de lo que quiso confiarnos nuestro misterioso señor de Marques. No sólo la instrucción ahora sabe que el revólver fue el arma que la señorita Stangerson usó para defenderse, sino que sabe, lo supo enseguida, cuál fue el arma que sirvió para atacar y para golpear a la señorita Stangerson. El señor Darzac me ha dicho que se trata de un hueso de cordero. ¿Por qué el señor de Marquet rodea a ese hueso de cordero de tanto misterio? ¿Para facilitar las investigaciones de la Sûreté? Probablemente. Tal vez imagina que van a encontrar a su propietario entre aquellos hampones de París que son conocidos por utilizar este instrumento, el más terrible que la naturaleza haya inventado, para cometer sus crímenes... Y además, ¿alguien puede saber lo que pasa por la cabeza de un juez de instrucción? –agregó Rouletabille con despectiva ironía.

Yo pregunté:

–¿Entonces encontraron un hueso de cordero en el "cuarto amarillo"?

–Sí, señor –dijo Robert Darzac–: al pie de la cama; pero le ruego que no lo mencione. El señor de Marquet nos ha pedido que guardáramos el secreto. – Hice un gesto de asentimiento. Es un enorme hueso de cordero que tenía la cabeza o, mejor dicho, la articulación completamente roja por la sangre de la espantosa herida que le había causado a la señorita Stangerson. Es un viejo hueso de cordero que, según las apariencias, ya debió servir para algunos crímenes. Eso piensa el señor de Marquet, que lo envió a París, al laboratorio municipal, para que lo analizaran. Cree, en efecto, que descubrió no sólo la sangre fresca de la última víctima, sino también marcas rosadas que no serían otra cosa sino manchas de sangre seca, testimonios de crímenes anteriores.

–Un hueso de cordero, en la mano de un asesino experimentado, es un arma espantosa –dijo Rouletabille–, un arma más efectiva y más segura que un pesado martillo.

–Bien lo ha demostrado el miserable –dijo lleno de dolor Robert Darzac. El hueso de cordero golpeó terriblemente a la señorita Stangerson en la frente. La articulación del hueso de cordero se adapta perfectamente a la herida. Para mí, esta herida habría sido mortal si el asesino no hubiera sido detenido en parte, al dar el golpe, por el revólver de la señorita Stangerson. Herido en la mano, tiró el hueso de cordero y se escapó. Lamentablemente, el golpe con el hueso de cordero ya había sido asestado y completado..., y la señorita Stangerson estaba casi muerta, después de haber sido casi estrangulada. Si la señorita Stangerson hubiera logrado herir al hombre con el primer disparo, se habría salvado, quizás, del hueso de cordero... Pero ella seguramente tomó su revólver demasiado tarde; además, el primer disparo, en la lucha, se desvió, y la bala fue a dar al cielo raso; recién el segundo disparo le acertó...

Tras decir esto, el señor Darzac golpeó a la puerta del pabellón. ¿Hace falta que les confiese mi impaciencia por penetrar en el lugar del crimen? Temblaba y, a pesar del inmenso interés que tenía la historia del hueso de cordero, me inquietaba ver que nuestra conversación se prolongaba y que la puerta del pabellón no se abría.

Finalmente, se abrió.

Un hombre, a quien reconocí como al tío Jacques, estaba en el umbral.

Me pareció que tendría unos sesenta años bien cumplidos. Larga barba blanca, el cabello blanco cubierto por una boina vasca, un traje de pana marrón con los bordes gastados, zuecos; de aspecto gruñón, una cara bastante desagradable que, sin embargo, se iluminó no bien vio a Robert Darzac.

–Unos amigos –dijo simplemente nuestro guía. ¿No hay nadie en el pabellón, tío Jacques?

–No puedo dejar entrar a nadie, señor Robert; pero por supuesto que la

consigna no rige para usted... ¿Quién lo entiende? Ya vieron todo lo que había que ver, esos señores de la justicia. Hicieron bastantes dibujos y averiguaciones.

–Disculpe, señor Jacques, una pregunta antes que nada –dijo Rouletabille.

–Hágala, joven, y si puedo contestarle...

–¿Su ama llevaba, aquella noche, el cabello en bandós..., usted me entiende: el cabello en bandós sobre la frente?

–No, señorito. Mi ama nunca llevó el pelo en bandós como usted dice, ni esa noche, ni las demás. Tenía, como siempre, el pelo recogido de forma que se podía ver su hermosa frente, ¡pura como la de un niño que acaba de nacer!...

Rouletabille gruñó, y se puso inmediatamente a inspeccionar la puerta. Examinó minuciosamente la cerradura automática. Comprobó que esa puerta no podía nunca quedar abierta y que hacía falta una llave para abrirla. Después entramos en el vestíbulo, un pequeño cuarto bastante luminoso, con piso de baldosas de color rojo.

–¡Ah! ¡Aquí está la ventana por la que se escapó el asesino! – dijo Rouletabille.

–¡Qué dicen, señores, qué dicen! ¡Pero si se hubiera escapado por ahí, lo habríamos visto, seguro! ¡No somos ciegos! ¡Ni el señor Stangerson, ni yo, ni los caseros que metieron en la cárcel! ¿Por qué no me meten también a mí en la cárcel, por lo de mi revólver?

Rouletabille ya había abierto la ventana y examinado los postigos. – ¿Estaban cerrados a la hora del crimen?

–Con el pestillo de hierro, por adentro –dijo el tío Jacques. Y en cuanto a mí, sé muy bien que el asesino pasó a través...

–¿Hay manchas de sangre?

–Sí, mire, ahí, en la piedra, por afuera... ¿Pero qué clase de sangre?

–¡Ah! – exclamó Rouletabille. Se ven los pasos..., allá, en el camino... La tierra estaba muy mojada, los examinaremos más tarde.

–¡Tonterías! – interrumpió el tío Jacques. ¡El asesino no pasó por allí! – Y entonces, ¿por dónde?

–¡Y yo qué sé!

Rouletabille observaba todo, husmeaba todo. Se puso de rodillas y, rápidamente, revisó las baldosas manchadas del vestíbulo. El tío Jacques seguía:

—¡Ah! No encontrará nada, señorito. Ellos no encontraron nada... Y, además, ahora está demasiado sucio... ¡Entró tanta gente! No quieren que lave las baldosas... Pero el día del crimen yo, el tío Jacques, había baldeado las baldosas..., y, si el asesino hubiera pasado por ahí con sus "tamangos", lo habríamos visto; ¡bastantes marcas dejó con sus zapatones en la habitación de la señorita!

Rouletabille se levantó y preguntó:

—¿Cuándo lavó estas baldosas por última vez?

Y clavaba en el tío Jacques unos ojos a los que no se les escapa nada.

—¡Pero le digo que el mismo día del crimen! A eso de las cinco y media..., mientras la señorita y su padre daban un paseo antes de comer aquí mismo, porque cenaron en el laboratorio. Al día siguiente, cuando vino el juez, pudo ver todas las huellas de los pasos en el piso, tan claras como tinta sobre papel, como quien diría. Y bien, ni en el laboratorio, ni en el vestíbulo, que estaban limpios como una moneda nueva, se encontraron sus pasos... ¡Los del hombre!... Y, como los encontramos cerca de la ventana, por afuera, entonces tiene que haber agujereado el cielo raso del "cuarto amarillo", pasado por el desván, perforado el techo y bajado hasta la ventana del vestíbulo, dejándose caer por allí... Ahora bien, no hay ningún agujero en el cielo raso del "cuarto amarillo"..., ni en mi desván, ¡por supuesto!... Así que, como ven, no se sabe nada... ¡Nada de nada!... ¡Y, a fe mía, no se sabrá nunca nada!... ¡Es un misterio del demonio!

Repentinamente, Rouletabille se arrodilló, casi delante de la puerta de un pequeño baño que se abría en el fondo del vestíbulo. Se quedó en esa posición por lo menos un minuto.

—¿Y bien? — le pregunté cuando se volvió a levantar.

—¡Oh! Nada importante; una gota de sangre.

El joven se volvió hacia el tío Jacques.

—Cuando limpió el laboratorio y el vestíbulo, ¿la ventana del vestíbulo estaba abierta?

—No señor, estaba cerrada. Pero, después de limpiar, encendí leña para el señor, en el hornillo del laboratorio, y había humo, porque la había encendido con periódicos. Entonces abrí las ventanas del laboratorio y la del vestíbulo para hacer corriente de aire. Después, volví a cerrar las del laboratorio, pero dejé abierta la del vestíbulo, y después salí un instante, para ir a buscar un cepillo al castillo... Cuando volví al pabellón, la ventana estaba cerrada, y el señor y la señorita ya se hallaban trabajando en el laboratorio.

—¿El señor y la señorita Stangerson habrán cerrado la ventana cuando

entraron?

–Quizás.

–¿No se lo preguntó?

–¡No!...

Después de echar un vistazo prolongado al pequeño baño y al hueco de la escalera que conducía al desván, Rouletabille, que ignoraba por completo nuestra existencia, entró al laboratorio. Confieso que lo seguí con una profunda emoción. Robert Darzac no perdía un solo gesto de mi amigo... En cuanto a mí, mis ojos se dirigieron enseguida a la puerta del "cuarto amarillo". Estaba cerrada o, mejor dicho, apoyada contra el laboratorio, porque comprobé inmediatamente que se hallaba medio desvencijada e inutilizable... Los esfuerzos de los que se precipitaron sobre ella, en el momento del drama, la habían roto... Mi joven amigo, que realizaba su tarea metódicamente, contemplaba, sin decir una palabra, la habitación en la que nos encontrábamos... Era amplia y luminosa. Dos grandes ventanas, casi ventanales, provistas de barrotes, se abrían al inmenso campo. Un claro en el bosque, una vista magnífica sobre todo el valle, sobre la llanura, hasta la gran ciudad que j debía divisarse, más lejos, en el fondo, los días de sol. Pero, hoy, no hay más que barro en la tierra, hollín en el cielo..., y sangre en este cuarto...

Todo un costado del laboratorio estaba ocupado por una ancha chimenea, crisoles y hornos apropiados para todo tipo de experimentos químicos. Retortas, instrumentos de física por todas partes, mesas llenas de frascos, papeles e informes, una máquina eléctrica..., pilas..., un aparato, me dijo Robert Darzac, que utilizaba el profesor Stangerson "para demostrar la disociación de la materia ante la acción de la luz solar", etcétera. Y a lo largo de las paredes, los armarios, con puertas o con vitrinas, que dejaban ver microscopios, cámaras fotográficas especiales, una cantidad increíble de cristales.

Rouletabille tenía la nariz metida en la chimenea. Con la punta de los dedos hurgaba en los crisoles... De pronto, se enderezó, sosteniendo un pedacito de papel a medio consumir... Vino hasta nosotros, que estábamos conversando cerca de una ventana, y dijo:

–Guárdenos esto, señor Darzac.

Me incliné sobre el trozo de papel chamuscado que el señor Darzac acababa de tomar de manos de Rouletabille, y leí claramente las únicas palabras que permanecían visibles:

rectoría            perdido nada            encanto,  
ni el jar            de su esplendor.

Y debajo: "23 de octubre". Por segunda vez, desde la mañana, me encontraba con estas mismas palabras sin sentido; y, por segunda vez, observé que producían en el profesor de la Sorbona el mismo efecto fulminante. Lo primero que hizo el señor Darzac fue mirar hacia el tío Jacques. Pero este no nos había visto, ocupado como estaba en la otra ventana... Entonces, el novio de la señorita Stangerson abrió su portafolios temblando, guardó allí el papel y suspiró: "¡Dios mío!".

Mientras tanto, Rouletabille se había metido en la chimenea: es decir que, parado sobre los ladrillos de un hornillo, observaba atentamente la chimenea que se iba estrechando y, a cincuenta centímetros por encima de su cabeza, se cerraba completamente con unas placas de hierro sujetas a los ladrillos, y dejaba pasar tres tubos de unos quince centímetros de diámetro cada uno.

–Es imposible pasar por ahí –afirmó el joven, regresando de un salto al laboratorio. Además, si él lo hubiera intentado, todos estos fierros estarían tirados en el suelo. ¡No! ¡No! La respuesta no la encontraremos aquí...

A continuación, Rouletabille examinó los muebles y abrió las puertas de los armarios. Después, les tocó el turno a las ventanas, que declaró inviolables e invioladas. Ante la segunda ventana, encontró al tío Jacques mirando con gesto absorto.

–Y bien, tío Jacques, ¿qué está mirando por ahí?

–Miro al hombre de la policía, que no deja de dar vueltas alrededor del estaque... ¡Se cree listo, pero no llegará mucho más lejos que los otros!

–¡Usted no conoce a Frédéric Larsan, tío Jacques! – dijo Rouletabille, sacudiendo la cabeza con melancolía. – O no hablaría de ese modo... ¡Créame, si hay alguien capaz de encontrar al asesino, es él! – Y Rouletabille suspiró.

–¡Para encontrarlo, habría que saber cómo lo perdimos...! –replicó el tío Jacques obstinadamente.

Por fin, llegamos a la puerta del "cuarto amarillo".

–¡Detrás de esta puerta, algo importante sucedió! – dijo Rouletabille con una solemnidad que, en cualquier otra circunstancia, habría resultado cómica.

## **7. DONDE ROULETABILLE PARTE EN EXPEDICIÓN DEBAJO DE LA CAMA**

Rouletabille, después de empujar la puerta del "cuarto amarillo", se detuvo en el umbral, diciendo con una emoción que yo sólo comprendería más tarde:

–¡Oh! ¡El perfume de la dama vestida de negro!

El cuarto estaba a oscuras; el tío Jacques quiso abrir los postigos, pero Rouletabille lo detuvo:

–¿El drama ocurrió en plena oscuridad? – preguntó.

–No, joven, no lo creo. La señorita siempre procuraba tener una mariposa en su mesa, y yo se la encendía todas las noches antes de que se acostara... ¡Yo era casi como su doncella, cuando llegaba la noche! La verdadera doncella venía recién a la mañana. ¡La señorita trabaja hasta tan tarde..., por la noche!

–¿Dónde estaba esa mesa con la mariposa? ¿Lejos de la cama?

–Lejos de la cama.

–¿Podría encender la mariposa ahora?

–La mariposa está rota, y el aceite se derramó cuando cayó la mesa. Todo lo demás está igual. Sólo tengo que abrir los postigos y verá...

–¡Espere!...

Rouletabille volvió al laboratorio para cerrar los postigos de las dos ventanas y la puerta del vestíbulo. Cuando estuvimos completamente a oscuras, encendió un fósforo, se lo dio al tío Jacques y le dijo que se dirigiera con él al centro del "cuarto amarillo", al mismo lugar en el que ardía, aquella noche, la mariposa.

El tío Jacques, que iba calzado con zapatillas (solía dejar sus zuecos en el vestíbulo), entró al "cuarto amarillo" con su fósforo y distinguimos vagamente, apenas iluminados por la pequeña llama moribunda, los objetos tirados sobre las baldosas, la cama en un rincón y, frente a nosotros, a la izquierda, el reflejo de un espejo que colgaba en la pared, cerca de la cama. Todo fue rápido.

Rouletabille dijo:

–¡Suficiente! Puede abrir los postigos.

–Por favor, no entren –rogó el tío Jacques. Podrían dejar marcas con sus zapatos..., y no hay que tocar nada... Lo decidió el juez, así, de buenas a primeras, aunque ya terminó con su asunto...

Y empujó los postigos. La pálida claridad del exterior entró iluminando un desorden siniestro entre paredes de color azafrán. El parqué –pues aunque el piso del vestíbulo y el del laboratorio era de baldosas, el del "cuarto amarillo" era de parqué– estaba cubierto por una estera amarilla, de una sola pieza, que ocupaba casi toda la habitación y se prolongaba hasta debajo de la cama y del tocador, únicos muebles que seguían aún en pie. La mesa redonda del medio,

la mesita de luz y las dos sillas estaban tiradas en el suelo. No impedían ver, sobre la estera, una gran mancha de sangre que provenía, según nos dijo el tío Jacques, de la herida en la frente de la señorita Stangerson. Además, había gotitas de sangre salpicadas por doquier, que seguían, por así decirlo, la huella muy visible de unos pasos, los anchos pasos negros del asesino. Todo parecía indicar que esas gotas de sangre provenían de la herida del hombre, quien, en algún momento, dejó impresa su mano roja en la pared. Había otras marcas de esa mano en la pared, pero mucho menos definidas. Era, efectivamente, la huella de una ruda mano de hombre ensangrentada.

No pude dejar de exclamar:

–¡Fíjense!... ¡Fíjense en la sangre de la pared!... El hombre que puso tan firmemente su mano aquí estaba, en ese momento, a oscuras y, sin duda, creyó que tocaba una puerta. ¡Creyó que la empujaba! Por eso la apoyó con tanta fuerza y dejó sobre el papel amarillo un dibujo terriblemente acusador; porque, que yo sepa, no existen muchas manos como esta. Es grande y fuerte, ¡y todos los dedos son del mismo largo! ¡No está el pulgar! Sólo tenemos la marca de la palma. Y si seguimos la huella de esta mano –proseguí–, vemos que, después de apoyarse en la pared, la tantea, busca la puerta, la encuentra, busca la cerradura...

–Desde luego –interrumpió, burlón, Rouletabille. ¡Pero no hay sangre en la cerradura, ni en el cerrojo!...

–¿Y eso qué prueba? – repliqué con un sentido común del que me sentía orgulloso. Él habrá abierto la cerradura y el cerrojo con la mano izquierda, lo que me parece natural, porque la mano derecha la tenía herida...

–¡No abrió nada! – exclamó de nuevo el tío Jacques. ¡No estamos locos, sabe! ¡Y éramos cuatro cuando derribamos la puerta! Yo proseguí:

–¡Qué mano tan extraña! ¡Fíjense! ¿No les parece extraña?

–Es una mano muy normal –replicó Rouletabille–, cuyo contorno se ha deformado al deslizarse por la pared. ¡El hombre limpió su mano herida en la pared! Ese hombre debe medir un metro ochenta.

–¿Qué le hace pensar eso?

–La altura de la mano sobre la pared...

Luego, mi amigo se ocupó de la marca que había dejado la bala en la pared. La marca era un agujero redondo.

–La bala –dijo Rouletabille – vino de frente; ni de arriba, ni de abajo.

También nos hizo observar que el agujero en la pared estaba unos centímetros por debajo de la huella dejada por la mano.



Rouletabille, volviendo a la puerta, ahora tenía la nariz pegada a la cerradura y al cerrojo. Comprobó que, efectivamente, se había hecho saltar la puerta desde afuera, pues la cerradura y el cerrojo seguían en la puerta derribada, una cerrada y el otro echado, y en la pared, los dos soportes estaban casi arrancados: colgaban, sostenidos todavía por un tornillo.

El joven redactor de L'Époque los examinó con atención, luego observó la puerta por los dos lados, se cercioró de que no se podía abrir ni cerrar el cerrojo desde el exterior, y corroboró que habían encontrado la llave en la cerradura en el interior. También se aseguró de que, una vez puesta la llave en la cerradura, en el interior, esta no se podía abrir con otra llave. Por fin, tras haber comprobado que no había en esa puerta ningún dispositivo de cierre automático, en una palabra, que se trataba de una puerta común y corriente, provista de una cerradura y un cerrojo muy sólidos que habían permanecido cerrados, profirió estas palabras:

—¡Esto va mejor!

Luego se sentó en el piso y se descalzó rápidamente. Ya en medias, entró en la habitación. Lo primero que hizo fue inclinarse sobre los muebles caídos y examinarlos con extremo cuidado. Nosotros lo mirábamos en silencio. El tío Jacques, cada vez más irónico, le decía:

—¡Ay, jovencito, jovencito! ¡Se lo está tomando muy en serio!...

Pero Rouletabille levantó la cabeza:

—Ha dicho la pura verdad, tío Jacques, su ama no llevaba, aquella noche, el pelo en bandós. ¡He sido un idiota al pensarlo!...

Y, ágil como una serpiente, se deslizó bajo la cama.

El tío Jacques prosiguió:

—¡Y pensar que el asesino se había escondido ahí abajo! Ya estaba ahí cuando entré, a las diez, para cerrar los postigos y encender la mariposa..., porque ni el señor Stangerson, ni la señorita Mathilde, ni yo salimos del laboratorio hasta el momento del crimen.

Oímos la voz de Rouletabille desde debajo de la cama:

—Tío Jacques, ¿a qué hora llegaron el señor y la señorita Stangerson al laboratorio, de donde no saldrían?

—¡A las seis!

La voz de Rouletabille seguía diciendo:

—Sí, estuvo aquí abajo... Es cierto. Además, es el único lugar donde se podía esconder... Se ve todavía la marca de sus zapatones. Ustedes cuatro,

cuando entraron, ¿miraron debajo de la cama?

–Enseguida... Hasta dimos vuelta la cama antes de volverla a su sitio.

–¿Y entre los colchones?

–En la cama sólo había un colchón, sobre el que colocamos a la señorita Mathilde. Y el portero y el señor Stangerson transportaron ese colchón inmediatamente al laboratorio. Debajo del colchón sólo había un elástico metálico que no podía ocultar nada ni a nadie. En fin, señor, piense que éramos cuatro y que no se nos podía escapar nada, con lo pequeña que es la habitación y lo poco amoblada que está..., y con todo cerrado a nuestras espaldas en el pabellón.

Me atreví a sugerir una hipótesis:

¡Tal vez salió con el colchón! Adentro del colchón, quizás... ¡Todo es posible en este misterio! En la confusión, el señor Stangerson y el portero no se habrán dado cuenta de que transportaban el doble de peso... ¡Y si el portero resulta cómplice...! Sólo es una hipótesis, pero explicaría muchas cosas... Y, en particular, el hecho de que en el laboratorio y el vestíbulo no se hallaran las huellas de pasos que sí se encuentran en el cuarto. Cuando transportaron a la señorita del laboratorio al castillo, si el colchón quedó un instante cerca de la ventana, habría podido permitir que el hombre escapara...

–¿Y qué más? ¿Y qué más? ¿Y qué más? – me soltó Rouletabille desde debajo de la cama, burlándose ostensiblemente.

Me sentí un poco ofendido:

–Realmente no lo sé... Todo parece posible...

–El juez de instrucción tuvo la misma idea, señor –dijo el tío Jacques–, y ordenó que examinaran cuidadosamente el colchón. Tuvo que reírse de su idea, señor, como se ríe su amigo ahora, ¡porque no se trataba de un colchón con doble fondo!... Y además, sabe, si hubiera habido un hombre en el colchón lo habríamos visto...

Yo mismo tuve que reírme y después comprobé, en efecto, que había dicho algo absurdo. Pero, ¡cuáles eran los límites de lo absurdo en un caso semejante!

Sólo mi amigo era capaz de decirlo, ¡y hasta cierto punto!...

–Dígame –exclamó el reportero, siempre debajo de la cama–, ¿alguien movió la estera?

–Nosotros mismos, señor –explicó el tío Jacques. Como no encontramos al asesino, nos preguntamos si no habría un agujero en el parque...

–No lo hay –respondió Rouletabille. ¿Tienen un sótano?

–No, no hay sótano... Pero eso no detuvo nuestra búsqueda y tampoco evitó que el señor juez y, sobre todo su secretario estudiaran el parqué, tabla por tabla, como si efectivamente hubiera un sótano debajo...

Entonces reapareció el reportero. Sus ojos brillaban, su nariz palpitaba; parecía un animal joven de regreso de un acecho exitoso... Se quedó en cuatro patas. A decir verdad, no pude evitar compararlo interiormente con un admirable animal de caza sobre la pista de alguna sorprendente presa... Y olfateó los pasos del hombre, del hombre que había jurado llevar ante su amo, el director de L'Époque, ¡porque no debemos olvidar que nuestro Joseph Rouletabille era periodista!

Así, a gatas, recorrió los cuatro rincones de la habitación, escudriñándolo todo, inspeccionado todo lo que veíamos, que era poco, y ' todo lo que no veíamos, que era, al parecer, inmenso.

El tocador era una simple mesita con cuatro patas, que era imposible transformar en un escondite pasajero... No había armario (la señorita Stangerson tenía su guardarropas en el castillo).

La nariz y las manos de Rouletabille subían por las paredes, que eran de ladrillo macizo. Cuando hubo terminado con las paredes y pasado sus dedos ágiles por toda la superficie del papel amarillo, hasta llegar al cielo raso –que pudo alcanzar subido a una silla que había colocado sobre el tocador, ingeniosa escalerilla que arrastró por toda la habitación–, y una vez que hubo terminado con el cielo raso, donde examinó cuidadosamente la marca de la otra bala, se acercó a la ventana, para seguir con los barrotes y los postigos, todos muy sólidos e intactos. Finalmente, lanzó un ¡uf! de satisfacción y declaró que ¡ahora estaba tranquilo!

–¿Y bien? ¿Todavía duda de que la pobre señorita estaba encerrada cuando nos la asesinaron? ¡Cuando nos pedía auxilio!... –gimió el tío Jacques.

–No –dijo el joven reportero secándose la frente. Doy fe de que el "cuarto amarillo" estaba cerrado como una caja fuerte...

–De hecho –acoté–, por eso mismo este misterio es el más sorprendente que conozco, incluso en el campo de la imaginación. En "Los crímenes de la calle Morgue", Edgar Poe no inventó nada parecido. El lugar del atentado estaba lo suficientemente cerrado para que no pudiera escapar un hombre, pero contaba al menos con esa ventana por la que podía deslizarse el autor de los asesinatos, que era un mono... Pero aquí no hay ningún tipo de abertura. Cerrados como estaban la puerta, los postigos y las ventanas, ¡ni una mosca podía entrar o salir!

–¡Es verdad! ¡Es verdad! – asintió Rouletabille, quien seguía secándose la frente, que parecía transpirar no tanto por el reciente esfuerzo físico como por la agitación de sus pensamientos. ¡Es verdad! ¡Es el más hermoso, enorme y curioso de los misterios!...

–Ni el Animalito de Dios –gruñó el tío Jacques–, ni el mismísimo Animalito de Dios, de haber cometido el crimen, hubiera podido y escapar. ¡Escuchen!... ¿Lo oyen?... ¡Silencio!...

El tío Jacques nos hacía señas de que nos calláramos y, con el brazo extendido hacia la pared, hacia el bosque cercano, escuchaba algo que nosotros no oíamos.

–Se fue –terminó por decir. Tendré que matarlo... Es demasiado siniestro ese animal..., pero es el Animalito de Dios; va a rezar todas las noches a la tumba de Santa Genoveva, y nadie se atreve a tocarlo por miedo de que la tía Agenoux le eche un maleficio...

–¿De qué tamaño es el Animalito de Dios?

–Más o menos como un sabueso grande... Estoy hablando de un monstruo. ¡Ay! Más de una vez me pregunté si no había sido él quien prendió de la garganta a nuestra pobre señorita con sus garras. Pero el, Animalito de Dios no usa zapatones, ni dispara con un revólver, ni tiene una mano como esa – exclamó el tío Jacques, señalándonos de nuevo la mano roja en la pared. Y, además, lo hubiéramos visto tan bien como a un hombre, y se hubiera quedado encerrado en el cuarto y en el pabellón igual que un hombre...

–Claro –dije. De lejos, antes de haber visto el "cuarto amarillo", yo también me había preguntado si el gato de la tía Agenoux...

–¡Usted también! – exclamó Rouletabille.

–¿Y usted? – le pregunté.

–Yo no, ni por un instante... ¡Desde que leí el artículo de Le Matin, supe que no se trataba de un animal! Ahora puedo jurar que aquí sucedió una terrible tragedia... Pero no nos ha hablado de la boina encontrada, ni del pañuelo, ¿eh, tío Jacques?

–Se los llevó el magistrado, naturalmente –dijo el otro, dudando.

El reportero añadió muy serio:

–Yo no he visto el pañuelo ni la boina, pero puedo decirle cómo son.

–¡Ah! Es usted muy listo... –y el tío Jacques tosió, incómodo.

–El pañuelo es grande, y azul con rayas rojas, y la boina es una vieja boina vasca, como esa –agregó Rouletabille señalando la que llevaba puesta el

hombre.

–¡Es cierto!... Usted es adivino...

Y el tío Jacques intentó reírse, pero no lo consiguió.

–¿Cómo sabe que el pañuelo es azul con rayas rojas?

¡Porque si no hubiera sido azul con rayas rojas no se habría encontrado ningún pañuelo!

Sin prestar más atención al tío Jacques, mi amigo sacó de su bolsillo una hoja de papel blanco, tomó una tijera, se inclinó sobre las huellas de pasos, apoyó su papel encima de una de ellas y comenzó a cortar. Así obtuvo una plantilla de papel de contorno muy preciso, que me entregó, rogándome que no la perdiera.

Después se volvió hacia la ventana y, señalando a Frédéric Larsan, que no había abandonado la orilla del estanque, le preguntó al tío Jacques si el policía también había venido a trabajar en el "cuarto amarillo".

–¡No! – respondió Robert Darzac, quien no había pronunciado palabra desde que Rouletabille le diera el pedacito de papel chamuscado. ¡Pretende que no necesita ver el "cuarto amarillo", que el asesino salió del "cuarto amarillo" de una forma muy natural, y que lo demostrará esta noche!

Al oír a Roben Darzac hablar así, Rouletabille –cosa extraordinaria – palideció.

–¿Sabrá Frédéric Larsan la verdad que yo sólo presiento? – murmuró. Frédéric– Larsan es muy hábil..., muy hábil..., y lo admiro... Pero hoy se trata de hacer algo más que una investigación policial... ¡Más de lo que enseña la experiencia!... ¡Se trata de ser lógico, pero lógico, compréndanme bien, como Dios fue lógico cuando dijo: dos más dos es igual a cuatro! ¡Se trata de empuñar la Razón por el extremo correcto!

Y el reportero se precipitó afuera, enloquecido por la idea de que el famoso gran Fred pudiera encontrar, antes que él, la solución del problema del "cuarto amarillo".

Logré alcanzarlo en la entrada del pabellón.

–¡Vamos! – le dije. ¡Cálmese!... ¿Acaso no está contento?

–Sí –me confesó con un gran suspiro. Estoy muy contento.

Descubrí muchas cosas...

–¿De orden moral o de orden material?

–Algunas de orden moral y una de orden material. Fíjese, esto, por

ejemplo.

Y, rápidamente, sacó del bolsillo de su chaleco una hoja de papel, que debió de haber guardado durante su expedición bajo la cama, y en cuyo pliegue había colocado un cabello rubio de mujer.

## **8. EL JUEZ DE INSTRUCCIÓN INTERROGA A LA SEÑORITA STANGERSON**

Cinco minutos más tarde, mientras Joseph Rouletabille se inclinaba sobre las huellas de pasos descubiertas en el parque al pie de la ventana del vestíbulo, un hombre, que debía ser un criado del castillo, llegó hasta donde estábamos, dando grandes zancadas, y le gritó a Robert Darzac, que bajaba del pabellón:

–Señor Darzac, ¿sabe que el juez de instrucción está interrogando a la señorita?

Robert Darzac nos dio una vaga excusa y salió corriendo en dirección al castillo; el hombre echó a correr detrás de él.

–Si el cadáver habla –dije–, esto va a ponerse interesante.

–Tenemos que enterarnos –dijo mi amigo. Vamos al castillo.

Y me arrastró. Pero, en el castillo, un gendarme apostado en el vestíbulo nos prohibió el acceso a la escalera del primer piso. Tuvimos que esperar.

Durante ese tiempo, esto sucedía en la habitación de la víctima. El médico de la familia, al comprobar que la señorita Stangerson se encontraba mucho mejor, pero temiendo una recaída fatal que no permitiría volver a interrogarla, creyó que era su deber avisar al juez de instrucción... Y este había decidido proceder inmediatamente a un breve interrogatorio. A este interrogatorio asistieron el señor de Marquet, el secretario, el señor Stangerson y el médico. Más tarde, durante el proceso, logré procurarme el texto de dicho interrogatorio. Helo aquí, en toda su jurídica sequedad:

Pregunta. – Señorita, ¿es capaz de darnos algunos detalles del horrible atentado del que ha sido víctima sin fatigarse demasiado?

Respuesta. – Me siento mucho mejor, señor, y voy a decirle lo que sé. No noté nada anormal cuando entré en mi habitación...

P. – Perdón, señorita. Si me lo permite, voy a hacerle unas preguntas y usted las responderá. Eso la cansará menos que un largo relato.

R. – Como diga, señor.

P.– ¿Cómo empleó usted el tiempo aquel día? Quisiera que sea lo más precisa y meticulosa posible. Si no es demasiado pedir, señorita, me gustaría reconstruir cada uno de sus movimientos de aquel día.

R. – Me levanté tarde, a las diez, por que la noche anterior mi padre y yo habíamos vuelto tarde, ya que habíamos asistido a la cena y a la recepción ofrecidas por el presidente de la República, en honor de los delegados de la Academia de Ciencias de Filadelfia. Cuando salí de mi habitación, a las diez y media, mi padre ya estaba trabajando en el laboratorio. Trabajamos juntos hasta el mediodía; dimos un paseo de una media hora por el parque; almorzamos en el castillo. Media hora de paseo hasta la una y media, como todos los días. Después, mi padre y yo regresamos al laboratorio. Allí nos encontramos con mi doncella, que acababa de arreglar mi cuarto. Yo entro al "cuarto amarillo" para encargarle algunas cosas sin importancia a esta empleada, que sale del pabellón enseguida, y retomo el trabajo con mi padre. A las cinco, salimos del pabellón para dar otro paseo y para tomar el té.

P.–Antes de salir, a las cinco, ¿volvió a entrar a su cuarto?

R. – No, señor. Mi padre entró en él, porque le pedí que me trajera el sombrero.

P.– ¿Y no vio nada sospechoso?

Señor Stangerson. – Claro que no, señor.

P.–Además, es casi seguro que el asesino todavía no estaba debajo de la cama en ese momento. Cuando salieron, ¿la puerta de la habitación quedó cerrada con llave?

Señorita Stangerson. – No. No teníamos ninguna razón para hacerlo...

P. – A partir de ese momento, ¿cuánto tiempo estuvieron el señor Stangerson y usted fuera del pabellón?

R.–Más o menos una hora.

P.–Sin lugar a dudas, fue en el transcurso de esa hora cuando el asesino se introdujo en el pabellón. ¿Pero cómo? No lo sabemos. Se han encontrado, en el parque, huellas de pasos que se alejan de la ventana del vestíbulo, pero no se ven pasos que se acerquen. ¿La ventana del vestíbulo estaba abierta cuando salió con su padre?

R. – No me acuerdo.

Señor Stangerson. – Estaba cerrada.

P. – ¿Y cuando volvieron?

Señorita Stangerson. – No presté atención.

Señor Stangerson. – Seguía cerrada... Lo recuerdo; muy bien porque, al regresar, dije en voz alta: "¡La verdad es que el tío Jacques la podía haber abierto en nuestra ausencia!...".

P.–¡Qué extraño, qué extraño! Recuerde, señor Stangerson, que el tío Jacques, mientras estaban afuera y antes de irse, la había abierto. Entonces volvieron a las seis al laboratorio y reanudaron su trabajo.

Señorita Stangerson. – Sí, señor.

P.–¿Y no volvió a abandonar el laboratorio desde esa hora hasta el momento en que entró a su habitación?

Señor Stangerson. – Ni mi hija ni yo, señor. Teníamos un trabajo tan urgente, que no perdíamos ni un minuto. Hasta tal punto que desatendíamos todo lo demás.

P.–¿Cenaron en el laboratorio?

R.–Sí, por la misma razón.

P.–¿Acostumbran cenar en el laboratorio?

R.–Muy pocas veces.

P.–¿Podía saber el asesino que esa noche cena– E rían en el laboratorio?

Señor Stangerson. – Por Dios, señor, no lo creo... Fue al volver al pabellón, a eso de las seis, cuando tomé la decisión de que mi hija y yo cenáramos en el laboratorio. En ese momento, se nos acercó el guardabosque, quien me retuvo un instante para pedirme que lo acompañara en una inspección urgente por el lado del bosque que yo había decidido talar. No podía hacerlo y pospuse la tarea para el día siguiente, y entonces le pedí al guardabosque, que tenía que pasar por el castillo, que le avisara al mayordomo que cenaríamos en el laboratorio. El guardabosque se despidió para llevar mi recado, y yo me reuní con mi hija, a quien le había dado la llave del pabellón y que, a su vez, la había dejado en la puerta del lado de afuera. Mi hija ya estaba trabajando.

P.–Señorita, mientras su padre seguía trabajando, ¿a qué hora entró en su habitación?

Señorita Stangerson. – A las doce de la noche.

P.–¿Entró el tío Jacques en el "cuarto amarillo" en el transcurso de la noche?

R.–Para cerrar los postigos y encender la mariposa, como todas las noches...



P.–¿No advirtió nada sospechoso?

R.–Nos lo habría dicho. El tío Jacques es un buen hombre que me quiere mucho.

P.–Señor Stangerson, ¿afirma usted que el tío Jacques no volvió a salir del laboratorio y que se quedó todo el tiempo con usted?

Señor Stangerson. – Estoy seguro. No tengo ninguna duda al respecto.

P.–Señorita, cuando entró en su habitación, cerró inmediatamente la puerta con llave y cerrojo.

Son muchas precauciones, sabiendo que su padre; y su criado estaban allí. ¿Acaso temía usted algo?

R.–Mi padre no tardaría en regresar al castillo ni el tío Jacques en ir a acostarse. Y además, efectivamente, algo temía.

P.–¿Y tanto temía ese algo que tomó prestado el revólver del tío Jacques sin decírselo?

R.–Es verdad, no quería asustar a nadie, principalmente porque mis temores podían resultar pueriles.

P.–¿Y qué era lo que temía?

R.–No sabría decírselo exactamente. Desde hacía varias noches, me parecía oír en el parque y fuera de él, alrededor del pabellón, ruidos insólitos y, a veces, pasos o crujidos de ramas. La noche que precedió al atentado, en que no me acosté hasta las tres de la mañana, de vuelta del Elíseo, me quedé un instante en la ventana y me pareció ver unas sombras...

P.–¿Cuántas sombras?

R.–Dos sombras que daban vueltas alrededor del estanque... Después, la luna se escondió y no vi nada más. Otros años, en esta época, ya he vuelto a mis aposentos en el castillo, donde reanudo mis costumbres de invierno; pero este año me había propuesto no abandonar el pabellón hasta que mi padre hubiera terminado el resumen de sus trabajos sobre La disociación de la materia para la Academia de Ciencias. No quería que esta importante obra, que estaría terminada en unos días, fuera demorada por cualquier cambio de nuestras costumbres cotidianas. Comprenderá que no haya hablado con mi padre de mis temores infantiles y que los ocultara al tío Jacques, quien no habría podido contener su lengua. Sea como fuera, yo sabía que el tío Jacques tenía un revólver en el cajón de su mesa de noche, así que aproveché un momento en que el buen hombre se ausentó durante el día para subir rápidamente al desván y tomar su arma, que guardé en el cajón de mi propia mesa.

P.–¿Tiene usted algún enemigo?

R.–Ninguno.

P.–Comprenderá, señorita, que precauciones tan excepcionales sorprenden a cualquiera.

Señor Stangerson. – Es cierto, hija, son precauciones muy sorprendentes.

R.–No; les digo que hacía dos noches que no me sentía nada tranquila.

Señor Stangerson. – Tendrías que habérmelo dicho. Es imperdonable. ¡Habríamos evitado una desgracia!

P.–Una vez cerrada la puerta del "cuarto amarillo", ¿se acuesta usted, señorita?

R.–Sí, y como estoy muy cansada, me duermo en seguida.

P.–¿La mariposa seguía encendida?

R.–Sí; pero emitía una luz muy tenue...

P.–Entonces, señorita, díganos lo que ocurrió.

R.–No sé si hacía mucho tiempo que dormía, pero de pronto me despierto... Doy un fuerte grito...

Señor Stangerson. – Sí, un grito horrible... ¡Al asesino!... Todavía lo tengo en mis oídos...

P.–Da usted un fuerte grito...

R.–Había un hombre en mi cuarto. Se abalanzó sobre mí, me puso las manos en la garganta e intentó estrangularme. Ya me estaba ahogando cuando, de pronto, mi mano logra sacar, del cajón entreabierto de mi mesa de luz, el revólver que había puesto allí y que estaba listo para disparar. En ese momento, el hombre me tira de la cama y blande sobre mi cabeza una especie de maza, pero yo disparé. En seguida, sentí un rudo golpe, un golpe terrible en la cabeza. Todo esto, señor juez, fue más rápido de lo que puedo decir, y ya no sé nada más.

P.–¡Nada más!... ¿No tiene idea del modo en que el asesino pudo escaparse de su habitación?

R.–Ni idea... No sé nada más. ¡Uno no sabe lo que pasa a su alrededor cuando está muerto!

P.–¿El hombre era alto o bajo?

R.–Sólo vi una sombra que me pareció imponente.

P.–¿No nos puede dar algún indicio?

R.—Señor, no sé nada más; un hombre se abalanzó sobre mí, le disparé..., y no sé nada más.

Aquí termina el interrogatorio de la señorita Stangerson. Joseph Rouletabille esperó pacientemente a Robert Darzac. Este no tardó en aparecer.

Había escuchado el interrogatorio en una habitación vecina al cuarto de la señorita Stangerson y venía a contárselo a nuestro amigo con gran exactitud, gran memoria y una docilidad que me sorprendieron una vez más. Gracias a las notas apresuradas que tomó en un papel, pudo reproducir casi textualmente las preguntas y las respuestas.

A decir verdad, el señor Darzac parecía el secretario de mi joven amigo y actuaba en todo como alguien que no puede negarle nada; o mejor aún, como alguien que trabajara para él.

El hecho de la ventana cerrada impresionó mucho al reportero, como había impresionado al juez de instrucción. Además, Rouletabille le pidió al señor Darzac que le repitiera cómo había empleado el tiempo la señorita Stangerson el día del drama, tal como la señorita Stangerson y su padre lo habían declarado ante el juez. La circunstancia de la cena en el laboratorio pareció interesarle muchísimo, y se lo hizo repetir dos veces, para estar más seguro de que únicamente el guardabosque sabía que el profesor y su hija cenarían en el laboratorio, y de qué manera se había enterado de eso el guardabosque.

Cuando el señor Darzac se calló, yo dije:

—Este interrogatorio no echa mucha luz sobre el problema.

—Lo oscurece —afirmó el señor Darzac.

—Lo aclara —dijo, pensativo, Rouletabille.

## **9. REPORTERO Y POLICÍA**

Nos dirigimos los tres hacia el pabellón. A un centenar de metros del edificio, el reportero nos detuvo y, señalando un bosquecillo a nuestra derecha, nos dijo: —De allí salió el asesino para entrar al pabellón.

Como había otros del mismo tipo entre los grandes robles, le pregunté por qué el asesino había elegido ese y no cualquier otro; Rouletabille me respondió indicándome el sendero que pasaba cerca de aquel bosquecillo y que conducía a la puerta del pabellón.

—Como pueden ver, ese sendero está cubierto de grava —dijo. El hombre tiene que haber pasado por allí para ir al pabellón porque no hay huellas de sus

pasos de ida sobre la tierra blanda. Ese hombre no tiene alas. Caminó, pero lo hizo sobre la grava, que fue pisada por su calzado sin retener sus huellas: esa grava, en efecto, fue pisada por muchos otros pies, ya que el sendero es el más directo que hay entre el pabellón y el castillo. En cuanto al bosquecillo formado por esa especie de plantas que nunca mueren durante la estación fría –laureles y boneteros– proporcionó al asesino un refugio adecuado para esperar que llegara el momento de dirigirse al pabellón. Oculto en la espesura, el hombre vio salir al señor y a la señorita Stangerson, y después al tío Jacques. La grava se extiende hasta la ventana, o casi, del vestíbulo. Una pisada del hombre, paralela a la pared, que advertimos hace un rato y que yo ya había visto, prueba que, con una sola zancada, él se encontró frente a la ventana del vestíbulo, que el tío Jacques había dejado abierta. Entonces, el hombre apoyó las manos en la ventana y, alzándose sobre ellas, penetró en el vestíbulo.

–Después de todo, es muy posible –dije.

–¿Cómo después de todo? ¿Cómo después de todo?... –exclamó Rouletabille, súbitamente presa de una furia que yo había desencadenado sin quererlo. –¿Por qué dice: "después de todo, es muy posible"?

Le rogué que no se enojara, pero ya lo estaba demasiado para escucharme, y declaró que admiraba la duda con la que ciertas personas (como yo) abordaban superficialmente los problemas más simples, sin arriesgarse nunca a decir: "es así" o "no es así"; de tal modo que su inteligencia llegaba exactamente al mismo resultado que habría obtenido si la naturaleza se hubiera olvidado de rellenar su cavidad craneana con un poco de materia gris. Como me mostré ofendido, mi joven amigo me tomó del brazo y me aseguró "que no lo había dicho por mí, ya que me estimaba de modo especial".

–Pero, en fin –prosiguió–, ¡a veces es criminal no llegar a conclusiones seguras, cuando se puede! ¡Si no saco conclusiones, como lo hago, a partir de esa grava, tendré que hacerlo a partir de un globo! Querido amigo, la ciencia de la aerostática dirigible todavía no está lo suficientemente desarrollada como para que haga entrar en el juego de mis reflexiones al asesino que cae del cielo. Así que no diga que una cosa es posible, cuando es imposible que sea de otra manera. Ahora sabemos cómo entró el hombre por la ventana y también sabemos en qué momento lo hizo. Entró durante el paseo de las cinco. El hecho de que la doncella, que acaba de arreglar el "cuarto amarillo", esté presente en el laboratorio al regresar el profesor y su hija, a la una y media, nos permite afirmar que, a la una y media, el asesino no estaba en el cuarto, debajo de la cama, a menos que la doncella sea cómplice. ¿Qué piensa usted, señor Darzac?

Robert Darzac sacudió la cabeza, declaró que estaba seguro de la fidelidad

de la doncella de la señorita Stangerson, y que era una criada muy honesta y abnegada.

–Y además, a las cinco, el señor Stangerson entró en el cuarto para buscar el sombrero de su hija... –añadió.

–También tenemos eso –dijo Rouletabille.

–Así que el hombre entró, cuando usted dice, por esta ventana –dije. Lo admito, pero ¿por qué volvió a cerrar la ventana, lo cual necesariamente iba a atraer la atención de los que la habían dejado abierta?

–Puede que la ventana no se haya cerrado enseguida –me respondió el joven reportero. Pero si volvió a cerrar la ventana, lo hizo a causa del recodo que hace el camino cubierto de grava, a veinticinco metros del pabellón, y a causa de los tres robles que se alzan en ese lugar.

–¿Qué quiere usted decir? – preguntó Robert Darzac, que nos había seguido y escuchaba a Rouletabille con una atención casi anhelante.

–Después se lo explicaré, señor, cuando considere que ha llegado el momento; pero no creo haber pronunciado palabras más importantes sobre este caso, si mi hipótesis se confirma.

–¿Y cuál es su hipótesis?

–Nunca la sabrá si no se confirma. Veá, es una hipótesis muy grave como para que la revele en tanto no sea más que una hipótesis.

–¿Tiene, por lo menos, alguna pista sobre el asesino?

–No, señor, no sé quién es el asesino, pero no tema, señor Darzac, lo sabré.

Pude observar que Robert Darzac estaba muy alterado y sospeché que la afirmación de Rouletabille no le gustó en absoluto. Entonces, si realmente temía que se descubriera al asesino, ¿por qué (me preguntaba a mí mismo), por qué ayudaba al reportero a encontrarlo? Mi joven amigo pareció tener la misma impresión que yo y dijo brutalmente:

–¿No le molestará, señor Darzac, que descubra al asesino?

–¡Ah! ¡Lo mataría con mis propias manos! – exclamó el prometido de la señorita Stangerson con una energía que me asombró.

–¡Le creo! – dijo gravemente Rouletabille. Pero no ha contestado a mi pregunta.

Pasábamos cerca del bosquecillo del que nos había hablado el joven reportero hacía un instante; entré en él y le mostré las huellas evidentes del paso de un hombre que se había escondido allí. Rouletabille tenía razón una vez más.

–¡Pero claro que sí! – dijo. Estamos tratando con un hombre de carne y hueso, que no dispone de más medios que nosotros, ¡y todo esto terminará por aclararse!

Dicho esto, me pidió la plantilla de papel que me había confiado y la apoyó sobre una huella muy clara, en el fondo del bosquecillo. Luego se incorporó, diciendo:

–¡Caramba!

Yo creía que, entonces, iba a seguir la pista de los pasos del asesino que huía desde la ventana del vestíbulo, pero nos llevó bastante lejos, hacia la izquierda, diciéndonos que era inútil meter la nariz en ese lodo y que ahora estaba seguro del camino que el asesino había seguido en su fuga.

–Fue hasta el final de la pared, a cincuenta metros de allí, y después saltó el seto y la fosa; miren, justo enfrente de ese pequeño sendero que lleva al estanque. Es el camino más rápido para salir de la propiedad e ir al estanque.

–¿Cómo sabe que fue al estanque?

–Porque Frédéric Larsan no abandonó la orilla desde esta mañana.

Debe haber allí muchos indicios curiosos.

Unos minutos después, nos encontrábamos cerca del estanque.

Era una pequeña capa de agua pantanosa, rodeada de cañaverales, y sobre la cual todavía flotaban algunas hojas muertas de nenúfar. Probablemente, el gran Fred nos vio llegar, pero era posible que le interesáramos muy poco, porque apenas nos prestó atención y siguió removiéndolo con la punta de su bastón algo que nosotros no veíamos.

–Fíjense –dijo Rouletabille–, ahí están de nuevo los pasos del hombre que huía; aquí dan vuelta al estanque, vuelven y finalmente desaparecen cerca del estanque, justo delante de ese sendero que conduce a la carretera principal de Épinay. El hombre prosiguió su huida hacia París...

–¿Qué le hace creer eso –lo interrumpí–, si no hay más pasos del hombre en el sendero?

–¿Qué es lo que me hace creer eso? ¡Estos pasos, estos pasos que yo esperaba encontrar! – exclamó, señalando la huella muy nítida de un calzado elegante. ¡Miren!...

E interpeló a Frédéric Larsan.

–¡Señor Fred! – gritó. Aquellos pasos elegantes en la carretera están allí desde que se descubrió el crimen, ¿no es cierto?

–Sí, joven; sí, han sido cuidadosamente relevados –respondió Fred sin

levantar la cabeza. Ya ven, hay pasos que vienen y hay pasos que se van...

–¡Porque ese hombre tenía una bicicleta! – exclamó el reportero.

En ese momento, después de haber observado las huellas de la bicicleta que seguían, de ida y de vuelta, los pasos elegantes, creí que había comprendido.

–La bicicleta explica la desaparición de los pasos toscos del asesino –dije. El asesino de los zapatos toscos subió a la bicicleta... Su cómplice, el hombre de pasos elegantes, había venido a esperarlo en la orilla del estanque con la bicicleta. ¿Podemos suponer que el asesino actuaba instigado por el hombre de pasos elegantes?

–¡No! ¡No! – replicó Rouletabille con una extraña sonrisa. Yo esperaba encontrar esos pasos desde el principio del caso. Ahora que los tengo, no voy a dejarlos. ¡Son los pasos del asesino!

–Y los otros, los pasos toscos, ¿qué dice usted de ellos?

–También son los pasos del asesino.

–Entonces, ¿hay dos?

–¡No! Sólo hay uno y no tuvo cómplices...

–¡Muy astuto! ¡Muy astuto! – gritó Larsan desde donde estaba.

–Fíjense –prosiguió el joven reportero, mostrándonos la tierra removida por unos tacones toscos–; el hombre se sentó allí y se quitó los zapatones que se había puesto para engañar a la justicia; después, llevándolos sin duda consigo, se puso de pie sobre sus propios zapatos y, tranquilamente, volvió andando a la carretera principal, llevando la bicicleta con la mano. No podía arriesgarse a ir en bicicleta por ese sendero tan accidentado. Además, lo demuestra la marca ligera y vacilante de las ruedas en el sendero, a pesar de lo blando del suelo. Si hubiera habido un hombre montado sobre la bicicleta, las ruedas habrían penetrado profundamente en el suelo... No, no, allí había un solo hombre: ¡el asesino, y a pie!

–¡Bravo! ¡Bravo! – volvió a decir el gran Fred, quien, de repente, vino hacia nosotros, se plantó delante de Robert Darzac y le dijo:

–Si tuviéramos una bicicleta aquí..., podríamos demostrar la exactitud del razonamiento de este joven, señor Darzac... ¿Usted sabe si hay alguna en el castillo?

–¡No! – respondió Darzac. No hay: la mía la llevé a París hace cuatro días, la última vez que vine al castillo antes del crimen.

–¡Qué lástima! – replicó Fred con un tono extremadamente frío. Y,

volviéndose hacia Rouletabille, dijo:

–Si esto sigue así, verá que llegaremos los dos a las mismas conclusiones. ¿Tiene alguna idea acerca de la manera en que el asesino salió del "cuarto amarillo"?

–Sí –dijo mi amigo–, una idea...

–Yo también –prosiguió Fred. Y debe de ser la misma. No hay dos maneras de razonar en este caso. Espero la llegada de mi jefe para explicarme delante del juez.

–¡Ah! ¿Va a venir el jefe de la Sûreté?

–Sí, esta tarde, para realizar el careo, en el laboratorio, ante el juez de instrucción, de todos los que jugaron o pudieron jugar un papel en el drama. Será muy interesante. Es una pena que usted no pueda asistir. – Asistiré – afirmó Rouletabille.

–¡Realmente es usted extraordinario..., para su edad! – replicó el policía con un tono cargado de cierta ironía. Sería un excelente policía..., si tuviera un poco más de método..., si obedeciera menos a su instinto y a las protuberancias de su frente. Ya lo he observado varias veces, señor Rouletabille: usted razona demasiado... No se deja llevar lo suficiente por su capacidad de observación... ¿Qué me dice del pañuelo lleno de sangre y de la mano roja en la pared? Usted vio la mano roja en la pared; yo no vi más que el pañuelo... Dígame...–¡Bah! – dijo Rouletabille, un poco cortado. ¡El asesino fue herido en la mano por el revólver de la señorita Stangerson!

–¡Ah! Una observación brutal, instintiva... Tenga cuidado, su lógica es demasiado directa, señor Rouletabille; la lógica le jugará una mala pasada si la maltrata así. Son muchas las circunstancias en las que hay que tratarla suavemente, tomar distancia de ella... Señor Rouletabille, tiene razón cuando habla del revólver de la señorita Stangerson. Es verdad que la víctima disparó. Pero se equivoca cuando dice que hirió al asesino en la mano...

–¡Estoy seguro! – exclamó Rouletabille. Fred, imperturbable, lo interrumpió:

–¡Defecto de observación! ¡Defecto de observación!... El examen del pañuelo, las innumerables manchitas redondas y escarlatas, las impresiones de gotas que encuentro en la huella de los pasos, en el momento preciso en que el pie se posa en el suelo, me demuestran que el asesino no fue herido. ¡El asesino, señor Rouletabille, sangró por la nariz!

El gran Fred estaba serio. Sin embargo, no pude contener una exclamación.

El reportero miraba a Fred, quien miraba seriamente al reportero. Y Fred sacó enseguida una conclusión:



–El hombre que sangraba sobre su mano y su pañuelo, se limpió la mano en la pared. El detalle es muy importante –añadió–, ¡porque no es necesario que el asesino esté herido en la mano para ser el asesino!

Rouletabille pareció reflexionar profundamente y dijo:

–Hay algo, señor Frédéric Larsan, que es mucho más grave que maltratar a la lógica, y es esa tendencia propia de ciertos policías que les hace, con total buena fe, plegar suavemente esta lógica a las necesidades de sus concepciones. Usted ya tiene su propia teoría sobre el asesino, señor Fred, no puede negarlo..., y es necesario que su asesino no esté herido en la mano, porque si no, su teoría caería por tierra... Entonces usted buscó y encontró otra respuesta. Es un sistema muy peligroso, señor Fred, muy peligroso, el que consiste en partir de la idea que uno se hace del asesino para llegar a las pruebas que necesita... Eso podría llevarlo demasiado lejos... ¡Señor Fred, tenga cuidado del error judicial que lo acecha!

Y, riéndose un poco, con las manos en los bolsillos, ligeramente socarrón, Rouletabille clavó sus ojitos maliciosos en el gran Fred.

Frédéric Larsan miró en silencio a ese chiquilín que pretendía ser más listo que él; se encogió de hombros, nos saludó y se fue, dando grandes zancadas y golpeando las piedras del camino con su gran bastón.

Rouletabille lo miraba alejarse; después, el joven reportero se volvió hacia nosotros, con la cara alegre y ya triunfante:

–¡Lo venceré! – exclamó. Venceré al gran Fred, por más astuto que sea; los venceré a todos... ¡Rouletabille es más listo que todos ellos!... Y el gran Fred, el ilustre, el famoso, el extraordinario Fred..., el único Fred, ¡razona con los pies!... ¡Con los pies!... ¡Con los pies!

Y esbozó una pirueta; pero se detuvo súbitamente en medio de su coreografía... Mis ojos siguieron a los suyos; estaban clavados en Robert Darzac, quien, con el rostro desencajado, miraba en el sendero la huella de sus pasos, al lado de la de los pasos elegantes. ¡Eran idénticas!

Creímos que se iba a desmayar; sus ojos, agrandados por el espanto, esquivaron nuestra mirada un instante, mientras su mano derecha tironeaba, con un movimiento espasmódico, la barba que enmarcaba su honrado, dulce y desesperado rostro. Por fin, se controló, nos saludó, nos dijo con voz alterada que necesitaba regresar al castillo y se fue.

–¡Diablos! – dijo Rouletabille.

El reportero también parecía consternado. Sacó de su portafolios un trozo de papel blanco, como lo vi hacer anteriormente, y recortó con su tijera el contorno de los pies elegantes del asesino, cuyo modelo estaba allí, en la

tierra. Y después colocó esta nueva plantilla de papel sobre las huellas de los botines del señor Darzac. Se adaptaba perfectamente, y Rouletabille se incorporó, repitiendo:

–¡Diablos!

No me atrevía a pronunciar palabra, imaginando la gravedad de los pensamientos de Rouletabille en aquel momento.

–Sin embargo, creo que Robert Darzac es un hombre honesto... –dijo. Y me arrastró hacia la Posada del Torreón, que divisábamos a un kilómetro de allí, sobre la carretera, al lado de un grupo de árboles.

## 10. "AHORA HABRÁ QUE COMER CARNE ROJA"

La Posada del Torreón no tenía muy buen aspecto, pero me encantan esas casuchas con vigas ennegrecidas por el tiempo y el humo del hogar, esas posadas de la época de las diligencias, construcciones poco sólidas que pronto serán sólo un recuerdo. Ellas se apegan al pasado, están unidas a la historia, la continúan y hacen pensar en los viejos cuentos de caminantes, cuando se vivían aventuras viajando de un lugar a otro. En seguida noté que la Posada del Torreón tenía dos siglos cumplidos y quizás un poco más. Piedras y cascotes se habían desprendido aquí y allá de la fuerte armazón de madera, cuyas x y v seguían soportando gallardamente el vetusto tejado. Este se había deslizado ligeramente sobre sus soportes, como se desliza la gorra por la frente de un borracho. Sobre la puerta de entrada, un cartel de hierro chirriaba, movido por el viento otoñal. Un artista del lugar había pintado en él una especie de torre coronada por un techo puntiagudo y una linterna, tal como se veía en el castillo de Glandier. Debajo de este cartel, en el umbral, un hombre, de cara bastante desagradable, parecía sumido en pensamientos algo sombríos, a juzgar por los pliegues de su frente y el fruncido ceño de sus tupidas cejas.

Cuando estuvimos cerca de él, se dignó mirarnos y nos preguntó de manera poco agradable si necesitábamos algo. No había duda de que era el poco amable dueño de aquella encantadora residencia. Cuando le manifestamos nuestro deseo de que nos sirviera el almuerzo, nos confesó que no tenía provisiones y que le resultaría difícil satisfacerlos; y, luego de decir esto, se quedó mirándonos con una desconfianza que yo no lograba comprender.

–Puede recibirnos –dijo Rouletabille–; no somos policías.

–No le tengo miedo a la policía –respondió el hombre–; no le tengo miedo a nadie.

Yo le hacía señas a mi amigo para hacerle entender que sería mejor no insistir; pero mi amigo, que evidentemente tenía interés en entrar a la posada, se deslizó por debajo del hombro del posadero y apareció en la sala.

–Venga –dijo–, se está muy bien aquí.

Efectivamente, un gran fuego de leña ardía en la chimenea. Nos acercamos y tendimos nuestras manos al calor del hogar, pues aquella mañana ya se dejaba sentir el invierno. La pieza era bastante grande; dos gruesas mesas de madera, algunos taburetes y un mostrador, donde se alineaban botellas de jarabe y de alcohol, constituían su único mobiliario. Tres ventanas daban a la carretera. Un anuncio en la pared, con una joven parisina que alzaba descaradamente su vaso, alababa las virtudes aperitivas de un nuevo vermú. En la repisa de la alta chimenea, el posadero había dispuesto una gran cantidad de jarros, y vasijas de barro y de cerámica.

–Hermosa chimenea para asar un pollo –dijo Rouletabille.

–No tenemos pollo –dijo el anfitrión–; ni siquiera un maldito conejo.

–Ya sé –replicó mi amigo con tono socarrón–; ya sé que ahora habrá que comer carne roja.

Debo confesar que yo no entendía nada de la frase de Rouletabille. ¿Por qué le decía a aquel hombre: "Ahora habrá que comer carne roja"? ¿Y por qué el posadero, no bien oyó esta frase, dejó escapar una maldición que reprimió en seguida y se puso a nuestra disposición tan dócilmente como Robert Darzac cuando oyó las fatídicas palabras: "La rectoría no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor"? Decididamente, mi amigo tenía el don de hacerse entender por la gente mediante frases absolutamente incomprensibles. Le hice esta observación y se sonrió. Hubiera preferido que se dignara darme alguna explicación, pero se puso un dedo en los labios, lo que significaba, evidentemente, no sólo que no podía hablar, sino que me recomendaba hacer silencio. Mientras tanto, el hombre, después de empujar una pequeña puerta, había gritado que le trajeran media docena de huevos y "el trozo de solomillo". El encargo fue ejecutado de inmediato por una mujer joven, muy complaciente, de admirable cabellera rubia, cuyos hermosos y grandes ojos dulces nos miraron con curiosidad. El posadero le dijo con voz ruda:

–¡Vete! ¡Y no quiero verte por aquí si viene el Hombre Verde!

Y ella desapareció. Rouletabille se apoderó de los huevos que le traían en un bol y de la carne que le sirvieron en una bandeja; colocó todo con precaución a su lado, en la chimenea, desenganchó una sartén y una parrilla que estaban colgadas en el hogar y comenzó a batir nuestra omelette mientras esperaba que la parrilla se calentara. Después, le pidió al hombre dos buenas

botellas de sidra y parecía prestar tan poca atención al posadero como el posadero a él. El hombre de a ratos se lo comía con los ojos y de a ratos me miraba a mí, con una ansiedad que intentaba en vano disimular. Dejó que nos preparáramos la comida y puso nuestros cubiertos cerca de una ventana.

De pronto lo oí murmurar:

—¡Ah! ¡Ahí está!

Y, con los rasgos alterados, que expresaban un odio atroz, se apostó en la ventana mirando hacia la carretera. No fue necesario prevenir a Rouletabille. El joven ya había soltado su omelette y se unía al posadero en la ventana. Yo también fui.

Un hombre, completamente vestido de terciopelo verde y con la cabeza cubierta por una gorra redonda del mismo color, avanzaba con pasos tranquilos por la carretera, fumando su pipa. Llevaba una escopeta en bandolera y sus movimientos demostraban una soltura casi aristocrática. El hombre frisaba los cuarenta y cinco años. Tenía el pelo y el bigote de color gris. Era notablemente buen mozo. Llevaba quevedos. Cuando pasó cerca de la posada, pareció dudar y preguntarse si entraría o no, miró hacia donde estábamos, dejó escapar unas bocanadas con su pipa y continuó su paseo con el mismo andar insolente. Rouletabille y yo miramos al posadero. Sus ojos fulgurantes, sus puños cerrados y el temblor de sus labios nos informaron de los sentimientos tumultuosos que lo agitaban.

—¡Hizo bien en no entrar hoy! — susurró.

—¿Quién es ese hombre? — preguntó Rouletabille, regresando a su omelette.

¡El Hombre Verde! — gruñó el posadero. ¿No lo conocen? Mejor para ustedes. No es buena compañía... Pues bien, es el guardabosque del señor Stangerson.

—Usted no parece quererlo demasiado... —dijo Rouletabille, mientras echaba en la sartén los huevos para la omelette.

—Nadie lo quiere por aquí, señor. Es un soberbio; debió poseer fortuna hace tiempo y no le perdona al mundo tener que trabajar como criado para vivir. ¡Porque un guardabosque es un sirviente como cualquier otro! ¿No es cierto? ¡Les juro que parece que él fuera el amo del Glandier, como si todas las tierras y los bosques le pertenecieran! ¡Es capaz de no permitir que un pobre caminante meriende un poco de pan sobre el pasto, sobre su pasto!

—¿Viene alguna vez por aquí?

—Viene demasiado. Pero le haré entender que no soporto su cara. ¡Hace tan sólo un mes, no me molestaba! ¡La Posada del Torreón nunca antes había existido para él!... ¡No tenía tiempo! Debía hacerle la corte a la posadera de

los Tres Lirios, de Saint–Michel. Ahora que se peleó con ella, busca matar el tiempo en otro lado... Es un mujeriego, un depravado, un mal tipo... No hay un solo hombre honrado que pueda soportarlo a ese... Fíjese, los caseros del castillo no podían ver ni pintado al Hombre Verde.

–Entonces, ¿los caseros del castillo son gente honrada, señor posadero?

–Llámeme tío Mathieu; ese es mi nombre... Y bien, sí, señor, los considero honestos, como que me llamo Mathieu. – Sin embargo, los han detenido.

–¿Eso qué prueba? Pero yo no me quiero meter en asuntos ajenos...

–¿Y qué piensa usted del asesinato?

–¿Del asesinato de esa pobre señorita? Vamos, que es una buena muchacha, y que todos la querían mucho en el lugar. ¿Lo que yo pienso?

–Sí, lo que usted piensa.

–Nada..., y muchas cosas... Pero es asunto mío, a nadie le importa...

–¿Ni siquiera a mí? – insistió Rouletabille.

–Ni siquiera a usted...

La omelette estaba lista; nos sentamos a la mesa y estábamos comiendo en silencio cuando se abrió la puerta y apareció en el umbral una anciana, vestida con harapos, apoyada sobre un bastón, con la cabeza vacilante y mechones de cabello blanco que le caían en desorden sobre la frente mugrienta.

–¡Ah! ¡Aquí está, tía Agenoux! Hacía tiempo que no la veíamos –dijo nuestro anfitrión.

–Estuve muy enferma, a punto de morir –dijo la anciana. ¿Tendría algunas sobras para el Animalito de Dios?

Y entró en la posada, seguida por un gato enorme, de un tamaño tal como nunca imaginé que pudiera existir. El animal nos miró y lanzó un maullido tan desesperado que me dio un escalofrío. Nunca había oído un grito tan lúgubre.

Como atraído por el grito, un hombre entró detrás de la anciana. Era el Hombre Verde. Nos saludó llevándose la mano a la gorra y se sentó a la mesa vecina a la nuestra.

–Deme un vaso de sidra, tío Mathieu.

Cuando el Hombre Verde entró, el tío Mathieu estuvo a punto de abalanzarse sobre el recién llegado; pero, con un esfuerzo visible, se contuvo y le respondió:

–Ya no hay sidra, les di las últimas botellas a estos señores.

–Entonces deme un vaso de vino blanco –dijo el Hombre Verde, sin molestarse.

–No hay vino blanco, ¡no hay nada!

El tío Mathieu repitió con voz sorda:

–¡No hay nada!

–¿Cómo está la señora Mathieu?

Ante esta pregunta del Hombre Verde, el posadero apretó los puños, se volvió hacia él con tanto odio pintado en el rostro que pensé que iba a pegarle, y después dijo:

–Está bien, gracias.

De modo que la joven mujer de grandes ojos dulces que habíamos visto poco antes era la esposa de ese patán repugnante y brutal, cuyos defectos físicos parecían estar dominados por ese defecto moral que son los celos.

El posadero salió de la sala dando un portazo. La tía Agenoux seguía ahí, de pie, apoyada en su bastón y con el gato entre sus faldas.

El Hombre Verde le preguntó:

–¿Estuvo enferma, tía Agenoux, que no la hemos visto desde hace casi ocho días?

–Sí, señor guardabosque. Sólo me levanté tres veces para ir a rezarle a santa Genoveva, nuestra buena patrona, y el resto del tiempo me quedé acostada en mi camastro. ¡No he tenido más que al Animalito de Dios para que me cuidara!

–¿No la dejó sola?

–Ni de día ni de noche.

–¿Está segura?

–Como de que existe el paraíso.

–Entonces, ¿cómo es posible, tía Agenoux, que el grito del Animalito de Dios se oyera durante toda la noche del crimen?

La tía Agenoux fue a plantarse delante del guardabosque y golpeó el suelo con su bastón:

–No sé nada de nada. Pero, ¿quiere que le diga una cosa? No hay dos animales en este mundo que tengan ese grito... Pues bien, yo también, la noche del crimen, oí afuera el grito del Animalito de Dios; y, sin embargo, estaba en mi falda, señor guardabosque, y no maulló ni una sola vez, se lo juro. Cuando

oí eso, ¡me persigné como si estuviera oyendo al diablo!

Yo estaba mirando al guardabosque cuando hizo esta última pregunta y, o me equivoco mucho, o sorprendí en sus labios una malvada sonrisa socarrona.

En ese momento, llegó hasta nosotros el ruido de una agitada discusión. Incluso creímos percibir golpes sordos, como si le estuvieran pegando a alguien. El Hombre Verde se levantó y corrió, decidido, hacia la puerta que estaba al lado del hogar, pero esta se abrió y apareció el posadero, que le dijo al guardabosque:

–¡No se asuste, señor guardabosque, es que a mi mujer le duelen los dientes! – Y se rio.

–Tome, tía Agenoux, aquí tiene bofe para su gato.

–¿No piensa servirme nada? – le preguntó el Hombre Verde. El tío Mathieu ya no pudo contener su odio:

–¡No hay nada para usted! ¡Nada para usted! ¡Váyase!...

El Hombre Verde llenó su pipa con calma, la encendió, nos saludó y se fue. Apenas llegó al umbral, Mathieu le cerró la puerta en la espalda y, volviéndose hacia nosotros, con los ojos inyectados de sangre, lleno de rabia y con el puño tendido hacia la puerta que acababa de cerrar detrás del hombre que detestaba, nos susurró:

–No sé quién es usted, el que me dijo hace un rato: "Ahora habrá que comer carne roja". Pero, si le interesa, ¡ahí va el asesino!

Luego de decir esto, el tío Mathieu se retiró. Rouletabille se volvió hacia el hogar y dijo:

–Ahora, vamos a asar nuestro bife. ¿Qué le parece la sidra? ¿Un poco, áspera, no? Como a mí me gusta.

Aquel día no volvimos a ver al tío Mathieu, y un gran silencio reinaba en la posada cuando nos fuimos, después de haber dejado cinco francos sobre la mesa para pagar nuestro festín.

Acto seguido, Rouletabille me hizo caminar cerca de una legua alrededor de la propiedad del profesor Stangerson. Se detuvo diez minutos, en el recodo de un caminito negro de hollín, cerca de las, cabañas de los carboneros, que están en la parte del bosque de Santa Genoveva que linda con la carretera que lleva de Épinay a Corbeil, y me confió que el asesino, seguramente, había pasado por ahí, en vista del estado de los zapatos toscos, antes de ingresar a la propiedad e ir a esconderse en el bosquecillo.

–¿No creerá que el guardabosque tuvo algo que ver en el asunto? – lo interrumpí.

–Eso lo veremos más tarde –me respondió. Por el momento, lo que el posadero dijo de ese hombre no me interesa. Habló lleno de odio. No lo he llevado a comer al Torreón por el Hombre Verde.

Dicho esto, Rouletabille, con mucha precaución, se deslizó –y lo hice detrás de él– hasta el edificio próximo a la reja que servía de vivienda a los caseros, detenidos esa misma mañana. Con un movimiento acrobático que me admiró, se metió en la casita por un tragaluz que había quedado abierto en la parte de atrás, y volvió a salir diez minutos después, diciendo esta palabra que, en sus labios, significaba tantas cosas distintas:

–"¡Caramba!".

Cuando nos disponíamos a retomar el camino hacia el castillo, hubo un gran movimiento en la reja. Llegaba un coche y del castillo salían a su encuentro. Rouletabille me mostró a un hombre que bajaba del coche:

–Ese es el jefe de la Sûreté; vamos a ver qué es lo que tiene Frédéric Larsan entre manos y si es más listo que los demás...

Detrás del coche del jefe de la Sûreté, venían otros tres coches repletos de reporteros que también querían entrar al parque; pero fueron apostados dos gendarmes en la reja, con órdenes de no dejar pasar a nadie. El jefe de la Sûreté calmó la impaciencia de los periodistas, comprometiéndose a ofrecerles, esa misma noche, todas las informaciones que pudiera, sin entorpecer el curso de la instrucción.

## **11. DONDE FRÉDÉRIC LARSAN EXPLICA CÓMO EL ASESINO PUDO SALIR DEL CUARTO AMARILLO**

Entre la pila de papeles, documentos, informes, recortes de diarios y pruebas judiciales de los que dispongo sobre el misterio del "cuarto amarillo", hay un fragmento de lo más interesante. Es la narración del famoso careo de las personas involucradas, que tuvo lugar aquella tarde, en el laboratorio del profesor Stangerson, ante el jefe de la Sûreté. Esta narración se la debemos a la pluma del señor Maleine, el secretario, quien, al igual que el juez de instrucción, se dedicaba a la literatura en sus ratos libres.

Este fragmento iba a formar parte de un libro que nunca se publicó y que debía titularse Mis interrogatorios. Me fue entregado por el mismo secretario, poco tiempo después del desenlace inaudito de este proceso, único en los anales jurídicos.

Aquí está. Es más que una fría transcripción de preguntas y respuestas.



Con frecuencia, el secretario relata en él sus impresiones personales.

## LA NARRACIÓN DEL SECRETARIO

Hacia una hora –cuenta el secretario– que el juez de instrucción y yo nos encontrábamos en el "cuarto amarillo", con el maestro de obras que había construido el pabellón, según los planos del profesor Stangerson. El maestro de obras había venido con un obrero. El señor de Marquet ordenó que se limpiaran completamente las paredes, es decir, mandó que el obrero quitara todo el papel que las decoraba. Picos y piquetas aquí y allá nos demostraron que no había ningún tipo de abertura. El cielo raso y el parqué fueron examinados minuciosamente. No descubrimos nada, porque no había nada que descubrir. El señor de Marquet parecía encantado y no dejaba de repetir:

–¡Qué caso, señor contratista, qué caso! ¡Ya verá usted que nunca sabremos cómo hizo el asesino para salir de ese cuarto!

De pronto, el señor de Marquet, con la cara radiante porque no comprendía, debió de recordar que su deber era tratar de entender, y llamó al cabo de la gendarmería.

–Cabo –dijo–, vaya al castillo y pídale al señor Stangerson y a Robert Darzac que vengan a reunirse conmigo en el laboratorio, y al tío Jacques, y que sus hombres me traigan también a los caseros.

Cinco minutos después, toda esa gente estaba reunida en el laboratorio. El jefe de la Sûreté, que acababa de llegar al Glandier, también se nos unió en ese momento. Yo estaba sentado en el escritorio del señor Stangerson, listo para empezar a trabajar, cuando el señor de Marquet nos dirigió este pequeño discurso, tan original como inesperado:

–Si quieren, señores –dijo–, ya que los interrogatorios no llevan a ninguna parte, vamos a abandonar, por esta vez, el tradicional sistema de interrogatorios. No los llamaré por turnos ante mí, no. Nos quedaremos todos aquí: el señor Stangerson, el señor Darzac, el tío Jacques, los dos caseros, el señor jefe de la Sûreté, el señor secretario y yo. Y estaremos todos aquí, de igual a igual; los caseros olvidarán, por un instante, que están detenidos. ¡Vamos a charlar! Los hice venir para charlar. Estamos en el lugar del crimen; pues bien, ¿de qué podemos conversar si no es del crimen? ¡Entonces, hablemos de él! ¡Hablemos de él! Con elocuencia, con inteligencia o con estupidez. Digamos todo lo que se nos ocurra. Hablemos sin método, puesto que el método no nos da resultado. ¡Dirijo una ferviente plegaria al dios Azar, al azar de nuestras ideas! ¡Empecemos!...

Después de esto, al pasar frente a mí, me dijo en voz baja:

–¡Qué escena, eh! ¿Qué le parece? ¿Se la hubiera imaginado usted?

Haré con ella un pequeño acto para el vodevil. Y se frotaba las manos con júbilo. Dirigí mis ojos al señor Stangerson. La esperanza que debió de suscitar en él el último parte de los médicos, que habían declarado que la señorita Stangerson podría sobrevivir a sus heridas, no había borrado en aquel noble rostro las marcas del más profundo dolor.

Aquel hombre había imaginado a su hija muerta, y todavía no se había recuperado. Sus ojos azules, tan dulces y tan claros, reflejaban ahora una infinita tristeza. Varias veces había tenido ocasión de ver al señor Stangerson en ceremonias públicas. Desde el principio, me había impresionado su mirada, tan pura como la de un niño: la mirada soñadora, la mirada sublime y espiritual del inventor o del loco.

En esas ceremonias, detrás de él o a su lado, siempre se podía ver a su hija, porque se decía que nunca se separaban, ya que compartían los mismos trabajos desde hacía largos años. Aquella virgen, que tendría entonces treinta y cinco años, aunque apenas parecía de treinta, consagrada enteramente a la ciencia, seguía provocando admiración por su belleza imperial, que se había mantenido intacta, sin una arruga, victoriosa del tiempo y del amor... ¿Quién hubiera dicho entonces que, un día no muy lejano, me encontraría en la cabecera de su cama con mis papeles y que la vería, casi moribunda, contarnos con esfuerzo el más monstruoso y misterioso atentado que jamás haya oído en mi carrera? ¿Quién hubiera dicho que me encontraría, como aquella tarde, delante de un padre desesperado que intenta en vano explicarse cómo había podido escapar el asesino de su hija? ¿De qué sirve, entonces, el trabajo silencioso, en el oscuro retiro de los bosques, si no lo preserva a uno de las grandes catástrofes de la vida y la muerte, comúnmente reservadas a aquellos hombres que frecuentan las pasiones de la ciudad?

–Veamos, señor Stangerson –dijo el señor de Marquet dándose un poco de importancia–, –colóquese exactamente en donde estaba cuando la señorita Stangerson se despidió para entrar a su cuarto.

El señor Stangerson se levantó y, ubicándose a cincuenta centímetros de la puerta del "cuarto amarillo", dijo con una voz apagada, sin color, con una voz que yo calificaría como muerta:

–Estaba aquí. A eso de las once, después de haber procedido a un breve experimento de química en los hornos del laboratorio, corrí mi escritorio hasta aquí, porque el tío Jacques, que pasó toda la noche limpiando algunos de mis aparatos, necesitaba todo el lugar que había detrás de mí. Mi hija trabajaba en el mismo escritorio que yo. Cuando se levantó, después de besarme y desearle buenas noches al tío Jacques, tuvo que deslizarse con bastante dificultad entre el escritorio y la puerta para entrar a su cuarto. Quiero decir que estaba muy cerca del lugar en el que se cometería el crimen.

–¿Y el escritorio? – lo interrumpí, obedeciendo, al meterme en la conversación, a los deseos expresados por mi jefe. ¿Qué pasó con el escritorio cuando oyó gritar: "¡Al asesino!" y cuando resonaron los disparos, señor Stangerson?

El tío Jacques respondió:

–Lo corrimos contra esta pared, más o menos donde está ahora, para poder precipitarnos contra la puerta sin dificultad, señor secretario...

Seguí con mi razonamiento, al que, por otra parte, sólo le daba la importancia de una débil hipótesis:

–¿El escritorio estaba tan cerca del cuarto que un hombre, si salía agachado y se deslizaba por debajo de él, podía haber pasado inadvertido?

–Siempre se olvida –interrumpió el señor Stangerson con evidentes muestras de cansancio– que mi hija había cerrado su puerta con llave y cerrojo, que la puerta permaneció cerrada, que luchamos contra esa puerta desde el instante en que comenzó el asesinato, que ya estábamos en la puerta mientras la pelea entre mi pobre hija y el asesino continuaba, que los ruidos de la pelea nos llegaban aún y que oíamos agonizar a mi desdichada hija bajo la presión de los dedos cuyas sangrientas marcas conservó su cuello. Por más rápido que haya sido el ataque, nosotros fuimos tan rápidos como él y nos encontramos inmediatamente detrás de esa puerta que nos separaba del drama.

Me levanté y fui hacia la puerta, que examiné nuevamente con muchísimo cuidado. Después me incorporé con un gesto de desaliento.

–Imaginen –dije– que el panel inferior de esta puerta hubiera podido ser abierto sin que fuera necesario abrir la puerta, ¡y el problema estaría resuelto! Pero, por desgracia, esta última hipótesis es inadmisibile después del examen de la puerta. Es una sólida y gruesa puerta de roble que forma un bloque inseparable... Se ve muy bien, a pesar de los daños causados por los que la derribaron...

–¡Oh! – exclamó el tío Jacques. Es una vieja y sólida puerta del castillo que hemos transportado hasta aquí..., una puerta como ya no se construyen. Necesitamos esa barra de hierro para forzarla, entre cuatro..., porque la casera también nos ayudó, como la valiente mujer que es, señor juez. ¡Es lamentable verlos en la cárcel en este momento!

No bien el tío Jacques pronunció esta frase de piedad y de protesta, los lamentos y lloriqueos de los dos caseros se reanudaron. Nunca había visto acusados tan llorones. Estaba completamente asqueado. Incluso admitiendo su inocencia, no comprendía cómo dos personas podían carecer a tal punto de agallas ante la adversidad. En tales circunstancias, vale más una actitud clara

que las lágrimas y la desesperación, las cuales, en general, son fingidas e hipócritas.

–¡Eh! – exclamó el señor de Marquet. ¡Dejen de chillar de ese modo y díganos, por su bien, lo que estaban haciendo debajo de las ventanas del pabellón en el momento en que asesinaban a su ama!

Porque estaban muy cerca del pabellón cuando el tío Jacques los encontró...

–¡Acudíamos en su ayuda! – gimieron.

Y la mujer bramó entre hipos:

–¡Ah! ¡Si tuviéramos al asesino entre las manos, le haríamos saber lo que es bueno!

Y no logramos, tampoco esta vez, sacarles dos frases coherentes seguidas. Continuaron negando obstinadamente, jurando por Dios y por todos los santos que estaban en la cama cuando oyeron el disparo de un revólver.

–No fue uno, fueron dos los disparos. ¿Ven que están mintiendo? ¡Si oyeron uno, tienen que haber oído el otro!

–¡Por Dios, señor juez, sólo oímos el segundo! Seguramente dormíamos cuando dispararon el primer tiro...

–¡Eso sí, dispararon dos! – dijo el tío Jacques. Estoy seguro de que todos los cartuchos de mi revólver estaban intactos; pero encontramos dos cartuchos quemados, dos balas, y oímos dos disparos de revólver detrás de la puerta. ¿No es cierto señor Stangerson?

–Sí –dijo el profesor–, fueron dos disparos; primero un disparo sordo y después uno estridente.

–¿Por qué siguen mintiendo? – exclamó el señor de Marquet, volviéndose hacia los caseros. ¿Creen que la policía es tan bruta como ustedes? Todo prueba que estaban afuera, cerca del pabellón, en el momento del drama. ¿Qué hacían allí? ¿No lo quieren decir? ¡Su silencio demuestra su complicidad! Y en lo que a mí respecta –dijo volviéndose hacia el señor Stangerson–, en lo que a mí respecta..., no puedo explicarme la huida del asesino si no es con la ayuda de estos dos cómplices. No bien derribaron la puerta, señor Stangerson, mientras usted se ocupaba de su desdichada hija, el casero y su mujer facilitaban la huida de ese miserable, que se escabullía detrás de ellos, llegaba a la ventana del vestíbulo y saltaba al parque. El casero cerró la ventana y los postigos detrás de él. ¡Porque, convengamos, esos postigos no se cerraron solos! Esta es la conclusión a la que he llegado... ¡Si a alguien se le ocurrió otra cosa, que lo diga!...

El señor Stangerson intervino:

–¡Es imposible! No creo en la culpabilidad ni en la complicidad de mis caseros, aunque no comprendo qué hacían en el parque a esa hora avanzada de la noche. Digo que es imposible, porque la casera sostenía la lámpara y no se movió del umbral de la habitación; porque yo, no bien derribamos la puerta, me arrodillé junto al cuerpo de mi hija, ¡y era imposible que salieran o que entraran a la habitación por esa puerta sin pasar por encima del cuerpo de mi hija y sin tocarme a mí! Es imposible, porque el tío Jacques y el casero sólo tuvieron que echar un vistazo al cuarto y debajo de la cama, como lo hice yo al entrar, para comprobar que no había nadie más en la habitación que mi hija agonizante.

–¿Y usted qué piensa, señor Darzac, que todavía no ha dicho nada? – preguntó el juez.

El señor Darzac respondió que no pensaba nada.

–¿Y usted, señor jefe de la Sûreté?

Hasta ese momento, el señor Dax, jefe de la Sûreté, se había limitado a escuchar y a examinar el lugar. Por fin, se dignó abrir la boca:

–Mientras intentamos encontrar al criminal habría que descubrir el móvil del crimen. Eso nos haría avanzar un poco –dijo.

–Señor jefe de la Sûreté, este parece ser un vulgar crimen pasional –replicó el señor de Marquet. Las huellas dejadas por el asesino, el pañuelo ordinario y la boina innoble nos llevan a pensar que el asesino no pertenecía a una clase social muy elevada. Tal vez los caseros puedan informarnos al respecto...

El jefe de la Sûreté, volviéndose hacia el señor Stangerson y con ese tono frío que es propio, en mi opinión, de las grandes inteligencias y de los caracteres enérgicos, prosiguió:

–¿La señorita Stangerson no debía casarse próximamente? El profesor miró dolorosamente a Robert Darzac.

–Con un amigo al que me habría hecho feliz llamar hijo... Con Robert Darzac...

–La señorita Stangerson se encuentra mejor y se recuperará rápidamente de sus heridas. Es una boda simplemente aplazada, ¿no es cierto, señor? – insistió el jefe de la Sûreté.

–Eso espero.

–¡Cómo! ¿No está seguro?

El señor Stangerson calló. Robert Darzac pareció inquietarse, cosa que

percibí en el temblor de su mano sobre la cadena de su reloj, porque nada se me escapa. El señor Dax tosió, como hacía el señor de Marquet cuando se sentía incómodo.

–Comprenderá, señor Stangerson –dijo–, que en un caso tan enrevesado no podemos pasar nada por alto; que debemos saberlo todo, hasta el detalle más trivial..., la información aparentemente más insignificante relacionados con la víctima... ¿Qué le hace pensar, entonces, ahora que tenemos casi la certeza de que la señorita Stangerson vivirá, que ese matrimonio no se llevará a cabo? Usted dijo: "Eso espero". Esta esperanza parece más una duda. ¿Por qué duda de ello?

El señor Stangerson hizo un visible esfuerzo para contenerse:

–Sí, señor –acabó diciendo. Tiene razón. Más vale que sepa una cosa que parecería tener importancia si yo se la ocultara. Además, el señor Darzac estará de acuerdo conmigo.

El señor Darzac, cuya palidez me pareció completamente anormal en aquel momento, indicó con una seña que estaba de acuerdo con el profesor. Para mí, el señor Darzac sólo respondía por medio de señas porque era incapaz de decir una palabra.

–Sepa entonces, señor jefe de la Sûreté –prosiguió el señor Stangerson–, que mi hija había jurado que nunca me abandonaría, y mantenía su juramento a pesar de todos mis ruegos, porque yo intenté muchas veces convencerla de que se casara, como era mi deber.

Conocíamos a Robert Darzac desde hacía muchos años. El señor Darzac ama a mi hija. Por un momento creí que era correspondido, ya que tuve la reciente alegría de oír de boca de mi hija que finalmente consentía un casamiento que yo deseaba con toda mi alma. Soy un hombre mayor, señor, y fue una hora bendita aquella en la que supe, por fin, que después de mí la señorita Stangerson tendría a su lado, para amarla y continuar nuestros trabajos en común, a un ser al que aprecio y estimo por su gran corazón y por su ciencia. Ahora bien, señor jefe de la Sûreté, dos días antes del crimen, no sé por qué cambio de parecer, mi hija me manifestó que no se casaría con Robert Darzac.

Se produjo un silencio agobiante. El momento era grave. El señor Dax continuó:

–¿Y la señorita Stangerson no le dio ninguna explicación, no le dijo por qué motivo?...

–Me dijo que ya era demasiado mayor para casarse..., que había esperado demasiado tiempo..., que lo había pensado mucho..., que estimaba, e incluso

quería, a Robert Darzac..., pero que sería mejor que las cosas quedaran así..., que siguiéramos como antes..., que hasta sería muy feliz si los lazos de pura amistad que nos unían a Robert Darzac se estrechaban aún más, pero que quedara claro que no quería volver a oír hablar de matrimonio.

–¡Qué cosa más extraña! – murmuró el señor Dax.

–Muy extraña –repitió el señor de Marquet.

El señor Stangerson, con una pálida y helada sonrisa, dijo: –Por ese lado no encontrará el móvil del crimen, señor.

–De todas formas –dijo el señor Dax con voz impaciente–, ¡el móvil no es el robo!

–¡Oh! De eso estamos seguros –exclamó el juez de instrucción.

En ese momento, la puerta del laboratorio se abrió y el cabo de gendarmería le entregó una carta al juez de instrucción. El señor de Marquet la leyó y profirió una sorda exclamación. Luego dijo:

–¡Ah! ¡Esto es demasiado!

–¿Qué es eso?

–La carta de un insignificante reportero de L'Époque, Joseph Rouletabille, con estas palabras: "¡Uno de los móviles del crimen fue el robo!".

El jefe de la Sûreté sonrió:

–¡Ah! ¡Ah! El joven Rouletabille... Ya he oído hablar de él... Se lo considera ingenioso... Hágalo entrar, señor juez de instrucción.

Y dejaron entrar a Joseph Rouletabille. Yo lo había conocido en el tren que nos había traído esa mañana a Épinay-sur-Orge. Se había metido, casi a mi pesar, en nuestro compartimiento, y me gustaría decir de entrada que sus modales, su desenvoltura y la pretensión que parecía tener de comprender algo de un caso en el que la justicia no entendía nada hicieron que se me metiera entre ceja y ceja. No me agradan los periodistas. Son mentes entrometidas y audaces de las que hay que huir como de la peste. Esa clase de gente cree que todo le está permitido y no respeta nada. Cuando se ha tenido la desgracia de concederles algo y dejar que se acerquen, se siente uno desbordado y se puede temer cualquier cosa. Este aparentaba apenas veinte años, y la insolencia con la que se atrevió a interrogarnos y a conversar con nosotros lo había vuelto particularmente odioso para mí. Además, tenía una manera de expresarse que demostraba que se estaba burlando descaradamente de nosotros. Sé muy bien que L'Époque es un órgano influyente con el que hay que saber "contemporizar", pero convendrán conmigo en que ese periódico haría bien en no contratar a niños de pecho.

Así pues, el señor Joseph Rouletabille entró en el laboratorio, nos saludó y esperó a que el señor de Marquet le pidiera que se explicara.

–¿Usted pretende, señor –dijo este–, conocer el móvil del crimen, y que ese móvil, contra toda evidencia, sería el robo?

–No, señor juez de instrucción, no he pretendido eso. No digo que el móvil del crimen haya sido el robo y no lo creo así.

–Entonces, ¿qué significa esta carta?

–Significa que es uno de los móviles del crimen.

–¿De dónde sacó esa información?

–¡De aquí! Si quieren acompañarme...

El joven nos rogó que lo siguiéramos hasta el vestíbulo, y así lo hicimos. Una vez allí, se dirigió hacia donde estaba el baño y le pidió al señor juez de instrucción que se arrodillara a su lado. El baño recibía luz a través de su puerta de vidrio y, cuando la puerta estaba abierta, la luz que penetraba era suficiente para iluminarlo perfectamente. El señor de Marquet y el señor Joseph Rouletabille se arrodillaron en el umbral. El joven mostraba un lugar preciso del embaldosado.

–El tío Jacques no ha lavado las baldosas del baño desde hace un tiempo –dijo–; eso se puede ver en la capa de tierra que las recubre. Ahora bien, miren, en ese lugar, la huella de dos anchas suelas y de esa ceniza negra que acompaña por todas partes los pasos del asesino. Esa ceniza no es otra cosa que el polvo de carbón del sendero que hay que atravesar para venir directamente, a través de los bosques, de Épinay al Glandier. Sabrán que en aquel sitio hay una pequeña cabaña de carboneros, y que en ella se fabrica carbón de leña en grandes cantidades. Esto es lo que debió de hacer el asesino: entró aquí a la tarde, cuando no quedaba nadie en el pabellón, y perpetró su robo.

–Pero, ¿qué robo? ¿Adónde ve usted el robo? ¿Qué es lo que le indica que hubo un robo? – exclamamos todos al mismo tiempo.

–Lo que me puso sobre la pista del robo... –prosiguió el periodista.

–¡Es esto! – interrumpió el señor de Marquet, que seguía arrodillado.

–Efectivamente –dijo el señor Rouletabille.

Y el señor de Marquet explicó que había, en efecto, sobre el polvo de las baldosas, al lado de las huellas de las dos suelas, la impresión reciente de un pesado paquete rectangular, en el que era fácil distinguir la marca de los hilos que lo ataban...



–Pero, entonces, usted estuvo aquí, señor Rouletabille; y, sin embargo, yo le ordené al tío Jacques que no dejara entrar a nadie; tenía que custodiar el pabellón.

–No rete al tío Jacques, vine con el señor Robert Darzac.

–¡Ah! Ya veo... –exclamó el señor de Marquet, descontento y mirando de reojo al señor Darzac, que seguía en silencio.

–Cuando vi la huella del paquete al lado de la marca de las suelas, ya no dudé del robo –continuó el señor Rouletabille. El ladrón no vino con un paquete... Hizo el paquete aquí, sin duda con los objetos robados, y lo apoyó en ese rincón, con la intención de recuperarlo al escapar; también apoyó, al lado de su paquete, sus pesados zapatos, porque, miren, ninguna huella de pasos conduce a esos zapatos, y las suelas están una al lado de la otra, como en reposo y sin el peso de los pies. De este modo, se comprende por qué el asesino, cuando salió del "cuarto amarillo", no dejó ninguna huella de sus pasos en el laboratorio ni en el vestíbulo. Después de entrar con sus zapatos en el "cuarto amarillo", se los sacó, sin duda porque le molestaban o porque quería hacer el menor ruido posible. La marca de sus pasos "de ida" a través del vestíbulo y el laboratorio fue borrada por el lavado subsiguiente del tío Jacques, lo cual nos lleva a pensar que el asesino entró al pabellón por la ventana abierta del vestíbulo durante la primera ausencia del tío Jacques, ¡antes del lavado de las cinco y media!

El asesino, después de quitarse los zapatos, que seguramente le molestaban, los llevó en la mano al baño y los colocó allí desde el umbral, porque en el polvo del baño no hay huellas de pies descalzos o con medias, ni tampoco de otros zapatos. Entonces, apoyó sus zapatos al lado del paquete. En ese momento, el robo ya se había perpetrado.

Después, el hombre regresa al "cuarto amarillo" y se desliza debajo de la cama, donde la huella de su cuerpo es perfectamente visible en el parqué e incluso en la estera, que quedó en ese sitio ligeramente enrollada y muy arrugada. Las mismas briznas de paja, recién arrancadas, atestiguan igualmente el paso del asesino por debajo de la cama.

–Sí, sí, eso lo sabemos... –dijo el señor de Marquet.

–El hecho de que volviera a ocultarse debajo de la cama prueba que el robo –prosiguió ese asombroso niño periodista– no era el único móvil de la visita del hombre. No me digan que se habría refugiado enseguida debajo de la cama al ver, por la ventana del vestíbulo, ya sea al tío Jacques, o al señor y a la señorita Stangerson, que se disponían a entrar al pabellón. ¡Era mucho más fácil para él subir al desván y esperar, escondido, una ocasión para escaparse, sí su intención sólo hubiera sido la de huir! ¡No! ¡No! El asesino debía estar en

el "cuarto amarillo"...

Aquí intervino el jefe de la Sûreté:

–¡Eso no está nada mal, jovencito! Lo felicito... Y si bien todavía no sabemos cómo se fue el asesino, ya podemos seguir, paso a paso, su entrada aquí y ver lo que hizo: robó. ¿Pero qué robó?

–Cosas extremadamente valiosas –respondió el reportero.

En ese momento, oímos un grito que provenía del laboratorio. Nos precipitamos allí y encontramos al señor Stangerson que, con los ojos desorbitados y los miembros agitados, nos mostraba una especie de mueble biblioteca que acababa de abrir y que estaba vacío.

A continuación, se dejó caer en el gran sillón que estaba colocado delante del escritorio y gimió:

–Me han robado otra vez...

Luego una lágrima, una gruesa lágrima, corrió por su mejilla:

–Ante todo –dijo–, no le digan una sola palabra de esto a mi hija... Ella se sentiría más apenada que yo...

Dio un profundo suspiro y, en un tono de dolor que nunca olvidaré, añadió:

–¡Después de todo, qué importa..., con tal que ella viva!

–¡Vivirá! – dijo con una voz extrañamente conmovedora Robert Darzac.

–Y encontraremos los objetos robados –dijo el señor Dax. Pero ¿qué había en ese mueble?

–Veinte años de mi vida –respondió sordamente el ilustre profesor–; o, mejor dicho, de nuestras vidas, la mía y la de mi hija. Sí, nuestros documentos más valiosos, los informes más confidenciales sobre nuestros trabajos y experiencias de los últimos veinte años estaban encerrados allí. Era una verdadera selección de todos los documentos que llenan esta habitación. Es una pérdida irreparable para todos y, me atrevo a decir, para la ciencia. Todas las etapas por las que tuve que pasar para llegar a la prueba decisiva de la aniquilación de la materia habían sido cuidadosamente enunciadas, etiquetadas, anotadas, ilustradas con fotografías y dibujos hechos por nosotros. Todo eso estaba ordenado allí. El plano de los tres nuevos aparatos, uno para estudiar la pérdida, bajo la influencia de los rayos ultravioletas, de los cuerpos previamente electrizados; otro que debía hacer visible la pérdida eléctrica por la acción de las partículas de materia disociada contenida en el gas de las llamas; el tercero, muy ingenioso, un electroscopio condensador diferencial; toda la compilación de nuestras curvas que traducían las propiedades fundamentales de la sustancia intermedia entre la materia ponderable y el éter

imponderable; veinte años de experiencias sobre la química de la estructura atómica y sobre los equilibrios ignorados de la materia; un manuscrito que quería publicar con este título: Los metales que sufren. ¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo! El hombre que vino aquí me lo robó todo..., mi hija y mi obra..., mi corazón y mi alma...

Y el gran Stangerson se echó a llorar como un niño.

Lo rodeamos en silencio, conmovidos ante aquel inmenso desamparo. El señor Robert Darzac, acodado en el sillón en el que el profesor se había desmoronado, intentaba en vano disimular sus lágrimas, lo que por un instante casi hizo que me pareciera simpático, a pesar de la instintiva repulsión que la actitud extraña de aquel enigmático personaje y su emoción, a menudo inexplicable, me habían inspirado.

Joseph Rouletabille, por su parte, como si su precioso tiempo y su misión en la tierra no le permitieran detenerse en la desgracia ajena, se había acercado con mucha tranquilidad al mueble vacío y, mostrándoselo al jefe de la Sûreté, pronto rompió el religioso silencio con el que honrábamos la desesperación del gran Stangerson. Nos dio algunas explicaciones, que poco nos importaban, sobre la forma en que había llegado a pensar en un robo, a raíz del descubrimiento simultáneo de las huellas –de las que ya hablé más arriba– en el baño y de la presencia de aquel valioso mueble en el laboratorio. No hizo más que pasar por el laboratorio, nos decía, y lo sorprendió la extraña forma del mueble, su solidez, su estructura de hierro, que lo resguardaba de cualquier posible incendio, y el hecho de que un mueble como ese, destinado a conservar objetos cuyo valor estaba por encima de todo, tuviera en la puerta de hierro, la llave puesta. "No es habitual tener una caja fuerte y dejarla abierta..." En fin, esa llavecita con cabeza de cobre, de las más elaboradas, al parecer había llamado la atención de Joseph Rouletabille, mientras para nosotros había pasado inadvertida. Para nosotros, que no somos unos niños, la presencia de una llave en un mueble despierta más bien una idea de seguridad, pero para Joseph Rouletabille, que evidentemente es un genio –como dice José Dupuy en Los quinientos millones de Gladiator: "¡Qué genio! ¡Qué dentista!"– la presencia de una llave en un mueble despierta la idea del robo. Pronto supimos la razón.

Pero, antes de darla a conocer a ustedes, debo decir que el señor de Marquet me pareció muy perplejo, sin saber si tenía que alegrarse por el nuevo paso que el insignificante reportero había hecho dar a la instrucción o si debía desanimarse por no haber sido él quien lo hiciera. Nuestra profesión conlleva esos sinsabores, pero no tenemos derecho a ser pusilánimes y debemos dejar de lado nuestro amor propio cuando se trata del bien común. Así que el señor de Marquet triunfó sobre sí mismo y tuvo a bien unir al fin sus cumplidos a los del señor Dax, quien no los escatimaba al señor Rouletabille. El muchachito se

encogió de hombros diciendo: "¡No hay de qué!". Con gusto le habría dado una cachetada, sobre todo en el momento en que añadió:

–¡Sería bueno, señor, que le preguntara al señor Stangerson quién se ocupaba normalmente de guardar esa llave!

–Mi hija –respondió el señor Stangerson. Y nunca se separaba de esa llave.

–¡Ah! Pero esto cambia el aspecto de las cosas y ya no corresponde a la idea del señor Rouletabille –exclamó el señor de Marquet. Si la señorita Stangerson nunca se separaba de esa llave, entonces el asesino habría esperado a la señorita Stangerson aquella noche en su cuarto para robarle esa llave, ¡y el robo se habría llevado a cabo después del asesinato! Pero, después del asesinato, había cuatro personas en el laboratorio... Decididamente, ¡ya no entiendo nada!...

Y el señor de Marquet, con una rabia desesperada, que para él debía ser el colmo de la embriaguez –porque no sé si ya he dicho que nunca estaba más feliz que cuando no entendía algo– exclamó:

–... ¡Nada de nada!

–El robo –replicó el reportero–, sólo pudo llevarse a cabo antes del asesinato. Es indudable, por la razón que usted cree, y por otras razones que yo creo. Y, cuando el asesino entró en el pabellón, ya estaba en posesión de la llave con cabeza de cobre.

–Eso no es posible –dijo en voz baja el señor Stangerson.

–Es tan posible, señor, que aquí tiene la prueba.

Ese mocosos endemoniado sacó entonces, de su bolsillo, un número de L'Époque con fecha del 21 de octubre (les recuerdo que el crimen ocurrió en la noche del 24 al 25) y, mostrándonos un aviso, leyó:

Ayer se perdió un bolso de satén negro en las grandes tiendas de la Louve. Este bolso contenía diversos objetos y, entre ellos, una llavecita con cabeza de cobre. Se ofrecerá una importante recompensa a la persona que lo haya encontrado. Esta persona deberá escribir a poste restante, oficina 40, a la siguiente dirección: M.A.T.H.S.N.

–¿Acaso estas letras no designan a la señorita Stangerson? – prosiguió el reportero. ¿Acaso esa llave con cabeza de cobre no es esta misma llave?... Siempre leo los avisos. En mi profesión, como en la suya, señor juez de instrucción, siempre hay que leer los avisos personales... ¡Se descubren tantas intrigas!... ¡Y tantas llaves que abren intrigas..., que no siempre tienen cabeza de cobre y por ello no son menos interesantes! Este aviso me sorprendió particularmente por el tipo de misterio que rodeaba a la mujer que había perdido una llave, objeto poco comprometedor. ¡Cuánto interés por esa llave!

¡Y esa importante recompensa prometida! Y pensaba en estas seis letras: M.A.T.H.S.N. Las cuatro primeras me indicaban enseguida su nombre. "Claro", pensé, "Math, Mathilde..." La persona que perdió la llave con cabeza de cobre en un bolso se llamaba Mathilde... Pero no supe qué hacer con las últimas dos letras. Así que, dejando el periódico de lado, me ocupé de otra cosa... Cuando, cuatro días después, los diarios vespertinos aparecieron con enormes titulares que anunciaban el asesinato de la señorita Mathilde Stangerson, el nombre Mathilde me recordó, sin ningún esfuerzo, maquinalmente, las letras del anuncio. Un poco intrigado, pedí el número de aquel día a la administración. Había olvidado las últimas dos letras: S.N. Cuando las volví a ver, no pude contener una exclamación: "¡Stangerson!... Salté a un simón y me precipité a la oficina 40. Pregunté: "¿Tiene una carta con esta dirección: M.A.T.H.S.N.?". El empleado me respondió: "¡No!". Y, como yo insistía, rogándole y suplicándole que siguiera buscando, me dijo: "¡Ah, señor, esto parece una broma!... Sí, tuve una carta con las iniciales M.A.T.H.S.N.; pero la entregué hace tres días a una dama que me la reclamó. Y ahora viene usted a reclamarme también esa carta. Ahora bien, antes de ayer, un señor, con la misma insistencia descortés, también me la pidió... ¡Ya estoy harto de esta historia!". Quise interrogar al empleado sobre los dos personajes que ya habían reclamado la carta, pero, ya sea porque quería escudarse detrás del secreto profesional –sin duda, estimaba que ya había dicho demasiado–, ya sea porque realmente estaba cansado de lo que creía una posible broma, no quiso seguir respondiendo...Rouletabille se calló. Todos nos callamos. Cada uno sacaba las conclusiones que podía de esta extraña historia del poste restante. De hecho, ahora parecía que había un hilo firme por el cual íbamos a poder tomar este caso inasible.

El señor Stangerson dijo:

–Al parecer, entonces, mi hija debió perder esa llave. No quiso mencionármelo para evitarme cualquier preocupación y pidió a la persona que la encontrara que escribiera al poste restante. Evidentemente temía que, si daba nuestra dirección, este hecho ocasionara diligencias que me habrían puesto al tanto de la pérdida de la llave. Es muy lógico y natural, ¡porque, señor, a mí ya me han robado!

–¿Dónde? ¿Cuándo? – preguntó el director de la Sûreté.

–¡Oh! Hace muchos años, en los Estados Unidos, en Filadelfia. Me robaron, de mi laboratorio, el secreto de dos invenciones que habrían podido enriquecer a todo un pueblo... No sólo no supe nunca quién fue el ladrón, sino que jamás oí hablar del objeto robado, quizás porque, para frustrar los planes de la persona que me había robado, yo mismo di a conocer al público estas dos invenciones, y así el hurto resultó inútil. Desde entonces, me he vuelto muy desconfiado y, cuando trabajo, me encierro herméticamente. Todos los

barrotes de esas ventanas, el aislamiento del pabellón, ese mueble que yo mismo mandé construir, esa cerradura especial, esa llave que no tiene copia, todo ello es el resultado de mis temores, inspirados por esa triste experiencia.

El señor Dax declaró:

–¡Muy interesante!

Y Joseph Rouletabille pidió noticias del bolso. Ni el señor Stangerson ni el tío Jacques habían visto, desde hacía unos días, el bolso de la señorita Stangerson. Algunas horas más tarde nos enteraríamos, por boca de la señorita Stangerson, de que le habían robado el bolso –o lo había perdido–, y de que las cosas habían ocurrido tal como su padre nos las había explicado. El 23 de octubre había ido a la oficina postal 40, donde le habían entregado una carta que era, según afirmó, la de un chistoso. La había quemado inmediatamente.

Volviendo a nuestro interrogatorio o, mejor dicho, a nuestra conversación, debo señalar que el jefe de la Sûreté, cuando le preguntó al señor Stangerson en qué circunstancias su hija había viajado a París el 20 de octubre, día de la pérdida del bolso, este nos informó que había ido a la capital acompañada por Robert Darzac, quien no volvió a aparecer por el castillo desde ese instante hasta el día siguiente al crimen.

El hecho de que Robert Darzac estuviera con la señorita Stangerson en las grandes tiendas de la Louve, cuando el bolso desapareció, no podía pasar inadvertido, y reconozco que nos llamó mucho la atención.

Esta conversación entre magistrados, acusados, testigos y periodistas estaba a punto de concluir, cuando se produjo un verdadero golpe teatral, cosa que nunca disgusta al señor de Marquet. El cabo de la gendarmería vino a anunciarnos que Frédéric Larsan pedía ingresar, lo cual le fue inmediatamente concedido. Llevaba en la mano un par de zapatos toscos llenos de barro, que arrojó dentro del laboratorio.

–¡Aquí están –dijo– los zapatos que llevaba el asesino! ¿Los reconoce, tío Jacques?

El tío Jacques se inclinó sobre aquel cuero infecto y, estupefacto, reconoció unos viejos zapatos suyos que había arrinconado en el desván hacía ya bastante tiempo. Estaba tan aturdido, que tuvo que sonarse la nariz para disimular su emoción.

Entonces, señalando el pañuelo que usaba el tío Jacques, Frédéric Larsan dijo:

–Aquí tenemos un pañuelo que se parece asombrosamente al que se encontró en el "cuarto amarillo".

–¡Ah! Ya lo sé –dijo el tío Jacques temblando–, son casi iguales.

–Además –continuó Frédéric Larsan–, la vieja boina vasca que también se encontró en el "cuarto amarillo" habría podido cubrir en otra época la cabeza del tío Jacques. Todo esto, señor jefe de la Sûreté y señor juez de instrucción, prueba, a mi parecer... ¡Tranquilo, buen hombre! – le dijo al tío Jacques, que estaba desfalleciendo–, esto prueba, a mi parecer, que el asesino quiso disfrazar su verdadera personalidad. Lo ha hecho de un modo bastante burdo, o al menos así nos parece, porque estamos seguros de que el asesino no es el tío Jacques, que no se separó de la señorita Stangerson. Pero imaginen que el señor Stangerson, aquella noche, no hubiera prolongado su velada; que después de despedirse de su hija hubiera regresado al castillo, que la señorita Stangerson hubiera sido asesinada cuando ya no quedaba nadie en el laboratorio y mientras el tío Jacques dormía en el desván:

¡Nadie hubiera dudado de que el tío Jacques era el asesino! Debe su salvación tan sólo a que el drama estalló demasiado pronto, sin duda porque el asesino creyó, por el silencio que reinaba al lado, que el laboratorio estaba vacío y que había llegado el momento de actuar. El hombre que pudo introducirse aquí tan misteriosamente y tomar tales precauciones contra el tío Jacques era, sin lugar a dudas, alguien familiar en la casa. ¿A qué hora exactamente entró aquí? ¿Durante la tarde? ¿Durante la noche? No sabría decirlo... Una persona tan familiarizada con las cosas y la gente de este pabellón tuvo que entrar en el "cuarto amarillo" en el momento indicado.

–¡Sin embargo, no pudo entrar cuando había gente en el pabellón! – exclamó el señor de Marquet.

–¿Y qué sabemos? – replicó Larsan. –Hubo una cena en el laboratorio, las idas y venidas del servicio... Hubo un experimento de química que debió de mantener, entre las diez y las once, al señor Stangerson, a su hija y al tío Jacques al lado de los hornos..., en ese rincón de la chimenea... ¿Quién me dice que el asesino..., ¡alguien conocido!..., no aprovechó ese momento para deslizarse en el "cuarto amarillo", después de haberse quitado los zapatos en el baño?

–¡Es altamente improbable! – dijo el señor Stangerson.

–Sin duda, pero no imposible... Sobre eso, no afirmo nada. En cuanto a su salida, la cosa es distinta. ¿Cómo pudo huir? ¡De la forma más natural del mundo!

Frédéric Larsan se calló un instante. Ese instante nos pareció eterno. Esperamos que siguiera hablando con una ansiedad muy comprensible.

–No entré en el "cuarto amarillo" –prosiguió Frédéric Larsan–, pero me imagino que tienen la prueba de que no se podía salir sino por la puerta. Es decir, que el asesino salió por la puerta. Como resulta imposible que sea de

otro modo, tiene que ser así. ¡Cometió el crimen y salió por la puerta! ¿En qué momento? Cuando le resultó más fácil: en el momento en que todo se vuelve más explicable, tan explicable que no podría haber otra explicación. Así pues, examinemos los "momentos" que siguieron al crimen. Tenemos el primer momento, cuando el señor Stangerson y el tío Jacques se encuentran ante la puerta, cerrándole el paso. Tenemos el segundo momento, cuando el tío Jacques se ausenta un instante y el señor Stangerson se encuentra solo ante la puerta. Tenemos el tercer momento, cuando el casero se reúne con el señor Stangerson. Tenemos el cuarto momento, cuando se encuentran ante la puerta el señor Stangerson, el casero, su mujer y el tío Jacques. Tenemos el quinto momento, cuando la puerta es derribada y se invade el "cuarto amarillo". El momento en el que la huida es más explicable es el momento en el que hay menos personas ante la puerta. Hay un momento cuando no hay más que una: cuando el señor Stangerson se queda solo ante la puerta. A menos que admitamos la complicidad del silencio del tío Jacques, y no lo creo, porque el tío Jacques no habría salido del pabellón para ir a examinar la ventana del "cuarto amarillo" si hubiera visto que se abría la puerta y salía el asesino. Por lo tanto, la puerta no se abrió sino ante el señor Stangerson solo, y el hombre salió. En este punto, debemos admitir que el señor Stangerson tenía poderosas razones para no detener o para no hacer detener al asesino, ya que lo dejó llegar hasta la ventana del vestíbulo, ¡y la cerró tras él!... Hecho esto, como el tío Jacques iba a regresar y tenía que encontrar las cosas como antes, la señorita Stangerson, terriblemente herida, pudo encontrar la fuerza, sin duda ante las advertencias de su padre, para cerrar de nuevo la puerta del "cuarto amarillo" con llave y con cerrojo antes de derrumbarse, moribunda, sobre el parqué... No sabemos quien cometió el crimen; no sabemos de qué miserable son víctimas el señor y la señorita Stangerson; ¡pero no caben dudas de que ellos sí lo saben! Debe ser un secreto terrible para que el padre no haya dudado en dejar a su hija agonizante detrás de la puerta que ella misma volvía a cerrar, terrible para que haya dejado escapar al asesino... ¡Pero no hay otra forma humana de explicar la huida del asesino del "cuarto amarillo"!

El silencio que siguió a esta explicación dramática e iluminadora tenía algo de espantoso. Todos sufríamos por el ilustre profesor, obligado por la despiadada lógica de Larsan a confesarnos la verdad de su tortura o a callar, confesión aún más terrible. Lo vimos levantarse y extender la mano con un gesto tan solemne, que todos bajamos la cabeza como ante la vista de una cosa sagrada. Entonces pronunció estas palabras, con una voz estridente que pareció agotar todas sus fuerzas:

—Juro, por la vida de mi hija agonizante, que no me alejé de esa puerta desde el momento en que oí la llamada desesperada de mi pequeña, que esa puerta no se abrió mientras estuve solo en el laboratorio y, por último, que cuando entramos en el "cuarto amarillo" mis tres criados y yo, ¡el asesino ya



no estaba allí! ¡Juro que no conozco al asesino!

¿Hace falta que diga que, a pesar de la solemnidad de semejante juramento, poco creímos en la palabra del señor Stangerson? Frédéric Larsan acababa de hacernos entrever la verdad: no era cuestión de perderla tan pronto.

Cuando el señor de Marquet nos anunciaba que la conversación había terminado y que debíamos abandonar el laboratorio, el joven reportero, ese chiquilín de Rouletabille, se acercó al señor Stangerson, le tomó la mano con el más profundo respeto y lo oí decir:

—¡Yo le creo, señor!

Aquí interrumpo la cita que creí conveniente hacer de la narración del señor Maleine, secretario del tribunal de Corbeil. No necesito decirle al lector que todo lo que acababa de pasar en el laboratorio me fue fiel y rápidamente informado por el mismo Rouletabille.

## 12. EL BASTÓN DE FRÉDÉRIC LARSAN

No me decidí a abandonar el castillo sino a las seis de la tarde, llevando el artículo que mi amigo había escrito rápidamente en el saloncito que Robert Darzac había mandado poner a nuestra disposición. El reportero se quedaría a dormir en el castillo, haciendo uso de esa inexplicable hospitalidad que le había ofrecido Robert Darzac, a quien el señor Stangerson, en aquellos tristes momentos, había delegado todos los problemas domésticos. No obstante, quiso acompañarme a la estación de Épinay. Mientras atravesábamos el parque, me dijo:

—Frédéric Larsan es muy astuto y tiene bien merecida su reputación. ¿Sabe cómo logró encontrar los zapatos del tío Jacques? Cerca del lugar donde advertimos las huellas de los pasos elegantes y la desaparición de las huellas de los zapatones, un hueco rectangular en la tierra húmeda indicaba que, hasta hacía poco, allí había habido una piedra. Larsan la buscó, sin encontrarla, y se imaginó enseguida que le había servido al asesino para enviar al fondo del estanque los zapatos de los que quería deshacerse. La deducción de Fred era excelente y lo probó el éxito de sus pesquisas. Eso se me escapó; pero es justo decir que mi mente ya estaba en otra parte, porque, por la gran cantidad de pistas falsas que dejó el asesino de su paso y por la medida de las pisadas negras, equivalentes a la medida de los pasos del tío Jacques —que comparé en el parque del "cuarto amarillo", sin que él se diera cuenta—, tenía ante mis ojos la prueba de que el asesino había querido desviar la sospecha hacia el viejo criado. Esto fue lo que me permitió decirle al tío Jacques, como recordará,

que, ya que habían encontrado una boina en ese cuarto fatal, tenía que parecerse a la suya, y luego describirle un pañuelo en todo parecido al que le había visto usar. Larsan y yo estamos de acuerdo hasta ahí, pero sólo hasta ahí, y lo que sigue va a ser terrible, ¡porque avanza de buena fe hacia un error que voy a tener que combatir sin ningún elemento!

Me sorprendió el tono profundamente grave con el que mi joven amigo pronunció estas últimas palabras.

–¡Sí, TERRIBLE, TERRIBLE!... –repitió. – ¡Porque realmente combatir con una idea es combatir con nada!

En ese momento, pasábamos por detrás del castillo. Había caído la noche. La ventana del primer piso estaba entreabierta. Un tenue resplandor salía de ella, al igual que unos ruidos que llamaron nuestra atención. Avanzamos hasta llegar al ángulo de una puerta que había o de la ventana. Rouletabille me dio a entender, con una palabra pronunciada en voz baja, que esta ventana daba a la habitación de la señorita Stangerson. Los ruidos que nos habían detenido cesaron, y después recomenzaron un instante. Eran gemidos ahogados... Sólo pudimos oír tres palabras que nos llegaban claramente: "¡Mi pobre Robert!". Rouletabille puso su mano sobre mi hombro y me dijo al oído:

–Si pudiéramos saber qué se dice en esa habitación, mi investigación terminaría enseguida...

Miró a su alrededor; nos envolvía la oscuridad de la noche; casi no veíamos más allá de la estrecha franja de pasto bordeada de árboles que se extendía detrás del castillo. Los gemidos habían cesado de nuevo.

–Ya que no podemos oír –siguió diciendo Rouletabille–, por lo menos vamos a intentar ver...

Y, haciéndome señas de que amortiguara el ruido de mis pasos, me llevó más allá del césped, hasta el tronco pálido de un fuerte abedul cuya línea blanca se percibía entre las tinieblas. El abedul se alzaba justo enfrente de la ventana que nos interesaba y sus ramas más bajas estaban más o menos a la altura del primer piso del castillo. Desde lo alto de estas ramas, seguramente se podía ver lo que estaba pasando en la habitación de la señorita Stangerson; y esto era lo que pensaba Rouletabille, porque, después de ordenarme que me quedara callado, abrazó el tronco con sus jóvenes y vigorosos brazos, y trepó. Pronto desapareció entre las ramas y luego se produjo un gran silencio.

Allá arriba, frente a mí, la ventana entreabierta seguía iluminada.

No vi pasar ninguna sombra ante la luz. El árbol, encima de mí, permanecía en silencio; yo esperaba. De pronto, mi oído percibió estas palabras procedentes del árbol:

–¡Después de usted!

–¡Después de usted, faltaba más!

Arriba, encima de mi cabeza, estaban dialogando..., se hacían cumplidos, y cuál no sería mi sorpresa cuando vi aparecer, en el tronco liso del árbol, ¡dos formas humanas que pronto tocaron el suelo! ¡Rouletabille había subido allí solo y ahora bajaban dos!

–¡Buenas tardes, señor Sainclair!

Era Frédéric Larsan... El policía ya estaba en el puesto de observación que mi joven amigo creyó ocupar solitario... Por otra parte, ninguno de los dos se ocupó de disipar mi desconcierto. Creí comprender que habían asistido, en lo alto de su observatorio, a una escena llena de ternura y de desesperación entre la señorita Stangerson, tendida en su cama, y el señor Darzac, arrodillado junto a su cabecera. Y cada uno parecía sacar, con mucha prudencia, conclusiones diferentes. Resultaba fácil adivinar que esta escena había producido un gran efecto en la mente de Rouletabille a favor de Robert Darzac, mientras que, en la de Larsan, sólo testimoniaba la perfecta hipocresía, digna de un artista, del novio de la señorita Stangerson...

Cuando llegábamos a la reja del parque, Larsan nos detuvo:

–¡Mi bastón! – exclamó.

–¿Olvidó su bastón? – preguntó Rouletabille.

–Sí –respondió el policía. Lo dejé allá, cerca del árbol.

Y se alejó, diciendo que enseguida se reuniría con nosotros...

–¿Se fijó en el bastón de Frédéric Larsan? – me preguntó el reportero cuando estuvimos solos. Es un bastón nuevo..., nunca se lo había visto... Parece estar muy apegado a él... Nunca lo suelta... Se diría que tiene miedo de que caiga en manos extrañas... Hasta hoy, nunca había visto a Frédéric Larsan con bastón... ¿De dónde sacó ese bastón? No es normal que un hombre que nunca usa bastón sea incapaz de dar un paso sin él, al día siguiente del crimen del Glandier... El día de nuestra llegada al castillo, cuando nos vio, volvió a poner su reloj en el bolsillo y recogió su bastón del piso, gesto al que quizás hice mal en no atribuirle ninguna importancia.

Ya estábamos fuera del parque; Rouletabille no decía nada... Sin duda, su mente seguía ocupada en el bastón de Frédéric Larsan. Tuve la prueba de ello cuando, al bajar por la cuesta de Épinay, me dijo:

–Frédéric Larsan llegó al Glandier antes que yo; comenzó su pesquisa antes que yo; tuvo tiempo para enterarse de cosas que yo no sé y pudo encontrar cosas que ignoro... ¿Dónde habrá encontrado ese bastón?...

Y añadió:

–Es probable que su sospecha (más que su sospecha, su razonamiento) que apunta directamente a Robert Darzac, se sirva de algo palpable, que él puede palpar y yo no... ¿Será ese bastón?... ¿Dónde diablos habrá encontrado ese bastón?...

En Épinay hubo que esperar el tren veinte minutos; entramos a un bar. Casi enseguida, la puerta se volvió a abrir detrás de nosotros y apareció Frédéric Larsan, blandiendo el famoso bastón...

–¡Lo encontré! – nos dijo sonriendo.

Los tres nos sentamos a una mesa. Rouletabille no apartaba la vista del bastón; estaba tan absorto que no percibió una seña de complicidad que Larsan dirigió a un empleado del ferrocarril, un jovencito cuyo mentón estaba adornado por una barbita rubia mal peinada. El empleado se levantó, saludó y salió. Tampoco yo le habría dado la menor importancia a esta señal si, unos días después, no me hubiera vuelto a la memoria, cuando volvió a aparecer la barbita rubia en uno de los momentos más trágicos de este relato. Entonces supe que esa barbita rubia era de un agente de Larsan, a quien él mismo le había encomendado vigilar las idas y venidas de los viajeros en la estación de Épinay-sur-Orge, puesto que Larsan no descuidaba nada que creyera que pudiese serle útil.

Dirigí mis ojos hacia Rouletabille.

–¡Ah! A propósito, señor Larsan –decía–, ¿desde cuándo tiene usted bastón?... Yo siempre lo he visto andar con las manos en los bolsillos...

–Es un regalo que me hicieron... –respondió el policía.

–No hace mucho –insistió Rouletabille.

–No, me lo regalaron en Londres...

–Es cierto, usted viene de Londres... Señor Fred, ¿lo puedo ver, su bastón?...

–Pero ¡cómo no!...

Fred le pasó el bastón a Rouletabille. Era un bastón de bambú, amarillo y curvo, adornado con un aro dorado. Rouletabille lo examinó minuciosamente.

–Pues parece que, en Londres, le regalaron un bastón francés –dijo. – Puede ser –dijo Fred, imperturbable.

–Lea la marca aquí, en letras pequeñas: "Cassette, 6 bis, Opéra...".

–Nosotros mandamos lavar la ropa a Londres –dijo Fred. Los ingleses bien pueden comprar sus bastones en París...

Rouletabille le devolvió el bastón. Cuando se despidió de mí, en mi compartimiento, me dijo:

–¿Recuerda la dirección?

–Sí, "Cassette, 6 bis, Opéra..." Cuente conmigo, mañana por la mañana recibirá noticias mías.

En efecto, esa misma tarde, en París, fui a ver al señor Cassette, vendedor de bastones y paraguas, y le escribí a mi amigo:

Un hombre que responde de manera sorprendente a la descripción de Robert Darzac, con idéntica altura, ligeramente encorvado, la barba igualmente recortada, un abrigo color gris y sombrero hongo, fue a comprar un bastón similar al que nos interesa la noche del crimen, a eso de las ocho. El señor Cassette no ha vendido uno así desde hace dos años. El bastón de Fred es nuevo. Por lo tanto, se trata del mismo que tiene en sus manos. No lo ha comprado él, porque estaba en Londres. Como usted, creo que lo encontró en algún lugar próximo a Robert Darzac... pero entonces, si, como usted pretende, el asesino estaba en el "cuarto amarillo" desde las cinco, o incluso desde la seis, dado que el drama no ocurrió hasta la medianoche, la compra de este bastón le proporciona a Robert Darzac una coartada irrefutable.

### **13. "LA RECTORÍA NO HA PERDIDO NADA DE SU ENCANTO NI EL JARDÍN DE SU ESPLENDOR"**

Ocho días después de los acontecimientos que acabo de relatar, exactamente el 2 de noviembre, recibía, en mi domicilio de París, un telegrama que decía lo siguiente:

"Venga al Glandier en el primer tren. Traiga revólveres. Saludos. ROULETABILLE."

Creo haberles dicho ya que, en aquella época, yo, joven pasante de abogado y casi desprovisto de causas, frecuentaba el Palacio de justicia más para familiarizarme con mis deberes profesionales que para defender a viudas y huérfanos. No era extraño, entonces, que Rouletabille dispusiera así de mi tiempo; y, además, él sabía cuánto me interesaban sus aventuras periodísticas, en general, y el caso del Glandier, en particular. Desde hacía ocho días no había tenido noticias de este último más que por los innumerables chismorreos de los periódicos y por algunas notas muy breves de Rouletabille en L'Époque. Estas notas divulgaron el golpe con el hueso de cordero e informaron que el análisis había comprobado que las marcas en el hueso de cordero eran de sangre humana. Se veían, en él, las huellas frescas de la sangre de la

señorita Stangerson y huellas antiguas, provenientes de otros crímenes, que podían remontarse a varios años...Imagínense que el caso era la comidilla de la prensa del mundo entero. Nunca antes un crimen había intrigado a las mentes de ese modo. Sin embargo, me parecía que la instrucción casi no avanzaba; por eso, me habría alegrado mucho la invitación de mi amigo de reunirme con él en el Glandier, si el mensaje no hubiera incluido las palabras: "Traiga revólveres".

Esto me intrigaba mucho. Si Rouletabille me telegrafiaba pidiéndome que llevara revólveres, era porque preveía que tendríamos que utilizarlos. Ahora bien, no me avergüenza confesarlo: no soy un héroe. ¡Pero qué iba a hacer! En ese momento se trataba de un amigo que, seguramente en apuros, me pedía ayuda. No dudé y, después de haber comprobado que el único revólver que tenía estaba cargado, me dirigí a la estación de Orleans. En el camino, pensé que un revólver equivalía a una sola arma y que el mensaje de Rouletabille reclamaba "revólveres", en plural; entré en una armería y compré un arma pequeña, excelente, que me daría gusto regalar a mi amigo.

Confiaba en encontrar a Rouletabille en la estación de Épinay, pero no estaba ahí. Sin embargo, un cabriolé me esperaba y pronto estuve en el Glandier. Nadie en la reja. No vi al joven reportero hasta llegar al umbral del castillo. Me saludó con gesto amistoso y me recibió con un abrazo, preguntándome efusivamente cómo estaba.

Cuando estuvimos en el saloncito del que ya hablé, Rouletabille me pidió que me sentara y me dijo enseguida:

—¡La cosa está mal!

—¿Qué es lo que está mal?

—¡Todo!

Se acercó a mí y me confió al oído:

—Frédéric Larsan se ha lanzado a fondo contra Robert Darzac.

Después de haber visto al novio de la señorita Stangerson palidecer ante la huella de sus pasos, esto no podía asombrarme demasiado.

Sin embargo, hice notar al instante:

—¿Y el bastón?

—¡El bastón! Sigue en manos de Frédéric Larsan, que no lo suelta nunca...

—Pero..., ¿no le da una coartada a Robert Darzac?

—Para nada. El señor Darzac, al que interrogué en secreto, niega haber comprado esa tarde, ni ninguna otra, un bastón en la tienda de Cassette... Sea

como fuera –dijo Rouletabille–, no pondría las manos en el fuego porque el señor Darzac tiene unos silencios tan extraños, que uno no sabe exactamente qué pensar de lo que dice...

–En la mente de Frédéric Larsan, este bastón debe ser muy valioso, una prueba del delito... ¿Pero cómo? Porque, por la hora en que se efectuó la compra, no podía estar en manos del asesino...

–La hora no significa un obstáculo para Larsan... No está obligado a adoptar mi sistema, que comienza por hacer entrar al asesino en el "cuarto amarillo" entre las cinco y las seis. ¿Qué le impide a él hacerlo entrar entre las diez y las once de la noche? En ese momento, precisamente, el señor y la señorita Stangerson, ayudados por el tío Jacques, realizaban un interesante experimento de química en esa parte del laboratorio ocupada por los hornillos; Larsan dirá que el asesino se deslizó a sus espaldas, por más inverosímil que parezca... Ya se lo dio a entender al juez de instrucción... Analizándolo con detenimiento, ese razonamiento es absurdo, dado que la persona conocida si es que hay una persona conocida, debía saber que el profesor pronto iría del pabellón; y sería más seguro para él, como conocido, posponer sus operaciones para después de esa salida... ¿Por qué se arriesgaría a atravesar el laboratorio mientras el profesor estaba allí?... Hay muchos puntos para dilucidar antes de admitir las especulaciones de Larsan. ¡Yo, por mi parte, no perderé mi tiempo en ello, pues tengo una hipótesis irrefutable que me prohíbe entretenerme con esas elucubraciones! Pero, como por el momento me veo obligado a callar y Larsan algunas veces habla..., podría ser que todo terminara volviéndose en contra del señor Darzac..., ¡si yo no estuviera! – agregó el joven con orgullo. –Porque hay otros signos exteriores en contra del señor Darzac, mucho más terribles que esa historia del bastón, que sigue siendo incomprensible para mí, más incomprensible aún cuando Larsan no tiene problemas en mostrarse delante del señor Darzac... ¡con el bastón que habría pertenecido al mismo Darzac! Comprendo muchas cosas en el sistema de razonamiento de Larsan, pero todavía no comprendo el bastón.

–¿Frédéric Larsan sigue en el castillo?

–Sí, ¡casi no se ha alejado de él! Duerme allí, como yo, a pedido del señor Stangerson. El señor Stangerson ha hecho por él lo mismo que Robert Darzac ha hecho por mí. Acusado por Frédéric Larsan de conocer al asesino y de haber permitido su huida, el señor Stangerson se preocupó por facilitarle a su acusador todos los medios para llegar al descubrimiento de la verdad. Del mismo modo actúa Robert Darzac conmigo.

–Pero usted está convencido de la inocencia de Robert Darzac, ¿no es así?

–Por un momento creí en la posibilidad de que fuera culpable. Fue cuando llegamos aquí por primera vez. Llegó el momento de que le cuente lo que pasó

aquí entre el señor Darzac y yo.

En este punto, Rouletabille se interrumpió y me preguntó si había traído las armas. Le mostré los dos revólveres. Los examinó y dijo:

–¡Perfecto!

Y me los devolvió.

–¿Los necesitaremos? – le pregunté.

–Quizás esta noche. ¿Le molestaría pasar la noche aquí?

–¡En absoluto! – dije, con una expresión que provocó la risa de Rouletabille.

–¡Vamos, vamos! – prosiguió. No es momento para reír. Hablemos en serio. ¿Se acuerda de esa frase que fue el "¡Ábrete, sésamo!" de este castillo lleno de misterio?

–Sí –dije–, perfectamente: La rectoría no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor. Es la misma frase que encontró en un papel medio chamuscado entre los carbones del laboratorio.

–Sí, y en la parte de abajo del papel, las llamas habían respetado esta fecha: "23 de octubre". Recuerde esta fecha, que es muy importante. Ahora voy a decirle qué significa esta frase incongruente. Recordará que, un día antes del crimen, es decir, el 23 de octubre, el señor y la señorita Stangerson fueron a una recepción en el Elíseo. Incluso asistieron a la cena, si no me equivoco. Lo cierto es que se quedaron en la recepción, porque los vi. Por razones profesionales, yo también estaba allí. Tenía que entrevistar a uno de esos científicos de la Academia de Filadelfia a quienes se homenajeara ese día. Hasta entonces, nunca había visto al señor ni a la señorita Stangerson. Estaba sentado en el salón que precede al salón de los Embajadores y, cansado de ir y venir entre tantos nobles personajes, comenzaba a perderme en mis ensoñaciones, cuando sentí pasar el perfume de la dama vestida de negro. Me preguntaré: "¿Qué es el perfume de la dama vestida de negro?". Basta con que sepa que es un perfume que he amado mucho, porque era el de una dama, siempre vestida de negro, que me brindó cierta bondad maternal en mi infancia. La dama que aquel día estaba discretamente impregnada por el perfume de la dama vestida de negro se hallaba vestida de blanco. Era maravillosamente hermosa. No pude evitar levantarme y seguirla, a ella y a su perfume. Un hombre, un anciano, le daba el brazo a aquella belleza. Todos se daban vuelta a su paso, y oí que murmuraban: "¡Son el profesor Stangerson y su hija!". Así supe a quién seguía. Se encontraron con Robert Darzac, a quien yo conocía de vista. El profesor Stangerson, solicitado por uno de los científicos estadounidenses, Arthur William Rance, se sentó en un sillón de la



gran galería y Robert Darzac condujo a la señorita Stangerson hacia el invernadero. Yo los seguí. Aquella noche, el tiempo era muy agradable y las puertas que daban al jardín estaban abiertas.

La señorita Stangerson se echó un chal liviano sobre los hombros y vi que fue ella quien le pidió al señor Darzac que la acompañara al jardín casi desierto. Y no dejé de seguirlos, interesado por la evidente agitación que se percibía en Robert Darzac. Ahora se deslizaban con pasos lentos a lo largo de la pared que bordea la avenida de Marigny. Tomé el paseo central. Caminaba paralelamente a mis dos personajes. Y después, "corté camino" por el césped para cruzarme con ellos. La noche estaba oscura, el pasto amortiguaba mis pasos. Se detuvieron bajo la claridad vacilante de un farol e, inclinados sobre un papel que sostenía la señorita Stangerson, parecían leer algo que les interesaba mucho. Yo también me detuve. Estaba rodeado de sombra y de silencio. No me vieron y pude oír claramente a la señorita Stangerson que repetía, doblando el papel: "¡La rectoría no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor!" Dijo esas palabras en un tono a la vez tan burlón y desesperado, y fueron seguidas por una carcajada tan nerviosa, que creo que esa frase quedará para siempre grabada en mi memoria. Pero oí otra frase, esta vez de labios de Robert Darzac:

"Entonces, ¿tendré que cometer un crimen para que usted sea mía?". Robert Darzac estaba extraordinariamente agitado; tomó la mano de la señorita Stangerson, la mantuvo durante largo tiempo sobre sus labios y, por el movimiento de sus hombros, pensé que lloraba. Después se alejaron.

Cuando llegué a la galería central –prosiguió Rouletabille–, ya no vi a Robert Darzac, al que sólo volvería a ver en el Glandier, después del crimen, pero vi a la señorita Stangerson, al señor Stangerson y a los delegados de Filadelfia. La señorita Stangerson estaba junto a Arthur Rance. Este le hablaba animadamente y los ojos del estadounidense, durante esta conversación, brillaban con un singular resplandor. Creo que la señorita Stangerson ni siquiera oía lo que le decía Arthur Rance, y su rostro expresaba una absoluta indiferencia. Arthur William Rance es un hombre sanguíneo, con la cara rojiza; le debe gustar la ginebra. Cuando el señor y la señorita Stangerson se marcharon, se dirigió al bufé y ya no salió de allí. Me reuní con él y lo ayudé un poco en ese barullo de gente. Me agradeció y me informó que volvería a Norteamérica en tres días, es decir el 26 (al día siguiente del atentado).

Le hablé de Filadelfia; me dijo que vivía en esa ciudad desde hacía veinticinco años y que allí había conocido al ilustre profesor y a su hija. Entonces, se sirvió de nuevo champán y creí que no dejaría nunca de tomar. Cuando lo dejé, estaba casi borracho.

Así fue la velada, querido amigo. No sé por qué extraña intuición, la doble

imagen de Robert Darzac y de la señorita Stangerson no me abandonó en toda la noche, y puede imaginarse el efecto que me produjo la noticia del asesinato de la señorita Stangerson. ¡Cómo no iba a recordar aquellas palabras: “¿Tendré que cometer un crimen para que usted sea mía?”! No obstante, no fue esta la frase que le dije al señor Darzac cuando lo encontramos en el Glandier. La que habla de la rectoría y del jardín esplendoroso, que la señorita Stangerson pareció leer en el papel que tenía en la mano, bastó para abrirnos las puertas del castillo de par en par. ¿Creía, en ese momento, que Robert Darzac era el asesino? ¡No! Me parece que nunca lo creí del todo. En aquel momento, no pensaba seriamente nada. Tenía tan poca información... Pero necesitaba imperiosamente que me demostrara que no estaba herido en la mano. Cuando estuvimos los dos solos, le conté lo que el azar me había permitido sorprender de su conversación en los jardines del Elíseo con la señorita Stangerson y, cuando le dije que había oído estas palabras: "¿Tendré que cometer un crimen para que usted sea mía?", se mostró muy perturbado, pero mucho menos, por cierto, que cuando escuchó la frase de "la rectoría". Lo que verdaderamente lo consternó fue enterarse, por mi boca, de que el día que iba a encontrarse en el Elíseo con la señorita Stangerson, esta había ido, por la tarde, a la oficina de correos número 40, a buscar una carta que, tal vez, era la que habían leído los dos en los jardines del Elíseo y que terminaba con estas palabras: “La rectoría no ha perdido nada de su brillo ni el jardín de su esplendor”. Por lo demás, esta hipótesis me fue confirmada, después, por el trozo de carta fechada el 23 de octubre que descubrí, usted recordará, entre los carbones del laboratorio. La carta había sido escrita y retirada de la oficina el mismo día. No hay dudas de que, de regreso del Elíseo, esa misma noche, la señorita Stangerson quiso quemar el papel comprometedor. El señor Darzac negó en vano que esta carta tuviera algo que ver con el crimen. Le dije que, en un caso tan misterioso, no tenía derecho a ocultar a la justicia el incidente de la carta; que yo estaba convencido de que esta tenía una importancia considerable; que el tono desesperado con el que la señorita Stangerson había pronunciado la frase fatídica, sus lágrimas (las de Robert Darzac) y la amenaza de cometer un crimen que había proferido luego de leer la carta no me permitían dudar. Robert Darzac estaba cada vez más agitado. Decidí aprovechar la ventaja con que contaba.

–Iba a casarse, señor –dije aparentando indiferencia y sin volver a mirar a mi interlocutor–, y de pronto ese casamiento se vuelve imposible a causa del autor de esta carta, ya que, al terminar su lectura, usted habla de la necesidad de un crimen para que la señorita Stangerson sea suya. POR LO TANTO, ALGUIEN SE INTERPONE ENTRE USTED Y LA SEÑORITA STANGERSON, ALGUIEN QUE LE PROHÍBE CASARSE, ¡ALGUIEN QUE LA MATA PARA QUE NO SE CASE!

Y concluí mi pequeño discurso con estas palabras:

Ahora, señor, sólo tiene que confiarme el nombre del asesino.

Sin proponérmelo, debí de decir cosas formidables. Cuando levanté mis ojos hacia Robert Darzac, vi un rostro descompuesto, una frente bañada en sudor, unos ojos espantados.

–Señor –me dijo–, le voy a pedir algo que quizás le parezca una locura, pero a cambio de lo cual daría mi vida: no debe hablar delante de los magistrados de lo que vio y oyó en los jardines del Elíseo... Ni delante de los magistrados, ni de nadie en el mundo. Le juro que soy inocente y sé, y siento, que usted me cree, pero preferiría pasar por culpable antes que ver que las sospechas de la policía se dirigen hacia esta frase: "La rectoría no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor". Es necesario que la justicia ignore esta frase. Todo el caso le pertenece, señor, se lo encomiendo, pero olvídense de la velada del Elíseo. Encontrará muchos otros caminos que lo llevarán a descubrir al criminal. Se los abriré, lo ayudaré. ¿Quiere instalarse aquí? ¿Ser amo y señor? ¿Comer y dormir aquí? ¿Vigilar mis actos y los actos de todos? Estará en el Glandier como si fuera su dueño, señor, pero olvídense de la velada del Elíseo.

En este punto, Rouletabille se detuvo para recuperar un poco el aliento. Ahora entendía la actitud inexplicable de Robert Darzac en relación con mi amigo y la facilidad con la que este había podido instalarse en el lugar del crimen. Todo lo que acababa de saber no pudo sino excitar mi curiosidad. Le pedí a Rouletabille que la satisficiera aún más. ¿Qué había pasado en el Glandier en los últimos ocho días? ¿No me había dicho mi amigo que ahora había signos exteriores en contra del señor Darzac, mucho peores que el del bastón encontrado por Larsan?

–Todo parece volverse contra él –me respondió mi amigo–, y la situación se torna extremadamente grave. Robert Darzac no parece preocuparse demasiado. Hace mal, pero nada le interesa más que la salud de la señorita Stangerson, que iba mejorando día tras día ¡hasta que sobrevino un acontecimiento más misterioso aún que el misterio del "cuarto amarillo"!

–¡Eso no es posible! – exclamé. ¿Qué acontecimiento puede ser más misterioso que el misterio del "cuarto amarillo"?

–Primero, volvamos a Darzac –dijo Rouletabille, tranquilizándome. Le decía que todo se ha vuelto en su contra. Los pasos elegantes identificados por Frédéric Larsan parecen ser los pasos del novio de la señorita Stangerson. La huella de la bicicleta puede ser la huella de su bicicleta; todo parece indicarlo. Desde que la compró, esa bicicleta la dejaba siempre en el castillo. ¿Por qué llevarla a París justo en ese momento? ¿Acaso no debía volver al castillo? ¿La ruptura de su casamiento debía acarrear también la de sus relaciones con los Stangerson? Cada uno de los interesados asegura que estas relaciones iban a

continuar. ¿Entonces? Frédéric Larsan, por su parte, cree que todo se había roto. Desde el día en que Robert Darzac acompañó a la señorita Stangerson a las grandes tiendas de la Louve, hasta el día después del crimen, el otrora novio no volvió al Glandier. Hay que recordar que la señorita Stangerson perdió su bolso y la llave con cabeza de cobre cuando estaba en compañía de Robert Darzac. Desde ese día hasta la velada del Elíseo, el profesor de la Sorbona y la señorita Stangerson no volvieron a verse. Pero quizás se escribieron.

La señorita Stangerson fue a buscar una carta a la oficina 40 del poste restante, carta que Frédéric Larsan cree que pertenece a Robert Darzac.

Porque Frédéric Larsan, que como es lógico no sabe nada de lo que pasó en el Elíseo, concluyó que fue Robert Darzac quien robó el bolso y la llave, con la intención de forzar la voluntad de la señorita Stangerson apropiándose de los papeles más valiosos de su padre, papeles que devolvería con la condición de casarse con ella. Todo esto sería una hipótesis muy dudosa y casi absurda, como el mismo gran Fred me decía, si no hubiera algo más, algo mucho más grave. Primero, cosa extraña y que no logro explicarme: sería el señor Darzac en persona quien, el 24, habría ido a la oficina a pedir la carta que ya había sido retirada la víspera por la señorita Stangerson; la descripción del hombre que se presentó a la ventanilla responde punto por punto a las características del señor Darzac. Este, ante las preguntas que le hizo el juez de instrucción, a título simplemente informativo, niega haber ido a la oficina de correos; y yo le creo a Robert Darzac, porque, incluso admitiendo que él haya escrito la carta, cosa que no pienso, sabía que la señorita Stangerson la había retirado, porque él había visto la carta entre sus manos en los jardines del Elíseo. Por lo tanto, no fue él quien se presentó, al día siguiente, el 24, a la oficina 40, para pedir una carta que sabía que ya no estaba allí. Para mí, es alguien curiosamente parecido (y debe ser también el ladrón del bolso), que en esa carta le pedía algo a su propietaria, la señorita Stangerson..., algo que no recibió. Esto debió de sorprenderlo y lo indujo a preguntarse si la carta que había enviado con la inscripción en el sobre M.A.T.H.S.N. había sido retirada. De ahí su gestión en la oficina de correos y la insistencia con la que reclama la carta. Después se va, furioso. ¡La carta fue retirada y, sin embargo, lo que pedía no le fue concedido! ¿Qué pide? La señorita Stangerson es la única que lo sabe. El caso es que, al día siguiente, nos enterábamos de que había sido prácticamente asesinada durante la noche, y yo descubría, dos días después, que, al mismo tiempo, el profesor había sido víctima de un robo, gracias a dicha llave, objeto de la carta del poste restante. Por eso, me parece que el hombre que fue a la oficina de correos es el asesino; y todo este razonamiento, en definitiva absolutamente lógico, sobre los motivos de la gestión del hombre en la oficina de correos, Frédéric Larsan lo ha hecho, pero aplicándolo a Robert Darzac. No se equivoca usted al pensar que el juez de instrucción,

Larsan y yo mismo hicimos todo lo posible por obtener, en la oficina de correos, detalles precisos sobre el singular personaje del 24 de octubre. ¡Pero no pudimos saber de dónde venía ni hacia dónde se fue! Exceptuando esta descripción que lo hace parecerse a Robert Darzac, ¡nada! Publiqué este aviso en los periódicos más importantes:

Se ofrece una importante recompensa al cochero que condujo a un pasajero a la oficina de correos 40 en la mañana del 24 de octubre, hacia las 10. Dirigirse a la redacción de L'Époque y preguntar por el señor R.

No dio resultado. En resumen, a lo mejor ese hombre llegó a pie, pero, como estaba apurado, cabe pensar en la posibilidad de que haya llegado en coche. En mi nota del periódico no di la descripción del hombre para que acudieran a verme todos los cocheros que pudieran haber llevado, alrededor de esa hora, a un cliente a la oficina 40. Pero no se presentó ni uno. Y me sigo preguntando día y noche: "¿Quién será ese hombre que se parece tan curiosamente a Robert Darzac y que vuelvo a encontrar comprando el bastón que cayó en manos de Frédéric Larsan?". Lo más grave de todo es que el señor Darzac, que, a la misma hora en que su doble se presentaba en la oficina de correo, tenía que dar una clase en la Sorbona, no lo hizo. Lo reemplazó uno de sus amigos. Y cuando le preguntan qué estaba haciendo en ese momento, responde que fue a pasear a los bosques de Boulogne. ¿Qué piensa usted de un profesor que pide que lo reemplacen en su clase para ir a pasear a los bosques de Boulogne? Por último, debe saber que, si bien Robert Darzac confiesa haber ido a pasear a los bosques de Boulogne la mañana del 24, ¡no puede decir en qué ocupó su tiempo la noche del 24 al 25!...

Cuando Frédéric Larsan le pidió esa información, le respondió, con mucha calma, que lo que hacía con su tiempo en París era asunto suyo... Ante esto, Frédéric Larsan juró en voz alta que descubriría, sin ayuda de nadie, cómo empleó ese tiempo. Todo esto parece otorgar cierta consistencia a las hipótesis del gran Fred; especialmente porque el hecho de que fuera Robert Darzac quien se encontraba en el "cuarto amarillo" podría corroborar la explicación del policía sobre la forma en que el asesino se habría escapado: ¡el señor Stangerson lo habría dejado pasar para evitar un terrible escándalo! Por lo demás, es esta misma hipótesis, que yo creo falsa, la que desorientará a Frédéric Larsan, y esto no me molestaría si no hubiera un inocente de por medio. Ahora bien, ¿esta hipótesis realmente desorienta a Frédéric Larsan? ¡Esa es la cuestión! ¡Esa es la cuestión! ¡Esa es la cuestión!...

–¡Eh! ¡Frédéric Larsan quizás tenga razón! – exclamé, interrumpiendo a Rouletabille. ¿Está usted seguro de que el señor Darzac es inocente? Me parece que hay demasiadas coincidencias comprometedoras...

–Las coincidencias –me respondió mi amigo– son las peores enemigas de

la verdad.

–¿Y qué piensa de todo esto el juez de instrucción?

–El señor de Marquet, el juez de instrucción, duda acerca de arrestar a Robert Darzac sin alguna prueba segura, porque no sólo tendría en su contra a toda la opinión pública, sin contar a la Sorbona, sino también al señor y a la señorita Stangerson. Esta adora a Robert Darzac. Por poco que haya visto al asesino, será difícil hacerle creer al público que no reconoció a Robert Darzac si él hubiera sido el agresor. Aunque el "cuarto amarillo" estaba oscuro, no olvide que lo iluminaba una pequeña mariposa. Así estaban las cosas, mi amigo, cuando hace tres días, o más bien tres noches, ocurrió aquel acontecimiento inaudito del que le hablaba hace un rato.

#### **14. "ESTA NOCHE ESPERO AL ASESINO"**

–Tengo que llevarlo al escenario de los hechos –me dijo Rouletabille para que pueda entender o, mejor, para que se convenza de que es imposible entender. En cuanto a mí, creo haber encontrado lo que todos siguen buscando: la forma en que el asesino salió del "cuarto amarillo"... sin cómplices de ningún tipo y sin que el señor Stangerson se vea involucrado. Mientras no esté seguro de la personalidad del asesino, no puedo decir cuál es mi hipótesis, pero creo que esta hipótesis es correcta y, en todo caso, es totalmente natural, quiero decir absolutamente simple. En cuanto a lo que pasó hace tres noches, aquí, en el mismo castillo, durante veinticuatro horas me pareció que superaba toda facultad de imaginación. Y, además, la hipótesis que ahora surge del fondo de mi ser es tan absurda, que casi prefiero las tinieblas de lo inexplicable. Luego de decir esto, el joven reportero me invitó a salir y me hizo dar la vuelta al castillo. Bajo nuestros pies crujían las hojas secas; era el único ruido que yo oía. El castillo parecía abandonado. Las viejas piedras, el agua estancada en los fosos que rodeaban el torreón, la tierra desolada cubierta con los deshechos del último verano, el esqueleto negro de los árboles, todo contribuía a darle a ese triste lugar, acechado por un misterio feroz, un aspecto fúnebre. Al dar la vuelta al torreón nos encontramos con el Hombre Verde, el guardabosque, que no saludó y pasó a nuestro lado como si no existiéramos. Tal como lo y por primera vez, a través de la ventana de la posada del tío Mathieu seguía llevando la escopeta en bandolera, su pipa en la boca y sus quevedos sobre la nariz.

–Qué bicho raro! – me dijo en voz baja Rouletabille.

–¿Habló con él? – le pregunté.

–Sí, pero no se le puede sacar nada... Responde con gruñidos, se encoge de hombros y se va. Habitualmente reside en el primer piso del torreón, una amplia habitación que se usaba antaño como oratorio. Allí vive, como un oso; sólo sale con su escopeta. No es amable más que con las mujeres. Con el pretexto de perseguir a los cazadores furtivos, se levanta a menudo por la noche; pero sospecho que tiene citas galantes. La doncella de la señorita Stangerson, Sylvie, es su amante. En este momento, está perdidamente enamorado de la mujer del tío Mathieu, el posadero; pero el tío Mathieu vigila de cerca a su esposa, y creo que es precisamente la imposibilidad que el Hombre Verde tiene de acercarse a la señora Mathieu lo que lo vuelve aún más sombrío y taciturno. Es un tipo buen mozo, cuidadoso de su persona, casi elegante... Las mujeres en cuatro leguas a la redonda se vuelven locas por él.

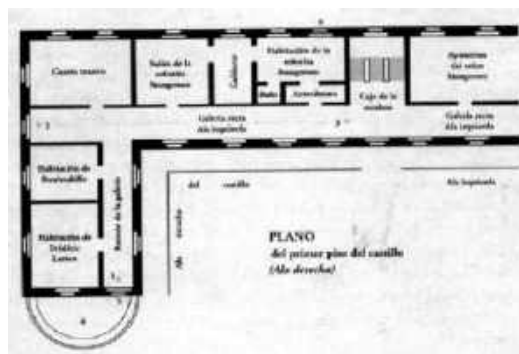
Después de pasar el torreón, que se encuentra en el extremo del ala izquierda, caminamos por la parte trasera del castillo. Rouletabille, señalando una ventana, que reconocí por tratarse de una de las que dan a los aposentos de la señorita Stangerson, me dijo:

–Si hubiera pasado por aquí hace dos noches, a la una de la mañana, habría visto a este servidor en lo alto de una escalera disponiéndose a entrar en el castillo por esa ventana.

Como yo manifesté cierta sorpresa por aquella práctica de gimnasia nocturna, me rogó que prestara mucha atención a la disposición exterior del castillo, luego de lo cual regresamos al edificio.

–Ahora –dijo mi amigo–, tengo que mostrarle el primer piso del ala derecha. Ahí es donde duermo yo.

Para explicar mejor la disposición del nuevo escenario, pongo a disposición del lector un plano del primer piso de esta ala derecha, que fue dibujado por Rouletabille al día siguiente del extraordinario fenómeno que van a conocer con todo detalle.



1. Lugar donde Rouletabille colocó a Frédéric Larsan.
2. Lugar donde Rouletabille colocó al tío Jacques.
3. Lugar donde Rouletabille colocó al señor Stangerson.

4. Ventana por la que entró Rouletabille.

5. Ventana que Rouletabille encontró abierta cuando salió de su cuarto. La cierra. Todas las otras puertas y ventanas están cerradas.

6. Terraza que corona un cuartito voladizo en la planta baja.

Rouletabille me hizo una seña para que subiera detrás de él la doble escalera monumental que, a la altura del primer piso, formaba un rellano. Desde ese rellano se alcanzaba directamente el ala derecha o el ala izquierda del castillo por una galería que desembocaba allí. La galería, alta y ancha, se extendía a lo largo de todo el edificio y recibía luz de la fachada del castillo orientada hacia el norte. Las puertas de las habitaciones, cuyas ventanas daban al mediodía, se abrían sobre la galería. El profesor Stangerson vivía en el ala izquierda del castillo.

La señorita Stangerson tenía sus aposentos en el ala derecha. Entramos en la galería del ala derecha. Una estrecha alfombra sobre el parqué encerado, que brillaba como un espejo, ahogaba el ruido de nuestros pasos. Rouletabille me dijo, en voz baja, que caminara con precaución, porque pasábamos delante de la habitación de la señorita Stangerson. Me explicó que los aposentos de la señorita consisten en su habitación, una antecámara, un baño pequeño, un gabinete y un salón. Como es lógico, se podía pasar de una de estas piezas a la otra sin necesidad de salir a la galería. El salón y la antecámara eran las únicas piezas de los aposentos que tenían una puerta que daba a la galería. La galería continuaba recta hasta el extremo este del edificio, en donde recibía luz del exterior por una alta ventana (ventana 2 del plano). Hacia los dos tercios de su extensión, esta galería formaba un ángulo recto con otra, que seguía el recodo del ala derecha del castillo. Para dar mayor claridad a este relato, llamaremos "galería recta" a la que va de la escalera hasta la ventana del este, y "recodo de la galería" al tramo que dobla siguiendo el ala derecha y desemboca en ángulo recto en la galería recta. En el cruce de estas dos galerías se encontraba la habitación de Rouletabille, contigua a la de Frédéric Larsan. Las puertas de estas dos habitaciones daban al recodo de la galería, mientras que las puertas de los aposentos de la señorita Stangerson daban a la galería recta (ver el plano).

Rouletabille empujó la puerta de su habitación, me hizo entrar y volvió a cerrar la puerta detrás de nosotros, echando el cerrojo. Todavía no me había dado tiempo para echar una ojeada a su aposento, cuando dio un grito de sorpresa, a la vez que me mostraba, encima de la mesita de luz, unos quevedos.

—¿Qué es esto? — preguntaba. ¿Cómo llegaron esos quevedos a mi mesita de luz?



Me hubiera costado trabajo responderle.

–A menos que... –dijo–, a menos que..., a menos que esos quevedos sean lo que ando buscando..., y que..., y que...¡y que sean unos quevedos de prébite!...

Se abalanzó literalmente sobre los quevedos; sus dedos acariciaron la convexidad de los cristales... y entonces me miró de un modo aterrador.

–¡Oh!... ¡Oh!...

Y repetía: "¡Oh!... ¡Oh!..." como si sus pensamientos lo hubieran vuelto loco de repente...

Se levantó, apoyó su mano en mi hombro, se echó a reír como un demente y me dijo:

–¡Estos quevedos me van a volver loco! Porque la cosa es posible, vea, matemáticamente hablando; pero humanamente hablando es imposible..., a menos..., a menos..., a menos...

Dieron dos golpecitos en la puerta de la habitación; Rouletabille entreabrió la puerta; una cara se asomó. Reconocí a la casera, que había visto pasar delante de mí cuando la llevaron al pabellón para el interrogatorio, y me sorprendió, porque creía que seguía detenida. La mujer dijo en voz muy baja:

¡En la ranura del parqué!

Rouletabille respondió: "¡Gracias!" y la cara desapareció. Se volvió hacia mí, después de haber cerrado cuidadosamente la puerta, y pronunció unas palabras incomprensibles con aire azorado.

–Ya que la cosa es matemáticamente posible, ¿por qué no habría de serlo humanamente!... Pero si la cosa es humanamente posible, ¡el caso es formidable!

Interrumpí el monólogo de Rouletabille.

–¿Así que los caseros ahora están en libertad? – le pregunté.

–Sí –me respondió Rouletabille. Logré que los pusieran en libertad. Necesito gente confiable. La mujer se desvive por mí y el casero se dejaría matar por mí... ¡Y como los quevedos tienen cristales para presbicia, seguramente voy a necesitar de gente fiel que se dejaría matar por mí!

–¡Oh! ¡Oh! – dije. Usted habla en serio, mi amigo... ¿y cuándo habrá que dejarse matar?

–¡Pues esta noche! Porque debo decirle, mi querido amigo, ¡que esta noche espero al asesino!

–¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!... ¿Espera al asesino esta noche?... ¿De verdad, de verdad espera al asesino esta noche?... Pero, entonces, ¿conoce al asesino?

–¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Puede ser que ahora lo conozca. Pero estaría loco si afirmara categóricamente que lo conozco, porque la idea matemática que tengo del asesino conduce a resultados tan aterradores, tan monstruosos, ¡que espero que todavía exista la posibilidad de que me equivoque! ¡Oh! Lo deseo con todas mis fuerzas...

–¿Cómo puede decir que espera al asesino esta noche, si hasta hace cinco minutos no lo conocía?

–Porque sé que va a venir.

Rouletabille cargó su pipa lenta, muy lentamente, y la encendió. Esto me hacía presagiar un relato de lo más cautivador. En ese momento, alguien caminó por el corredor y pasó por delante de nuestra puerta. Rouletabille escuchó. Los pasos se alejaron.

–¿Frédéric Larsan está en su habitación? – pregunté, señalando el tabique.

–No –me respondió mi amigo–, no está aquí; tuvo que irse a París esta mañana; ¡sigue tras la pista de Darzac!... El señor Darzac también se fue esta mañana a París. Todo esto terminará muy mal... Preveo la detención de Darzac antes de ocho días. Lo peor es que todo parece confabularse contra el desgraciado: los acontecimientos, las cosas, la gente... No transcurre una hora sin que aparezca una nueva acusación contra el señor Darzac... El juez de instrucción está abrumado y cegado... Además, comprendo que estén cegados... Es para estarlo, a menos que...

–Sin embargo, Frédéric Larsan no es un novato.

–Creí que Frédéric Larsan era mucho más listo... –dijo Rouletabille, con una mueca ligeramente despectiva. Evidentemente, no es un novato... Yo mismo sentía mucha admiración por él cuando no conocía su deplorable método de trabajo... Debe su reputación únicamente a su habilidad; pero carece de filosofía, la matemática de sus concepciones es muy rudimentaria...

Miré a Rouletabille y no pude dejar de sonreír al oír a ese chico de dieciocho años tratar de niño a un hombre de unos cincuenta, que había demostrado ser el más fino sabueso de Europa...

–Usted sonrío –me dijo Rouletabille. ¡Se equivoca!... ¡Le juro que le pasaré por encima..., y de una forma rotunda! Pero tengo que apresurarme, porque tiene una ventaja colosal sobre mí, ventaja que le ha dado Robert Darzac y que Robert Darzac va a acrecentar esta noche... Piénselo: ¡cada vez que el asesino viene al castillo, Robert Darzac, por una extraña fatalidad, se ausenta y se niega a decir cómo empleó su tiempo!

–¡Cada vez que el asesino viene al castillo! – exclamé. Entonces volvió...

–Sí, durante esa famosa noche en que se produjo el fenómeno...

Iba, pues, a conocer aquel famoso fenómeno al que Rouletabille aludía desde hacía media hora sin explicármelo. Pero ya había aprendido a no apurar a Rouletabille durante sus relatos... Hablaba cuando le daba la gana o lo juzgaba útil, y se preocupaba mucho menos por mi curiosidad, que por hacer un resumen completo para sí mismo de un acontecimiento capital que le interesaba.

Finalmente, con unas pocas frases rápidas, me contó cosas que me dejaron como atontado, pues, a decir verdad, los fenómenos de esa ciencia todavía desconocida que es la hipnosis, por ejemplo, no son más inexplicables que aquella desaparición de la materia del asesino en el momento en que cuatro personas se disponían a tocarlo. Hablo de hipnosis como podría hablar de la electricidad, cuya naturaleza y sus leyes conocemos apenas, porque, en aquel momento, me pareció que el caso se podía explicar por lo inexplicable, es decir, por un acontecimiento ajeno a las leyes naturales conocidas. Y, sin embargo, si hubiera tenido el cerebro de Rouletabille, habría tenido, como él, el presentimiento de la explicación natural: porque lo más curioso en todos los misterios del Glandier fue, sin duda, la forma natural en que Rouletabille los explicó. ¿Pero quién hubiera podido o podría vanagloriarse de tener el cerebro de Rouletabille? Nunca encontré en ninguna otra las originales e inarmónicas protuberancias de su frente, salvo –aunque mucho menos pronunciadas– en la frente de Frédéric Larsan, y aun así había que mirar detenidamente la frente del célebre policía para adivinar su dibujo, mientras que las protuberancias de Rouletabille saltaban –si se me permite utilizar esta expresión un poco fuerte–, saltaban a la vista.

Entre los papeles que me entregó el joven después del caso, había 1 una libreta de notas en la que encontré un informe completo del fenómeno de la desaparición de la materia del asesino, y de las reflexiones que le inspiró a mi amigo. Creo que es preferible que les exponga este informe, en lugar de reproducir mi conversación con Rouletabille, pues no quisiera, en una historia semejante, añadir una palabra que no sea la expresión de la más estricta verdad.

Extractos de la libreta de notas de Joseph Rouletabille

## 15. TRAMPA

Fragmento de las notas de Joseph Rouletabille

La noche pasada, la del 29 al 30 de octubre, me despierto a eso de la una de la mañana. ¿Insomnio o ruido del exterior? El grito del Animalito de Dios se oye con una resonancia siniestra en el fondo del parque. Me levanto; abro la ventana. Viento frío y lluvia, tinieblas opacas, silencio. Vuelvo a cerrar la ventana. El extraño clamor sigue desgarrando la noche. Me pongo rápidamente un pantalón y una chaqueta. Hace un tiempo de perros; pero ¿quién puede imitar esta noche, tan cerca del castillo, el maullido del gato de la tía Agenoux? Tomo un garrote, única arma de la que dispongo, y, sin hacer ruido, abro la puerta. Estoy en la galería; una lámpara con pantalla reflectora la ilumina perfectamente; la llama de la lámpara vacila como movida por la acción de una corriente de aire. Siento la corriente de aire. Me doy vuelta. Detrás de mí hay una ventana abierta, la que está en el extremo de ese tramo de galería al que dan las habitaciones de Frédéric Larsan y la mía, a la que llamaré "recodo de la galería" para distinguirla de la "galería recta", adonde dan los aposentos de la señorita Stangerson.

Estas dos galerías se cruzan en ángulo recto. ¿Quién dejó la ventana abierta, o quién acaba de abrirla? Me dirijo hacia la ventana: me inclino hacia afuera. A un metro, aproximadamente, debajo de dicha ventana hay una terraza que sirve de techo a un cuartito voladizo que hay en la planta baja. En caso de necesidad, se puede saltar de la ventana a la terraza y, desde allí, dejarse caer al patio del castillo. El que siguió este camino seguramente no llevaba consigo la llave de la puerta del vestíbulo. Pero, ¿por qué imaginarme esta escena de atletismo nocturno? ¿A causa de una ventana abierta? Quizás sólo se trata del descuido de un criado. Cierro la ventana, sonriendo ante la facilidad con la que imagino dramas por el solo hecho de encontrar una ventana abierta. Nuevo grito del Animalito de Dios en medio de la noche. Y después, el silencio; la lluvia ha dejado de golpear contra los cristales. Todo duerme en el castillo. Camino con infinita precaución sobre la alfombra de la galería. Al llegar al ángulo de la galería recta, asomo la cabeza y echo una prudente mirada. En esta galería, otra lámpara con pantalla reflectora da una luz que ilumina perfectamente los pocos objetos que hay allí, tres sillones y unos cuadros colgados de la pared. ¿Qué estoy haciendo ahí? Nunca el castillo estuvo tan tranquilo. Todo descansa en él. ¿Qué instinto me empuja hacia la habitación de la señorita Stangerson? ¿Por qué esa voz que me grita desde el fondo de mi ser: "¡Ve hacia la habitación de la señorita Stangerson!"? Bajo los ojos hacia la alfombra que piso y veo que mis pasos hacia la habitación de la señorita Stangerson son precedidos por pasos que ya han ido allí. Sí, en la alfombra, unas huellas de pasos han traído el barro de afuera y sigo esos pasos, que me conducen a la habitación de la señorita Stangerson. ¡Horror! ¡Horror! ¡Reconozco los pasos elegantes, los pasos del asesino! Vino de afuera en esta noche abominable. Si, gracias a la terraza, se puede bajar de la galería por la ventana, también se puede subir a ella.

El asesino está aquí, en el castillo, porque los pasos no han regresado. Entró al castillo por esa ventana abierta en el extremo del recodo de la galería; pasó delante de la puerta de Frédéric Larsan, delante de la mía, dobló a la derecha por la galería recta y entró en la habitación de la señorita Stangerson. Estoy delante de la puerta de acceso a los aposentos de la señorita Stangerson, delante de la puerta de la antecámara: está entreabierta; la empujo sin hacer el menor ruido. Me encuentro en la antecámara y ahí, bajo la puerta de la habitación, veo una franja de luz. Escucho. ¡Nada! Ningún ruido, ni siquiera el de una respiración. ¡Ah! ¡Si se pudiera saber lo que pasa en el silencio que hay detrás de la puerta! Mis ojos, puestos sobre la cerradura, me informan que está cerrada con llave, y que la llave está adentro. ¡Y pensar que el asesino puede estar allí! ¡Que debe estar allí! ¿Se escapará una vez más? ¡Todo depende de mí! ¡Sangre fría y, sobre todo, no dar un paso en falso! Hay que mirar en esta habitación. ¿Y si entro por el salón de la señorita Stangerson? Luego tendría que atravesar el gabinete, y entonces el asesino se escaparía por la puerta de la galería, la puerta ante la cual estoy en este momento.

Para mí, esta noche todavía no se cometió ningún crimen, pues sería inexplicable el silencio del gabinete. En el gabinete hay dos enfermeras, instaladas allí para pasar la noche con la señorita hasta su completa recuperación.

Ya que estoy casi seguro de que el asesino está allí, ¿por qué no dar la alarma ahora mismo? Puede que el asesino escape, pero quizás salve a la señorita Stangerson. ¿Y si, por casualidad, el asesino esta noche no fuera un asesino? Abrieron la puerta para dejarlo pasar: pero ¿quién? Y la volvieron a cerrar: pero ¿quién? Entró esta noche en esa habitación, cuya puerta estaba, sin duda, cerrada con llave desde adentro, porque I la señorita Stangerson, todas las noches, se encierra con sus enfermeras en 1 sus aposentos. ¿Quién hizo girar la llave de la habitación para dejar entrar al asesino? ¿Las dos enfermeras? ¿Dos fieles criadas como la vieja sirvienta y su hija Sylvie? Muy poco probable. Además, duermen en el gabinete, y la señorita Stangerson, muy inquieta y muy prudente, me dijo Robert Darzac, se cuida por sí misma desde que su mejoría le permite dar algunos pasos en sus aposentos, de donde todavía no la he visto salir. Esta inquietud y esta prudencia repentinas en la señorita Stangerson, que habían sorprendido al señor Darzac, también me hicieron reflexionar. Cuando ocurrió el crimen del "cuarto amarillo", no caben dudas de que la desdichada esperaba al asesino. ¿Lo esperaba también esta noche? Porque ¿quién hizo girar la llave para abrirle al asesino, que está ahí? ¿Y si hubiera sido la misma señorita Stangerson? ¡Porque, en fin, ella puede temer, debe temer, la llegada del asesino y también tener razones para abrirle la puerta, para verse forzada a abrirle la puerta! ¿Qué terrible cita es esta? ¿La cita del crimen? Sin lugar a dudas, no es una cita amorosa, porque la señorita Stangerson adora al señor Darzac, lo sé. Todas estas reflexiones pasaron por

mi cerebro como un relámpago que sólo iluminara tinieblas. ¡Ah! ¡Saber...!

¡Si hay tanto silencio detrás de esa puerta, es porque necesitan silencio! ¿Podría mi intervención causar más daño que beneficio? ¿Acaso lo sé? ¿Quién me dice que mi intervención no podría determinar, en este instante, un crimen? ¡Ah! ¡Ver y saber, sin perturbar el silencio!

Salgo de la antecámara. Voy a la escalera central, desciendo; ahora estoy en el vestíbulo; corro lo más silenciosamente posible hacia el pequeño cuarto en la planta baja, en el que duerme el tío Jacques desde el atentado del pabellón.

Lo encuentro vestido, con los ojos muy abiertos, casi espantados.

No parece sorprendido de verme; me dice que se levantó porque oyó el grito del Animalito de Dios y pasos en el parque, pasos que se deslizaban delante de su ventana. Entonces, miró por la ventana y vio pasar, recién, un fantasma negro. Le pregunto si tiene un arma. No, no tiene más armas desde que el juez de instrucción le quitó el revólver. Lo llevo conmigo. Salimos al parque por una puertita trasera. Nos deslizamos alrededor del castillo hasta el punto que está justo debajo del cuarto de la señorita Stangerson. Ubico allí, junto al muro, al tío Jacques; le prohíbo que se mueva, y yo, aprovechando que una nube oculta en ese momento la luna, avanzo hasta ponerme frente a la ventana, pero fuera del cuadrado de luz que proyecta; porque la ventana está entreabierta. ¿Por precaución? ¿Para poder salir más rápido por la ventana si alguien apareciera por la puerta? ¡Oh! ¡Oh! El que salte por esa ventana tiene muchas probabilidades de romperse el cuello. ¿Quién me dice que el asesino no tiene una cuerda? Lo habrá previsto todo... ¡Ah! ¡Saber lo que pasa en esa habitación!... ¡Conocer el silencio de esa habitación!... Vuelvo hacia el tío Jacques y pronuncio una palabra en su oído: "Escalera". Primero pensé en el árbol que, ocho días antes, ya me había servido de observatorio, pero enseguida comprobé que la ventana está entreabierta de tal modo que, esta vez, subiendo al árbol, no alcanzaría a ver nada de lo que ocurre en la habitación. Y, además, no sólo quiero ver, sino también poder oír y... actuar...

El tío Jacques, muy agitado, casi temblando, desaparece un instante y regresa, sin escalera, para hacerme desde lejos ostensibles señas con sus brazos para que vaya cuanto antes. Cuando estoy cerca de él me susurra: "¡Venga!".

Me hace dar la vuelta al castillo por el torreón. Al llegar, me dice:

—Fui a buscar mi escalera a la sala situada debajo del torreón, que el jardinero y yo usamos para guardar las herramientas; la puerta del torreón estaba abierta y la escalera había desaparecido. Al salir, bajo el claro de luna, ¡mire dónde la encontré!

Y me señalaba, en el otro extremo del castillo, una escalera apoyada contra los "modillones" que sostenían la terraza, debajo de la ventana que había encontrado abierta. La terraza me había impedido ver la escalera... Gracias a esta escalera, era extremadamente fácil entrar en el recodo de la galería del primer piso, y no dudo de que haya sido el camino que siguió el desconocido. Corrimos hacia la escalera; pero en el momento en que la tomábamos, el tío Jacques me muestra la puerta entreabierta del cuartito voladizo de la planta baja, que está ubicado en el extremo del ala derecha del castillo, y cuyo techo es la misma terraza de la que hablé. El tío Jacques empuja un poco la puerta, mira en el interior y me dice, en un susurro.

¡No está!

—¿Quién?

—¡El guardabosque!

Y de nuevo, acercando su boca a mi oído:

—¿Sabía que el guardabosque duerme en esta pieza desde que el torreón está en obra?...

Y con el mismo gesto significativo, me señala la puerta entreabierta, la escalera, la terraza y la ventana del recodo de la galería que yo había cerrado hacía un rato.

¿Cuáles fueron mis pensamientos en ese momento? ¿Tenía tiempo para pensar? Más que pensar, sentía...

Naturalmente, sentía yo, si el guardabosque está allá arriba en la habitación (digo "si" porque, en ese momento, fuera de la escalera y de su habitación desierta, no tengo ningún indicio que me haga sospechar del guardabosque), si está allí, tuvo que trepar por esta escalera y por esta ventana, ya que las piezas situadas detrás de su nueva habitación, al estar ocupadas por la pareja del mayordomo y la cocinera, y por las cocinas, le cierran el camino al vestíbulo y a la escalera, en el interior del castillo... Si es el guardabosque el que trepó por allí, le habrá resultado fácil ir a la galería ayer a la noche, con cualquier pretexto, y procurar que la ventana quedara simplemente entornada por dentro, con las hojas juntas de tal modo que sólo tuviera que empujar desde afuera para que la ventana se abriera y así poder saltar a la galería. El hecho de que sea necesario que la ventana no esté cerrada desde el interior restringe singularmente el campo de indagación sobre la personalidad del asesino. El asesino tiene que ser alguien de la casa; a menos que haya un cómplice, cosa que no creo...; a menos..., a menos que la misma señorita Stangerson se haya ocupado de que esa ventana no quedara cerrada por dentro... Pero ¿cuál será ese terrible secreto, que obliga a la señorita Stangerson a eliminar los obstáculos que la separan de su asesino?

Tomo la escalera y nos ponemos otra vez en marcha hacia la parte trasera del castillo. La ventana de la habitación sigue entreabierta; las cortinas están corridas, pero no se unen y dejan pasar un gran rayo de luz, que se prolonga, a mis pies, sobre el césped. Apoyo la escalera debajo de la ventana de la habitación (estoy casi seguro de no haber hecho el menor ruido) y, mientras el tío Jacques permanece al pie de la escalera, subo sigilosamente, muy sigilosamente, los escalones, garrote en mano. Contengo la respiración; levanto y apoyo los pies con infinita precaución. De pronto, un nubarrón y un nuevo chaparrón. Suerte. Pero, de repente, el grito siniestro del Animalito de Dios me detiene en mitad del ascenso. Me parece que acaban de gritar a mis espaldas, a unos pocos metros. ¿Y si ese grito fuera una señal? ¿Si algún cómplice del hombre me hubiera visto en la escalera? ¡Quizás el grito llama al hombre a la ventana! ¡Quizás...! ¡Maldición! ¡El hombre está en la ventana! Siento su cabeza encima de mí; oigo su respiración. Y yo no puedo mirarlo; ¡el menor movimiento de mi cabeza y estoy perdido! ¿Me verá? ¿Bajará la cabeza en medio de la noche? ¡No!... Se va..., no vio nada... Más que oírlo, siento que camina sigilosamente en la habitación; y subo unos escalones más. Mi cabeza está a la altura del antepecho de la ventana; mi frente supera a la piedra; mis ojos ven entre las cortinas.

El hombre está ahí, sentado a la mesita de la señorita Stangerson y escribe. Me da la espalda. Hay una vela delante de él; pero, como está inclinado sobre su llama, esta proyecta sombras que lo deforman. Sólo veo una monstruosa espalda encorvada.

Cosa extraordinaria: ¡la señorita Stangerson no está ahí! Su cama no está deshecha. ¿En dónde duerme, entonces, esta noche? Sin duda, en la habitación de al lado, con sus enfermeras. Hipótesis. Alegría de encontrar al hombre solo. Serenidad para preparar la trampa. Pero ¿quién es ese hombre que escribe ahí, ante mis ojos, instalado en esa mesita como si estuviera en su propia casa? Si no fuera por los pasos del asesino en la alfombra de la galería, si no fuera por la ventana abierta, si no fuera por la escalera debajo de aquella ventana, podría llegar a pensar que ese hombre tiene derecho a estar allí y que allí se encuentra normalmente, por causas normales que todavía no conozco. Pero no cabe la menor duda de que ese misterioso desconocido es el hombre del "cuarto amarillo", cuyos golpes asesinos la señorita Stangerson se vio obligada a soportar, sin delatarlo. ¡Ah! ¡Si pudiera ver su cara! ¡Sorprenderlo! ¡Capturarlo!

Si salto ahora a la habitación, él huirá por la antecámara o por la puerta de la derecha, que da al gabinete. Por ahí, atravesando el salón, llega a la galería y lo pierdo. Ya está, lo tengo; cinco minutos más y ya lo tengo, más seguro que dentro de una jaula... ¿Qué hace aquí, solo, en la habitación de la señorita Stangerson? ¿A quién le escribe?... Bajo. Al suelo la escalera. El tío Jacques



me sigue. Regresamos al castillo. Mando al tío Jacques a despertar al señor Stangerson. Me tiene que esperar allí y no decirle nada concreto antes de mi llegada. Yo voy a ir a despertar a Frédéric Larsan. Un fastidio para mí. Me hubiera gustado trabajar solo y recibir todo el reconocimiento del caso, en las narices de Larsan dormido. Pero el tío Jacques y el señor Stangerson son ancianos y quizá yo no esté físicamente a la altura de las circunstancias. Podría carecer de la fuerza necesaria... Larsan, en cambio, está acostumbrado a derribar a un hombre, arrojarlo al suelo y levantarlo con las manos esposadas. Larsan me abre, atontado, con los ojos hinchados por el sueño, dispuesto a mandarme a pasear, sin creer en absoluto en mis fantasías de reportero novato. ¡Tengo que asegurarme que el hombre está ahí!

–¡Qué extraño! – dice. ¡Yo creía haberlo dejado esta tarde en París!

Se viste rápidamente y se arma de un revólver. Nos deslizamos por la galería.

Larsan me pregunta:

–¿Dónde está?

–En la habitación de la señorita Stangerson.

–¿Y la señorita Stangerson?

–¡No está en su habitación!

–¡Vamos!

–¡No vaya! El hombre, ante la primera alarma, se escapará... Hay tres vías de escape: la puerta, la ventana y el gabinete en el que están las mujeres...

–Le dispararé...

–¿Y si le yerra...? ¿Si no hace más que herirlo? Se volverá a escapar... Sin contar con que también él debe estar armado... No, déjeme dirigir la operación y respondo de todo...

–Como quiera –me dice con bastante amabilidad.

Entonces, después de asegurarme de que todas las ventanas de las dos galerías estuvieran herméticamente cerradas, ubico a Frédéric

Larsan en el extremo del recodo de la galería, delante de esa ventana que yo había encontrado abierta y que volví a cerrar. Le digo a Fred:

–No debe abandonar este puesto por nada del mundo hasta que lo llame... Hay un ciento por ciento de posibilidades de que el hombre vuelva a esta ventana e intente escapar por ahí cuando lo persigamos, porque por ahí entró y por ahí preparó su huida. Tiene un puesto peligroso...

–¿Cuál será el suyo? – preguntó Fred.

–Yo saltaré a la habitación y levantaré la presa.

–Tome mi revólver –dijo Fred–, yo tomaré su garrote.

–Gracias –le dije–, es usted un hombre valiente.

Y tomé el revólver de Fred. Iba a encontrarme solo con el hombre que escribía en la habitación y, en verdad, me agradaba llevar ese revólver.

Así pues, dejé apostado a Fred en la ventana 5 del plano y me dirigí, siempre con la mayor precaución, a los aposentos del señor Stangerson, en el ala izquierda del castillo. Encontré al señor Stangerson con el tío Jacques, quien había cumplido la consigna, limitándose a decirle a su amo que tenía que vestirse lo más rápido posible. Con cuatro palabras puse al señor Stangerson al tanto de lo que estaba pasando. También él se armó de un revólver, me siguió y pronto estuvimos los tres en la galería. Todo lo que acababa de pasar, desde que yo viera al asesino ante la mesa, apenas había transcurrido en diez minutos. El señor Stangerson quería precipitarse inmediatamente sobre el asesino y matarlo: así de simple. Le hice entender que no valía la pena correr el riesgo, por querer matarlo, de que se escapara vivo.

Cuando le juré que su hija no estaba en la habitación y que no corría ningún riesgo, aceptó calmar su impaciencia y dejar que yo dirigiera los acontecimientos. También les dije al tío Jacques y al señor Stangerson que no debían venir a mí hasta que los llamara o disparase un tiro, y le ordené al tío Jacques que se colocara delante de la ventana situada en el extremo de la galería recta. (La ventana está marcada con el número 2 en mi plano). Elegí este puesto para el tío Jacques porque imaginaba que el asesino, al verse atrapado a la salida de la habitación, escaparía por la galería para alcanzar la ventana que había dejado abierta y, al llegar al cruce de las galerías y ver de pronto a Larsan delante de ella, vigilando el recodo de la galería, continuaría su camino por la galería recta. Allí se encontraría con el tío Jacques, que le impediría saltar al parque por la ventana que se abría en el extremo de la galería recta. Ciertamente, si el asesino conocía el lugar (y yo no tenía dudas al respecto), así era como actuaría en semejante circunstancia. En efecto, debajo de esta ventana había una especie de contrafuerte exterior. Todas las demás ventanas de las galerías daban a los fosos, pero era tal la altura, que resultaba prácticamente imposible saltar por ellas sin romperse el cuello. En el extremo de la galería recta, puertas y ventanas estaban perfectamente cerradas, incluida la puerta de la baulera: me había cerciorado de ello rápidamente. Así pues, luego de indicarle, como ya dije, su puesto al tío Jacques y cerciorarme de que estaba ahí, coloqué al señor Stangerson delante del descanso de la escalera, cerca de la puerta de la antecámara de su hija. Todo hacía prever que, en

cuanto yo sorprendiera al asesino en la habitación, este preferiría escapar por la antecámara antes que por el gabinete en el que estaban las mujeres, y cuya puerta debió cerrar la propia señorita Stangerson, si, como yo pensaba, se había refugiado en ese gabinete ¡para no ver al asesino que vendría a sus aposentos! Hiciera lo que hiciera, siempre terminaría en la galería, donde mi gente lo esperaba en todas las salidas posibles.

Al llegar a la antecámara, el asesino ve a su izquierda, casi sobre él, al señor Stangerson; entonces se escapa por la derecha, hacia el recodo de la galería, que es, por otra parte, el camino preparado para su huida. En la intersección de las dos galerías, ve al mismo tiempo (como lo explico más arriba): a su izquierda a Frédéric Larsan, al final del recodo de la galería, y enfrente al tío Jacques, al final de la galería recta. El señor Stangerson y yo llegamos por detrás. ¡Es nuestro! ¡No se nos puede escapar!... Este plan me parecía el más prudente, el más seguro y el más simple. Si hubiéramos tenido a alguien para ubicar directamente detrás de la puerta del gabinete de la señorita Stangerson, que da al dormitorio, quizás a uno de esos que no piensan le habría parecido más sencillo sitiar directamente las dos puertas del cuarto en el que se hallaba el hombre, la del gabinete y la de la antecámara; pero sólo podíamos entrar en el gabinete por el salón, cuya puerta estaba cerrada desde adentro por la inquieta previsión de la señorita Stangerson. Y por eso, este plan, que podría ocurrírsele a cualquier agente de policía pueblerino, se volvía impracticable. Pero yo, que estoy obligado a pensar, diría que, aunque hubiera podido disponer libremente del gabinete, habría mantenido mi plan tal como lo acabo de exponer; porque cualquier otro plan de ataque directo por las puertas de la habitación nos separaba a los unos de los otros en el momento de enfrentarnos con el hombre, mientras que el mío nos reunía a todos para el ataque, en un lugar que yo había determinado con una precisión casi matemática. Este lugar era el cruce de las dos galerías.

Después de ubicar a mi gente de este modo, salí del castillo, corrí a la escalera, la volví a colocar contra la pared y, revólver en mano, trepé.

A quien se sonría ante tantas precauciones previas, lo remito al misterio del "cuarto amarillo" y a todas las pruebas que tenemos de la fantástica astucia del asesino; por otra parte, si mis observaciones le parecen a alguien demasiado meticulosas en un momento en que hay que estar enteramente poseído por la rapidez del movimiento, de la decisión y de la acción, le replicaré que he querido referir aquí, en forma detallada, todas las disposiciones de un plan de ataque concebido y ejecutado tan rápidamente como lento resulta su desarrollo bajo mi pluma. He buscado esta lentitud y esta precisión para estar seguro de no omitir ninguna de las condiciones en las que se produjo el extraño fenómeno que, hasta nueva orden y natural explicación, me parece que demuestra, mejor que todas las teorías del profesor Stangerson, el fenómeno

de la disociación de la materia, incluso diría la disociación instantánea de la materia.

## **16. EXTRAÑO FENÓMENO DE DISOCIACIÓN DE LA MATERIA**

Fragmento de las notas de Joseph Rouletabille (continuación)

Heme aquí, otra vez, en la piedra del antepecho de la ventana, y de nuevo mi cabeza se alza por sobre esta piedra; me dispongo a mirar entre las cortinas, cuya disposición no ha cambiado, ansioso de saber en qué actitud voy a encontrar al asesino. ¡Si me diera la espalda! Si siguiera sentado a esa mesa, escribiendo... Pero quizás..., ¡quizás ya no esté!... ¿Y cómo se habría escapado?... ¿Acaso no tengo su escalera?... Apelo a toda mi sangre fría. Asomo otra vez la cabeza. Miro: está ahí; vuelvo a ver su monstruosa espalda, deformada por las sombras proyectadas por la vela. Sólo que ahora ni él escribe ni la vela está sobre la mesita. La vela está en el parqué, delante del hombre curvado sobre ella. Extraña posición, pero que me sirve. Recupero el aliento. Sigo subiendo. Estoy en los últimos escalones; mi mano izquierda se aferra al antepecho de la ventana; en el momento de lograrlo, siento que mi corazón late aceleradamente. Me pongo el revólver entre los dientes. Ahora mi mano derecha también se agarra del antepecho de la ventana. Un movimiento necesariamente brusco, un esfuerzo por restablecer el equilibrio sobre las muñecas y estaré encima de la ventana... ¡Y si la escalera...! Es lo que ocurre... Me veo en la necesidad de encontrar un punto de apoyo más seguro en la escalera, y apenas mi pie se separa de ella siento que la escalera se tambalea. Roza la pared y cae... Pero mis rodillas ya tocan la piedra... Con una rapidez que considero sin igual, me levanto y me paro sobre la piedra... Pero el asesino ha sido más rápido que yo... Oyó el roce de la escalera contra la pared y, de repente, vi cómo la espalda monstruosa se erguía, el hombre se levantaba y se daba vuelta... Vi su cabeza... ¿Vi bien su cabeza?... La vela estaba en el piso y sólo iluminaba bien sus piernas. A partir de la altura de la mesa, en la habitación no había más que sombras y oscuridad... Vi una cabeza con mucho pelo, barbuda... Ojos de loco; un rostro pálido, enmarcado por dos patillas, cuyo color –en la medida en que pude distinguirlo en ese oscuro segundo– era pelirrojo... Así me pareció..., así lo pensé... No conocía esa cara. En suma, esa fue la primera impresión que recibí de la imagen entrevista entre las vacilantes tinieblas... No conocía aquella cara, ¡o por lo menos no la reconocía!

¡Ah! ¡Ahora había que actuar con rapidez!... ¡Ser el viento, la tormenta..., el rayo! Pero, ¡ay!..., ¡ay! Eran necesarios ciertos movimientos... Mientras realizaba, con las muñecas, las rodillas y los pies, los movimientos necesarios

para restablecer mi equilibrio sobre la piedra, el hombre, que me había visto en la ventana, dio un salto, se precipitó, como yo lo había previsto, sobre la puerta de la antecámara, y tuvo tiempo de abrirla para huir. Pero yo ya estaba detrás de él, empuñando el revólver. Grité: "¡A mí!".

Aunque atravesé la habitación como una flecha, pude ver que había una carta sobre la mesa. Casi alcancé al hombre en la antecámara, porque abrir la puerta le tomó, al menos, un segundo. ¡Casi lo toqué! Me cerró en las narices la puerta que comunica la antecámara con la galería... Pero yo tenía alas y muy pronto me encontré en la galería, a tres metros de él... El señor Stangerson y yo lo perseguíamos codo a codo. El hombre, tal como yo había previsto, dobló a la derecha por la galería, es decir, el camino preparado para su huida... "¡A mí, Jacques!", "¡A mí, Larsan!", exclamé. ¡Ya no se nos podría escapar! Di un grito de alegría, de victoria salvaje... El hombre llegó a la intersección de las dos galerías apenas dos segundos antes que nosotros y el encuentro que yo había programado, el choque fatal que debía producirse inevitablemente ¡se produjo! Todos chocamos en el cruce: el señor Stangerson y yo, que veníamos de un extremo de la galería recta, el tío Jacques, que llegaba del otro extremo de esa misma galería, y Frédéric Larsan, que lo hacía del recodo de la galería. Nos chocamos y tropezamos unos con otros...

¡Pero el hombre ya no estaba allí!

Nos miramos con ojos estúpidos, con ojos de espanto ante esta incongruencia lógica: ¡el hombre no estaba allí!

¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está?... Todo nuestro ser preguntaba: "¿Dónde está?".

—¡Es imposible que se haya escapado! — exclamé, con una cólera más grande que mi espanto.

—Lo toqué —exclamó Frédéric Larsan.

—¡Estaba allí, sentí su respiración en la cara! — decía el tío Jacques.

—¡Lo tocamos! — repetíamos el señor Stangerson y yo.

¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está?...

Corrimos como locos por las dos galerías; revisamos puertas y ventanas: estaban cerradas, herméticamente cerradas... Nadie pudo haberlas abierto, puesto que las encontramos cerradas... Y, además, la abertura de una puerta o de una ventana por el hombre acosado de ese modo, sin que pudiésemos percibir su gesto, ¿no habría sido aún más inexplicable que la desaparición misma del hombre?

¿Dónde está? ¿Dónde está?... No pudo pasar por una puerta, ni por una ventana, ni por nada. ¡No pudo pasar a través de nuestros cuerpos! Confieso

que en aquel momento quedé aniquilado. Porque el hecho es que había bastante claridad en la galería, y en esta galería no había trampas, ni puertas secretas en las paredes, ni sitio alguno donde alguien se pudiera esconder. Movimos los sillones y levantamos los cuadros. ¡Nada! ¡Nada! ¡Habríamos mirado hasta dentro de los jarrones, si hubiera habido jarrones!

## 17. LA GALERÍA INEXPLICABLE

Mathilde Stangerson apareció en el umbral de su antecámara. Estábamos prácticamente frente a su puerta, en la galería en la que acababa de producirse el increíble fenómeno. Hay momentos en los que uno siente que le explota el cerebro. Una bala en la cabeza, un cráneo que estalla, la sede de la lógica, asesinada, la razón, hecha pedazos... Así podría explicar, quizás, la sensación que me invadía, que me vaciaba, de total desequilibrio, de aniquilación de mi yo pensante, ¡pensante, con mi pensamiento de hombre! La ruina moral de un edificio racional, sumada a la ruina real de la visión fisiológica, aun cuando los ojos siguen viendo claro, ¡qué golpe terrible en el cráneo!

Felizmente, la señorita Mathilde Stangerson apareció en el umbral de su antecámara. La vi, y verla fue un alivio para el caos de mi mente... La respiré... Respiré su perfume de la dama vestida de negro... ¡Querida dama de negro, querida dama de negro que jamás volveré a ver! ¡Dios mío! ¡Diez años de mi vida, la mitad de mi vida para volver a ver a la dama de negro! Pero, ¡ay!, sólo de vez en cuando vuelvo a encontrar, ¡tan sólo...!, ¡tan sólo...!, el perfume, casi el mismo perfume cuya huella, sólo perceptible para mí, iba a respirar en el locutorio de mi juventud... ¡Es esta intensa reminiscencia de tu querido perfume, dama vestida de negro, la que me hace ir hacia esta otra, completamente de blanco, y tan pálida, tan pálida y tan hermosa en el umbral de la "galería inexplicable"! Sus hermosos cabellos dorados, recogidos en la nuca, dejan ver la estrella roja de su sien, la herida a causa de la cual estuvo a punto de morir... Sólo cuando comencé a empuñar mi razón por el extremo correcto en este caso, imaginé que la noche del misterio del "cuarto amarillo", la señorita Stangerson llevaba el pelo en bandós... Pero, antes de haber entrado en el "cuarto amarillo", ¿cómo habría podido razonar sino con la cabellera en bandas? Y ahora, desde el suceso de la "galería inexplicable", ya no razono; me quedo ahí, como un estúpido, ante la aparición de la señorita Stangerson, pálida y tan hermosa. Está vestida con una bata de una blancura de ensueño. Se diría que es como una aparición, como un dulce fantasma. Su padre la toma entre sus brazos, la abraza con pasión, parece haberla reconquistado una vez más, ¡porque una vez más estuvo a punto de perderla! No se atreve a preguntar... La lleva a su cuarto, donde los seguimos, porque..., en fin,

¡tenemos que saber!... La puerta del gabinete está abierta... Las caras espantadas de las dos enfermeras se inclinan hacia nosotros... La señorita Stangerson pregunta qué significa todo ese ruido. "Bueno", dice, "es muy sencillo..." ¡Qué sencillo! ¡Qué sencillo!... Esa noche se le ocurrió no dormir en su habitación, sino acostarse en el mismo cuarto que sus enfermeras, en el gabinete... Desde la noche del crimen siente miedo, temores repentinos muy comprensibles..., ¿no es cierto?... ¡Quién entiende por qué, precisamente esa noche en la que él iba a volver, se encerró, por una afortunada casualidad, con sus mujeres! ¡Quién entiende por qué rechaza la proposición del señor Stangerson de dormir en el salón de su hija, ya que su hija tiene miedo! ¡Quién entiende por qué la carta que estaba hace un instante en la mesa de la habitación ya no está allí!... Quien pueda entender todo esto dirá: la señorita Stangerson sabía que el asesino iba a volver..., ella no podía evitar que volviera..., no se lo dijo a nadie, porque el asesino debe seguir siendo un desconocido..., desconocido para su padre, desconocido para todos..., menos para Robert Darzac. Porque el señor Darzac, ahora, debe de conocerlo... ¡Quizás lo conocía con anterioridad! Recordar la frase del jardín del Elíseo: "¿Tendré que cometer un crimen para que usted sea mía?". ¿Un crimen contra quién sino contra el obstáculo, contra el asesino? Recordar también esta frase del señor Darzac –en respuesta a mi pregunta: "¿No le molestará que descubra al asesino?" "¡Ah! ¡Lo mataría con mis propias manos!". Y yo le repliqué: "¡Pero no ha contestado a mi pregunta!". Lo cual era cierto. En verdad, en verdad, el señor Darzac conoce tan bien al asesino que tiene miedo de que yo lo descubra, aunque quiera matarlo. Facilitó mi investigación sólo por dos motivos: primero, porque lo obligué a hacerlo; segundo, para poder cuidarla mejor...

Estoy en la habitación..., en su habitación... La miro..., la miro a ella..., y miro también el lugar en el que estaba la carta hasta hace un instante... La señorita Stangerson se apoderó de la carta; aquella carta era para ella, evidentemente..., evidentemente... ¡Ah! ¡Cómo tiembla la desdichada!... Tiembla ante el relato fantástico que su padre le hace de la presencia del asesino en su habitación y de la persecución de la que fue objeto... Pero es evidente..., es evidente que no estará completamente tranquila hasta que le aseguremos que el asesino, por un sortilegio inaudito, pudo escapársenos.

Y después, se produce un silencio... ¡Qué silencio!... Estamos todos allí, mirándola... Su padre, Larsan, el tío Jacques y yo... ¿Qué pensamientos se dirigen a ella en ese silencio?... Después del acontecimiento de esta noche, después del misterio de la Galería inexplicable, después de la prodigiosa realidad del asesino instalado en su habitación, me parece que todos los pensamientos, todos, desde los que se agitan en la cabeza del tío Jacques hasta los que nacen en la cabeza del señor Stangerson, podrían traducirse con estas palabras a ella dirigidas: "¡Oh! ¡Tú que conoces el misterio, explícanoslo, y

quizás te salvemos!". ¡Ah! ¡Cómo quisiera salvarla... de sí misma y del otro!... Lloro... Sí, siento que mis ojos se llenan de lágrimas ante un dolor tan terriblemente escondido.

Ahí está ella, la que tiene el perfume de la dama de negro... Por fin la veo, en su habitación, en esa habitación en la que no me quiso recibir..., en esa habitación en la que calla, en la que sigue callando. Desde la hora fatal del "cuarto amarillo", giramos alrededor de esta mujer invisible y muda, para saber lo que ella sabe. Nuestro deseo, nuestra voluntad de saber, deben ser para ella un suplicio más. ¿Quién nos asegura que, si nos enteramos, el hecho de conocer su misterio no sea el comienzo de un drama más espantoso que los que ya se produjeron aquí? ¿Quién nos asegura que no morirá por ello? Y, sin embargo, estuvo a punto de morir..., y no sabemos nada... O, más bien, hay algunos que no saben nada..., pero yo..., si yo supiera quién, lo sabría todo... ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?... Y como no sé quién es, tengo que callarme, por ella, porque no cabe la menor duda de que ella sí sabe cómo él se escapó del "cuarto amarillo"; y, sin embargo, se calla. ¿Por qué iba a hablar yo? Cuando sepa quién es, ¡hablaré con él!

Ahora ella nos mira..., pero de lejos..., como si no estuviéramos en su habitación... El señor Stangerson rompe el silencio. El señor Stangerson declara que, de ahora en adelante, no abandonará los aposentos de su hija. Ella quiere oponerse, en vano, a esa determinada voluntad. El señor Stangerson está decidido. Se instalará ahí desde esta misma noche, dice. Luego de lo cual, preocupado únicamente por la salud de su hija, le reprocha haberse levantado... Después, de pronto, le habla como a una niña..., le sonrío..., ya no sabe muy bien lo que dice ni lo que hace... El ilustre profesor pierde la cabeza... Repite palabras sin sentido, que expresan el estado de confusión de su mente... El nuestro no es mucho menor. Entonces, la señorita Stangerson dice estas simples palabras con voz quejumbrosa: "¡Padre! ¡Padre!", y este prorrumpe en llanto. El tío Jacques se suena la nariz y hasta Frédéric Larsan se ve obligado a volverse para ocultar su emoción. Yo no puedo más... Ya no pienso, ya no siento, soy como una planta. Me avergüenzo de mí mismo.

Es la primera vez que Frédéric Larsan se encuentra, como yo, ante la señorita Stangerson, desde el atentado del "cuarto amarillo". Al igual que yo, había insistido para poder interrogar a la desgraciada, pero sin mayor suerte. Tanto a él como a mí, siempre se nos daba la misma respuesta: la señorita Stangerson estaba demasiado débil para recibirnos, los interrogatorios del juez de instrucción ya la cansaban lo suficiente, etc. Había en ello una evidente mala voluntad respecto de ayudarnos en nuestras pesquisas que a mí, personalmente, no me sorprendía, pero que seguía desconcertando a Frédéric Larsan. Es verdad que Frédéric Larsan y yo tenemos una concepción del crimen completamente distinta...



Ellos lloran... Y me vuelvo a sorprender repitiendo, en el fondo de mi ser: ¡Salvarla!... ¡Salvarla a su pesar! ¡Salvarla sin comprometerla! ¡Salvarla sin que él hable! ¿Quién es él? Él, el asesino... ¡Atraparlo y cerrarle la boca!... Pero el señor Darzac lo ha dado a entender: "¡Para cerrarle la boca hay que matarlo!". Conclusión lógica de las frases que se le escaparon al señor Darzac. ¿Tengo derecho a matar al asesino de la señorita Stangerson? ¡No!... Pero que no me presente la oportunidad de hacerlo. ¡Ya veremos si es realmente de carne y hueso! ¡Ya veremos su cadáver, ya que no se puede atrapar a su cuerpo viviente!

¡Ah! ¡Cómo hacerle entender a esta mujer, que ni siquiera nos mira, que está entregada a su espanto y al dolor de su padre, que soy capaz de todo para salvarla... Sí..., sí... Volveré a empuñar mi razón por el extremo correcto y realizaré milagros...

Avanzo hacia ella..., quiero hablar, quiero suplicarle que tenga confianza en mí... Quisiera hacerle entender, con unas pocas palabras que sólo nosotros comprendiéramos, que sé cómo su asesino salió del "cuarto amarillo", que adiviné la mitad de su secreto..., y que la compadezco con todo mi corazón... Pero ya su gesto nos ruega que la dejemos sola, expresa su cansancio, su necesidad de descanso inmediato... El señor Stangerson nos pide que regresemos a nuestras habitaciones, nos agradece, nos despide... Frédéric Larsan y yo saludamos y, seguidos por el tío Jacques, volvemos a la galería. Oigo a Frédéric Larsan murmurar: "¡Qué extraño! ¡Qué extraño!...". Me hace señas de que entre en su habitación. En el umbral, se vuelve hacia el tío Jacques. Le pregunta:

–¿Lo vio usted bien?

–¿A quién?

–Al hombre.

–¡Que si lo vi!... Tenía una larga barba pelirroja, el cabello también rojizo...

–Yo también lo vi así –intervine.

–Y yo –dijo Frédéric Larsan.

Ahora, el gran Fred y yo estamos solos, hablando del asunto en su habitación. Hablamos durante una hora, dando vueltas y más vueltas al caso. Está claro que Fred, por las preguntas que me hace y por las explicaciones que me da, está persuadido –a pesar de sus ojos, a pesar de mis ojos, a pesar de todos los ojos– de que el hombre conocía algún pasadizo secreto del castillo, por el que desapareció.

–Porque conoce el castillo –me dice–, lo conoce bien...

–Es un hombre de estatura más bien alta, bien plantado...

–Tiene la estatura necesaria –murmura Fred.

–Lo comprendo –le digo–, pero ¿cómo explica la barba y el cabello pelirrojos?

–Demasiada barba, demasiado cabello... Postizos –indica Fred.

–Es pronto para decirlo... Sigue pensando en Robert Darzac... ¿No se lo sacará más de la cabeza?... Yo estoy seguro de que es inocente...

–¡Tanto mejor! Eso espero..., pero lo cierto es que todo lo condena... ¿Se fijó usted en los pasos sobre la alfombra?... Venga a verlos...

–Los vi... Son los pasos elegantes del borde del estanque.

–Son los pasos de Robert Darzac; ¿va a negarlo?

–Evidentemente, podrían confundirse...

–¿Notó que la huella de esos pasos no regresa? Cuando el hombre salió de la habitación, perseguido por todos nosotros, sus pasos no dejaron huellas...

–Quizás el hombre estaba en la habitación desde hacía horas. El barro de sus botas se secó y él se deslizaba en puntas de pie con una velocidad tal... Lo veíamos huir..., pero no lo oíamos...

De repente, interrumpo estas palabras incoherentes, sin lógica, indignas de nosotros. Le hago a Larsan una seña para que escuche:

–Allá abajo... Están cerrando una puerta...

Me levanto; Larsan me sigue; descendemos a la planta baja; salimos del castillo. Llevo a Larsan al pequeño cuarto voladizo cuya terraza da a la ventana del recodo de la galería. Mi dedo señala la puerta –cerrada ahora, abierta hace un rato– por debajo de la cual se filtra luz.

–¡El guardabosque! – dice Fred.

–¡Vamos! – le susurro.

Y, decidido, aunque ¿decidido a qué? ¿Acaso lo sabía? ¿Decidido a creer que el guardabosque es el culpable? ¿Podía afirmarlo? Me acerco a la puerta y llamo con brusquedad.

Algunos pensarán que este regreso a la puerta del guardabosque es bastante tardío..., y que el primer deber de todos nosotros, después de haber comprobado que el asesino se nos había escapado en la galería, era buscarlo en cualquier otra parte, alrededor del castillo, en el parque..., por todos lados.

Si se nos hace tal objeción, sólo podemos responder esto: "¡Es que el

asesino desapareció de tal modo de la galería que realmente pensamos que no estaba en ninguna parte!". Se nos había escapado cuando todos lo teníamos al alcance de la mano, cuando casi lo tocábamos... No nos quedaban energías para imaginar que podríamos descubrirlo ahora, en el misterio de la noche y del parque. ¡En fin, ya les he dicho hasta qué punto me impresionó esta desaparición!

En cuanto llamé, la puerta se abrió; el guardabosque nos preguntó, con voz serena, qué queríamos. Estaba en camisa de dormir e iba a meterse a la cama; la cama todavía no estaba deshecha...

Entramos; me sorprendí.

—¡Caramba! ¿Todavía no se acostó?...

—¡No! — respondió con rudeza. —Fui a hacer una recorrida por el parque y por los bosques... De ahí vengo... Ahora tengo sueño... ¡Buenas noches!...

—Escuche... —dije. —Hasta hace un rato había una escalera cerca de su ventana...

—¿Qué escalera? No vi ninguna escalera... ¡Buenas noches!

Y, sin mayor ceremonia, nos echó.

Afuera miré a Larsan. Era impenetrable.

—¿Y bien? — le dije.

—Y bien? — repitió Larsan.

—¿Esto no le abre nuevas perspectivas?

Su malhumor era evidente. Al volver al castillo, le oí gruñir:

—¡Sería muy extraño, pero muy extraño que me haya equivocado a tal punto!...

Y tuve la impresión de que esta frase estaba más dirigida a mí que dicha para sí mismo.

Agregó:

—En todo caso, pronto lo sabremos... Mañana será otro día.

## **18. ROULETABILLE DIBUJÓ UN CÍRCULO ENTRE LAS DOS PROTUBERANCIAS DE SU FRENTE**

Fragmento de las notas de Joseph Rouletabille

Nos despedimos a la puerta de nuestras habitaciones con un melancólico apretón de manos. Estaba feliz por haber logrado despertar alguna sospecha de error en esa mente original, extremadamente inteligente, pero contraria a todo método. No me acosté. Esperé el amanecer y bajé al frente del castillo. Di una vuelta a su alrededor, examinando todas las huellas que pudieran venir de él o desembocar en él. Pero estaban mezcladas y tan confusas, que no pude sacar nada en limpio. Además, quiero destacar que no suelo darle una importancia exagerada a los signos exteriores que quedan cuando se comete un crimen. Este método, que consiste en sacar conclusiones sobre el criminal a partir de las huellas de sus pasos, es completamente primitivo. Muchas de ellas son idénticas y, a lo sumo, se puede pedir que ofrezcan una primera indicación, que en ningún caso podría considerarse una prueba.

De todas maneras, en medio de la gran confusión que reinaba en mi mente, fui al patio y me incliné sobre las huellas, sobre todas las huellas que había allí, a pedirles esa primera indicación que tanto necesitaba para aferrarme a algo razonable, algo que me permitiera razonar sobre los acontecimientos de la "galería inexplicable". ¿Cómo razonar?... ¿Cómo razonar?

¡Ah! ¡Razonar desde el lado correcto! Desesperado, me siento sobre una piedra del patio desierto... ¿Qué estoy haciendo, desde hace más de una hora, sino la más vil tarea del más vulgar de los policías?... ¡Voy al encuentro del error, como un inspector cualquiera, en tanto sigo la huella de ciertos pasos que me harán decir lo que ellos quieren!

Me considero más despreciable y siento que he caído más bajo en la jerarquía de las inteligencias que esos agentes de la Sûreté que imaginaron los novelistas modernos, detectives que adquirieron su método leyendo las novelas de Edgar Poe o de Conan Doyle. ¡Ah! ¡Detectives literarios..., que construyen montañas de estupidez con una pisada en la arena o con la impronta de una mano en la pared! ¡A ti, Frédéric Larsan, a ti, detective literario!... ¡Amigo, has leído demasiado a Conan Doyle!... Sherlock Holmes te hará cometer estupideces, razonamientos estúpidos, peores que los que se leen en los libros, que te harán detener a un inocente... Con tu método tomado de Conan Doyle, has sabido convencer al juez de instrucción, al jefe de la Sûreté..., a todos... ¡Estás esperando una última prueba..., la última!... ¡Di mejor la primera, desgraciado!... No todo lo que ofrecen los sentidos puede ser una prueba... Yo también me incliné sobre las huellas materiales, pero únicamente para pedirles que entren en el círculo que había dibujado mi razón. ¡Ah! Muchas veces el círculo era tan estrecho, tan estrecho... Pero por más estrecho que fuera, era inmenso, ¡porque sólo contenía la verdad! Sí, sí, lo juro, las huellas materiales nunca fueron sino mis esclavas..., jamás mis dueñas... Nunca hicieron de mí esa cosa monstruosa, más terrible que un hombre sin ojos: ¡un hombre que ve mal! ¡Y, por eso, triunfaré sobre tu error y

sobre tu razonamiento propio de un ser inferior, oh Frédéric Larsan!

¡Claro que sí! ¡Por cierto! Porque, por primera vez, esta noche, en la "galería inexplicable", se produjo un acontecimiento que parece no entrar en el círculo trazado por mi razón; por eso divago, por eso me inclino, con la nariz pegada a la tierra, como un cerdo que busca, al azar, en el barro, la basura que lo alimentará... ¡Vamos, Rouletabille, amigo mío, levanta la cabeza!... Es imposible que lo acontecido en la "galería inexplicable" salga del círculo trazado por tu razón... ¡Lo sabes! ¡Lo sabes! Entonces, levanta la cabeza..., presiona con tus dos manos las protuberancias de tu frente y recuerda que, cuando trazaste el círculo, empuñaste, para dibujarlo en tu cerebro, como se hace con una figura geométrica en el papel, tu razón por el extremo correcto.

Pues bien, ahora ve..., y regresa a la "galería inexplicable" apoyándote en el extremo correcto de tu razón, como Frédéric Larsan se apoya en su bastón, y pronto habrás demostrado que el gran Fred no es más que un tonto.

Joseph ROULETABILLE.

Mediodía del 30 de octubre.

Así fue como pensé..., así fue como actué... Con la cabeza ardiendo, volví a subir a la galería y he aquí que, sin haber encontrado allí sino lo que había visto aquella noche, el extremo correcto de mi razón me mostró una cosa tan formidable que tuve que sostenerme de ella para no caer.

¡Ah! ¡Voy a necesitar fuerzas, sin embargo, para descubrir ahora las huellas materiales que van a entrar, que tienen que entrar en el círculo más amplio que he dibujado aquí, entre las dos protuberancias de mi frente!

Joseph ROULETABILLE.

Medianoche del 30 de octubre.

(Aquí termina la cita de la libreta de notas de J. Rouletabille).

## **19. ROULETABILLE ME INVITA A ALMORZAR EN LA POSADA DEL TORREÓN**

Sólo mucho tiempo después, Rouletabille me entregó este cuaderno donde, la mañana que siguió a aquella noche enigmática, refirió extensamente la historia del fenómeno de la "galería inexplicable". El día que me reuní con él en su habitación del Glandier, me contó, con lujo de detalles, todo lo que ustedes ahora conocen, incluso cómo había empleado su tiempo durante las pocas horas que había pasado aquella semana en París, donde, por otra parte,

no se había enterado de nada que le resultara útil.

El acontecimiento de la "galería inexplicable" se había producido en la noche del 29 al 30 de octubre, es decir, tres días antes de mi regreso al castillo, pues era 2 de noviembre. Es, entonces, el 2 de noviembre cuando vuelvo al Glandier, urgido por el telegrama de mi amigo, llevando los revólveres.

Estoy en la habitación de Rouletabille; acaba de terminar su relato.

Mientras hablaba, no dejó de acariciar la convexidad de los cristales de los quevedos que había encontrado en la mesita de luz, y comprendí, por la alegría con que manipulaba aquellos cristales de prisma, que estos debían constituir una de esas huellas materiales destinadas a entrar en el círculo trazado por el extremo correcto de su razón. Esta forma extraña y única de expresarse, usando términos que reflejaban maravillosamente su pensamiento, ya no me sorprendía; pero, a menudo, había que conocer su pensamiento para comprender esos términos y no siempre era fácil penetrar en los pensamientos de Joseph Rouletabille. El pensamiento de este muchacho era una de las cosas más curiosas que jamás haya podido observar. Rouletabille se paseaba por la vida con esa forma de pensar, sin sospechar el asombro o, para ser más exactos, la estupefacción que encontraba en su camino. La gente se daba vuelta para mirar este pensamiento y se quedaba viéndolo alejarse, como nos detenemos para contemplar durante más tiempo una figura original que se cruzó en nuestro camino. Y así como nos decimos: "¿De dónde viene ese? ¿Adónde va?", nos decíamos: "¿De dónde viene el pensamiento de Rouletabille y adónde va?". Debo confesar que él no sospechaba la originalidad de su pensamiento; por eso, no representaba un obstáculo para que se paseara por la vida como todo el mundo. Como un individuo que no imagina cuán excéntrico es su atuendo, y se siente cómodo en todas partes, cualquiera sea el ambiente en el que se desenvuelve. Así pues, este chico, que no era responsable de que su cerebro fuera extraordinario, expresaba con natural sencillez cosas formidables con su lógica abreviada, tan abreviada que para nosotros resultaba imposible comprender su forma hasta que él se dignaba a desplegarla y presentarla de frente, en su posición normal, ante nuestros ojos maravillados.

Joseph Rouletabille me preguntó qué pensaba del relato que acababa de hacerme. Le respondí que su pregunta me ponía en un gran aprieto, a lo cual me contestó que intentara, yo también, empuñar mi razón por el extremo correcto.

—Pues bien —dije—, me parece que el punto de partida de mi razonamiento debe ser este: no hay dudas de que el asesino que usted persigue estuvo, en algún momento de la persecución, en la galería.

Y me detuve...

–Ya que empezó tan bien –exclamó–, no debería detenerse tan pronto. Vamos, un pequeño esfuerzo.

–Voy a intentarlo. Puesto que se encontraba en la galería y desapareció de ella, sin posibilidad de pasar ni por una puerta ni por una ventana, tiene que haber escapado por alguna otra abertura.

Joseph Rouletabille me miró con compasión, se sonrió con indiferencia y no esperó un minuto más para decirme que estaba razonando con los pies.

–¡Qué digo con los pies! ¡Razona como Frédéric Larsan!

Porque Joseph Rouletabille pasaba alternativamente por períodos de admiración y de desdén por Frédéric Larsan; a veces exclamaba: "¡Es verdaderamente bueno!", a veces se lamentaba: "¡Qué bruto!", según –y eso yo lo había notado muy bien– los descubrimientos de Frédéric Larsan corroboraran o contradijeran su propio razonamiento. Era una de las facetas del noble carácter de aquel extraño muchacho.

Nos levantamos y me llevó hacia el parque. Cuando estábamos en el patio, y nos dirigíamos hacia la salida, un ruido de postigos que golpeaban contra la pared nos hizo girar la cabeza y vimos, en una ventana del primer piso del ala izquierda del castillo, un rostro amoratado y completamente afeitado que yo no conocía.

–Caramba –murmuró Rouletabille –, ¡Arthur Rance!

Bajó la cabeza, apuró el paso y le oí decir entre dientes:

–¡Quiere decir que anoche estaba en el castillo?... ¿A qué habrá venido?

Cuando nos alejamos lo suficiente del castillo, le pregunté quién era ese Arthur Rance y cómo lo había conocido. Entonces se refirió a su relato de esa mañana y me recordó que Arthur W Rance era el estadounidense de Filadelfia con el que tantas veces había brindado en la recepción del Elíseo.

–Pero ¿no tenía que irse de Francia casi de inmediato? – pregunté.

–Efectivamente; por eso me ve tan sorprendido de encontrarlo todavía aquí, no sólo en Francia, sino, sobre todo, en el Glandier. No llegó esta mañana, y tampoco anoche; habrá llegado antes de cenar y no lo vi. ¿Cómo puede ser que los caseros no me hayan avisado?

A propósito de los caseros, le señalé a mi amigo que todavía no me había dicho cómo se las había ingeniado para que los dejaran en libertad.

Nos acercábamos justamente a la casa que ellos ocupaban; el tío y la tía Bernier nos miraban llegar. Una hermosa sonrisa iluminaba sus caras radiantes. No parecían guardar ningún mal recuerdo de su prisión preventiva. Mi joven amigo les preguntó a qué hora había llegado Arthur Rance. Le

respondieron que ignoraban que el señor Rance estuviera en el castillo. Debíó de presentarse la noche anterior, pero no habían tenido que abrirle la reja, ya que Arthur Rance –quien, al parecer, amaba las caminatas y no quería que lo fueran a buscar en coche– tenía la costumbre de bajar en la estación del pueblito de Saint Michel y, desde allí, se dirigía al castillo a través del bosque. Llegaba al parque del castillo por la gruta de Santa Genoveva, bajaba hasta esta gruta, saltaba por encima del alambrado y estaba en el parque.

A medida que los caseros hablaban, yo veía que el rostro de Rouletabille se ensombrecía con manifiesto descontento; sin lugar a dudas, descontento consigo mismo. Evidentemente, se sentía un poco humillado dado que, después de haber trabajado en el lugar, estudiando a los seres y a las cosas del Glandier con un cuidado meticuloso, recién en ese momento se enteraba de que Arthur Rance era un visitante habitual del castillo.

Malhumorado, pidió explicaciones.

–Dicen que Arthur Rance suele venir al castillo... Pero ¿cuándo vino por última vez?

–No sabríamos decírselo con exactitud –respondió el señor Bernier, pues ese era el nombre del casero–, porque no podíamos enterarnos de nada mientras estábamos presos y, además, porque este señor no pasa por nuestra reja cuando viene al castillo, ni tampoco cuando se va...

–Al menos, ¿saben cuándo vino por primera vez?

–¡Oh, sí, señor, hace nueve años!...

–Entonces, vino a Francia hace nueve años –respondió Rouletabille. Y en esa ocasión, ¿cuántas veces vino al Glandier, que ustedes sepan?

–Tres veces.

–Que ustedes sepan, ¿cuándo vino al Glandier por última vez, antes de hoy?

–Unos ocho días antes del atentado del "cuarto amarillo". Rouletabille volvió a preguntar, esta vez dirigiéndose a la mujer:

–En la ranura del panqué?

–En la ranura del parqué –respondió la casera.

–Gracias –dijo Rouletabille–, y prepárense para esta noche. Pronunció esta última frase con un dedo en los labios, para recomendar silencio y discreción.

Salimos del parque y nos dirigimos a la Posada del Torreón.

–¿Va a comer a la posada a veces?



—A veces.

—¿Pero también come en el castillo?

—Sí, Larsan y yo pedimos que nos sirvan en nuestras habitaciones: unas veces en la mía, otras, en la suya.

—¿El señor Stangerson nunca los invitó a su mesa?

—Nunca.

—¿No le cansará su presencia?

—No lo sé, pero, en todo caso, hace como si no le molestáramos.

—¿Nunca les pregunta nada?

—¡Nunca! Sigue siendo el hombre que estaba detrás de la puerta del "cuarto amarillo" mientras asesinaban a su hija, que derribó la puerta y no pudo encontrar al asesino. Está convencido de que, si él no pudo descubrir nada en el acto, mucho menos podremos descubrirlo nosotros... Pero, desde que Larsan formuló su hipótesis, se ha impuesto el deber de no oponerse a nuestras ocurrencias.

Rouletabille volvió a sumirse en sus reflexiones. Por fin, saliendo de su ensimismamiento, me explicó cómo había liberado a los caseros.

—Hace unos días, fui a buscar al señor Stangerson con una hoja de papel. Le pedí que escribiera estas palabras en la hoja: "Me comprometo, a pesar de lo que declaren, a conservar a mi servicio a mis dos fieles servidores, Bernier y su esposa, y que las firmara. Le expliqué que, con esta declaración, yo estaría en condiciones de hacer hablar al casero y a su mujer, y le aseguré que, según mi opinión, no tenían nada que ver con el crimen. Él, por otra parte, siempre había pensado lo mismo. El juez de instrucción presentó esta hoja firmada a los Bernier, que entonces hablaron. Dijeron lo que yo sabía que iban a decir no bien perdieran el miedo de ser despedidos de su trabajo. Contaron que cazaban furtivamente en la propiedad del señor Stangerson y que, aquella noche, habían salido para una batida, por eso estaban cerca del pabellón cuando ocurrió la tragedia. Los pocos conejos que obtenían de este modo, a expensas del señor Stangerson, los vendían al dueño de la Posada del Torreón, que los destinaba a su clientela o los despachaba a París. Esa era la verdad y yo la había adivinado desde el primer día. Acuérdesse de esta frase con la que entré en la Posada del Torreón: "¡Ahora va a haber que comer carne roja!". Esa frase yo la había oído esa misma mañana, cuando llegamos ante la reja del parque, y usted también la oyó, pero no le dio importancia. Recuerde que cuando llegábamos a esa reja, nos detuvimos a mirar un instante a un hombre que iba y venía delante de la pared del parque y consultaba a cada rato su reloj. Ese hombre era Frédéric Larsan, que ya estaba trabajando. Ahora bien,

detrás de nosotros, el patrón de la posada, en el umbral, le decía a alguien que estaba en el interior de la posada: "¡Ahora, habrá que comer carne roja!". ¿Por qué decía ahora? Cuando alguien está, como yo, en busca de la más misteriosa de las verdades, no deja que se le escape nada de lo que ve ni de lo que oye. Hay que encontrarle un sentido a todo. Acabábamos de llegar a un pequeño poblado que todavía estaba conmocionado por un crimen. La lógica me llevaba a sospechar que toda palabra que se dijera podía relacionarse con el acontecimiento del día. "Ahora", para mí, significaba: "Desde que ocurrió el atentado". Por eso, desde el principio de mi investigación, intenté encontrar una correlación entre esta frase y el drama. Fuimos a almorzar al Torreón. Repetí la frase de buenas a primeras y, al ver la sorpresa y el fastidio del tío Mathieu, comprobé que no era exagerada la importancia que yo le había dado a esta frase. El tío Mathieu nos habló de aquella gente como se habla de verdaderos amigos, a quienes se extraña... Por una asociación inevitable de ideas me digo: "Ahora que los caseros están detenidos, habrá que comer carne roja". ¡Sin caseros, no hay caza! ¿Cómo llegué a precisar que se trataba de la caza? El odio que el tío Mathieu manifestó por el guardabosque del señor Stangerson (un odio que, según pretendía, era compartido por los caseros) me llevó naturalmente a la idea de la caza furtiva... Ahora bien, era innegable que los caseros no estaban en su cama en el momento del crimen. ¿Por qué se hallaban afuera aquella noche? ¿A causa del crimen? No estaba dispuesto a creerlo, puesto que ya pensaba, por razones que le expondré después, que el asesino no tenía cómplices y que todo ese drama ocultaba un misterio entre la señorita Stangerson y el asesino; misterio con el que los caseros no tenían ninguna relación. La historia de la caza furtiva explicaba todo lo relativo a los caseros. Lo admití en principio y busqué una prueba en su vivienda. Entré a su cabaña, como usted sabe, y descubrí, debajo de sus camas, lazos y alambre. "¡Caramba!" pensé, "¡Caramba! Por eso estaban de noche en el parque". No me extrañó que hubieran callado delante del juez y que, ante una acusación tan grave como la de complicidad en el crimen, no respondieran enseguida confesando que cazaban de manera furtiva. La caza furtiva los salvaba del tribunal, pero los ponía de patitas en la calle y, como estaban absolutamente seguros de su inocencia en relación con el crimen, esperaban que este se resolviera rápidamente y que no se descubriera el asunto de la caza furtiva. ¡Siempre estarían a tiempo de hablar! Cuando les llevé el compromiso firmado por el señor Stangerson, hice que adelantaran su confesión. Ofrecieron todas las pruebas necesarias, fueron liberados y sienten por mí una inmensa gratitud. ¿Por qué no hice que los pusieran en libertad antes? Porque no estaba seguro de que sólo estuvieran involucrados en la caza furtiva. Quería estudiar el terreno y esperar a que actuaran antes de intervenir. Mi convicción se afirmó a medida que pasaban los días. Al día siguiente del suceso de la "galería inexplicable", como necesitaba contar con gente fiel aquí, resolví ponerlos de

mi lado e hice que terminara su cautiverio. ¡Eso es todo! Así se expresó Joseph Rouletabille, y no pude menos que maravillarme una vez más de lo sencillo del razonamiento que lo había conducido a la verdad en lo que respecta a la complicidad de los caseros. Sin duda, se trataba de un tema nimio, pero yo pensaba que, cualquiera de esos días, el joven no dejaría de explicarnos, con la misma sencillez, las extraordinarias noches del "cuarto amarillo" y de la "galería inexplicable".

Habíamos llegado a la Posada del Torreón. Entramos.

Esta vez no vimos al dueño, sino que fue su mujer quien nos recibió con una alegre sonrisa. Ya describí el salón en el que nos encontrábamos y adelanté algo acerca de la encantadora mujer rubia de ojos dulces que se puso inmediatamente a nuestra disposición para prepararnos el almuerzo.

—¿Cómo anda el tío Mathieu? — preguntó Rouletabille.

—No mejora, señor, no mejora: sigue en cama.

—¿Su reuma no lo deja tranquilo?

—¡No! Anoche tuve que volver a aplicarle una inyección de morfina. Es la única droga que calma sus dolores.

Hablaba con voz dulce; todo en ella expresaba dulzura. Era realmente una hermosa mujer, un poco indolente, con ojos grandes y ojerosos, ojos de enamorada. El tío Mathieu debía de ser alegre y atrevido cuando no sufría de reumatismo. Pero ¿era ella feliz con ese reumático huraño? La escena que habíamos presenciado con anterioridad lo desmentía y, sin embargo, la actitud de la mujer no denotaba desesperación. Desapareció en la cocina para preparar nuestra comida, dejándonos en la mesa una excelente botella de sidra. Rouletabille la sirvió en dos cuencos, llenó su pipa, la encendió y, tranquilamente, me explicó por fin la razón por la que había decidido pedirme que viniera al Glandier con dos revólveres.

—Sí —dijo, siguiendo con mirada contemplativa las volutas de humo que soltaba de su pipa—, sí, amigo, esta noche espero al asesino.

Hubo un breve silencio, que me cuidé de no interrumpir, y prosiguió:

—Anoche, cuando iba a acostarme, Robert Darzac golpeó a la puerta de mi habitación. Le abrí y me confió que necesitaba ir, la mañana siguiente, es decir, esta mañana, a París. La razón que lo impulsaba a ese viaje era, a la vez, perentoria y misteriosa: perentoria, porque le resultaba imposible no emprenderlo, y misteriosa, porque le era igualmente imposible rebelarme con qué finalidad lo realizaba.

—Me voy —añadió— y, sin embargo, daría la mitad de mi vida para no dejar en este momento a la señorita Stangerson.

No me ocultó que la creía nuevamente en peligro.

—No me sorprendería que ocurriera algo mañana a la noche —confesó— y, sin embargo, debo ausentarme. No estaré de regreso en el Glandier hasta pasado mañana a la mañana.

Le pedí explicaciones y esto fue lo que me dijo: la idea del peligro inminente se debía únicamente a la coincidencia que existía entre sus ausencias y los atentados de los que la señorita Stangerson era víctima. La noche de la "galería inexplicable", había tenido que abandonar el Glandier; la noche del "cuarto amarillo" no había podido estar en el castillo y, de hecho, sabemos que no se hallaba en él. Al menos lo sabíamos oficialmente, según sus declaraciones. El hecho de que hoy se ausentara otra vez, embargado por una idea semejante, tenía que obedecer a una voluntad más fuerte que la suya. Eso fue lo que pensé, y se lo dije. Me respondió:

— ¡Tal vez!

Le pregunté si esa voluntad más fuerte que la suya era la de la señorita Stangerson; me juró que no y que él había tomado la decisión de partir, más allá de cualquier instrucción de la señorita Stangerson. En resumen, me repitió que sólo creía en la posibilidad de un nuevo atentado a causa de aquella extraordinaria coincidencia que había notado y que, además, el juez de instrucción le había hecho notar.

—Si le sucediera algo a la señorita Stangerson —dijo—, sería terrible para ella y para mí; para ella, porque estaría nuevamente entre la vida y la muerte; para mí, porque no podré defenderla en caso de que fuera atacada e, inmediatamente, me vería en la necesidad de ocultar adónde pasé la noche. Ahora bien, me doy cuenta de las sospechas que pesan sobre mí. El juez de instrucción y Frédéric Larsan (este último me siguió la pista, la última noche que fui a París, y me costó mucho sacármelo de encima) no están lejos de considerarme culpable.

— ¿Por qué no dice el nombre del asesino, ya que lo sabe? — exclamé de repente.

El señor Darzac pareció alterarse mucho ante mi sospecha. Me replico con voz titubeante:

— ¿Que yo sé el nombre del asesino? ¿Quién me lo habría dicho?

—La señorita Stangerson —respondí de inmediato.

Entonces se puso tan pálido que creí que se iba a desmayar y me di cuenta de que había dado en el clavo: ¡La señorita Stangerson y él saben el nombre del asesino! Cuando se repuso un poco, me dijo:

—Me despido, señor. Desde que está usted aquí, he podido apreciar su

excepcional inteligencia y su ingenio sin igual. Este es el servicio que reclamo de usted: quizá me equivoque al temer que se produzca un atentado mañana a la noche; pero, como hay que preverlo todo, cuento con usted para que lo impida... Disponga de todo lo necesario para aislar y proteger a la señorita Stangerson. Haga lo que considere conveniente para que no se pueda entrar a su habitación. Vigile alrededor de ese cuarto como un buen perro guardián. No duerma. No se conceda un segundo de descanso. El hombre al que tememos es de una astucia prodigiosa, como quizá no haya otra igual en el mundo. Esta misma astucia la salvará si usted vigila; porque es imposible que, a causa de esa misma astucia, él no sepa que usted vigila; y, si sabe que usted vigila, no intentará nada.

– ¿Ha hablado de esto con el señor Stangerson?

– ¡No!

– ¿Por qué?

–Porque no quiero, señor, que el señor Stangerson me diga lo que usted me acaba de decir: ¡usted sabe el nombre del asesino! Si usted mismo se sorprendió cuando le dije que el asesino quizás venga mañana, ¡cómo sería el asombro del señor Stangerson si le repitiera lo mismo! Quizás no admita que mi siniestro pronóstico sólo se basa en coincidencias que también él terminaría considerando extrañas... Le digo todo esto, señor Rouletabille, porque tengo una gran... una gran confianza en usted... ¡Sé que usted no sospecha de mí!...

El pobre hombre –prosiguió Rouletabille– me respondía como podía, con rodeos y vacilaciones. Sufría. Sentí lástima por él, y más cuando me daba perfecta cuenta de que se dejaría matar antes que decirme quién era el asesino, del mismo modo que la señorita Stangerson se dejaría asesinar antes que denunciar al hombre del "cuarto amarillo" y de la "galería inexplicable". El hombre la debe de tener en su poder, o debe de tenerlos a ambos en su poder, de un modo terrible, y a nada deben temerle tanto como a que el señor Stangerson se entere de que su hija está en poder de su asesino. Le di a entender al señor Darzac que se había explicado lo suficiente y que podía callarse, ya que no podía darme más información. Le prometí vigilar y no acostarme en toda la noche. Me insistió para que organizara una verdadera barrera infranqueable en torno de la habitación de la señorita Stangerson, del gabinete donde dormían las dos enfermeras y del salón en el que dormía, desde lo que había ocurrido en la "galería inexplicable", el señor Stangerson; en una palabra, en torno de sus aposentos. Ante tal insistencia, comprendí que el señor Darzac me pedía no sólo que impidiera al asesino que llegara a la habitación de la señorita Stangerson, sino también que hiciera esa llegada tan manifiestamente imposible, que el hombre se diera cuenta enseguida y desapareciera sin dejar rastro. Así expliqué para mis adentros la frase final con

la que se despidió:

–Cuando yo me haya ido, podrá hablarle de sus sospechas sobre lo que puede acontecer esta noche al señor Stangerson, al tío Jacques, a Frédéric Larsan, a todos en el castillo, y así organizar, hasta mi regreso, una vigilancia que parezca a todos una idea única y exclusivamente suya.

El hombre, el pobre hombre, se fue, ya sin saber muy bien qué decir, ante mi silencio y mis ojos, que le decían a gritos que yo había adivinado las tres cuartas partes de su secreto. Sí, sí, realmente debía sentirse completamente desamparado para haber acudido a mí en un momento así y abandonar a la señorita Stangerson, obsesionado como estaba por aquella terrible idea de la coincidencia...

Cuando se fue, me puse a pensar. Y pensé en esto: que había que ser más astuto que la astucia, de tal modo que el hombre, si pensaba ir esta noche a la habitación de la señorita Stangerson, no dudara un segundo de que podíamos sospechar su venida. ¡Por supuesto, había que impedir que entrara, incluso matándolo, pero dejarlo avanzar lo suficiente para que, muerto o vivo, pudiéramos ver claramente su rostro! Porque había que terminar con esto, ¡había que librar a la señorita Stangerson de ese asesinato en potencia!

–Sí, mi amigo –declaró Rouletabille, después de apoyar su pipa en la mesa y vaciar su vaso–, es preciso que vea claramente su cara, de modo de estar seguro de que entra en el círculo que tracé con el extremo correcto de mi razón.

En ese momento, volvió a aparecer la posadera, trayendo la tradicional omelette con panceta. Rouletabille bromeó un poco con la señora Mathieu y ella se mostró con un humor de lo más encantador.

–¡Es mucho más alegre –me dijo– cuando el tío Mathieu está inmovilizado en la cama por su reumatismo, que cuando tiene bien sus piernas!

Pero yo no pensaba ni en los ojos de Rouletabille, ni en las sonrisas de la posadera; yo sólo pensaba en las últimas palabras de mi joven amigo y en la extraña actitud de Robert Darzac.

Cuando terminó la omelette y estuvimos solos de nuevo, Rouletabille retomó el curso de sus confidencias:

–Cuando le envié mi telegrama esta mañana, a primera hora, seguía pensando en las palabras del señor Darzac –me dijo–: "Quizás el asesino venga esta noche". Ahora, puedo decirle que seguramente vendrá. Sí, lo espero.

–¿Y por qué está tan seguro? ¿No será por casualidad...?

–Cállese –me interrumpió, sonriendo, Rouletabille–, cállese, va a decir una

tontería. Desde esta mañana, a las diez y media, estoy seguro de que el asesino vendrá, es decir, desde antes de su llegada y, en consecuencia, desde antes de que viéramos a Arthur Rance en la ventana del patio...

–¡Ah! ¡Ah!... –dije. ¡Siendo así...! Pero ¿por qué estaba seguro a las diez y media?

–Porque a las diez y media comprobé que la señorita Stangerson hacía tantos esfuerzos para permitir que el asesino entre en su habitación esta noche, como precauciones para que no lo haga tomaba Robert Darzac cuando recurrió a mí...

–¡Oh! ¡Oh! – exclamé. –¿Es posible? – Y más bajo–: ¿No me dijo que la señorita Stangerson adora a Robert Darzac?

–¡Se lo dije porque es la pura verdad!

–Entonces, ¿no le parece extraño...?

–¡Todo es extraño en este caso, mi amigo, pero créame que lo que usted considera extraño no es nada comparado con las cosas extrañas que le esperan!...

–Habría que admitir –seguí diciendo– que la señorita Stangerson y su asesino mantienen relaciones, por lo menos, epistolares.

–¡Admítalo, amigo, admítalo!... ¡No se equivoca usted en nada!... Ya le conté la historia de la carta sobre de la mesa de la señorita Stangerson, la carta que dejó el asesino la noche de la "galería inexplicable", la carta que desapareció... en el bolsillo de la señorita Stangerson... ¿Quién podría negar que en esa carta el asesino obligaba a la señorita Stangerson a una nueva cita con él y cómo suponer que no le haya hecho saber a la señorita Stangerson, tan pronto como estuvo seguro de la partida del señor Darzac, que esa cita debía concretarse esta noche?

Y mi amigo se rio silenciosamente; había momentos en que me preguntaba si no me tomaba el pelo.

La puerta de la posada se abrió. Rouletabille se incorporó tan rápidamente que pareció que acababa de sufrir una descarga eléctrica bajo su asiento.

–¡Arthur Rance! – exclamó.

Arthur Rance estaba ante nosotros y saludaba flemáticamente.

## 20. UNA MANIOBRA DE LA SEÑORITA STANGERSON

–¿Me reconoce, señor? – le preguntó Rouletabille al caballero.

–Perfectamente –respondió Arthur Rance. He reconocido en usted al chiquillo del bufé... –El rostro de Rouletabille enrojeció de cólera ante el tratamiento de "chiquillo". Y bajé de mi habitación para estrecharle la mano. Es usted un alegre chiquillo.

El estadounidense tiende la mano; Rouletabille desfrunce el ceño, estrecha su mano sonriendo, me presenta a Arthur William Rance y lo invita a compartir nuestra comida.

–No, gracias. Almuerzo con el señor Stangerson.

Arthur Rance habla perfectamente nuestro idioma, casi sin acento.

–No pensé que tendría el placer de volver a verlo, señor. ¿No debía abandonar nuestro país al día siguiente, o a los dos días, de la recepción del Elíseo?

Rouletabille y yo, aparentemente indiferentes a esta conversación casual, prestábamos atención a cada palabra del estadounidense.

La cara rojiza del hombre, sus párpados pesados, ciertos tics nerviosos, todo demuestra, todo prueba el alcoholismo. ¿Cómo este triste individuo puede estar invitado a la mesa del señor Stangerson? ¿Cómo puede intimar con el ilustre profesor?

Unos días después, me enteraría por Frédéric Larsan –quien, al igual que nosotros, estaba asombrado e intrigado por la presencia del estadounidense en el castillo y había realizado sus indagaciones– de que el señor Rance se había vuelto alcohólico sólo unos quince años atrás, es decir, después que el profesor y su hija abandonaran Filadelfia. En la época en t que los Stangerson vivían en los Estados Unidos, conocieron y frecuentaron mucho a Arthur Rance, que era uno de los frenólogos más distinguidos del Nuevo Mundo. Gracias a nuevos e ingeniosos experimentos, había hecho progresar enormemente la ciencia de Gall y Lavater. Por último, es preciso decir en favor de Arthur Rance, y para explicar esta intimidad con la que se lo recibía en el Glandier, que el científico estadounidense había prestado un gran servicio a la señorita Stangerson al detener los caballos desbocados de su coche, poniendo en peligro su propia vida. Incluso era probable que, luego de este hecho, una cierta amistad hubiera unido momentáneamente a Arthur Rance y a la hija del profesor; pero nada hacía suponer una historia de amor. ¿De dónde había sacado Frédéric Larsan esta información? No me lo dijo; pero parecía estar más o menos seguro de lo que exponía.

Si cuando Arthur Rance se reunió con nosotros en la Posada del Torreón hubiéramos conocido estos detalles, es probable que su presencia en el castillo



nos habría intrigado menos, pero, en todo caso, no habría hecho más que aumentar el interés que sentíamos por este nuevo personaje. El estadounidense debía rondar los cuarenta y cinco años. Respondió de un modo muy natural a la pregunta de Rouletabille:

–Cuando me enteré del atentado, pospuse mi regreso a los Estados Unidos; antes de partir, quería asegurarme de que la señorita Stangerson no estuviera mortalmente herida; y no me iré hasta que se encuentre totalmente repuesta.

Arthur Rance tomó entonces la dirección de la charla, evitando responder a ciertas preguntas de Rouletabille, comunicándonos, sin que lo invitáramos a ello, sus ideas personales sobre el drama, las que no estaban muy alejadas, por lo que pude comprender, de las del mismo Frédéric Larsan, es decir que el estadounidense también pensaba que Robert Darzac tenía algo que ver en el asunto. No lo mencionó, pero no hay que ser un experto para darse cuenta de lo que sugería su argumentación. Nos dijo que conocía todos los esfuerzos que había hecho el joven Rouletabille para llegar a desenmarañar la embrollada madeja del drama del "cuarto amarillo". Nos informó de que el señor Stangerson lo había puesto al corriente de los acontecimientos ocurridos en la "galería inexplicable". Mientras oíamos hablar a Arthur Rance, adivinábamos que sospechaba de Robert Darzac. Varias veces lamentó que el señor Darzac estuviera ausente del castillo justamente cuando ocurrían en él tan misteriosos dramas, y nosotros entendimos lo que quería decir con esas palabras. Finalmente, opinó que el señor Darzac se había mostrado "muy inspirado, muy hábil", al instalar en el escenario de los acontecimientos a Joseph Rouletabille, quien no dejaría, tarde o temprano, de descubrir al asesino. Pronunció esta última frase con evidente ironía, se levantó, nos saludó y salió.

Desde la ventana, Rouletabille lo miró alejarse y dijo:

–¡Qué facha!

–¿Cree que pasará la noche en el Glandier? – le pregunté.

Para mi sorpresa, el joven reportero respondió "que le era completamente indiferente".

Pasaré por alto lo que hicimos durante la tarde. Es suficiente con que diga que fuimos a pasear por los bosques, que Rouletabille me llevó a la gruta de Santa Genoveva y que, todo ese tiempo, mi amigo consiguió hablarme de cualquier cosa, menos de lo que le preocupaba. Así llegó el atardecer. Estaba muy sorprendido de ver que el reportero no tomaba ninguna de las medidas que yo esperaba. Se lo mencioné cuando, al llegar la noche, estuvimos en su habitación. Me respondió que ya había adoptado todas sus disposiciones y que, esta vez, el asesino no podría escapársele. Cuando manifesté cierta duda, al recordarle la desaparición del hombre en la galería y darle a entender que

podía repetirse el mismo hecho, replicó que eso esperaba, y que era lo único que deseaba aquella noche. No volví a insistir, sabiendo por experiencia hasta qué punto mi insistencia sería en vano y estaría fuera de lugar. Me confié que, desde el amanecer y gracias a su cuidado y el de los porteros, el castillo estaba vigilado de tal modo que nadie podría acercarse sin que le avisaran y que, en el caso de que nadie viniera desde afuera, se hallaba muy tranquilo con respecto a los de adentro.

Eran las seis y media en el reloj que extrajo de su chaleco; se levantó, me hizo señas de que lo siguiera y, sin tomar ninguna precaución, sin siquiera tratar de amortiguar el ruido de sus pasos, sin recomendarme que hiciera silencio, me condujo a través de la galería; llegamos a la galería recta y la seguimos hasta el descanso de la escalera, que atravesamos. Entonces seguimos caminando por la galería del ala izquierda, pasando delante de los aposentos del profesor Stangerson. En el extremo de esta galería, antes de llegar al torreón, había un cuarto, que era el que ocupaba Arthur Rance. Lo sabíamos, porque habíamos visto al estadounidense, al mediodía, en la ventana de esa habitación que daba al patio. La puerta estaba situada a lo ancho de la galería pues, a diferencia de los otros cuartos, dispuestos a lo largo, este clausuraba y remataba la galería. En síntesis, la puerta de esa habitación estaba justo enfrente de la ventana "este" que había en el extremo de la otra galería recta, en el ala derecha, allí donde la otra noche Rouletabille había apostado al tío Jacques. Cuando se daba la espalda a esa puerta, es decir, cuando se salía de la habitación, se veía toda la galería a lo largo: ala izquierda, descanso y ala derecha. Lo único que no se veía era, naturalmente, el recodo de la galería del ala derecha.

–Yo me reservo este recodo de la galería –dijo Rouletabille. Cuando se lo pida, usted vendrá a instalarse aquí.

Y me hizo entrar en un pequeño y oscuro cuarto triangular, ganado a la galería y situado oblicuamente a la izquierda de la puerta de la habitación de Arthur Rance. Desde ese rincón, yo podía ver todo lo que pasaba en la galería, tan fácilmente como si estuviera delante de la puerta de la habitación de Arthur Rance, y también podía vigilar la puerta del estadounidense. La puerta de ese cuartito, que sería mi lugar de observación, estaba provista de cristales sin esmerilar. La galería, cuyas lámparas estaban todas encendidas, se hallaba bien iluminada; el cuartito estaba a oscuras. Era un puesto ideal para un espía.

Porque ¿qué hacía yo ahí sino un trabajo de espía, de vulgar policía? Sin duda me repugnaba y, además de mis instintos naturales, ¿no estaba en juego la dignidad de mi profesión, que se oponía a tal avatar? Realmente, ¿si me viera mi decano...! ¿Qué diría el Consejo del Colegio de Abogados si en el palacio se enteraran de mi conducta? Rouletabille, por su parte, ni siquiera sospechaba que se me pudiera ocurrir negarle el servicio que me pedía y, de

hecho, no se lo negaba: en primer lugar, porque temía que me considerara un cobarde; después, porque pensé que siempre podía argumentar que, en mi carácter de aficionado a la verdad, me era lícito buscarla por todas partes; y, finalmente, porque era demasiado tarde para librarme del compromiso. ¿Por qué no tuve esos escrúpulos antes? ¿Por qué? Porque mi curiosidad era más fuerte que todo. Además, podía decir que estaba contribuyendo a salvar la vida de una mujer y no hay reglamentos profesionales que puedan prohibir tan generosa intención. Recorrimos la galería en sentido inverso. Al llegar frente a los aposentos de la señorita Stangerson, la puerta del salón se abrió, empujada por el mayordomo que servía la cena (hacía tres días que el señor y la señorita Stangerson cenaban en el salón del primer piso), y, como la puerta había quedado abierta, vimos perfectamente que la señorita Stangerson, aprovechando la ausencia del criado y que su padre se había agachado para recoger un objeto que ella acababa de dejar caer, volcaba rápidamente el contenido de un frasquito en el vaso del señor Stangerson.

## 21. AL ACECHO

Esta maniobra, que me perturbó, no pareció inquietar demasiado a Rouletabille. Volvimos a su habitación y, sin siquiera mencionar la escena que acabábamos de sorprender, me dio sus últimas instrucciones para la noche. Primero íbamos a comer. Después de comer, tenía que entrar en el cuartito oscuro y, una vez allí, esperaría todo el tiempo que hiciera falta para ver algo.

—Si usted ve algo ante que yo —me explicó mi amigo—, tendrá que avisarme. Verá antes que yo si el hombre llega a la galería recta por otro camino que no sea el recodo de la galería, pues, desde su posición, usted domina toda la galería recta; en cambio yo no alcanzo a ver más que el recodo de la galería. Para avisarme, sólo tendrá que desatar el cordón de la cortina de la ventana de la galería recta que está más cerca del cuartito oscuro. La cortina caerá por su propio peso, tapando la ventana y dejando inmediatamente un cuadrado de sombra allí donde antes había uno de luz, ya que la galería está iluminada. Para hacer esto, no tiene más que estirar la mano fuera del cuartito oscuro. Desde el recodo de la galería, que forma ángulo recto con la galería recta, yo veo por las ventanas todos los cuadrados de luz que proyectan las ventanas de la galería recta. Cuando el cuadrado luminoso en cuestión se oscurezca, sabré lo que quiere decir.

—¿Y entonces?

—Entonces me verá aparecer en la esquina del recodo de la galería.

–¿Y qué debo hacer?

–Vendrá enseguida hacia mí, detrás del hombre, pero yo ya estaré sobre él y habré visto si su cara entra en mi círculo...

–El que está trazado por el extremo correcto de la razón –concluí, esbozando una sonrisa.

–¿Por qué sonrío? Es inútil... En fin, aproveche los pocos instantes que le quedan para divertirse, porque le juro que, dentro de un rato, ya no tendrá ocasión de hacerlo.

–¿Y si el hombre escapa?

–¡Mejor! – dijo flemáticamente Rouletabille. – No me interesa atraparlo; puede escaparse bajando la escalera, por el vestíbulo de la planta baja... Y eso antes de que usted haya llegado al descanso, puesto que usted estará en el fondo de la galería. Yo lo dejaré ir después de haber visto su cara. Es lo único que necesito: ver su cara. Después, sabré arreglármelas para que esté muerto para la señorita Stangerson, aunque siga vivo. Si lo atrapo vivo, ¡la señorita Stangerson y el señor Darzac no me lo perdonarán nunca! Y me importa su estima; son buenas personas. Cuando vi que la señorita Stangerson vertía un narcótico en el vaso de su padre, para que esta noche no se despierte durante la conversación que piensa mantener con el asesino, comprenderá usted que no sentiría mucha gratitud hacia mí si le llevara a su padre, con las manos atadas y la lengua suelta, al hombre del "cuarto amarillo" y de la "galería inexplicable". ¡Quizás haya sido una suerte que la noche de la "galería inexplicable" el hombre se haya desvanecido como por encanto! Lo comprendí esa misma noche, al ver el rostro súbitamente radiante de la señorita Stangerson cuando supo que se había escapado. Y comprendí que, para salvar a la desdichada, mejor que atrapar al hombre es hacerlo callar, del modo que sea. ¡Pero matar a un hombre, matar a un hombre no es cualquier cosa! Y, además, no es de mi incumbencia... ¡A menos que me dé motivos!... Por otra parte, hacerlo callar sin que la dama me haga confidencias... ¡implica tener que adivinarlo a partir de nada!... Felizmente, amigo mío, adiviné, o mejor dicho, razoné..., y al hombre de esta noche sólo le pido que me traiga la cara material que debe entrar...

–En el círculo...

–¡Exactamente, y su cara no me sorprenderá!...

–Pero yo creía que usted había visto su cara la noche que saltó en la habitación...

–Mal..., la vela estaba en el piso..., y, además, con toda esa barba...

–¿Acaso esta noche no la tendrá?

–Creo que puedo afirmar que la tendrá... Pero la galería está iluminada y, además, ahora sé..., o, al menos, mi cerebro sabe... Entonces, mis ojos verán...

–Si sólo se trata de verlo y dejarlo escapar..., ¿para qué estar armados?

–Querido amigo, porque si el hombre del "cuarto amarillo" y de la "galería inexplicable" sabe que yo sé, es capaz de todo. Así que tendremos que defendernos.

–¿Y está seguro de que vendrá esta noche?

–¡Tan seguro como de que usted está aquí!... Esta mañana, a las diez y media, la señorita Stangerson se las ingenió, con gran habilidad, para que las enfermeras no estuvieran con ella esta noche; les dio franco por veinticuatro horas, con pretextos verosímiles, y no quiso que nadie velara por ella durante su ausencia, excepto su padre, que dormirá en el gabinete de su hija y que acepta esta nueva función con una alegría agradecida. La coincidencia de la partida del señor Darzac (según lo que él me dijo) y de las excepcionales precauciones de la señorita Stangerson para asegurarse de quedarse casi completamente sola, no dejan lugar a dudas. ¡La llegada del asesino, que Darzac teme, la señorita Stangerson la prepara!

–¡Es espantoso!

–Sí.

–Entonces, la maniobra que le vimos hacer ¿es para dormir a su padre?

–Sí.

–En una palabra, para el asunto de esta noche, ¿sólo somos dos?

–Cuatro; el casero y su mujer vigilan, por si acaso... Creo que su vigilancia es inútil antes... ¡Pero el casero podrá serme útil después, si hay que matar!

–¿Entonces cree que habrá que matar?

–¡Mataremos, si él así lo quiere!

–¿Por qué no advertir al tío Jacques? ¿Hoy no va a recurrir a sus servicios?

–No –me respondió Rouletabille con tono brusco.

Permanecí un instante en silencio; después, deseoso de conocer el fondo del pensamiento de Rouletabille, le pregunté de sopetón:

–¿Por qué no advertir a Arthur Rance? Podría sernos de gran ayuda...

–¡Ah, bueno! – dijo Rouletabille de mal humor. ¿Acaso quiere poner a todo el mundo al tanto de los secretos de la señorita Stangerson?... Vamos a cenar... Ya es hora... Esta noche cenamos con Frédéric Larsan..., a menos que siga pisándole los talones a Robert Darzac... No lo pierde de vista ni un

segundo. Pero, ¡bah!, si no está aquí ahora, estoy completamente seguro de que vendrá esta noche...

¡Cómo lo voy a engañar!

En ese momento, oímos ruido en la habitación de al lado.

–Debe ser él –dijo Rouletabille.

–Me olvidaba de preguntarle –le dije–: cuando estemos ante el policía, no haremos ninguna alusión a la expedición de esta noche, ¿no?

–Obviamente; actuamos solos, por nuestra propia cuenta.

–¿Y toda la gloria será para nosotros?

Rouletabille, riéndose, añadió:

–¡Tú lo has dicho, engreído!

Cenamos con Frédéric Larsan, en su habitación. Lo encontramos allí... Nos dijo que acababa de llegar y nos invitó a sentarnos a la mesa. La cena transcurrió en el mejor clima del mundo, y no me costó comprender que esto debía atribuirse a que cada uno de ellos estaba prácticamente seguro de haber llegado, por fin, a la verdad. Rouletabille le confió al gran Fred que yo había venido a verlo por propia iniciativa y que me había pedido que me quedara para ayudarlo con un extenso trabajo que tenía que entregar, esa misma noche, a L'Époque. Yo debía regresar a París –le informé– en el tren de las once, llevando conmigo su original, que era una especie de folletín, en el que el joven reportero detallaba los principales episodios de los misterios del Glandier. Larsan sonrió ante esta explicación como un hombre que no se deja engañar fácilmente, pero que se cuida, por cortesía, de emitir el menor comentario sobre cosas que no le conciernen. Tomando mil precauciones con el tipo de lenguaje que empleaban y hasta en la entonación de sus frases, Larsan y Rouletabille conversaron largo y tendido sobre la presencia de Arthur Rance en el castillo y de su pasado en los Estado Unidos, que hubieran querido conocer mejor, al menos en lo que respecta a las relaciones que mantuvo con los Stangerson. En un momento, Larsan, que de pronto pareció no sentirse del todo bien, dijo con esfuerzo:

–Yo creo, señor Rouletabille, que no tenemos mucho más que hacer en el Glandier, y me parece que ya no dormiremos muchas noches más aquí.

–Eso mismo me parece a mí, señor Fred.

–¿Entonces cree, amigo mío, que el caso está concluido?

–Creo, en efecto, que está concluido y que ya no tiene nada nuevo que revelarnos –replicó Rouletabille.

–¿Tiene usted un culpable? – preguntó Larsan.

–¿Y usted?

–Sí.

–Yo también –dijo Rouletabille.

–¿Será el mismo?

–No lo creo, si usted no ha cambiado de opinión –dijo el joven reportero, y agregó con firmeza–: ¡El señor Darzac es un hombre honesto!

–¿Está seguro? – preguntó Larsan. Pues bien, yo estoy seguro de lo contrario... Entonces, ¿me desafía?

–Sí, lo desafío. Y le ganaré, señor Frédéric Larsan.

–La juventud no duda ante nada –concluyó el gran Fred, riendo y estrechándome la mano.

Rouletabille respondió como un eco:

–¡Ante nada!

Pero de pronto, Larsan, que se había levantado para desearnos las buenas noches, se llevó las manos al pecho y se tambaleó. Tuvo que apoyarse en Rouletabille para no caer. Se había puesto extremadamente pálido.

–¡Oh! ¡Oh! – exclamó. ¿Qué me pasa? ¿Estaré envenenado?

Y nos miraba con ojos extraviados... Lo interrogamos en vano: ya no respondía... Se desplomó en un sillón y no pudimos sacarle una palabra. Estábamos muy preocupados, por él y por nosotros, porque habíamos comido los mismos platos que Frédéric Larsan había probado. Nos comportamos solícitamente con él. Ahora no parecía sufrir, pero su cabeza, pesada, descansaba sobre sus hombros, y sus párpados caídos nos ocultaban su mirada. Rouletabille se inclinó sobre su pecho y le auscultó el corazón...

Cuando se volvió a levantar, mi amigo tenía el rostro tan sereno, como alterado se lo había visto un momento antes.

–Duerme –me dijo.

Y me llevó a su habitación, luego de cerrar la puerta del cuarto de Larsan.

–¿El narcótico? – pregunté. ¿Acaso la señorita Stangerson quiere poner a dormir a todo el mundo esta noche?

–Tal vez... –me respondió Rouletabille, pensando en otra cosa.

–¡Y nosotros!... ¡Nosotros! – exclamé. ¿Quién dice que no hayamos ingerido el mismo narcótico?

–¿Se siente usted mal? – me preguntó Rouletabille con sangre fría.

–¡No, en absoluto!

–¿Tiene ganas de dormir?

–Para nada...

–Pues bien, amigo mío, fúmesese este excelente cigarro.

Y me pasó un habano de primera calidad, que le había regalado el señor Darzac; él, por su parte, encendió su cachimba, su eterna cachimba.

Nos quedamos así, en la habitación, hasta las diez, sin pronunciar una palabra. Hundido en un sillón, Rouletabille fumaba sin cesar, con el ceño fruncido y la mirada lejana. A la diez, se quitó los zapatos, me hizo una seña y comprendí que debía descalzarme como él. Cuando estuvimos en medias, Rouletabille dijo, en voz tan baja que, más que oír, adiviné la palabra:

–Revólver.

Saqué el revólver del bolsillo de mi chaqueta.

–Cárguelo –siguió diciendo.

Lo cargué.

Entonces, se dirigió a la puerta de su habitación y la abrió con infinita precaución; la puerta no chirrió. Estábamos en el recodo de la galería. Rouletabille me hizo una nueva seña. Comprendí que tenía que ocupar mi puesto en el cuartito oscuro. Cuando me estaba alejando de él, Rouletabille me alcanzó y me abrazó; después lo vi regresar a la habitación tomando las mismas precauciones. Sorprendido por ese abrazo y un poco preocupado, llegué a la galería recta, que recorrí sin dificultad; crucé el descanso y seguí mi camino por la galería del ala izquierda hasta el cuartito oscuro. Antes de entrar en él, miré de cerca el cordón de la cortina de la ventana... Efectivamente, sólo tenía que tocarlo con un dedo para que la pesada cortina cayera de golpe, ocultando a Rouletabille el cuadrado de luz: la señal convenida. El ruido de unos pasos me detuvo ante la puerta de Arthur Rance. ¡Así que todavía no estaba acostado! ¿Pero cómo seguía aún en el castillo, si no había cenado con el señor Stangerson y su hija? Al menos, yo no lo había visto a la mesa en el momento en el que sorprendimos la maniobra de la señorita Stangerson.

Me retiré al cuartito oscuro. Veía toda la galería hasta el fondo, una galería iluminada como de día. Evidentemente, nada de lo que iba a ocurrir en ella se me podía escapar. ¿Pero qué iba a ocurrir? Quizás algo muy grave. Nuevo recuerdo inquietante del abrazo de Rouletabille. ¡No se abraza así a los amigos sino en las grandes ocasiones, o cuando van a correr algún peligro! ¿Entonces yo corría peligro?



Mi puño se crispó sobre la culata del revólver y esperé. No soy un héroe, pero tampoco un cobarde.

Esperé cerca de una hora sin advertir nada anormal. Afuera, la lluvia, que había empezado a caer violentamente hacia las nueve de la noche, había cesado.

Mi amigo me había dicho que probablemente no ocurriría nada hasta las doce o la una de la mañana. Sin embargo, no eran sino las once y media cuando la puerta de la habitación de Arthur Rance se abrió. Oí el débil chirrido de los goznes. Parecía que la habían abierto desde adentro con la mayor precaución. La puerta permaneció abierta un instante, que me pareció muy largo. Como la puerta abría hacia la galería, es decir, hacia afuera de la habitación, no podía ver ni lo que pasaba en el cuarto ni detrás de la puerta. En ese momento, percibí un extraño ruido que se repetía por tercera vez, proveniente del parque, y al que no había prestado mayor importancia de la que se suele dar al maullido de los gatos que andan de noche por los tejados. Pero esta tercera vez el maullido fue tan puro y tan especial que recordé lo que había oído contar acerca del grito del Animalito de Dios. Como, hasta el momento, ese grito había acompañado a todos los dramas que habían ocurrido en el Glandier, no pude dejar de estremecerme al pensar en esto. De inmediato, vi aparecer, del otro lado de la puerta, a un hombre que volvió a cerrarla. Al principio no pude reconocerlo, ya que me daba la espalda y estaba inclinado sobre un bulto bastante voluminoso. Luego de cerrar la puerta y cargar el bulto, el hombre se volvió hacia el cuartito oscuro. El que salía, a aquella hora, de la habitación de Arthur Rance, era el guardabosque. Era el Hombre Verde. Llevaba puesto el mismo traje con que lo habíamos visto en el camino, frente a la Posada del Torreón, el día en que llegué al Glandier, y que también llevaba esa misma mañana cuando, al salir del castillo, nos lo encontramos Rouletabille y yo. No había dudas, era el guardabosque. Lo vi muy claramente. Su cara parecía expresar cierta ansiedad. Cuando el maullido del Animalito de Dios resonó afuera por cuarta vez, apoyó el bulto en la galería y se acercó a la segunda ventana, contando desde el cuartito oscuro. No hice ningún movimiento porque temía revelar mi presencia.

Cuando estuvo frente a la ventana, pegó su frente contra los cristales traslúcidos y miró la oscuridad del parque. Permaneció allí medio minuto. La noche, por intervalos, era clara, iluminada por una luna resplandeciente que, de pronto, desaparecía detrás de un nubarrón. El Hombre Verde levantó los brazos dos veces e hizo señas que no comprendí; después, alejándose de la ventana, volvió a cargar el bulto y se dirigió al descanso de la escalera por la galería.

Rouletabille me había dicho: "Cuando vea algo, desate el cordón".

Yo veía algo. ¿Era esto lo que Rouletabille esperaba? No me correspondía decidirlo: sólo tenía que ejecutar la orden que me habían dado. Desaté el cordón. Mi corazón latía, a punto de estallar. El hombre llegó al descanso, pero, ante mi gran asombro, cuando esperaba verlo seguir su camino por el ala derecha de la galería, lo vi bajar la escalera que conducía al vestíbulo.

¿Qué hacer? Estúpidamente, miré la pesada cortina que había caído sobre la ventana. Ya había hecho la señal, y no veía aparecer a Rouletabille en la esquina del recodo de la galería. Nadie vino; nada se presentó. Estaba perplejo. Transcurrió una media hora, que me pareció un siglo. ¿Qué hacer ahora, aun si veía otra cosa? Ya había dado la señal, no podía darla por segunda vez... Por otro lado, aventurarme en la galería en ese momento podía arruinar todos los planes de Rouletabille. Después de todo, yo no tenía nada que reprocharme, y si había pasado algo que mi amigo no esperaba, el único responsable era él. Como no había ninguna manera de prestarle alguna ayuda para advertirle, arriesgué el todo por el todo: salí del cuartito y, siempre descalzo, calculando mis pasos y escuchando el silencio, me dirigí al recodo de la galería.

No había nadie allí. Fui a la puerta de la habitación de Rouletabille. Escuché. Nada. Llamé muy suavemente. Nada. Giré el picaporte, la puerta se abrió. Entré a la habitación. Rouletabille estaba tendido, cuan largo era, sobre el parqué.

## 22. EL CADÁVER INCREÍBLE

Con una ansiedad inexpresable, me incliné sobre el cuerpo del reportero y tuve la alegría de comprobar que dormía. Dormía con ese sueño profundo y enfermizo con el que vi dormirse a Frédéric Larsan. Él también era víctima del narcótico que habían volcado en nuestros alimentos. ¿Por qué yo no había corrido la misma suerte? Entonces pensé que debían de haber vertido el narcótico en el vino o en el agua, porque así se explicaba todo: yo no bebo durante las comidas. Como padezco por naturaleza de una obesidad prematura, estaba a régimen seco, como le dicen. Sacudí con fuerza a Rouletabille, pero no logré que abriera los ojos. Este sueño debía de ser obra de la señorita Stangerson. Seguramente, ella había pensado que era más de temer la vigilancia de ese muchacho, que lo preveía todo, ¡que sabía todo!, que la de su padre. Recuerdo que, mientras nos servía, el mayordomo nos había recomendado un excelente vino Chablis, que, probablemente, había pasado por la mesa del profesor y de su hija.

Así transcurrió más de un cuarto de hora. Ante circunstancias tan extremas,

cuando tanto necesitábamos estar despiertos, decidí emplear medidas enérgicas. Eché un jarro de agua sobre la cabeza de Rouletabille. ¡Por fin abrió los ojos! Unos pobres ojos apagados, sin vida ni mirada. ¿Pero no era acaso la primera victoria? Quise completarla; le di a Rouletabille un par de cachetadas en las mejillas y lo levanté. ¡Suerte! Sentí que se incorporaba entre mis brazos y lo oí murmurar:

–¡Siga, pero no haga tanto ruido!...

Seguir cacheteándolo sin hacer ruido me pareció una empresa imposible. Me puse a pellizcarlo y a sacudirlo, y pudo sostenerse sobre sus piernas. ¡Estábamos salvados!...

–Me han dormido... –dijo. –¡Ah! Pasé quince minutos abominables antes de ceder al sueño... ¡Pero ahoya ya pasó! ¡No me deje solo!...

No había terminado la frase, cuando un horrible alarido, que resonó en todo el castillo, un verdadero grito de muerte, nos desgarró los oídos...

–¡Maldición! – aulló Rouletabille. –¡Llegamos demasiado tarde!...

Y quiso precipitarse hacia la puerta; pero estaba aturdido y rodó contra las paredes. Yo ya estaba en la galería, empuñando el revólver, y corría como loco hacia la habitación de la señorita Stangerson. En el preciso instante en el que llegaba a la intersección del recodo de la galería y la galería recta, vi a un individuo que huía de los aposentos de la señorita Stangerson y que, en un par de saltos, alcanzó el descanso de la escalera.

No pude contenerme: disparé... El tiro resonó en la galería con un estruendo ensordecedor; pero el hombre, que seguía saltando como un desquiciado, bajó velozmente la escalera. Corrí detrás de él gritando: "¡Alto! ¡Alto o te mato!...". Cuando me precipitaba a mi vez hacia la escalera, vi frente a mí a Arthur Rance, que llegaba desde el fondo de la galería del ala izquierda del castillo gritando: "¿Qué pasa?... ¿Qué pasa?". Arthur Rance y yo llegamos casi al mismo tiempo al pie de la escalera. La ventana del vestíbulo estaba abierta. Vimos claramente la silueta del hombre que huía e, instintivamente, descargamos nuestros revólveres en dirección a él. El hombre estaba a más de diez metros delante de nosotros; tropezó y creímos que iba a caer. Entonces saltamos por la ventana, pero el hombre siguió corriendo con renovado vigor. Yo estaba en medias y el americano, descalzo: ¡no podíamos pretender alcanzarlo si nuestros revólveres no lo alcanzaban! Disparamos nuestros últimos cartuchos sobre él, que seguía huyendo... Pero se escapaba por el lado derecho del patio hacia el costado del ala derecha del castillo, hacia ese rincón rodeado de fosos y de altas rejas de donde le sería imposible escapar, ese rincón que no tenía otra salida, para nosotros, que la puerta del pequeño cuarto voladizo habitado ahora por el guardabosque.

El hombre, aunque inevitablemente herido por nuestras balas, ahora nos llevaba unos veinte metros de ventaja. De pronto, detrás de nosotros, encima de nuestras cabezas, una de las ventanas de la galería se abrió y oímos la voz de Rouletabille que clamaba, desesperado:

–¡Dispare, Bernier, dispare!

Y en la clara noche, noche de luna, en ese momento estalló la descarga eléctrica de un relámpago. A la luz del relámpago, vimos al tío Bernier, de pie con su escopeta, en la puerta del torreón.

Había apuntado bien. La sombra cayó. Pero como había llegado al costado del ala derecha del castillo, lo hizo del otro lado del ángulo del edificio; es decir que la vimos caer, pero quedó definitivamente tendida en el suelo al otro lado del muro, que no alcanzábamos a ver. Veinte segundos después, Bernier, Arthur Rance y yo llegábamos hasta allí. La sombra estaba muerta a nuestros pies.

Arrancado evidentemente de su sueño letárgico por los gritos y las detonaciones, Larsan acababa de abrir la ventana de su habitación y nos gritaba, como había gritado Arthur Rance:

–¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Nosotros permanecíamos inclinados sobre la sombra, sobre la misteriosa sombra muerta del asesino. Rouletabille, ahora completamente despierto, se reunió con nosotros en ese mismo momento, y le grite:

–¡Está muerto! ¡Está muerto!...

–Mejor –dijo. Llévelo al vestíbulo del castillo... –pero rectificó. ¡No! ¡No! ¡Pongámoslo en el cuarto del guardabosque!

Rouletabille golpeó a la puerta de la habitación del guardabosque... Nadie respondió..., cosa que no me sorprendió, naturalmente.

–Evidentemente, no está –dijo el reportero–, si no ya habría salido... Llevemos, pues, el cuerpo al vestíbulo...

Desde que habíamos llegado hasta la sombra muerta, la noche se había vuelto tan oscura, a causa de un nubarrón que ocultaba la luna, que sólo podíamos tocar aquella sombra, pero sin distinguir sus rasgos. ¡Y, sin embargo, nuestros ojos tenían prisa por saber! El tío Jacques, que llegaba, nos ayudó a transportar el cadáver hasta el vestíbulo del castillo. Allí lo depositamos en el primer peldaño de la escalera. Durante el trayecto sentí en mis manos la sangre caliente que manaba de sus heridas...

El tío Jacques corrió a la cocina y regresó con una linterna. Se inclinó sobre la cara de la sombra muerta y reconocimos al guardabosque, aquel a

quien el dueño de la Posada del Torreón llamaba el Hombre Verde y que, una hora antes, yo había visto salir de la habitación de Arthur Rance cargando un bulto. Pero lo que había visto sólo se lo podía informar a Rouletabille, cosa que hice, por cierto, unos instantes después.

No puedo guardar silencio acerca de la enorme estupefacción –incluso diría la cruel decepción– que demostraron Joseph Rouletabille y Frédéric Larsan, que se había reunido con nosotros en el vestíbulo. Tocaban el cadáver..., miraban aquella cara muerta, el traje verde del guardabosque..., y repetían al unísono:

–¡Imposible!... ¡Es imposible!

Rouletabille llegó a exclamar:

–¡Es para darse por vencido!

El tío Jacques mostraba un dolor estúpido, acompañado de lamentos ridículos. Afirmaba que nos habíamos equivocado y que el guardabosque no podía ser el asesino de su ama. Tuvimos que hacerlo callar. Si hubiéramos asesinado a su hijo, no habría gimoteado tanto; y yo explicaba estos excesivos buenos sentimientos por el miedo que debía de tener de que creyéramos que se alegraba por este dramático deceso; todos sabían, en efecto, que el tío Jacques detestaba al guardabosque. Comprobé que, de todos nosotros, que estábamos muy desaliñados, descalzos o en medias, el único que estaba completamente vestido era el tío Jacques.

Pero Rouletabille no había soltado el cadáver; arrodillado sobre las baldosas del vestíbulo, iluminado por la linterna del tío Jacques, desvestía el cuerpo del guardabosque... Desnudó su pecho. Sangraba.

Y, de repente, sacándole la linterna al tío Jacques, dirigió sus rayos muy cerca de la herida abierta. Entonces, se levantó y en un tono extraordinario, en un tono de salvaje ironía, dijo:

–¡Este hombre, que ustedes creen haber matado a tiros, ha muerto por una cuchillada en el corazón!

Una vez más, creí que Rouletabille se había vuelto loco y me incliné, a mi vez, sobre el cadáver. Entonces pude comprobar que, efectivamente, el cuerpo del guardabosque no tenía ninguna herida de proyectil, y que, en cambio, la región cardíaca había sido atravesada por una afilada hoja de cuchillo.

## 23. LA DOBLE PISTA

No me había repuesto aún del estupor que me provocaba tal descubrimiento, cuando mi joven amigo me tocó el hombro y me dijo:

–¡Sígame!

–¿Adónde? – le pregunté.

–A mi habitación.

–¿Qué vamos a hacer?

–Reflexionar.

En lo que a mí respecta, confieso que estaba totalmente imposibilitado no sólo de reflexionar, sino incluso de pensar; y, en aquella noche trágica, después de los acontecimientos cuyo horror sólo era equiparable a su incoherencia, difícilmente me explicaba cómo Rouletabille podía pretender "reflexionar" entre el cadáver del guardabosque y la posible agonía de la señorita Stangerson. No obstante, eso fue lo que hizo, con la sangre fría de los grandes capitanes en medio de las batallas. Empujó la puerta de la habitación detrás de nosotros, me indicó un sillón, se sentó calmosamente frente a mí y, por supuesto, encendió su pipa. Yo lo miraba reflexionar... y me dormí. Cuando me desperté, era de día. Mi reloj marcaba las ocho. Rouletabille ya no estaba allí. Su sillón, frente a mí, estaba vacío. Me levanté; comenzaba a estirar mis miembros cuando la puerta se abrió y mi amigo regresó. Enseguida advertí, por su aspecto, que mientras yo dormía, él no había perdido el tiempo.

–¿La señorita Stangerson? – le pregunté de inmediato.

–Su estado es alarmante, pero no desesperado.

–¿Hace mucho que salió usted de la habitación?

–Con las primeras luces del amanecer.

–¿Ha trabajado?

–Mucho.

–¿Qué descubrió?

–Una doble huella de pasos muy notoria y que hubiera podido despistarme...

–Y ya no?

–No.

–¿Explica algo?

–Sí.

–¿Algo relativo al cadáver increíble del guardabosque?

–Sí. Ahora ese cadáver es absolutamente creíble. Esta mañana descubrí, mientras paseaba alrededor del castillo, dos tipos de pasos distintos, que anoche dejaron sus huellas al mismo tiempo, unas al lado de las otras. Y digo "al mismo tiempo" porque, en realidad, no podía ser de otro modo, ya que, si una de las huellas hubiera venido después de la otra, siguiendo el mismo camino, varias veces se habría "superpuesto a la otra", lo cual no ocurrió en ningún momento. Los pasos de uno no caminaban sobre los del otro. No, eran los pasos de dos personas que parecían estar conversando entre sí. Esta doble huella se alejaba de todas las demás hacia el centro del patio, para salir de él y dirigirse al roble. Salía del patio con los ojos clavados en mi pista, cuando me encontré con Frédéric Larsan. Inmediatamente se interesó mucho por mi trabajo, porque esa doble huella merecía realmente nuestro interés. Volvíamos a encontrar allí la doble huella de pasos del caso del "cuarto amarillo": los pasos toscos y los pasos elegantes; pero, mientras en el caso del "cuarto amarillo" los pasos toscos sólo se unían con los pasos elegantes en el borde del estanque, para luego desaparecer –por lo que Larsan y yo dedujimos que esas dos clases de pasos pertenecían a un mismo individuo que no había hecho más que cambiar de calzado–, aquí, los pasos toscos y los pasos elegantes caminaban juntos. Semejante comprobación bastaba para hacerme dudar de mis convicciones anteriores. Larsan parecía pensar como yo; así que nos quedamos inclinados sobre las huellas, husmeando los pasos como perros al acecho.

Saqué de mi portafolios las plantillas de papel. La primera plantilla era la que había recortado sobre la huella de los zapatos del tío Jacques que había encontrado Larsan, es decir, sobre la huella de los pasos toscos; esta primera plantilla, digo, coincidió perfectamente con una de las huellas que teníamos ante nuestros ojos, y la segunda plantilla, que era el dibujo de los pasos elegantes, también coincidió con la huella correspondiente, pero con una ligera diferencia en la punta. En una palabra, esta nueva huella del paso elegante sólo difería de la encontrada a orillas del estanque en la punta de la bota. No podíamos concluir que esta huella pertenecía al mismo personaje, pero tampoco afirmar que no le pertenecía. Podía ser el mismo desconocido usando otras botas. Siempre siguiendo esta doble huella, Larsan y yo fuimos a parar a la salida del roble, y nos encontramos ante la misma orilla del estanque que descubrimos en nuestra primera pesquisa. Pero, esta vez, ninguna de las huellas se detenía allí y ambas, tomando el sendero, desembocaban en la gran ruta de Épinay. Allí nos topamos con un gran macadán reciente que no nos dejó ver nada más. Volvimos, pues, al castillo sin decirnos una palabra. Al llegar al patio nos separamos; pero, como consecuencia del camino que habían seguido nuestros respectivos pensamientos, nos volvimos a encontrar delante de la puerta del tío Jacques. Encontramos al viejo criado en la cama y enseguida comprobamos que las prendas que había arrojado sobre una silla

estaban en un estado lamentable y su calzado, unos zapatos absolutamente iguales a los que conocíamos, estaba extraordinariamente embarrado. Sin duda, el tío Jacques no había ensuciado de ese modo su calzado ni empapado su ropa al ayudar a transportar el cadáver del guardabosque, desde el costado del patio hasta el vestíbulo, ni al ir a buscar una linterna a la cocina, puesto que entonces no llovía. Pero había llovido antes y después de ese momento.

En cuanto a la cara del hombre, no era nada linda. Parecía reflejar un cansancio extremo, y sus ojos parpadeantes nos miraron desde el principio con espanto.

Lo interrogamos. Al comienzo, nos contestó que se había acostado inmediatamente después de la llegada al castillo del médico que el mayordomo había ido a buscar; pero tanto lo presionamos, de tal modo le demostramos que estaba mintiendo, que terminó por confesarnos que, efectivamente, había salido del castillo. Naturalmente, le preguntamos la razón; nos respondió que le dolía la cabeza y que necesitaba tomar aire, pero que no había ido más allá del robledal.

Entonces le describimos todo el trayecto que había seguido, como si lo hubiéramos visto caminar. El anciano se incorporó y se puso a temblar.

—¡Usted no estaba solo! — exclamó Larsan.

—¡Entonces lo vieron! — dijo el tío Jacques.

—¿A quién? — pregunté.

—¡Pues al fantasma negro!

Y el tío Jacques nos contó que hacía unas cuantas noches que veía al fantasma negro. Aparecía en el parque a medianoche y se deslizaba entre los árboles con una agilidad increíble. Parecía atravesar el tronco de los árboles. Dos veces el tío Jacques, que había divisado al fantasma a través de su ventana a la claridad de la luna, se había levantado y, decidido, había salido en busca de aquella extraña aparición. Dos días antes había estado a punto de alcanzarla, pero se había desvanecido en la esquina del torreón. Finalmente, anoche, cuando salió del castillo evidentemente sugestionado por la idea del nuevo crimen que acababa de cometerse, vio al fantasma negro surgir de pronto en medio del patio. Al principio, lo siguió con prudencia, luego más de cerca... Y así había dado la vuelta al robledal y al estanque, y había llegado hasta el borde de la ruta de Épinay. Allí, el fantasma desapareció súbitamente.

—¿No vio su cara? — preguntó Larsan.

—¡No! No vi más que velos negros...

—Y después de lo que pasó en la galería, ¿por qué no se abalanzó sobre él?



–¡No pude! Estaba aterrado... Apenas tenía fuerzas para seguirlo...

–Usted no lo siguió, tío Jacques –dije con tono amenazador– ¡Usted fue con el fantasma hasta la ruta de Épinay y caminaron tomados del brazo!

–¡No! – exclamó. –Empezó a llover a cántaros... ¡Regresé!... No sé qué habrá sido del fantasma negro...

Pero desvió sus ojos de mí.

Lo dejamos solo. Cuando estuvimos afuera, comentamos el caso.

–¿Cómplice? – le pregunté a Larsan con un tono singular, mirándolo bien de frente para sorprender el fondo de su pensamiento.

–¿Quién puede saberlo?... ¿Quién puede saberlo en un caso como este?... ¡Hace veinticuatro horas hubiera jurado que no hay cómplices!...

Y me dejó, anunciándome que abandonaba el castillo de inmediato para ir a Épinay.

Rouletabille había terminado su relato. Le pregunté:

–¿Y bien? ¿Qué conclusión se puede sacar de todo esto?... A mí no se me ocurre nada... ¡No lo entiendo!... ¡En fin! ¿Qué sabe usted? ¡Todo!... – exclamó. ¡Todo!

Nunca había visto su cara tan radiante. Se levantó y me estrechó la mano con fuerza...

–Entonces, explíqueme... –le supliqué.

–Vamos a averiguar cómo está la señorita Stangerson –me respondió bruscamente.

## **24. ROULETABILLE CONOCE LAS DOS MITADES DEL ASESINO**

La señorita Stangerson había estado a punto de ser asesinada por segunda vez. Por desgracia, la segunda fue mucho peor que la primera. Las tres cuchilladas que el hombre le había asestado en el pecho, en esta nueva noche trágica, la tuvieron mucho tiempo entre la vida y la muerte y cuando, por fin, la vida prevaleció y se pudo confiar en que la desdichada mujer, una vez más, escaparía de su sangriento destino, advertimos que, a pesar de que día tras día recuperaba el uso de los sentidos, no ocurría lo mismo con su razón. La menor alusión a la horrible tragedia la hacía delirar y creo que no es exagerado decir que el arresto de Robert Darzac, que tuvo lugar en el castillo de Glandier, a la mañana siguiente del descubrimiento del cadáver del guardabosque, ahondó

todavía más el abismo moral donde vimos desaparecer esa hermosa inteligencia.

Robert Darzac llegó al castillo hacia las nueve y media. Lo vi correr por el parque, los cabellos y las ropas en desorden, embarrado, en un estado lamentable. Su rostro tenía una palidez mortal. Rouletabille y yo estábamos acodados en una ventana de la galería. Nos vio y lanzó un grito desesperado hacia nosotros:

–¡Llego demasiado tarde!... Rouletabille le gritó:

–¡Está viva!...

Un minuto después, el señor Darzac entraba en los aposentos de la señorita Stangerson y, a través de la puerta, oímos sus sollozos.

–¡Qué fatalidad! – gemía a mi lado Rouletabille. ¡Qué dioses infernales buscan la desgracia de esta familia! ¡Si no me hubiera dormido, habría salvado a la señorita Stangerson del hombre, y lo habría dejado mudo para siempre!... ¡Y el guardabosque no estaría muerto!

El señor Darzac se reunió con nosotros. Su rostro estaba bañado en lágrimas. Rouletabille le contó todo: cómo había tomado precauciones para la seguridad de la señorita Stangerson y la suya; cómo hubiera logrado alejar al hombre para siempre "después de ver su rostro", y cómo su plan había naufragado en sangre, a causa del narcótico.

–¡Ah!, si usted realmente hubiera tenido confianza en mí –dijo en voz baja el joven–, ¡si le hubiera dicho a la señorita Stangerson que tuviera confianza en mí!... Pero aquí todos desconfían de todos... La hija desconfía del padre y la novia del novio... Mientras usted me decía que hiciera todo lo posible por impedir la llegada del asesino, ¡ella preparaba todo para dejarse asesinar!... Y llegué demasiado tarde..., medio dormido..., casi arrastrándome, a esa habitación donde la visión de la desdichada, bañada en sangre, me despertó del todo...

Por pedido del señor Darzac, Rouletabille contó la escena. Apoyándose en las paredes para no caer, mientras en el vestíbulo y en el patio de honor perseguíamos al asesino, se había dirigido hacia la habitación de la víctima... Las puertas de la antecámara están abiertas y entra: la señorita Stangerson yace exánime, echada a medias sobre el escritorio, con los ojos cerrados; su bata, roja por la sangre que brota a mares de su pecho. A Rouletabille, todavía bajo el influjo del narcótico, le parece que se mueve dentro de una pesadilla espantosa. Maquinalmente, vuelve a la galería, abre una ventana, nos anuncia a gritos el crimen, nos ordena tirar a matar y vuelve a los aposentos. Inmediatamente después, atraviesa el gabinete desierto, entra en el salón cuya puerta ha quedado entreabierta, sacude al señor Stangerson en el canapé donde

se ha recostado y lo despierta como yo lo despertara a él hacía un momento... El señor Stangerson se incorpora con los ojos extraviados, se deja arrastrar por Rouletabille hasta la habitación, ve a su hija y da un grito desgarrador... ¡Ah! ¡Está despierto, está despierto!... Ahora los dos, uniendo sus fuerzas languidecientes, transportan a la víctima hasta su cama...

Luego, Rouletabille quiere unirse a nosotros, para saber..., para saber... Pero, antes de dejar la habitación, se detiene junto al escritorio... Allí hay, en el suelo, un paquete... enorme... Un fardo... ¿Qué hace ese paquete ahí, junto al escritorio?... El envoltorio de sarga está abierto... Rouletabille se inclina... Papeles..., papeles..., fotografías... Lee: "Nuevo electroscopio condensador diferencial... Propiedades fundamentales de la sustancia intermedia entre la materia ponderable y el éter imponderable". En verdad, ¿qué es este misterio y esta formidable ironía del destino por los cuales, en el momento en que alguien asesina a su hija, alguien restituye al profesor Stangerson todos esos papeluchos inútiles, que arrojará al fuego...al fuego..., al fuego... al día siguiente?

Durante la mañana que siguió a esa noche horrible, vimos reaparecer al señor de Marquet, a su secretario y a los gendarmes. Nos interrogaron a todos, excepto, naturalmente, a la señorita Stangerson, que se hallaba en un estado próximo al coma. Rouletabille y yo, después de habernos puesto de acuerdo, dijimos sólo lo que quisimos decir. Me cuidé de informar sobre mi estancia en el cuartito triangular y la historia del narcótico. En resumen, callamos todo lo que permitía suponer que presentíamos algo y también todo lo que pudiera sugerir que la señorita Stangerson esperaba al asesino. La desdichada tal vez pagaría con su vida el misterio con el que ella misma rodeaba a su asesino... En absoluto nos correspondía hacer tamaño sacrificio inútil... Arthur Rance le contó a todo el mundo, con gran naturalidad –con tanta naturalidad que me r quedé estupefacto– que había visto al guardabosque, por última vez, hacia las once de la noche. Este había ido a su habitación, dijo, para tomar su valija, que debía llevar a la mañana siguiente, a primera hora, a la estación Saint–Michel, "y se detuvo a charlar largamente con él de caza y cazadores furtivos". Arthur William Rance, en efecto, debía dejar el Glandier a la mañana e ir a pie, según su costumbre, hasta Saint–Michel; por eso, aprovecharía el viaje matutino del guardabosque al pueblo para despachar su equipaje. Ese era el equipaje que llevaba el hombre verde cuando lo vi salir de la habitación de Arthur Rance.

Al menos, me vi inducido a pensarlo, pues el señor Stangerson confirmó sus palabras; agregó que la víspera, por la noche, no había tenido el placer de compartir la mesa con su amigo Arthur Rance, porque este se había despedido de su hija y de él hacia las cinco. Arthur Rance había pedido que sólo le sirvieran un té en su cuarto, diciendo que estaba ligeramente indispuerto.

Bernier, el casero, por indicación de Rouletabille, informó que el propio

guardabosque le había pedido que persiguiera a los cazadores furtivos (el guardabosque ya no podía contradecirlo), que se habían dado cita no lejos del robleal y que, al ver que el guardabosque no llegaba, él, Bernier, había ido a su encuentro... Estaba a la altura del torreón cuando divisó a un individuo que huía a toda carrera por el lado opuesto, hacia el costado del ala derecha del castillo; en ese mismo momento, sonaron tiros de revólver detrás del fugitivo. Rouletabille había aparecido en la ventana de la galería y cuando el joven lo divisó a él, a Bernier, y lo reconoció, al comprobar que llevaba su fusil le había gritado que tirara. Entonces Bernier había disparado su fusil, que ya tenía preparado..., y estaba convencido de que había malherido al fugitivo; hasta llegó a pensar que lo había matado; y así lo creyó hasta que Rouletabille, al examinar el cuerpo que había caído por el disparo, le mostró que ese cuerpo "había muerto a causa de una cuchillada". Por lo demás, él seguía sin comprender nada de semejante fantasmagoría, teniendo en cuenta que, si el cadáver encontrado no era el del fugitivo contra el cual todos habíamos tirado, este debía de estar en alguna parte. Pero, en ese pequeño rincón del patio donde todos nos habíamos reunido alrededor del cadáver, "no había lugar para otro muerto u otro vivo" sin que lo viéramos.

Así habló el tío Bernier. Pero el juez de instrucción le respondió que, cuando estábamos en ese rincón del patio, la noche era muy oscura, ya que no habíamos podido distinguir el rostro del guardabosque y que, para reconocerlo, habíamos tenido que transportarlo al vestíbulo... El tío Bernier replicó que, si no hubiéramos visto "el otro cuerpo muerto o vivo", por lo menos le habríamos pasado por encima, tan estrecho es ese rincón del patio. Por último, éramos cinco, sin contar el cadáver, en ese costado del patio, y hubiera sido verdaderamente extraño que el otro cuerpo se nos escapara... La única puerta que daba a ese lugar era la de la habitación del guardabosque, y su puerta estaba cerrada. Encontramos la llave en el bolsillo del muerto...

De todos modos, como el razonamiento de Bernier, que a primera vista parecía lógico, implicaba decir que habíamos matado a disparos de armas de fuego a un hombre muerto de una cuchillada, el juez de instrucción no le prestó demasiada atención. Desde el mediodía, era evidente para todos que el magistrado estaba convencido de que habíamos dejado escapar al fugitivo y que habíamos encontrado un cadáver que nada tenía que ver con nuestro caso. Para él, el cadáver del guardabosque era otro asunto. Quería probarlo sin demorarse más, y es probable que este nuevo caso se correspondiera con ciertas ideas que, desde hacía varios días, se había formado sobre las costumbres del guardabosque, las personas que frecuentaba y la reciente aventura que tenía con la mujer del propietario de la Posada del Torreón, y corroborase también los informes que, seguramente, había recibido sobre las amenazas de muerte proferidas por el tío Mathieu contra el guardabosque, pues, a la una de la tarde, el tío Mathieu, a pesar de sus quejas de reumático y

las protestas de su mujer, fue detenido y conducido a Corbeil con la debida escolta. Nada comprometedor se había descubierto en su casa, pero la conversación que mantuvo, la víspera, con unos carreteros que la repitieron, lo comprometió más que si hubieran encontrado en su jergón el cuchillo que había matado al Hombre Verde.

Estábamos allí, asombrados por semejante cantidad de acontecimientos tan terribles como inexplicables, cuando, para llevar al colmo la estupefacción de todos, vimos llegar al castillo a Frédéric Larsan, quien había partido de inmediato luego de ver al juez de instrucción y que volvía acompañado de un empleado del ferrocarril.

En ese momento estábamos en el vestíbulo con Arthur Rance, hablando de la culpabilidad y de la inocencia del tío Mathieu (en verdad, Arthur Rance y yo éramos los únicos que conversábamos, porque Rouletabille parecía haberse embarcado en algún sueño lejano y no se ocupaba para nada de lo que decíamos). El juez de instrucción y su secretario se encontraban en el saloncito verde, adonde Robert Darzac nos había conducido cuando llegamos por primera vez al Glandier. El tío Jacques, llamado por el juez, acababa de entrar en el saloncito; Robert Darzac estaba arriba, en el cuarto de la señorita Stangerson, con el señor Stangerson y los médicos. Frédéric Larsan entró en el vestíbulo con el empleado del ferrocarril. Rouletabille y yo reconocimos de inmediato a ese empleado de barbita rubia.

–¡Mire! ¡El empleado de Épinay–sur–Orge! – grité, y miré a Frédéric Larsan, quien respondió sonriendo:

–Sí, sí, tiene razón, es el empleado de Épinay–sur–Orge.

Tras lo cual, Fred se hizo anunciar al juez de instrucción por el gendarme que estaba en la puerta del salón. De inmediato salió el tío Jacques, e hicieron entrar a Frédéric Larsan y al empleado. Pasaron unos instantes, diez minutos tal vez. Rouletabille estaba muy impaciente. La puerta del saloncito volvió a abrirse; el gendarme, llamado por el juez de instrucción, entró en el salón, salió, subió la escalera y volvió a bajarla. Abrió nuevamente entonces la puerta del salón y, sin cerrarla, le dijo al juez de instrucción:

–Señor juez, ¡el señor Robert Darzac no quiere bajar!

–¡Cómo! ¡No quiere!... –gritó el señor de Marquet.

–¡No! Dice que no puede dejar a la señorita Stangerson en el estado en que se encuentra...

–Está bien –dijo el señor de Marquet–, ya que no viene a nosotros, iremos a él...

De Marquet y el gendarme subieron; el juez de instrucción le hizo señas a

Frédéric Larsan y al empleado del ferrocarril de que los siguieran. Rouletabille y yo cerrábamos la marcha.

Llegamos así a la galería, frente a la puerta de la antecámara de la señorita Stangerson. El señor de Marquet golpeó a la puerta. Apareció una doncella. Era Sylvie, una mucamita cuyos cabellos rubios descoloridos caían en desorden sobre un rostro consternado.

—¿Está allí el señor Stangerson? — preguntó el juez de instrucción.

—Sí, señor.

—Dígale que deseo hablarle.

Sylvie fue a buscar al señor Stangerson.

El sabio vino hacia nosotros; lloraba y daba pena verlo.

—¿Qué más quiere usted de mí? — le preguntó al juez. ¡No podría, señor, dejarme tranquilo en un momento como este!

—Señor —dijo el juez—, es absolutamente necesario que tenga de inmediato una conversación con Robert Darzac. ¿No podría usted convencerlo de que dejara los aposentos de la señorita Stangerson? Si no es así, me vería en la necesidad de franquear el umbral con todo el aparato de la justicia.

El profesor no respondió; miró al juez, al gendarme y a todos los que los acompañaban como una víctima mira a sus verdugos, y volvió a entrar en el cuarto.

De inmediato salió Robert Darzac. Estaba muy pálido y descompuesto, pero, cuando el desdichado vio detrás de Frédéric Larsan al empleado del ferrocarril, su rostro se descompuso todavía más, sus ojos se extraviaron y no pudo contener un sordo gemido.

Todos habíamos percibido la transformación trágica de esa fisonomía doliente. No pudimos impedir que se nos escapara una exclamación de pena. Sentimos que ocurría algo definitivo que decidía la condena de Robert Darzac. Sólo Frédéric Larsan tenía el rostro resplandeciente y demostraba la alegría de un perro de caza que por fin se ha apoderado de su presa.

El señor de Marquet le señaló a Darzac al joven empleado de barbita rubia y dijo:

—¿Reconoce al señor?

—Lo reconozco —dijo Robert Darzac con una voz que en vano intentaba que sonara firme. Es un empleado del Orleans en la estación de Épinay-sur-Orge.

—Este joven —continuó de Marquet—, afirma que lo vio descender del tren en Épinay...

–Anoche –completó la frase Darzac– a las diez y media... ¡Es verdad!...

Hubo un silencio.

–Señor Darzac –prosiguió el juez de instrucción en un tono embargado de conmovedora emoción–, señor Darzac, ¿qué vino a hacer anoche a Épinay–sur–Orge, a unos kilómetros del lugar donde intentaban asesinar a la señorita Stangerson?...

Darzac se calló. No bajó la cabeza, pero cerró los ojos, ya sea porque quiso disimular su dolor, ya sea porque temió que se pudiera leer en su mirada algo de su secreto.

–Señor Darzac... –insistió el señor de Marquet–, ¿podría usted decirme cómo empleó su tiempo anoche?

Darzac reabrió los ojos. Parecía haber reconquistado todo su dominio de sí.

–¡No, señor!...

–Reflexione, señor, porque me veré en la necesidad, si persiste en su extraña negativa, de ponerlo a mi disposición.

–Me niego...

–¡Señor Darzac! ¡Queda detenido en nombre de la ley!...

El juez no había terminado de pronunciar esas palabras cuando vi a Rouletabille hacer un movimiento brusco hacia Darzac. Sin duda iba a hablar, pero este último, con un gesto, le cerró la boca... Por lo demás, el gendarme se acercaba ya a su prisionero... En ese momento se oyó un llamado desesperado:

–¡Robert!... ¡Robert!...

Reconocimos la voz de la señorita Stangerson y, ante ese acento de dolor, ni uno solo de nosotros dejó de estremecerse. Esta vez, el propio Larsan palideció. En cuanto al señor Darzac, ya se había precipitado en la habitación, en respuesta al llamado...

El juez, el gendarme y Larsan entraron detrás de él; Rouletabille y yo nos quedamos en el umbral de la puerta. El espectáculo era desgarrador: la señorita Stangerson, cuyo rostro tenía la palidez de la muerte, se había incorporado en la cama a pesar de los dos médicos y de su padre... Tendía sus brazos temblorosos hacia Robert Darzac, a quien Larsan y el gendarme habían sujetado... Sus ojos estaban abiertos de par en par..., veía... comprendía... Su boca pareció murmurar una palabra..., una palabra que expiró entre sus labios exangües..., una palabra que nadie oyó... Y cayó desvanecida... Sacaron rápidamente a Darzac fuera del cuarto... Mientras esperábamos un coche que Larsan había ido a buscar, nos detuvimos en el vestíbulo. A todos nos embargaba una extrema emoción. A de Marquet se le saltaban las lágrimas.

Rouletabille aprovechó ese momento de enternecimiento general para decirle al señor Darzac:

–¿No se defenderá?

–¡No! – replicó el prisionero.

–Yo lo defenderé, señor...

–No puede –afirmó el desdichado con una débil sonrisa. ¡Lo que la señorita Stangerson y yo no pudimos hacer, no lo hará usted!

–Sí, lo haré.

La voz de Rouletabille era extrañamente calma y confiada.

Prosiguió:

–Lo haré, señor Robert Darzac, porque ¡yo sé mucho más que usted!

–¡No diga pavadas! – murmuró Darzac casi con rabia.

–¡Oh! ¡Quédese tranquilo, no sabré nada más que lo que sea útil para salvarlo!

–No hay nada que saber, joven..., si quiere merecer mi gratitud.

Rouletabille sacudió la cabeza. Se acercó mucho, mucho a Darzac.

–Escuche lo que voy a decirle –dijo en voz baja–, y espero que le dé confianza. Usted no sabe más que el nombre del asesino; la señorita Stangerson sólo conoce la mitad del asesino, pero yo, ¡yo conozco sus dos mitades, yo conozco al asesino entero!...

Robert Darzac abrió unos ojos que testimoniaban que no comprendía una palabra de lo que acababa de decirle Rouletabille. Entre tanto, llegó el coche conducido por Frédéric Larsan. Hicieron subir a Darzac y al gendarme. Larsan se quedó en el pescante. Llevaron al prisionero a Corbeil.

## 25. ROULETABILLE SE VA DE VIAJE

Esa misma tarde, Rouletabille y yo dejamos el Glandier. Nos sentíamos felices: ese lugar no tenía nada que pudiera seguir reteniéndonos. Declaré que renunciaba a develar tantos misterios y Rouletabille, dándome una palmada amistosa en el hombro, me confió que no había nada más que averiguar en el Glandier, pues el Glandier le había mostrado todo. Llegamos a París alrededor de las ocho. Cenamos rápidamente y después, cansados, nos separamos, citándonos en mi casa para la mañana siguiente. A la hora acordada,



Rouletabille entró en mi habitación. Llevaba un traje a cuadros de paño inglés, un abrigo en el brazo, un sombrero en la cabeza y un bolso en la mano. Me dijo que se iba de viaje.

–¿Cuánto tiempo estará ausente? – le pregunté.

–Uno o dos meses –dijo–, depende...

No me atreví a interrogarlo.

–¿Sabe usted –me dijo– cuál es la palabra que la señorita Stangerson pronunció ayer antes de desvanecerse..., mirando al señor Robert Darzac?...

–No, nadie la oyó...

–¡Sí! – replicó Rouletabille–, ¡yo! Ella le dijo: "habla".

–Y el señor Darzac hablará?

–Jamás!

Hubiera querido prolongar la conversación, pero me estrechó con fuerza la mano, me deseó buena suerte y no tuve tiempo más que para preguntarle:

–¿No tiene ningún temor de que durante su ausencia se cometan nuevos atentados?...

–No temo nada más de ese tipo –dijo él–, desde el momento en que el señor Darzac está en la cárcel.

Tras esta extraña manifestación, me dejó. No iba a volver a verlo hasta el proceso de Darzac en la Audiencia, cuando compareció ante el tribunal para explicar lo inexplicable.

## **26. DONDE SE ESPERA CON IMPACIENCIA A JOSEPH ROULETABILLE**

El 15 de enero siguiente, es decir, dos meses y medio después de los acontecimientos trágicos que acabo de contar, L'Époque publicó, en la primera columna de la primera plana, este sensacional artículo:

El jurado de Seine–et–Oise ha sido convocado hoy para juzgar uno de los casos más misteriosos que se hayan registrado en los anales judiciales. Nunca proceso alguno ha presentado tantos puntos oscuros, incomprensibles, inexplicables. Y sin embargo, la acusación no ha dudado un instante en hacer sentar en el banquillo de los acusados a un hombre respetado, estimado, amado por todos los que lo conocen, un joven sabio, esperanza de la ciencia

francesa, cuya existencia entera ha sido un modelo de trabajo y de probidad. Cuando París conoció el arresto del señor Robert Darzac, un grito unánime de protesta se elevó en todas partes. La Sorbona entera, deshonrada por el gesto inaudito del juez de instrucción, proclamó su fe en la inocencia del prometido de la señorita Stangerson. El propio señor Stangerson denunció abiertamente el error en el que había incurrido la justicia y nadie duda que, si la víctima pudiera hablar, vendría a reivindicar ante los doce jurados al hombre que quería convertir en su esposo y que la fiscalía quiere enviar al cadalso. Esperemos que, un día no muy lejano, la señorita Stangerson recupere la razón, que momentáneamente ha naufragado en el horrible misterio del Glandier. ¿Quieren que ella vuelva a perderla cuando se entere de que el hombre que ama ha muerto a manos del verdugo? Esta pregunta va dirigida al jurado con el cual nos proponemos hablar hoy mismo.

Estamos decididos, en efecto, no permitir que doce personas honradas cometan un abominable error judicial. Por cierto, las coincidencias terribles, las huellas acusadoras, un silencio inexplicable por parte del acusado, un empleo enigmático del tiempo y la ausencia de toda coartada han podido determinar la convicción del fiscal, el cual, tras haber buscado en vano la verdad en otra parte, se decidió a encontrarla allí. Los cargos, en apariencia, son tan abrumadores para el señor Robert Darzac, que es preciso excusar que incluso un policía tan astuto, tan inteligente y generalmente tan acertado como el señor Frédéric Larsan se haya dejado cegar por ellos. Hasta ahora, todo ha coincidido en acusar al señor Robert Darzac ante la instrucción; hoy, nosotros vamos a defenderlo ante el jurado y llevaremos al tribunal una luz tal, que todo el misterio del Glandier se iluminará. Porque poseemos la verdad.

Si no hemos dicho nada antes, es porque así lo exigía el interés mismo de la causa que queremos defender. Nuestros lectores no han olvidado las sensacionales pesquisas anónimas que publicamos sobre el "Pie izquierdo de la calle Oberkamps", sobre el famoso robo del "Crédito Universal" y sobre el caso de los "Lingotes de oro de la Casa de la Moneda". Ellas nos permitieron vislumbrar la verdad, antes incluso de que el admirable ingenio de un Frédéric Larsan la hubiera develado por completo. Estas pesquisas fueron realizadas por nuestro redactor más joven, un muchacho de dieciocho años, Joseph Rouletabille, que mañana será famoso. Cuando estalló el caso del Glandier, nuestro joven reportero se dirigió al lugar, forzó todas las puertas y se instaló en el castillo, de donde habían echado a todos los representantes de la prensa. Junto con Frédéric Larsan, buscó la verdad; vio con espanto el error en el que se abismaba el genio del célebre policía; en vano intentó apartarlo de la mala pista que estaba siguiendo: el gran Fred de ninguna manera aceptó recibir lecciones de este humilde periodista. Sabemos adónde ha conducido eso al señor Robert Darzac.

Pero es preciso que Francia sepa, es preciso que el mundo sepa que, la noche misma del arresto de Robert Darzac, el joven Joseph Rouletabille entró en el escritorio de nuestro director y le dijo: "Me voy de viaje. No podría decirle cuánto tiempo estaré ausente; tal vez uno, dos o tres meses... Tal vez no vuelva nunca... Aquí tiene una carta... Si no he vuelto el día en que el señor Darzac comparezca ante la Audiencia, abrirá usted esta carta en el tribunal, después de que lo hagan los testigos. Hable para eso con el abogado de Robert Darzac. El señor Darzac es inocente. En esta carta está el nombre del asesino y, no digo las pruebas, pues las pruebas voy a buscarlas, pero sí la explicación irrefutable de su culpabilidad". Y nuestro redactor partió. Hace mucho tiempo que no tenemos noticias, pero un desconocido vino a ver a nuestro director, hace ocho días, para decirle: "Actúe según las instrucciones de Joseph Rouletabille si es necesario. En esa carta está la verdad". El hombre no quiso decirnos su nombre.

Hoy, 15 de enero, estamos ante el gran día de la sustanciación de la causa; Joseph Rouletabille no ha vuelto; tal vez nunca lo volvamos a ver. La prensa, también, tiene sus héroes, sus víctimas del deber: el deber profesional, el primero de todos los deberes. ¡Tal vez, a esta altura, haya sucumbido! Sabremos vengarlo. Nuestro director, esta tarde, estará en la Audiencia de Versalles, con la carta: ¡la carta que contiene el nombre del asesino!

En el encabezado del artículo, habían puesto el retrato de Rouletabille.

Los parisinos que ese día se dirigieron a Versalles para el proceso llamado del "Misterio del "cuarto amarillo"" no han olvidado, por cierto, la increíble multitud que se amontonaba en la estación Saint-Lazare. No había más lugar en los trenes y hubo que improvisar convoyes suplementarios. El artículo de L'Époque había trastornado a todo el mundo, excitado todas las curiosidades, llevado hasta la exasperación la pasión de las discusiones. Los partidarios de Joseph Rouletabille y los fanáticos de Frédéric Larsan intercambiaron trompadas pues, cosa extraña, el fervor de esas personas surgía menos de que tal vez se condenara a un inocente, que del interés que ponían en su propia comprensión del misterio del "cuarto amarillo". Cada uno tenía su explicación y la consideraba válida. Los que explicaban el crimen según la teoría de Frédéric Larsan no admitían que se pudiera poner en duda la perspicacia del popular policía, y los que tenían una explicación diferente de la de Frédéric Larsan, naturalmente afirmaban que debía ser la de Joseph Rouletabille, a quien todavía no conocían. Con el número de L'Époque en la mano, los "Larsan" y los "Rouletabille" discutían y se peleaban incluso en las escaleras del palacio de justicia de Versalles, y hasta en la sala del juicio. Se había dispuesto un servicio de guardia extraordinario. La innumerable multitud que no pudo penetrar en el palacio se quedó hasta la noche en los alrededores del edificio, contenida a duras penas por los soldados y la policía, ávida de

novedades, dando crédito a los rumores más fantásticos. Por un momento, circuló el rumor de que acababan de detener, en plena audiencia, al propio señor Stangerson, quien había confesado ser el asesino de su hija... Era la locura. El nerviosismo estaba en su punto más alto. Y seguían esperando a Rouletabille. La gente pretendía conocerlo y reconocerlo y, cuando un hombre joven, provisto de un pase, atravesó el espacio libre que separaba a la multitud del palacio de justicia, se produjeron avalanchas. Se atropellaban unos a otros, gritaban: "¡Rouletabille! ¡Ahí está Rouletabille!". Unos testigos, que se parecían más o menos vagamente al retrato publicado por L'Époque, fueron aclamados de igual manera. La llegada del director de L'Époque también dio origen a algunas manifestaciones. Unos aplaudieron, otros silbaron. Había muchas mujeres entre la multitud.

En la sala de la Audiencia, el proceso se desarrollaba bajo la presidencia del señor de Rocoux, un magistrado imbuido de todos los prejuicios de los togados, pero profundamente honesto. Habían llamado a los testigos. Naturalmente, yo estaba entre ellos, al igual que todos los que, en mayor o menor grado, habían estado relacionados con los misterios del Glandier: el señor Stangerson, diez años envejecido, irreconocible; Larsan; el señor Arthur W. Rance, con la cara siempre rubicunda; el tío Jacques; el tío Mathieu, quien compareció esposado, entre dos gendarmes; la señora Mathieu, bañada en lágrimas; los Bernier, las dos enfermeras, el mayordomo, todos los criados del castillo; el empleado de la oficina de correos número 40, el empleado del ferrocarril de Épinay, algunos amigos del señor y de la señorita Stangerson y todos los testigos de descargo de Robert Darzac. Tuve la suerte de que me citaran entre los primeros testigos, lo que me permitió asistir a casi todo el proceso.

No tengo necesidad de decirles cuán apretujados estábamos en la sala. Había abogados sentados hasta en los escalones del "tribunal" y, detrás de los magistrados vestidos con toga roja, estaban representadas todas las autoridades judiciales de los departamentos vecinos. El señor Robert Darzac apareció en el banquillo de los acusados, entre los gendarmes, tan calmo, tan alto y tan buen mozo, que lo recibió un murmullo de admiración más que de compasión. Se inclinó de inmediato hacia su abogado, el letrado Henri-Robert, quien, ayudado por su primer secretario, el letrado André Hesse, que debutaba en esa ocasión, ya había comenzado a hojear su expediente.

Muchos esperaban que el señor Stangerson estrechara la mano del acusado, pero se realizó la convocatoria de los testigos y todos ellos dejaron la sala sin que esta demostración sensacional se hubiese producido. Una vez que los jurados tomaron asiento, notamos que parecían sumamente interesados en una rápida conversación que el letrado Henri-Robert tuvo con el director de L'Époque. Este último, a continuación, fue a tomar asiento en la primera fila

del público. Algunos se asombraron de que no acompañara a los testigos a la sala para ellos reservada.

La lectura del acta de acusación se realizó, como casi siempre, sin incidentes. No relataré aquí el largo interrogatorio al que fue sometido el señor Darzac. Respondió de la manera más natural y más misteriosa a la vez. Todo lo que pudo decir pareció natural; todo lo que calló parecía terrible para él, incluso a los ojos de quienes presentían su inocencia. Su silencio sobre los puntos que conocemos se volvía contra él, y parecía evidente que ese silencio lo aplastaría fatalmente. Se resistió a las amonestaciones del presidente de la Audiencia y del ministerio público. Le dijeron que callar, en tales circunstancias, equivalía a la muerte.

–Está bien –dijo–, entonces la sufriré; ¡pero soy inocente!

Con esa habilidad prodigiosa que le dio fama, y aprovechándose del incidente, el letrado Henri–Robert intentó exaltar el carácter de su cliente por el mismo hecho de su silencio, haciendo alusión a deberes morales que sólo las almas heroicas son capaces de imponerse. El eminente abogado sólo logró convencer completamente a quienes conocían al señor Darzac, pero los demás se mantuvieron indecisos. Hubo una suspensión de la audiencia, luego comenzó el desfile de los testigos, y Rouletabille seguía sin aparecer. Cada vez que se abría una puerta, todos los ojos se dirigían a ella, luego al director de L'Époque, que seguía impassible en su lugar. Por fin, se lo vio buscar en su bolsillo y un gran rumor acompañó ese gesto.

Mi intención no es recordar aquí todos los incidentes del proceso. Ya he hablado largamente de las etapas del caso, como para imponer a los lectores un nuevo desfile de los tan misteriosos acontecimientos. Tengo prisa por llegar al momento verdaderamente dramático de esa jornada inolvidable. Se produjo cuando el letrado Henri–Robert le hacía unas preguntas al tío Mathieu, quien, en el estrado de los testigos, se defendía, entre dos gendarmes, de la acusación de haber asesinado al Hombre Verde. Su mujer fue llamada y se la confrontó con él. Ella confesó, estallando en sollozos, que había sido "amiga del guardabosque" y que su marido lo había sospechado, pero volvió a afirmar que este no tenía nada que ver con el asesinato de "su amigo". El letrado Henri–Robert pidió entonces a la corte que aceptara escuchar de inmediato, sobre ese punto, a Frédéric Larsan.

–En una breve conversación que acabo de tener con Frédéric Larsan, durante la suspensión de la audiencia –declaró el abogado–, este me dio a entender que se podría explicar la muerte del guardabosque de otra forma que no fuera la intervención del tío Mathieu. Sería interesante conocer la hipótesis de Frédéric Larsan.

Frédéric Larsan compareció. Se expresó de manera concluyente.

–No veo –dijo– la necesidad de hacer intervenir al tío Mathieu en todo esto. Se lo dije al señor de Marquet, pero los propósitos asesinos de este hombre evidentemente lo han perjudicado ante el señor juez de instrucción. Para mí, el asesinato de la señorita Stangerson y el del guardabosque corresponden al mismo caso. Disparamos contra el asesino de la señorita Stangerson, mientras huía por el patio de honor, creímos que lo habíamos alcanzado, creímos que lo habíamos matado, pero, en verdad, no hizo sino tropezar mientras le disparábamos detrás del ala derecha del castillo. Allí, el asesino se encontró con el guardabosque, quien sin duda quiso detener su huida. El asesino todavía tenía en la mano el cuchillo con el cual acababa de atacar a la señorita Stangerson; apuñaló al guardabosque en el corazón y este murió.

Esta explicación tan simple parecía más plausible, ya que muchos de quienes se interesaban en los misterios del Glandier la habían esbozado. Se oyó un murmullo de aprobación.

–Y en ese caso, ¿qué se hizo del asesino? – preguntó el presidente.

–Evidentemente se escondió, señor presidente, en un rincón oscuro de ese costado del patio y, cuando la gente del castillo se fue, llevando el cuerpo, huyó tranquilamente.

En ese momento, del fondo del público de pie, se levantó una voz juvenil. En medio del estupor de todos los presentes, dijo:

–Estoy de acuerdo con Frédéric Larsan respecto de la cuchillada en el corazón. Pero no estoy de acuerdo sobre la forma en que el asesino huyó del costado del patio.

Todo el mundo se dio vuelta; los ujieres se apresuraron a ordenar silencio. El presidente preguntó con irritación quién había levantado la voz y ordenó la inmediata expulsión del intruso, pero se volvió a oír la misma voz clara que gritaba: –¡Soy yo, señor presidente, soy yo, Joseph Rouletabille!

## **27. DONDE JOSEPH ROULETABILLE APARECE EN TODA SU GLORIA**

Hubo un alboroto terrible. Se oyeron gritos de mujeres que se sentían mal. No hubo ninguna consideración por la majestad de la justicia. Fue un revuelo descontrolado. Todo el mundo quería ver a Joseph Rouletabille. El presidente gritó que iba a hacer evacuar la sala, pero nadie lo oyó. Entretanto, Rouletabille saltó por encima de la balaustrada que lo separaba del público sentado, se abrió camino a codazos, llegó junto a su director, que lo abrazó con

efusión, tomó su carta de las manos de aquel, la deslizó en su bolsillo, penetró en la parte reservada de la sala y llegó así hasta el estrado de los testigos, empujado, empujando, el rostro como una esfera escarlata que iluminaba todavía más la chispa inteligente de sus grandes ojos redondos. Tenía ese traje inglés que le había visto la mañana de su partida –¡pero en qué estado, mi Dios!– el abrigo en el brazo y la gorra de viaje en la mano. Y dijo:

–Pido disculpas, señor presidente, ¡el transatlántico se retrasó! Vengo de Norteamérica. Soy Joseph Rouletabille.

Estalló una carcajada. Todos estábamos felices con la llegada de ese muchacho. A todos nos parecía que acababan de quitarnos un inmenso peso de encima. Respirábamos. Teníamos la certeza de que realmente traía la verdad... de que nos haría conocer la verdad...

Pero el presidente estaba furioso.

–¡Ah! Usted es Joseph Rouletabille... –repitió el presidente. Y bueno, le enseñaré, jovencito a no burlarse de la justicia... En espera de que el tribunal delibere sobre su caso, y en virtud de mi poder discrecional, queda usted a disposición de la justicia.

–Pero, señor presidente, eso es precisamente lo que pido: estar a disposición de la justicia... He venido a ponerme a disposición de la justicia... Si mi entrada ha armado un poco de revuelo, le pido disculpas al tribunal... Crea, señor presidente, que nadie respeta la justicia más que yo..., pero entré como pude...

Se echó a reír y todo el mundo rio.

–¡Llévenselo! –ordenó el presidente.

Pero el letrado Henri–Robert intervino. Empezó por disculpar al joven, mostró que estaba animado de los mejores sentimientos, hizo comprender al presidente que difícilmente se podía prescindir de la declaración de un testigo que había dormido en el Glandier durante toda la semana misteriosa, de un testigo, sobre todo, que pretendía demostrar la inocencia del acusado y aportar el nombre del asesino.

–¿Va a decirnos el nombre del asesino? –preguntó el presidente, agitado pero escéptico.

–Pero, señor presidente, ¡si no he venido nada más que para eso! –dijo Rouletabille.

En la sala estuvieron a punto de aplaudir, pero los enérgicos ¡shh! de los ujieres restablecieron el silencio.

–Joseph Rouletabille –dijo el letrado Henri–Robert– no está citado

oficialmente como testigo, pero espero que, en virtud de su poder discrecional, el señor presidente esté dispuesto a interrogarlo.

–¡Está bien! – dijo el presidente–, lo interrogaremos. Pero terminemos de una vez...

El fiscal se incorporó:

–Tal vez sería mejor –observó el representante del ministerio público– que este joven nos diga de inmediato el nombre de quien él denuncia como asesino.

El presidente aceptó con una irónica reserva:

–Si el señor fiscal le otorga alguna importancia a la declaración del señor Joseph Rouletabille, no veo inconveniente en que el testigo nos diga de inmediato el nombre de su asesino.

Se hubiera oído volar una mosca.

Rouletabille se calló, mirando con simpatía al señor Robert Darzac, quien, por primera vez desde el comienzo del debate, mostraba una expresión agitada y llena de angustia.

–Y bien –repitió el presidente–, lo escuchamos, señor Joseph Rouletabille. Esperamos el nombre del asesino.

Rouletabille buscó tranquilamente en el bolsillo de su chaleco, sacó un enorme reloj de bolsillo, miró la hora y dijo:

–Señor presidente, recién podré decirle el nombre del asesino a las seis y media. ¡Todavía nos quedan cuatro largas horas por delante!

En la sala se oyeron murmullos de asombro y desilusión. Algunos abogados dijeron en voz alta:

–¡Se burla de nosotros!

El presidente parecía estar encantado; los letrados Henri–Robert y André Hesse estaban molestos.

El presidente dijo:

–Esta broma ha durado bastante. Puede retirarse, señor, a la sala de los testigos. Queda a nuestra disposición.

Rouletabille protestó:

–¡Le aseguro, señor presidente –gritó con su voz aguda y chillona–, le aseguro que, cuando le haya dicho el nombre del asesino, comprenderá que no podía decírselo sino a las seis y media! ¡Palabra de honor, hombre! ¡Palabra de Rouletabille!... Pero, mientras esperamos, puedo darle algunas explicaciones



sobre el asesinato del guardabosque... El señor Frédéric Larsan, quien me vio trabajar en el Glandier, puede decirle con qué cuidado estudié todo este caso. Por más que tenga una opinión contraria a la suya y afirme que al hacer detener al señor Robert Darzac hizo detener a un inocente, no duda de mi buena fe, ni de la importancia que es preciso acordarle a mis descubrimientos, que a menudo corroboraron los suyos.

Frédéric Larsan dijo:

–Señor presidente, sería interesante oír al señor Joseph Rouletabille, mucho más si no coincide con mi opinión.

Un murmullo de aprobación recibió estas palabras del policía. Aceptaba el duelo como un buen jugador. La competencia entre esas dos inteligencias que se habían abocado al mismo trágico problema y que habían llegado a dos soluciones diferentes prometía ser apasionante.

Como el presidente se mantuvo callado, Frédéric Larsan prosiguió:

–Estamos, pues, de acuerdo en la cuchillada en el corazón que el asesino de la señorita Stangerson le asestó al guardabosque; pero, como no estamos de acuerdo respecto del asunto de la huida del asesino del costado del patio, sería interesante saber cómo explica esa huida el señor Rouletabille.

–¡Por cierto –dijo mi amigo–, sería interesante!

Toda la sala volvió a echarse a reír. El presidente declaró de inmediato que, si volvía a repetirse semejante cosa, no dudaría en cumplir su amenaza de hacer evacuar la sala.

–Verdaderamente –terminó el presidente–, no veo qué puede prestarse a risa en un asunto como este.

–¡Yo tampoco! – dijo Rouletabille.

Algunas personas, delante de mí, se metieron el pañuelo en la boca para no estallar en carcajadas...

–Vamos –dijo el presidente–, ya oyó, jovencito, lo que acaba de decir el señor Frédéric Larsan. Según usted, ¿cómo huyó del costado del patio el asesino?

Rouletabille miró a la señora Mathieu, quien le sonrió con tristeza.

–Ya que la señora Mathieu –dijo– ha aceptado confesar el interés que sentía por el guardabosque...

–¡La zorra! – gritó el tío Mathieu.

–¡Hagan salir al tío Mathieu! – ordenó el presidente.

Se llevaron al tío Mathieu.

Rouletabille prosiguió:

–... Como ella hizo esa confesión, no hay problema en que les diga que la señora a menudo mantenía conversaciones con el guardabosque por la noche, en el primer piso del torreón, en una habitación que, en otros tiempos, fue un oratorio. Esas conversaciones se volvieron especialmente frecuentes en los últimos tiempos, cuando el tío Mathieu estaba clavado en el lecho por su reuma.

Una inyección de morfina, oportunamente administrada, le daba al tío Mathieu calma y reposo, y tranquilidad a su esposa durante las escasas horas en las que tenía necesidad de ausentarse. La señora Mathieu iba al castillo por la noche, envuelta en un gran chal negro que le servía, dentro de lo posible, para disimular su personalidad y la hacía parecer un sombrío fantasma que, algunas veces, alteró las noches del tío Jacques. Para avisar a su amigo de su presencia, la señora Mathieu imitaba el maullido siniestro del gato de la tía Agenoux, una vieja bruja de Sainte–Geneviève–des–Bois. De inmediato, el guardabosque bajaba del torreón y le abría la pequeña poterna a su amante. Cuando, hace poco, se iniciaron las reparaciones del torreón, las citas prosiguieron en la antigua habitación del guardabosque, en el mismo torreón, ya que la nueva habitación, que momentáneamente habían asignado al desdichado servidor, en el extremo del ala derecha del castillo, sólo estaba separada del alojamiento del mayordomo y de la cocinera por un tabique extremadamente delgado.

La señora Mathieu acababa de dejar al guardabosque en perfecta salud, cuando se produjo el drama del diminuto rincón del patio. La señora Mathieu y el guardabosque, como ya no tenían nada más que decirse, habían salido juntos del torreón... Supe esos detalles, señor presidente, a través del examen, que emprendí a la mañana siguiente, de las huellas de pasos en el patio de honor... Bernier, el casero, a quien yo había visto vigilando con su fusil detrás del torreón, tal como le permitiré a él mismo que se lo explique a usted, no podía ver lo que ocurría en el patio de honor. Sólo llegó un poco más tarde, atraído por los disparos y, a su vez, disparó. Tenemos entonces al guardabosque y a la señora Mathieu en medio de la oscuridad y el silencio del patio. Se desearon buenas noches; la señora Mathieu se dirige hacia la verja abierta del patio y él vuelve para acostarse a su cuartito voladizo, en el extremo del ala derecha del castillo.

Está llegando a su puerta, cuando resuenan los disparos; se da vuelta, ansioso, vuelve sobre sus pasos, va a alcanzar el ángulo del ala derecha del castillo cuando una sombra se arroja sobre él y lo ataca. Muere. Su cadáver es recogido enseguida por personas que creen tener al asesino y que, en realidad,

se llevan a la víctima. Entre tanto, ¿qué hace la señora Mathieu? Sorprendida por las detonaciones y por la invasión del patio, se hace lo más pequeña que puede en la oscuridad y el patio. El patio es grande y, al hallarse cerca de la verja, la señora Mathieu podía escapar inadvertida. Pero no lo hizo. Se quedó y vio cómo se llevaban el cadáver. Con el corazón oprimido por una angustia muy comprensible y empujada por un presentimiento trágico, fue hasta el vestíbulo del castillo, echó una mirada a la escalera iluminada por el cabo de vela del tío Jacques, la escalera donde habíamos extendido el cuerpo de su amigo, lo vio y huyó. ¿Había llamado la atención del tío Jacques? El caso es que este se encontró con el fantasma negro, que ya le había hecho pasar varias noches en blanco.

Esa misma noche, antes del crimen, lo habían despertado los gritos del Animalito de Dios y había visto, por su ventana, al fantasma negro... Se había vestido a toda prisa y así nos explicamos que llegara al vestíbulo completamente vestido, cuando llevábamos el cadáver del guardabosque. Entonces, aquella noche, en el patio de honor, sin duda quiso ver de cerca, de una vez por todas, el rostro del fantasma. La reconoció. El tío Jacques es un viejo amigo de la señora Mathieu. Ella le debe de haber confesado sus entrevistas nocturnas y suplicado que la salvara en ese momento difícil. El estado de la señora Mathieu, que acababa de ver a su amigo muerto, sin duda era lastimoso. Al tío Jacques le dio pena y la acompañó, a través del robledal y fuera del parque, más allá de las orillas del estanque, hasta el camino de Épinay. Allí, ella no tenía que recorrer sino unos pocos metros para llegar a su casa. El tío Jacques volvió al castillo y, al percatarse de la importancia judicial que tendría para la amante del guardabosque el hecho de que se ignorara su presencia en el castillo durante esa noche, trató de ocultarnos lo mejor posible ese episodio dramático de una noche que ya tenía tantos. No tengo ninguna necesidad –agregó Rouletabille– de pedirle a la señora Mathieu y al tío Jacques que corroboren este relato. Sé que las cosas ocurrieron así. Simplemente apelaré a los recuerdos del señor Larsan, quien sin duda comprende cómo me enteré de todo, pues me vio, a la mañana siguiente, inclinado sobre una doble pista donde se podían detectar, marchando juntas, las huellas de los pasos del tío Jacques y los de la señora.

Al llegar a este punto, Rouletabille se volvió hacia la señora Mathieu, quien se había quedado en el estrado, y le hizo un saludo galante.

–Las huellas de los pies de la señora –explicó Rouletabille– tienen un extraño parecido con los rastros de los pies elegantes del asesino...

La señora Mathieu se estremeció y miró fijamente al joven reportero con una feroz curiosidad. ¿Qué se atrevía a decir? ¿Qué quería decir?

–La señora tiene pies elegantes, largos y un poco grandes para una mujer.

Excepto por la punta del botín, es el pie del asesino...

Hubo algunos movimientos en el auditorio. Rouletabille, con un gesto, hizo que cesaran. Verdaderamente, se podría haber dicho que ahora era él quien mantenía el orden de la audiencia.

–Me apresuro a decir –afirmó– que esto no significa gran cosa y que un policía que construyera un sistema sobre semejantes señales exteriores, sin sostenerlo con una idea general, caería de cabeza en un error judicial. También el señor Robert Darzac tiene los pies semejantes a los del asesino y, sin embargo, ¡no es el asesino!

Nuevos movimientos.

El presidente le preguntó a la señora Mathieu:

–¿Es así como ocurrieron las cosas esa noche, señora?

–Sí, señor presidente –respondió ella. Es como para creer que el señor Rouletabille estaba detrás de nosotros.

–¿Entonces vio usted huir al asesino hasta el extremo del ala derecha, señora?

–Sí, del mismo modo que vi cómo se llevaron, un minuto más tarde, el cadáver del guardabosque.

–¿Y qué pasó con el asesino? Usted se quedó sola en el patio de honor; sería lógico que usted lo hubiera visto entonces... Ignoraba su presencia y para él era el momento de escapar...

–No vi nada, señor presidente –gimió la señora Mathieu. En ese momento, la noche se había puesto muy oscura.

–Entonces –dijo el presidente–, será el señor Rouletabille quien nos explicará cómo huyó el asesino.

–¡Evidentemente! –replicó de inmediato el joven, con tal seguridad que el propio presidente no pudo evitar sonreír.

Y Rouletabille retomó la palabra:

–¡Era imposible que el asesino huyera de forma normal del costado del patio, en el cual había entrado sin que lo viéramos! ¡Si no lo hubiéramos visto, lo habríamos tocado! Es un minúsculo espacio de patio, un pedazo de nada, un cuadrado rodeado de fosos y de altas verjas. ¡El asesino tendría que haber caminado sobre nosotros o nosotros sobre él! ¡Ese cuadrado también estaba casi materialmente cerrado por las fosas, las verjas y por nosotros mismos, al igual que el "cuarto amarillo"!

–¡Entonces, díganos, puesto que el hombre entró en ese cuadrado, cómo

logró que no lo encontraran!... ¡Hace media hora que no le pregunto otra cosa!...

Rouletabille recurrió una vez más al reloj de bolsillo que guardaba en su chaleco, le echó una mirada tranquila y dijo:

–Señor presidente, ¡aunque vuelva a preguntarme eso durante tres horas y media, sólo podré responderle ese punto a las seis y media!

Esta vez los murmullos no fueron ni hostiles ni desencantados. Empezaban a tener confianza en Rouletabille. Le tenían confianza. Y les divertía esa pretensión de fijarle una hora al presidente como habría fijado una cita con un compañero.

En cuanto al presidente, después de preguntarse si debía enojarse, optó por divertirse con ese muchacho, como todo el mundo. Rouletabille despertaba simpatía y el presidente ya estaba totalmente contagiado de ella. En resumidas cuentas, había definido con tanta precisión el papel de la señora Mathieu en el caso, y explicado tan bien cada uno de sus gestos de aquella noche, que el señor de Rocoux se veía obligado a tomarlo casi en serio.

–Y bueno, señor Rouletabille –dijo–, ¡que sea como usted desea!

¡Pero no quiero volver a verlo antes de las seis y media!

Rouletabille saludó al presidente y, balanceando su gran cabeza, se dirigió hacia la puerta de los testigos.

\*\*\*

Su mirada me buscaba. No me vio. Entonces me aparté discretamente de la multitud que me rodeaba y salí de la sala de audiencias, casi al mismo tiempo que Rouletabille. Este excelente amigo me recibió efusivamente. Estaba feliz y locuaz. Me estrechó las manos con júbilo. Le dije:

–No le preguntaré, mi querido amigo, qué fue a hacer a Norteamérica. Me respondería, sin duda, como al presidente, que no puede contestarme hasta las seis y media.

–¡No, mi querido Sainclair, no, mi querido Sainclair! Le voy a decir de inmediato lo que fui a hacer a Norteamérica porque usted, usted es un amigo: ¡fui a buscar el nombre de la segunda mitad del asesino!

–Así que el nombre de la segunda mitad...

–Eso es. Cuando dejamos el Glandier por última vez, conocía las dos mitades del asesino y el nombre de una de ellas. Lo que fui a buscar a Norteamérica fue el nombre de la otra mitad...

Entramos, en ese momento, en la sala de los testigos. Todos se acercaron a

Rouletabille con grandes manifestaciones de aprecio. El reportero fue muy amable, excepto con Arthur Rance, a quien trató con ostensible frialdad. Frédéric Larsan entró en ese momento en la sala y Rouletabille se dirigió a él, le dio uno de esos apretones de manos cuyo doloroso secreto poseía y de los que se sale con las falanges quebradas. Para demostrarle tanta simpatía, Rouletabille debía de estar muy seguro de haberlo vencido. Larsan sonrió, seguro de sí mismo, preguntándole, a su vez, qué había ido a hacer a Norteamérica. Entonces, Rouletabille, muy amable, lo tomó del brazo y le contó diez anécdotas de su viaje. En un momento, se alejaron, conversando de cosas más serias y, por discreción, los dejé. Además, tenía mucha curiosidad por regresar a la sala de audiencias, donde continuaba el interrogatorio de los testigos. Volví a mi lugar y pude comprobar de inmediato que el público no le daba más que una importancia relativa a lo que pasaba ahora, y que esperaba con impaciencia las seis y media.

\*\*\*

Sonaron las seis y media, y Joseph Rouletabille compareció nuevamente. Sería imposible describir la emoción con la cual la multitud lo siguió con los ojos hasta el estrado. No respirábamos. El señor Robert Darzac se había incorporado en su banco. Estaba pálido como un muerto. El presidente dijo con gravedad:

–No voy a hacerle prestar juramento, señor. No fue citado formalmente. Pero espero que no sea necesario explicarle la importancia de las palabras que va a pronunciar aquí... –y agregó, amenazador–: La importancia de esas palabras... ¡para usted y para los demás!...

Rouletabille lo miraba sin demostrar emoción alguna. Dijo:

–¡Sí, señor!

–Veamos –dijo el presidente. –Hablamos hace un rato de ese pequeño costado del patio que había servido de refugio al asesino, y usted nos prometió decirnos, a las seis y media, cómo huyó este de ese costado del patio y, también, darnos su nombre. Son las seis y treinta y cinco, señor Rouletabille, y todavía no sabemos nada.

–¡Adelante, señor! – comenzó mi amigo, en medio de un silencio tan solemne que no recuerdo haber visto algo igual. –Le dije que ese costado del patio estaba cerrado y que era imposible para el asesino escapar de ese cuadrado sin que los que estaban buscándolo lo advirtieran. Es la pura verdad. ¡Cuando estábamos allá, en el cuadrado del costado del patio, el asesino estaba todavía entre nosotros!

–¡Y no lo vieron!... Eso es exactamente lo que la acusación pretende...

–¡Y todos lo vimos, señor presidente! – gritó Rouletabille.

–¡Y no lo detuvieron!...

–Sólo yo sabía quién era el asesino. ¡Y tenía necesidad de que el asesino no fuera detenido de inmediato! Y, además, en ese momento, no tenía otra prueba que mi razón. ¡Sí, sólo mi razón me demostraba que el asesino estaba allí y lo veíamos! Me tomé mi tiempo para traer, hoy, a la audiencia, una prueba irrefutable y que, doy mi palabra, satisfará a todo el mundo.

–¡Pero hable, hable, señor! Díganos cuál es el nombre del asesino –dijo el presidente.

–Lo encontrará entre los nombres de los que estaban en el costado del patio –replicó Rouletabille, que no parecía apurado. En la sala empezaron a impacientarse...

–¡El nombre! ¡El nombre! – murmuraban.

Rouletabille, en un tono que merecía que lo abofetearan, dijo:

–Señor presidente, si estoy demorando un poco mi declaración es porque tengo motivos para ello.

–¡El nombre! ¡El nombre! – repetía la multitud.

–¡Silencio! – chilló el ujier.

El presidente dijo:

–¡Debe decirnos el nombre de inmediato, señor!... Los que se encontraban en el costado del patio eran: el guardabosques, muerto. ¿Es él el asesino?

–No, señor.

–¿El tío Jacques?...

–No, señor.

–¿El casero Bernier?

–No, señor.

–¿El señor Sainclair?

–No, señor.

–¿El señor Arthur William Rance, entonces? ¡No quedan más que el señor Arthur Rance y usted! Usted no es el asesino, ¿no?

–¡No, señor!

–¿Entonces, acusa al señor Arthur Rance?

–¡No, señor!

–¡No entiendo nada!... ¿Adónde quiere llegar?... No había nadie más en el costado del patio.

–¡Sí, señor!... No había nadie en el costado del patio, ni abajo, pero había alguien arriba, alguien asomado a la ventana que da al costado del patio...

–¡Frédéric Larsan! – gritó el presidente.

–¡Frédéric Larsan! – respondió Rouletabille con voz tonante.

Y, volviéndose hacia el público, que ya hacía oír sus protestas, le lanzó estas palabras con una fuerza de la que no lo creía capaz:

–¡Frédéric Larsan, el asesino!

\*\*\*

Un clamor donde se expresaban el aturdimiento, la consternación, la indignación, la incredulidad y, en algunos, el entusiasmo ante aquel jovencito lo suficientemente audaz como para atreverse a hacer semejante acusación llenó la sala. El presidente ni siquiera intentó calmarlo; cuando este se acalló por sí solo, ante los ¡shh! enérgicos de quienes querían, enseguida, saber más, se oyó claramente a Robert Darzac, quien, dejándose caer sobre su banco, decía:

–¡Es imposible! ¡Es una locura!...

El presidente:

–¡Se atreve, señor, a acusar a Frédéric Larsan! ¡Ve el efecto de semejante acusación..., el propio señor Robert Darzac lo trata de loco!... Si no lo es, debe tener pruebas...

–¡Pruebas, señor! ¡Quiere pruebas! ¡Ah! Voy a darle una prueba... –dijo la voz aguda de Rouletabille. –¡Que hagan venir a Frédéric Larsan!...

El presidente:

–Ujier, llame a Frédéric Larsan.

El ujier corrió a la puertita, la abrió, desapareció... La puertita había quedado abierta... Todos los ojos estaban fijos en esa puertita. El ujier reapareció. Avanzó hasta el medio de la sala y dijo:

–Señor presidente, Frédéric Larsan no está. Partió hacia las cuatro y no lo han vuelto a ver.

Rouletabille clamó, triunfante:

–¡Ahí tiene mi prueba!

–Explíquese... ¿Qué prueba? – preguntó el presidente.



–Mi prueba irrefutable –dijo el joven reportero– es la fuga de Larsan, ¿no lo ve? ¡Le juro que no volverá más!... Nunca más volverá a ver a Frédéric Larsan...

Rumores en el fondo de la sala.

–Si no se burla de la justicia, ¿por qué, señor, no aprovechó el hecho de que Larsan estaba con usted, en este estrado, para acusarlo cara a cara? ¡Por lo menos podría haberle respondido!...

–¿Qué respuesta hubiera sido más completa que esta, señor presidente?... ¡No me responde! ¡No me responderá nunca! Acuso a Larsan de ser el asesino, ¡y él se escapa! ¿No le parece que esa es una respuesta?...

–No queremos creer, no creemos que Larsan, como usted dice, "se haya escapado"... ¿Cómo se habría escapado? No sabía que usted iba a acusarlo.

–Sí, señor, lo sabía, porque yo mismo se lo dije hace un rato...

–¡Hizo eso!... ¡Cree que Larsan es el asesino y le da los medios de huir!...

–Sí, señor presidente, hice eso... –replicó Rouletabille con orgullo. –No soy parte de la justicia, no soy parte de la policía; soy un humilde periodista y mi oficio no es hacer detener a la gente. Sirvo a la verdad como quiero... Es mi oficio... Preserven, ustedes, a la sociedad como puedan, ese es el suyo... ¡Pero no seré yo quien entregue una cabeza al verdugo!... Si usted es justo, señor presidente –y lo es–, verá que tengo razón... ¿No le dije, hace un rato, "que comprendería que no podía pronunciar el nombre del asesino antes de las seis y media"? Había calculado que ese tiempo era necesario para advertir a Frédéric Larsan y permitirle tomar el tren de las 4 y 17 a París, donde sabría ponerse a resguardo... Una hora para llegar a París, una hora y cuarto para que pudiera hacer desaparecer todo rastro de su paso... Eso nos llevaba a las seis y media. No encontrará a Frédéric Larsan –declaró Rouletabille fijando los ojos en Robert Darzac–. Es demasiado listo... Es un hombre que siempre se les escapó..., y que han perseguido durante largo tiempo y en vano... Si bien es menos hábil que yo –agregó Rouletabille, riéndose con ganas y solo, pues nadie tenía ganas de reír–, es más hábil que todas las policías de la tierra. Ese hombre, que, desde hace cuatro años, se introdujo en la Sûreté y se volvió célebre con el nombre de Frédéric Larsan, es célebre en un sentido distinto con otro nombre que conoce bien. ¡Frédéric Larsan, señor presidente, es Ballmeyer!

–¡Ballmeyer! – gritó el presidente.

–¡Ballmeyer! – dijo Robert Darzac, poniéndose de pie. ¡Ballmeyer!... ¡Entonces era verdad!

–¡Ah! ¡Ah! ¡Señor Darzac, ahora ya no cree que soy loco!...

¡Ballmeyer! ¡Ballmeyer! ¡Ballmeyer! No se oía más que ese nombre en la sala. El presidente suspendió la audiencia.

\*\*\*

Imagínense cuán turbulenta fue esta suspensión de la audiencia. El público tenía de qué ocuparse. ¡Ballmeyer! Encontraban, decididamente, asombroso al chiquilín. ¡Ballmeyer! Pero el rumor de su muerte había corrido hacía unas semanas. Entonces, Ballmeyer había escapado de la muerte como toda su vida lo había hecho de los gendarmes. ¿Es necesario que recuerde aquí las hazañas de Ballmeyer? Durante veinte años ocuparon la crónica judicial y la sección de policiales y, si algunos de mis lectores han podido olvidar el caso del "cuarto amarillo", el nombre de Ballmeyer sin duda no ha abandonado su memoria. Ballmeyer fue el prototipo perfecto de estafador del gran mundo; no había ningún caballero más caballero que él; no había prestidigitador más hábil con los dedos que él; no había "apache", como se dice en la actualidad, más audaz y más terrible que él. Aceptado por la más alta sociedad, inscripto en los círculos más selectos, había robado el honor de las familias y el dinero de los ricachones con una maestría que nunca fue superada. En ciertas ocasiones difíciles, no había dudado en recurrir al cuchillo o al hueso de cordero. Por lo demás, nunca vacilaba y ninguna empresa estaba por encima de sus fuerzas. Una vez que cayó en manos de la justicia, se escapó, la mañana de su proceso, arrojando pimienta en los ojos de los guardias que lo conducían a la audiencia. Más tarde se supo que, el día de su huida, mientras los más finos sabuesos de la Sûreté le pisaban los talones, asistía tranquilamente, sin ningún maquillaje, a un estreno del Teatro Francés. A continuación, había abandonado Francia para trabajar en los Estados Unidos, y la policía de Ohio, un buen día, le había echado mano al bandido excepcional; pero al siguiente, volvió a escaparse... Ballmeyer... Haría falta un volumen para hablar aquí de Ballmeyer, ¡y ese hombre se había convertido en Frédéric Larsan!... ¡Y ese chiquilín de Rouletabille era quien lo había descubierto!... Y también él, ese mocoso, era quien, conociendo el pasado de Ballmeyer, le había permitido, una vez más, burlar a la sociedad, ofreciéndole el medio de escapar. En este último aspecto, no podía sino admirar a Rouletabille, pues sabía que su designio era servir hasta el final a Robert Darzac y a la señorita Stangerson, liberándolos del bandido sin que hablara. Todavía no nos habíamos recuperado de semejante revelación y ya oía que los más apresurados gritaban: "¡Admitiendo que el asesino sea Frédéric Larsan, eso no nos explica cómo salió del "cuarto amarillo"!...", cuando se reanudaba la audiencia.

\*\*\*

Rouletabille fue llamado de inmediato al estrado y su interrogatorio, pues se trataba más de un interrogatorio que de una declaración, continuó. —Hace un momento nos dijo, señor —señaló el presidente—, que era imposible huir del

costado del patio. Admito con usted, quiero admitir que, dado que Frédéric Larsan se encontraba asomado a la ventana, encima de ustedes, estuvo también en ese costado del patio; pero, para encontrarse en la ventana, le hubiera sido preciso abandonar ese costado del patio. ¡Entonces huyó! ¿Y cómo?

–Dije que no podría haber huido de manera normal... –dijo Rouletabille. ¡Es decir que huyó de manera anormal! Pues el costado del patio, también lo dije, no estaba más que casi cerrado, mientras que el "cuarto amarillo" lo estaba totalmente. Era posible trepar por el muro, cosa imposible en el "cuarto amarillo", saltar a la terraza y, desde ahí, mientras estábamos inclinados sobre el cadáver del guardabosque, penetrar en la terraza de la galería por la ventana que da justo abajo. Larsan no tenía sino que dar un paso para estar en su cuarto, abrir su ventana y hablarnos. Esto era un simple juego de niños para un acróbata de la fuerza de Ballmeyer. Y, señor presidente, he aquí la prueba de lo que digo.

En este punto, Rouletabille sacó del bolsillo de su chaqueta un paquetito que abrió y de donde sacó una clavija.

–Mire, señor presidente, aquí hay una clavija que se adapta perfectamente a un agujero que todavía se encuentra en el modillón derecho que sostiene la terraza en voladizo. Larsan, que preveía todo y pensaba en todos los medios de huida que rodeaban su cuarto (cosa necesaria cuando se juega su juego), había clavado de antemano esta clavija en el modillón. Un pie sobre la arqueta que está en la esquina del castillo, el otro sobre la clavija, una mano en la cornisa de la puerta del guardabosque, la otra en la terraza, y Frédéric Larsan desaparece en el aire...; con mucha facilidad, puesto que tiene piernas ágiles y, esa noche, no estaba dormido a causa de un narcótico, como quiso hacérselo creer. Habíamos cenado con él, señor presidente, y, en el momento en que se servía el postre, nos hizo la comedia de quien se cae de sueño, pues tenía necesidad de estar él también dormido, para que, al día siguiente, no nos asombráramos de que yo, Joseph Rouletabille, hubiera sido víctima de un narcótico al cenar con Larsan. Como habíamos corrido la misma suerte, las sospechas no lo alcanzaban para nada y se perdían por otros caminos. Pues, yo, señor presidente, yo fui profundamente adormecido por el propio Larsan..., y ¡cómo!... Si no me hubiera encontrado en ese triste estado, Larsan nunca se hubiera introducido en el cuarto de la señorita Stangerson esa noche, ¡y no habría sucedido la desgracia!...

Se oyó un gemido. Era el señor Darzac, que no había podido retener su dolorida queja...

–Comprenderá –agregó Rouletabille– que durmiendo junto a él como dormía, yo molestaba especialmente a Larsan aquella noche, pues sabía, o por

lo menos podía sospechar, que esa noche yo velaría. Naturalmente, no podía creer por un segundo que yo sospechaba de él. Pero podía descubrirlo en el momento en que salía de su cuarto para entrar en el de la señorita Stangerson. Aquella noche, para penetrar allí, esperó a que me durmiera y que mi amigo Sainclair estuviera en mi propio cuarto, ocupado en despertarme. Diez minutos más tarde, la señorita Stangerson gritaba al borde de la muerte.

–¿Cómo llegó a sospechar, entonces, de Frédéric Larsan? – preguntó el presidente.

–El extremo correcto de mi razón me lo había indicado, señor presidente; yo también le tenía echado el ojo, pero es un hombre terriblemente hábil y no había previsto que me narcotizara. Sí, sí, el extremo correcto de mi razón me lo había mostrado. Pero me hacía falta una prueba palpable; como quien dijera: "¡verlo ante mis propios ojos después de verlo ante mi razón!".

–¿Qué entiende por el extremo correcto de su razón?

–Y, señor presidente, la razón tiene dos extremos: el bueno y el malo. Hay uno sobre el cual nos podemos apoyar con solidez: ese es el correcto. Se lo reconoce por que nada puede resquebrajarlo, haga lo que uno haga, diga lo que diga. A la mañana siguiente de la "galería inexplicable", cuando me sentía como el último de los últimos miserables que no pueden servirse de su razón porque no saben por dónde empuñarla, estaba inclinado sobre la tierra y sobre las falaces huellas materiales; de pronto me levanté, apoyándome sobre el extremo correcto de mi razón, y subí a la galería.

Allí me di cuenta de que el asesino que habíamos perseguido esta vez no había podido, ni normal ni anormalmente, dejar la galería. Entonces, con el extremo correcto de mi razón, tracé un círculo en el cual encerré el problema y, alrededor del círculo, deposité mentalmente estas letras resplandecientes: "Dado que el asesino no puede estar fuera del círculo, ¡está adentro!". ¿A quién vi, entonces, en ese círculo? El extremo correcto de mi razón me muestra, además del asesino que necesariamente debe encontrarse allí, al tío Jacques, al señor Stangerson, a Frédéric Larsan y a mí. Eso debía, en consecuencia, sumar, con el asesino, cinco personajes. Pero, cuando busco en el círculo o, si prefiere, en la galería, para hablar materialmente, no encuentro sino cuatro personajes. Y está demostrado que el quinto no pudo huir, no pudo salir del círculo. ¡Entonces, en ese círculo, tengo un personaje que es dos, es decir, que es, además de su personaje, el personaje del asesino!... ¿Por qué no me había dado cuenta ya? Simplemente porque el fenómeno de la duplicación del personaje no había pasado ante mis ojos. Con lo cual, de las cuatro personas encerradas en el círculo, ¿con quién pudo duplicarse el asesino sin que yo lo percibiera? Por cierto, no con las que vi, en algún momento, desdobladas del asesino. Así, vi, al mismo tiempo, en la galería, al señor

Stangerson y al asesino, al tío Jacques y al asesino, a mí y al asesino. El asesino no podía haber sido, en consecuencia, ni el señor Stangerson, ni el tío Jacques, ni yo. Y sin embargo, si yo fuera el asesino, bien que lo sabría, ¿no es cierto, señor presidente?... ¿Pero vi, al mismo tiempo, a Frédéric Larsan y al asesino? ¡No!... ¡No! Habían pasado dos segundos durante los cuales había perdido de vista al asesino, pues este había llegado, como por otra parte lo señalé en mis papeles, dos segundos antes que el señor Stangerson, el tío Jacques y yo, al cruce de las dos galerías. ¡Eso le había bastado a Larsan para tomar el recodo de la galería, sacarse su falsa barba de un manotazo, volver y tropezar con nosotros, como si persiguiera al asesino!... Ballmeyer había hecho muchas de estas jugadas y aciertan si piensan que era un simple juego para él maquillarse de forma tal, que a veces se presentaba con su barba roja ante la señorita Stangerson, a veces ante un empleado de correos con una barba castaña que lo hacía parecido al señor Darzac, cuya perdición había jurado. Sí, el extremo correcto de mi razón acercaba a esos dos personajes, o más bien a esas dos mitades de personaje que no había visto al mismo tiempo: Frédéric Larsan y el desconocido al que perseguía..., para convertirlas en el ser misterioso y formidable que buscaba: "el asesino".

Esta revelación me trastornó. Traté de tranquilizarme, ocupándome un poco de las huellas materiales, de los signos exteriores que hasta entonces me habían despistado y que, normalmente, era preciso hacer entrar en el círculo trazado por el extremo correcto de mi razón.

¿Cuáles eran, ante todo, los principales signos exteriores que, esa noche, me habían alejado de la idea de un Frédéric Larsan asesino?

1.º Había visto al desconocido en el cuarto de la señorita Stangerson y, al correr a la habitación de Frédéric Larsan, había encontrado a Frédéric Larsan durmiendo a pierna suelta.

2.º La escalera.

3.º Había ubicado a Frédéric Larsan en el extremo del recodo de la galería diciéndole que iba a saltar al cuarto de la señorita Stangerson para tratar de prender al asesino. Después, había vuelto al cuarto de la señorita Stangerson donde había encontrado a mi desconocido.

El primer signo exterior no me preocupaba en absoluto. Es probable que, cuando descendía de la escalera, después de haber visto al desconocido en el cuarto de la señorita Stangerson, este ya hubiera terminado lo que había ido a hacer. Entonces, mientras volvía a entrar en el castillo, él lo hacía en el cuarto de Frédéric Larsan, se desvestía en un abrir y cerrar de ojos y, cuando fui a golpear su puerta, mostraba el rostro de un Frédéric Larsan que había dormido a pierna suelta...

El segundo signo, la escalera, tampoco me molestaba. Era evidente que, si el asesino era Larsan, no tenía necesidad de la escalera para introducirse en el castillo, porque Larsan dormía a mi lado; pero esta escalera debía hacer creer que el asesino venía del exterior, algo necesario para el sistema de Larsan porque, aquella noche, el señor Darzac no estaba en el castillo. Por fin, esa escalera, en todo caso, podía facilitar la huida de Larsan.

Pero el tercer signo exterior me desorientaba por completo. Al haber ubicado a Larsan en el extremo del recodo de la galería, no podía explicar que hubiera aprovechado el momento en que yo iba al ala izquierda del castillo a buscar al señor Stangerson y el tío Jacques, ¡para volver al cuarto de la señorita Stangerson! ¡Este era un gesto muy peligroso! Se arriesgaba a hacerse arrestar... Y lo sabía... Y estuvo a punto de hacerse arrestar..., al no tener tiempo de recuperar su puesto, como sin duda lo había esperado... Era preciso que tuviera, para volver al cuarto, un motivo muy imperioso que se le presentó de golpe, tras mi partida, pues de no ser así, no me hubiera prestado su revólver. En cuanto a mí, cuando envié al tío Jacques al extremo de la galería derecha, naturalmente creía que Larsan seguía en su puesto, en el extremo del recodo de la galería, y el propio tío Jacques, a quien, por otra parte, no le había dado esos detalles, al volver a su puesto no miró, cuando pasó por la intersección de las dos galerías, si Larsan estaba en el suyo. El tío Jacques, en ese momento, no pensaba sino en ejecutar mis órdenes rápidamente. ¿Cuál era, entonces, ese motivo imprevisto que había llevado a Larsan por segunda vez al cuarto? ¿Cuál era?... Pensé que sólo podía ser una huella material de su paso que lo denunciaba. ¡Había olvidado alguna cosa muy importante en el cuarto! ¿Qué?... ¿La había encontrado?... Me acordé de la bujía sobre el parqué y del hombre agachado... Le rogué a la señora Bernier, que arreglaba la habitación, que buscara... Y encontró unos quevedos... ¡Estos quevedos, señor presidente!

Y Rouletabille sacó de su paquetito los quevedos que ya conocemos...

—Cuando vi estos quevedos, me espanté... Jamás había visto a Larsan con quevedos... Si no mentía, quería decir que no le hacían falta... Y menos falta le harían ahora, en un momento en que la libertad de movimientos le era tan preciosa... ¿Qué significaban esos quevedos?... No entraba en mi círculo. "¡A menos que fueran los de un presbítero!" exclamé de pronto... En efecto, jamás había visto escribir a Larsan, jamás lo había visto leer. Es decir que podía ser presbítero. Por cierto, en la Sûreté sabrían que era presbítero, si lo era... Sin duda conocerían sus quevedos... Los quevedos del presbítero Larsan, encontrados en el cuarto de la señorita Stangerson, tras el misterio de la "galería inexplicable", eran algo terrible para Larsan. Así se explicaba que regresara a la habitación... Y, en efecto, Larsan—Ballmeyer es presbítero, y esos quevedos, que tal vez reconozcan en la Sûreté, son, sin duda, suyos...

Ve, señor, cuál es mi sistema —prosiguió Rouletabille—, no les pido a los

signos exteriores que me muestren la verdad; les pido simplemente que no vayan contra la verdad que me ha indicado el extremo correcto de mi razón...

Para estar totalmente seguro de la verdad sobre Larsan, pues Larsan asesino era una excepción que requería que uno se rodease de alguna garantía, cometí el error de querer ver su rostro. ¡Cómo fui castigado! Creo que el extremo correcto de mi razón es el que se vengó R, de que, a partir de la "galería inexplicable", no me apoyara sólida, definitivamente y con total confianza en ella..., descuidando olímpicamente encontrar otras pruebas de la culpabilidad de Larsan que la de mi razón. Entonces, la señorita Stangerson fue atacada...

Rouletabille se detiene..., se suena la nariz..., vivamente emocionado.

\*\*\*

–Pero, ¿qué iba a hacer Larsan –preguntó el presidente– en ese cuarto? ¿Por qué intentó asesinar dos veces a la señorita Stangerson? – Porque la adoraba, señor presidente...–Sin duda es un motivo...

–Sí, señor, un motivo perentorio. Estaba loco de amor..., y por esa causa y también por otras muchas cosas, era capaz de todos los crímenes.

–¿Lo sabía la señorita Stangerson?

–Sí, señor, pero naturalmente ignoraba que el individuo que la perseguía era también Frédéric Larsan..., pues si no fuera así, Frédéric Larsan no hubiera venido a instalarse en el castillo y, la noche de la "galería inexplicable", tampoco hubiera entrado con nosotros a los aposentos de la señorita Stangerson, después de lo sucedido. He señalado, por lo demás, que se quedó en la oscuridad y que continuamente mantuvo el rostro hacia abajo... Sus ojos debían buscar los quevedos perdidos... La señorita Stangerson tuvo que sufrir el acoso y los ataques de Larsan bajo un nombre y un disfraz que ignoramos, pero que ella ya podía conocer.

–¿Y usted, señor Darzac? – preguntó el presidente. ¿Tal vez recibió las confidencias de la señorita Stangerson en relación con esto?... ¿Cómo es posible que la señorita Stangerson no le haya hablado de eso a nadie?... Hubiera podido poner a la justicia tras las huellas del asesino... Y si usted es inocente, se habría ahorrado el dolor de ser acusado.

–La señorita Stangerson no me dijo nada –dijo el señor Darzac.

–¿Lo que dice el joven le parece posible? – le volvió a preguntar el presidente.

Imperturbablemente, Robert Darzac respondió:

–La señorita Stangerson no me dijo nada...

—¿Cómo explica que, la noche del asesinato del guardabosque —prosiguió el presidente, volviéndose hacia Rouletabille—, el asesino haya devuelto los papeles robados al señor Stangerson?... ¿Cómo explica que el asesino se haya introducido en el cuarto cerrado de la señorita Stangerson?

—¡Oh! En cuanto a la última pregunta, creo que es fácil de responder. Un hombre como Larsan—Ballmeyer debía saber dónde duplicar sin dificultad las llaves que le fueran necesarias... En cuanto al robo de los documentos, creo que Larsan, de entrada, no había pensado en hacerlo. Espiando por todas partes a la señorita Stangerson, decidido a impedir su matrimonio con Robert Darzac, fi un día sigue a la señorita y a Robert Darzac a las grandes tiendas de la Louve, se apodera del bolso de la señorita Stangerson, que ella pierde o se deja quitar. En ese bolso, hay una llave con cabeza de cobre. Él no sabe la importancia de esa llave. Le es revelada por el anuncio que pone la señorita Stangerson en los diarios. Escribe al poste restante de la señorita, como lo solicita el anuncio. Pide sin duda una cita, haciéndole saber que quien tiene el bolso y la llave es el que desde hace un tiempo la requiere de amores. No recibe respuesta. Va a la oficina 40 a cerciorarse de que la carta no está más allí. Cuando lo hace, adopta el aspecto y, dentro de lo posible, viste las mismas ropas que el señor Darzac pues, decidido a todo para tener a la señorita Stangerson, ha preparado las cosas para que, pase lo que pase, el señor Darzac, amado por la señorita Stangerson, a quien él detesta y a quien él quiere perder, sea considerado culpable.

Digo pase lo que pase, pero creo que Larsan no pensaba todavía que se vería obligado al asesinato. En todo caso, toma precauciones para comprometer a la señorita Stangerson bajo el disfraz de Darzac. Larsan, por otra parte, tiene más o menos la misma altura de Darzac y casi el mismo pie. No le será difícil, si es necesario, tras haber dibujado la huella del pie del señor Darzac, mandar a hacer, a partir de ese diseño, los zapatos que calzará. Es un juego de niños para Larsan Ballmeyer.

Así pues, no hay ninguna respuesta a su carta, ninguna cita, y sigue teniendo la preciosa llavecita en su bolsillo. Y bueno, ¡ya que la señorita Stangerson no va a él, él irá a ella! Su plan está concebido desde hace tiempo. Se ha documentado sobre el Glandier y el pabellón. Una tarde, cuando el señor y la señorita Stangerson acababan de salir a pasear y el propio tío Jacques ha partido, se introduce en el pabellón por la ventana del vestíbulo. Está solo por el momento, tiene tiempo... Mira los muebles. Uno de ellos, muy curioso, parece una caja fuerte y tiene una cerradura muy pequeña... ¡Vaya! ¡Vaya! Eso le interesa... Como lleva la llavecita de cobre..., piensa en ella..., asocia ideas. Prueba la llave en la cerradura; la puerta se abre... ¡Papeles! Sin duda esos papeles son preciosos para que los hayan guardado en un mueble tan particular..., para que le den tanto valor a la llave que abre ese mueble... ¡Ajá!



¡Ajá!, eso siempre puede servir... Un pequeño chantaje..., eso lo ayudará tal vez en sus designios amorosos... Rápido, hace un paquete con esos papelotes y los deposita en el lavabo del vestíbulo. Entre la expedición al pabellón y la noche del asesinato del guardabosque, Larsan tuvo tiempo de ver de qué se trataban esos papeles. ¿Qué hará con ellos? Son más bien comprometedores... Aquella noche, los volvió a llevar al castillo... Tal vez esperó que la devolución de esos papeles, que representaban veinte años de trabajo, despertara la gratitud de la señorita Stangerson... ¡Todo es posible en un cerebro como ese!... En fin, sea cual fuera el motivo, devolvió los papeles, sacándose un peso de encima.

Rouletabille tosió y yo comprendí qué significaba esa tos. En ese punto de sus explicaciones, evidentemente se hallaba en un aprieto, por su voluntad de no revelar el verdadero motivo de la horrenda actitud de Larsan hacia la señorita Stangerson. Su razonamiento era demasiado incompleto para satisfacer a todo el mundo y el presidente, sin duda, le hubiera hecho esa observación si, astuto como un zorro, Rouletabille no hubiera gritado:

–¡Ahora llegamos a la explicación del misterio del "cuarto amarillo"!

\*\*\*

En la sala se movieron sillas, hubo ligeros empujones, ¡shh! enérgicos. La curiosidad había llegado al colmo.

–Pero –dijo el presidente–, me parece, según su hipótesis, señor Rouletabille, que el misterio del "cuarto amarillo" está completamente explicado. Y el propio Frédéric Larsan fue quien nos lo explicó al contentarse con engañarnos respecto del personaje, poniendo al señor Robert Darzac en su propio lugar. Es evidente que la puerta del "cuarto amarillo" se abrió cuando el señor Stangerson estaba solo y que el profesor dejó pasar al hombre que salía del cuarto de su hija sin detenerlo, tal vez incluso por pedido de su hija, para evitar un escándalo...

–No, señor presidente –protestó con energía el joven. –Olvida usted que la señorita Stangerson, medio muerta, no podía pedir nada, que no podía volver a cerrar la puerta con llave ni echar el cerrojo... Olvida también que el señor Stangerson juró, por su hija agonizante, que la puerta no se abrió.

–¡Sin embargo, señor, es la única forma de explicar las cosas! El "cuarto amarillo" estaba cerrado como una caja fuerte. Para servirme de sus expresiones, era imposible para el asesino escaparse de él de manera normal o anormal. Cuando entraron en el cuarto, no lo encontraron. ¡Es preciso entonces que haya escapado!...

–Es totalmente inútil, señor presidente...

–¿Qué dice?

–¡No tenía necesidad de escaparse si no estaba allí! Rumores en la sala...

–¿Cómo que no estaba allí?

–¡Evidentemente no! ¡Si no podía estar, es que no estaba! ¡Señor presidente, hay que apoyarse siempre sobre el extremo correcto de la razón!

–¿Y todas las huellas de su paso? – protestó el presidente.

–Ese, señor presidente, es el lado malo de la razón... El lado bueno nos indica esto: desde el momento en que la señorita Stangerson se encerró en el cuarto hasta el momento en que se echó abajo la puerta, es imposible que el asesino se haya escapado de ese cuarto, y si no lo encontraron allí es porque, desde el momento en que se cerró la puerta hasta que la echaron abajo, el asesino no estaba en el cuarto.

–¡Y las huellas!

–¡Ah, señor presidente!... Una vez más se trata de huellas materiales..., las huellas materiales con las que se cometen tantos errores judiciales porque nos hacen decir lo que ellas quieren. No hay que servirse de ellas para razonar, se lo repito. ¡Hay que razonar primero y luego ver si las huellas materiales pueden entrar en el círculo del propio razonamiento!... Tengo un pequeño círculo de verdad indiscutible: el asesino no estaba en el "cuarto amarillo". ¿Por qué creímos que estaba allí? ¡Debido a las huellas de su paso! Pero puede haber pasado antes. Qué digo: debe haber pasado antes. La razón me dice que es preciso que haya pasado antes por allí. Examinemos las marcas y lo que sabemos del caso, y veamos si esas marcas van en contra de que haya pasado antes..., antes de que la señorita Stangerson se encierre en su cuarto, delante de su padre y del tío Jacques.

Después de la publicación del artículo de Le Matin y de una conversación que tuve con el juez de instrucción en el trayecto de París a Épinay-sur-Orge, me pareció demostrado que el "cuarto amarillo" estaba matemáticamente cerrado y que, en consecuencia, el asesino había desaparecido antes de la entrada de la señorita Stangerson en su cuarto, a medianoche.

Las marcas exteriores, entonces, se hallaban terriblemente en contra de mi razón. La señorita Stangerson no se había asesinado sola, y las marcas atestiguaban que no se trataba de suicidio. El asesino, entonces, había venido antes. ¿Pero cómo es que la señorita Stangerson había sido asesinada después, o más bien, parecía haber sido asesinada después? Naturalmente, tenía que reconstruir el caso en dos fases, dos fases separadas una de la otra por varias horas: la primera fase, durante la cual realmente habían intentado asesinar a la señorita Stangerson, tentativa que ella había disimulado; la segunda fase,

durante la cual, a consecuencia de una pesadilla que ella había tenido, los que estaban en el laboratorio creyeron que la asesinaban.

En ese entonces, yo todavía no había entrado en el "cuarto amarillo". ¿Qué heridas tenía la señorita Stangerson? Marcas de estrangulación y un golpe formidable en la sien... Las marcas de estrangulación no me molestaban. Podían habérselas hecho antes y la señorita Stangerson haberlas disimulado bajo una gorguera, una boa, cualquier cosa. Pues, desde que consideré necesario dividir el caso en dos fases, estaba obligado a considerar que la señorita Stangerson había ocultado todos los acontecimientos de la primera fase; sin duda, tenía motivos lo suficientemente poderosos para ello, puesto que no le había dicho nada a su padre y tuvo, naturalmente, que contarle al juez de instrucción la agresión del asesino, cuyo paso no podía negar, como si hubiera tenido lugar por la noche, durante la segunda fase. Se vio forzada a hacerlo, ya que si no su padre le hubiera dicho: "¿Qué nos ocultas? ¿Qué significa tu silencio después de semejante agresión?". Es decir que ella había ocultado las marcas de la mano del hombre en su cuello. Pero estaba el golpe formidable en la sien. ¡Eso no lo comprendía! Sobre todo, cuando me enteré de que habían encontrado en el cuarto un hueso de cordero, el arma del crimen... ¡Ella no podía haber disimulado que casi la habían matado y, sin embargo, parecía evidente que esa herida se la habían producido durante la primera fase, porque necesitaba la presencia del asesino! Imaginé que la herida de la sien era mucho menos grave de lo que decían (en lo que me equivocaba) y pensé que la señorita Stangerson la había ocultado bajo un peinado en bandós.

En cuanto a la marca en la pared de la mano del asesino herido por el revólver de la señorita Stangerson, evidentemente la habían dejado antes, y el asesino necesariamente había sido herido durante la primera fase, es decir, mientras estaba allí. Naturalmente, todas las huellas del paso del asesino habían sido dejadas durante la primera fase: el hueso de cordero, los pasos negros, la boina, el pañuelo, la sangre en la pared, en la puerta y en el suelo... A todas luces, si las huellas todavía estaban allí, se debía a que la señorita Stangerson, quien deseaba que no se supiera nada e hizo lo necesario para que no se supiera nada del asunto, todavía no había tenido tiempo de hacerlas desaparecer. Eso me llevó a buscar la primera fase del caso en un momento muy cercano a la segunda. Si, después de la primera fase, es decir, después de que el asesino se escapara, después de que ella misma volviera de prisa al laboratorio, donde su padre la encontró trabajando, hubiera podido entrar de nuevo un instante en el cuarto, al menos habría hecho desaparecer, de inmediato, el hueso de cordero, la boina y el pañuelo, que estaban en el suelo. Pero no lo intentó porque su padre no la dejó sola un minuto. Entonces, después de esta primera fase, ella sólo entró en su cuarto a medianoche. Alguien entró a las diez: el tío Jacques, que cumplió su tarea de todas las

noches: cerró los postigos y encendió la mariposa. En su estado de aturdimiento, mientras fingía trabajar en el escritorio del laboratorio, la señorita Stangerson, probablemente, había olvidado que el tío Jacques iba a entrar en su cuarto. Sin embargo, intentó cubrirse: le pidió al tío Jacques que no se molestara, que no entrara en su cuarto. Esto está con todas las letras en el artículo de Le Matin. El tío Jacques entra igual y no se da cuenta de nada, a tal punto es oscuro el "cuarto amarillo"... ¡La señorita Stangerson debió de pasar dos minutos espantosos en ese momento! Sin embargo, creo que ignoraba que había tantas marcas del paso del asesino en su cuarto. Probablemente sólo había tenido tiempo, después de la primera fase, para disimular las marcas de los dedos del hombre en su cuello y salir de su cuarto... Si hubiera sabido que el hueso, la boina y el pañuelo estaban en el suelo, los hubiera escondido cuando volvió a entrar a medianoche en su cuarto... No los vio, se desvistió a la luz dudosa de la mariposa... Se acostó, destrozada por tantas emociones y por el terror, el terror que la llevó a volver a ese cuarto lo más tarde posible...

Así, me veía obligado a llegar de esta manera a la segunda fase del drama, con la señorita Stangerson sola en su cuarto, ya que no se encontró al asesino en el cuarto... Así, naturalmente debía hacer entrar en el círculo de mi razonamiento las marcas exteriores.

Pero había que explicar otras marcas exteriores. Durante la segunda fase se habían disparado tiros de revólver. Se habían proferido gritos de "¡Socorro! ¡Al asesino!"... ¿Qué podía indicarme, en tal circunstancia, el extremo correcto de mi razón? En primer lugar y respecto de los gritos: como no hay asesino en el cuarto, forzosamente se trató de una pesadilla.

Se oyó un gran ruido de muebles caídos. Imagino... Aquí me veo obligado a imaginar. La señorita Stangerson se duerme, obsesionada por la abominable escena de la tarde... Sueña... La pesadilla precisa sus imágenes rojas... Vuelve a ver al asesino que se precipita sobre ella y grita: "¡Al asesino! ¡Socorro!" y, con un gesto descontrolado, busca el revólver que ha puesto sobre su mesa de luz antes de acostarse. Pero su mano tropieza con la mesa de luz con tal fuerza que la vuelca. El revólver cae al suelo, se dispara y el tiro va a alojarse en el cielo raso... Esta bala en el cielo raso, desde el principio, me pareció que debía de ser la bala del accidente... Revelaba la posibilidad del accidente y se adecuaba tan bien a mi hipótesis de la pesadilla, que fue uno de los motivos por los cuales empecé a no dudar de que el crimen había tenido lugar antes y que la señorita Stangerson, dotada de un carácter y una energía poco comunes, lo había ocultado... Pesadilla, disparo... La señorita Stangerson, en un estado moral espantoso, se despierta; intenta levantarse, cae al suelo, sin fuerzas, volcando los muebles, llega a gritar entrecortadamente "¡Socorro! ¡Al asesino!", y luego se desvanece...

Sin embargo, se hablaba de dos disparos por la noche, durante la segunda

fase. A mí también, para mi tesis –pues ya no era más una hipótesis– me hacían falta dos, pero uno en cada una de las fases y no los dos en la última... Un disparo para herir al asesino, antes, y otro durante la pesadilla, después. Pero, ¿era seguro que por la noche se habían disparado dos tiros de revólver? El revólver se había oído en medio del estruendo de los muebles caídos. En un interrogatorio, el señor Stangerson habla de un tiro sordo primero y de un disparo estridente después. ¿Y si el ruido sordo había sido producido por la caída al suelo de la mesa de luz de mármol? Es necesario que esta explicación sea la válida. Estuve seguro de que era válida cuando supe que los caseros, Bernier y su mujer, que estaban cerca del pabellón, no habían oído sino un solo disparo de revólver. Así lo declararon ante el juez de instrucción.

De esta manera, casi había reconstruido las dos fases del drama cuando entré, por primera vez, en el "cuarto amarillo". Sin embargo, la gravedad de la herida de la sien no entraba en el círculo de mi razonamiento. Esta herida, en consecuencia, no se la había inferido el asesino con el hueso de cordero, durante la primera fase, porque era demasiado grave para que la señorita Stangerson hubiera podido disimularla y lo hubiera hecho bajo un peinado en bandós. Entonces, ¿esta herida no se había producido necesariamente durante la segunda fase, en el momento de la pesadilla? Es lo que fui a preguntarle al "cuarto amarillo", y el "cuarto amarillo" me respondió.

Rouletabille sacó, siempre de su paquetito, un pedazo de papel blanco doblado en cuatro y, de ese pedazo de papel blanco salió un objeto invisible, que tomó entre el pulgar y el índice, y le llevó al presidente:

–Esto, señor presidente, es un cabello, un cabello rubio manchado de sangre, un cabello de la señorita Stangerson... Lo encontré pegado en una de las puntas de mármol de la mesa de luz caída... Esa punta de mármol también estaba manchada de sangre. ¡Oh!, un insignificante cuadradito rojo, pero muy importante pues me indicó que, al levantarse aturdida de su lecho, la señorita Stangerson se había desplomado brutalmente contra esa punta de mármol que le había herido la sien y que había retenido ese cabello, que la señorita Stangerson sin duda tenía sobre la frente, pues no llevaba un peinado en bandós. Los médicos habían declarado que a la señorita Stangerson la habían atacado con un objeto contundente y, como el hueso de cordero estaba allí, el juez de instrucción inmediatamente lo había acusado, pero la punta de una mesa de luz de mármol también es un objeto contundente, en el que ni los médicos ni el juez de instrucción habían pensado y que ni yo mismo hubiese encontrado si el extremo correcto de mi razón no me lo hubiera indicado, no me lo hubiera hecho presentir.

La sala, una vez más, estuvo a punto de estallar en aplausos, pero como Rouletabille reanudó enseguida su declaración, el silencio se restableció de inmediato.

–Me quedaba saber, además del nombre del asesino (que conocería sólo unos días más tarde), en qué momento había tenido lugar la primera fase del drama. El interrogatorio de la señorita Stangerson –aunque estaba preparado como para engañar al juez de instrucción y el del señor Stangerson me lo debían revelar. La señorita Stangerson explicó con exactitud cómo empleó su tiempo ese día. Hemos establecido que el asesino se introdujo entre las cinco y las seis en el pabellón; supongamos que fueran las seis y cuarto cuando el profesor y su hija volvieron a abocarse a su trabajo. Entonces hay que buscar entre las cinco y las seis y cuarto. ¡Qué digo a las cinco! A esa hora el profesor está con su hija... El drama sólo podría haber ocurrido lejos del profesor. Entonces, tengo que buscar en ese breve espacio de tiempo el momento en que el profesor y su hija estuvieron separados... Y bien, ese momento lo encuentro en el interrogatorio que tuvo lugar en el cuarto de la señorita Stangerson, en presencia del señor Stangerson. Allí se señala que el profesor y su hija vuelven hacia las seis al laboratorio. El señor Stangerson dice: "En ese momento, fui abordado por mi guardabosque, quien me retuvo un instante". Es decir que hay una conversación con el guardabosque. Este le habla al señor Stangerson de la tala de árboles o de la caza furtiva; la señorita Stangerson no está allí; ya ha llegado al laboratorio porque el profesor dice: "Dejé al guardabosque y me reuní con mi hija, que ya estaba trabajando".

Entonces, en esos breves minutos, se desarrolló el drama. ¡Es necesario! Veo muy bien a la señorita Stangerson entrando en el pabellón, penetrando en su cuarto para dejar su sombrero y encontrándose frente al bandido que la persigue. El bandido estaba allí, en el pabellón, desde hacía cierto tiempo. Debía de haber arreglado las cosas para que todo ocurriera por la noche. Entonces se había sacado los zapatos del tío Jacques, que le molestaban, en las circunstancias que le expuse al juez de instrucción, había robado los papeles, como se lo dije hace un momento, y se había deslizado luego bajo la cama cuando el tío Jacques había regresado para lavar el vestíbulo y el laboratorio... El tiempo le había parecido largo..., se había levantado después de la partida del tío Jacques, de nuevo había errado por el laboratorio, había ido al vestíbulo, mirado el jardín y visto venir, hacia el pabellón –pues, en ese momento, apenas anochecía– a la señorita Stangerson sola. Nunca se habría atrevido a atacarla a esa hora, si no hubiera estado seguro de que la señorita Stangerson estaba sola. Y para que la creyera sola, era preciso que la conversación entre el señor Stangerson y el guardabosque que lo retenía tuviera lugar en un rincón alejado del sendero, un sitio donde se encuentra un grupo de árboles que los ocultaba a los ojos del miserable. Entonces, su plan está listo. Va a estar más tranquilo, solo con la señorita Stangerson en ese pabellón, que si lo hubiera estado, en plena noche, con el tío Jacques durmiendo en el desván. Y sin duda cerró la ventana del vestíbulo, lo que también explica que ni el señor Stangerson, ni el guardabosque, por otra parte

bastante alejados todavía del pabellón, hayan oído el disparo de revólver.

Luego fue al "cuarto amarillo". La señorita Stangerson llega. Lo que ocurrió ha de haber sido rápido como el rayo... Ella probablemente gritó... o, más bien, quiso gritar su espanto; el hombre le agarró la garganta... Tal vez va a sofocarla, a estrangularla... Pero la mano titubeante de la señorita Stangerson ha aferrado, en el cajón de la mesa de luz, el revólver que escondiera allí desde que teme las amenazas del hombre. El asesino blande ya sobre la cabeza de la desdichada esa arma temible en manos de Larsan-Ballmeyer: un hueso de cordero... Pero ella dispara... El tiro sale y hiere la mano, que abandona el arma. El hueso de cordero cae al suelo, ensangrentado por sangre de la herida del asesino... El asesino se tambalea, se apoya sobre la pared, deja allí marcados sus dedos en rojo, teme otra bala y huye...

Ella lo ve atravesar el laboratorio... Escucha... ¿Qué hace en el vestíbulo?... Tarda mucho en saltar por esa ventana... Por fin, salta. Ella corre a la ventana y vuelve a cerrarla... Y ahora, ¿acaso lo ha visto su padre? ¿Lo ha oído? Ahora que el peligro ha desaparecido, todos sus pensamientos se concentran en su padre... Dotada de una energía sobrehumana, le ocultará todo, si todavía hay tiempo... Y cuando vuelva el señor Stangerson, encontrará la puerta del "cuarto amarillo" cerrada y a su hija, en el laboratorio, inclinada sobre su escritorio, atenta y trabajando.

Rouletabille se vuelve ahora hacia el señor Darzac:

—¡Usted sabe la verdad –grita–, díganos si las cosas ocurrieron así!

—No sé nada –responde el señor Darzac.

—¡Usted es un héroe! – dice Rouletabille, cruzándose de brazos.

Pero, ¡caramba!, si la señorita Stangerson estuviera en condiciones de saber que usted fue acusado, lo liberaría de su juramento..., le rogaría que dijera todo lo que le confió... ¡Qué digo! ¡Ella misma vendría a defenderlo!

El señor Darzac no hizo un movimiento, no pronunció una palabra. Miró a Rouletabille con tristeza.

—En fin –dijo este–, ya que la señorita Stangerson no está aquí, es preciso que esté yo. Pero, créame, señor Darzac, el mejor medio, el único medio de salvar a la señorita Stangerson y de devolverle la razón es que salga usted libre.

Una salva de aplausos recibió esta última frase. El presidente ni siquiera intentó dominar el entusiasmo de la sala. Robert Darzac estaba salvado. No había más que mirar a los jurados para estar seguro. Su actitud manifestaba claramente su convicción.

El presidente exclamó entonces:

–Pero, bueno, ¿cuál es el misterio que llevó a la señorita Stangerson, a quien intentaron asesinar, a disimular semejante crimen ante su padre?

–Eso, señor –dijo Rouletabille–, no lo sé... ¡No me incumbe!

El presidente hizo un nuevo esfuerzo ante Robert Darzac.

–¿Se sigue negando a decirnos, señor, en qué empleaba su tiempo mientras atentaban contra la vida de la señorita Stangerson?

–No puedo decirle nada, señor...

El presidente imploró con la mirada una explicación a Rouletabille.

–Tenemos derecho a pensar, señor presidente, que las ausencias del señor Robert Darzac estaban estrechamente ligadas al secreto de la señorita Stangerson... También el señor Darzac se cree obligado a guardar silencio... Imagine que Larsan, quien, fuera de sus tres tentativas, hizo todo lo posible por desviar las sospechas hacia el señor Darzac, justamente esas tres veces citó al señor Darzac en un lugar comprometedor, y lo hizo para hablar del misterio... El señor Darzac se dejará condenar antes de confesar de qué se trataba, de explicar cualquier cosa vinculada al misterio de la señorita Stangerson. Larsan es lo bastante astuto para haber planeado también esas coincidencias...

El presidente, vacilante pero curioso, siguió preguntando:

–¿Pero qué puede ser ese misterio?

–¡Ah, señor, no podría decírselo! – dijo Rouletabille, inclinándose ante el presidente–. Sólo creo que ahora sabe lo suficiente para absolver al señor Robert Darzac... A menos que Larsan vuelva, pero no lo creo –dijo riendo con una franca risa alegre.

Todo el mundo se rio con él.

–Una pregunta más, señor –dijo el presidente. –Comprendemos, siempre aceptando su tesis, que Larsan haya querido desviar las sospechas hacia el señor Robert Darzac, pero ¿qué interés tenía en dirigirlas también hacia el tío Jacques?...

–¡El interés del policía, señor! El interés de mostrarse brillante aniquilando él mismo las pruebas que había reunido. ¡Eso es muy hábil! Es un truco que a menudo le sirvió para desviar las sospechas que hubieran podido rozarlo a él. Probaba la inocencia de uno antes de acusar al otro. Piense, señor presidente, que Larsan debe de haber maquinado un caso como este con mucha antelación. Le digo que había estudiado todo, y que conocía a las personas y las circunstancias. Si tiene curiosidad por saber cómo se documentó, sepa que durante un tiempo actuó como comisionado entre el laboratorio de la Sûreté y



el señor Stangerson, a quien se le solicitaban experimentos. Así, antes del crimen, pudo entrar dos veces en el pabellón. Estaba maquillado de tal forma que el tío Jacques, luego, no lo reconoció; pero de tal forma Larsan encontró ocasión de robarle al tío Jacques un viejo par de zapatones y una boina en desuso, que el viejo servidor del señor Stangerson había envuelto en un pañuelo para llevárselos, sin duda, a uno de sus amigos, carbonero en la ruta de Épinay. Cuando se descubrió el crimen, el tío Jacques, quien advirtió que los objetos eran suyos, tuvo cuidado de no reconocerlos de inmediato. Eran demasiado comprometedores y eso es lo que explica su turbación, en ese momento, cuando le hablábamos de ellos. Todo eso es claro como el agua y obligué a Larsan a confesármelo. Por otra parte, lo hizo con placer, pues, si bien es un bandido –cosa que, me atrevo a suponer, nadie duda–, también es un artista... Es su manera de actuar, su marca personal... Actuó del mismo modo en el caso del "Crédito Universal" y en el de los "Lingotes de la Casa de la Moneda". Casos que será preciso revisar, señor presidente, pues hay algunos inocentes en prisión desde que Ballmeyer–Larsan pertenece a la Sûreté.

## **28. DONDE SE PRUEBA QUE NO SIEMPRE SE PIENSA EN TODO**

¡Gran conmoción, murmullos, bravos! El letrado Henri–Robert presentó sus conclusiones, tendientes a que el caso se aplazara hasta otra sesión para complementar la instrucción; el propio ministerio público se sumó a ellas. El caso se aplazó. Al día siguiente, el señor Robert Darzac quedó en libertad provisional y el tío Mathieu fue sobreseído de inmediato. Buscaron en vano a Frédéric Larsan. La inocencia había sido probada. El señor Darzac escapaba por fin a la espantosa calamidad que, por un instante, lo había amenazado y pudo confiar, tras una visita a la señorita Stangerson, en que, un día, esta recuperaría la razón a fuerza de solícitos cuidados.

En cuanto a ese muchacho Rouletabille, fue, naturalmente, "el hombre del día". A la salida del palacio de Versalles, la multitud lo había llevado en andas. Los diarios del mundo entero publicaron sus hazañas y su fotografía; y él, que había entrevistado a tantos personajes ilustres, fue ilustre y entrevistado a su vez. ¡Debo decir que no se envaneció demasiado por eso!

Volvimos de Versalles juntos, después de haber cenado alegremente en El perro que fuma. En el tren, empecé a hacerle un montón de preguntas que, durante la comida, se habían amontonado en mis labios y que había callado, porque sabía que a Rouletabille no le gustaba trabajar mientras comía.

–Amigo mío –dije–, este caso de Larsan es sublime y digno de su cerebro heroico.

Aquí me detuvo, invitándome a hablar con mayor sencillez y fingiendo que no se consolaría nunca de ver que una inteligencia tan bella como la mía estaba dispuesta a hundirse en el asqueroso abismo de la estupidez y sólo a causa de la admiración que sentía por él.

–Voy a los hechos –dije un poco enojado. Todo lo que acaba de ocurrir no me revela nada de lo que fue a hacer a América del Norte. Si lo comprendí bien, cuando se fue la última vez del Glandier, ya sospechaba de Frédéric Larsan... ¿Sabía que Larsan era el asesino y no ignoraba nada de la forma en que había intentado asesinar a su víctima?

–Exactamente. Y usted –dijo, desviando la conversación–, ¿usted no sospechaba nada?

–¡Nada!

–Es increíble.

–Pero, amigo mío, usted tuvo cuidado de ocultarme su pensamiento y no veo cómo podría haberlo adivinado... Cuando llegué al Glandier con los revólveres, en ese preciso momento, ¿usted ya sospechaba de Larsan?

–¡Sí! Acababa de hacer el razonamiento de la "galería inexplicable", pero la vuelta de Larsan al cuarto de la señorita Stangerson no se me reveló hasta el descubrimiento de los quevedos de prósbito... En fin, que mi sospecha no era más que matemática y la idea de Larsan asesino me parecía tan formidable que estaba dispuesto a esperar huellas materiales antes de osar detenerme en ella. De todos modos, esta idea me inquietaba y, a menudo, tenía una forma de hablarle a usted del policía que debió de haberlo puesto sobre aviso. Ante todo, ya no daba por sentada su buena fe y no le decía más que se equivocaba. Le hablaba de su sistema como de un miserable sistema, y el desprecio que le mostraba, que en la mente de usted iba dirigido al policía, en la mía iba dirigido en realidad no tanto al policía cuanto al bandido que sospechaba que era... Recuerde que cuando le enumeraba todas las pruebas que se acumulaban contra el señor Darzac, le decía: "Todo esto parece dar cierto peso a la hipótesis del gran Fred. Por lo demás, esa hipótesis, que yo creo falsa, lo extraviará...", y añadía en un tono que hubiera debido dejarle estupefacto: "¿Ahora esa hipótesis extravía realmente a Frédéric Larsan? ¡Esa es la cosa! ¡Esa es la cosa!..."

Aquellos "¡Esa es la cosa!" hubieran debido darle que pensar; toda mi sospecha estaba en aquellos "¡Esa es la cosa!". Y ¿qué significaba "¿extravía realmente?" sino que podía no extraviarlo a él y estaba destinada a extraviarnos a nosotros? En aquel momento lo miré y se estremeció, no había entendido usted... Me alegré de ello, pues, hasta el descubrimiento de los quevedos, no podía considerar el crimen de Larsan más que como una absurda

hipótesis... Pero después del descubrimiento de los quevedos, que me explicaban la vuelta de Larsan a la habitación de la señorita Stangerson..., imagine mi alegría, mis arrebatos... ¡Oh! ¡Lo recuerdo muy bien! Corría como un loco por mi habitación, y le gritaba: "¡Se la voy a jugar de una forma resonante!" Estas palabras se dirigían entonces al bandido. Y, aquella misma noche, cuando encargado por el señor Darzac de vigilar la habitación de la señorita Stangerson, hasta las diez de la noche me limité a cenar con Larsan sin tomar ninguna medida, ¡tranquilo porque él estaba allí, frente a mí!, también en aquel momento hubiera podido usted sospechar, querido amigo, que al único hombre que temía era a él. Y cuando, en el momento en que hablábamos de la próxima llegada del asesino, yo le decía: "¡Oh! ¡Estoy completamente seguro de que Frédéric Larsan estará aquí esta noche!..."

Pero hay algo capital que hubiera podido, que hubiera debido iluminarnos del todo y en seguida sobre el criminal, algo que nos denunciaba a Frédéric Larsan, y que dejamos escapar ¡usted y yo!...

¡No habrá olvidado usted la historia del bastón!...

Sí, aparte del razonamiento que, para cualquier mente lógica, denunciaba a Larsan, teníamos la "historia del bastón", que lo denunciaba a cualquier mente observadora.

Me sorprendió muy mucho, para que lo sepa, que durante la instrucción Larsan no se sirviera del bastón contra el señor Darzac. ¿No había comprado ese bastón la noche del crimen un hombre cuyas señas respondían a las del señor Darzac? Pues bien, esta tarde pregunté al mismo Larsan, antes de que cogiera el tren para desaparecer, le pregunté por qué no se había servido del bastón. Me respondió que nunca había sido su intención; que, en su pensamiento, nunca imaginó nada contra el señor Darzac con ese bastón, que la noche de la taberna de Epinay lo habíamos puesto en una situación bastante embarazosa ¡al probarle que nos mentía! Usted sabe que decía que había conseguido ese bastón en Londres; ahora bien, ¡la marca atestiguaba que era de París! ¿Por qué, en aquel momento, en vez de pensar: "Fred miente; estaba en Londres; no pudo conseguir ese bastón de París en Londres", por qué no nos dijimos: "Fred miente; ¡no estaba en Londres, puesto que compró ese bastón en París!"? ¡Fred mentiroso, Fred en París en el momento del crimen! ¡Es ese un punto de partida para sospechar! Y cuando después de su investigación en la tienda de Cassette, usted nos informa de que el bastón ha sido comprado por un hombre que va vestido como el señor Darzac; cuando estábamos seguros, gracias a la historia de la oficina de correos 40, de que hay en París un hombre que adopta la silueta de Darzac; cuando nos preguntamos quién es entonces el hombre que, disfrazado de Darzac, se presenta la noche del crimen en la tienda de Cassette para comprar un bastón que encontramos en las manos de Fred, ¿cómo, cómo, cómo no nos dijimos un instante: "Pero...,

pero... y si ese desconocido disfrazado de Darzac que compra un bastón que Fred lleva en las manos..., fuera..., fuera... el mismo Fred..."? Ciertamente, en su calidad de agente de la Seguridad no era propicio a semejante hipótesis; pero, cuando comprobamos el encarnizamiento con que Fred acumulaba las pruebas contra Darzac, la rabia con el que perseguía al desdichado..., podríamos habernos sentido impresionados por una mentira de Fred tan grave como aquella, que lo hacía entrar en posesión, en París, de un bastón que no podría haber comprado en Londres. Incluso, si lo había comprado en París, la mentira de Londres no dejaba de existir. ¡Todo el mundo creía que estaba en Londres, incluso sus jefes, y él compraba un bastón en París! Ahora, pensemos un segundo, ¿cómo era posible que no usara el bastón asociado con el señor Darzac? ¡Es muy simple! Es tan simple, que ni pensamos en ello... Larsan lo había comprado antes, cuando fue ligeramente herido en la mano por la bala de la señorita Stangerson, únicamente para mantener el aplomo, para tener siempre la mano cerrada, para no sentirse tentado de abrir la mano y mostrar la herida en su interior. ¿Comprende?... Esto es lo que me dijo Larsan y me acuerdo de haberle repetido a usted qué raro me parecía que su mano no dejara ese bastón. En la mesa, cuando cenaba con él, apenas dejaba ese bastón tomaba un cuchillo del que su mano derecha no se separaba más. Todos esos detalles me vinieron a la memoria cuando mi pensamiento se detuvo en Larsan, es decir, demasiado tarde para que me fueran de alguna ayuda. Así fue como la noche en que Larsan simuló frente a nosotros tener sueño, me incliné sobre él y, con mucha habilidad, pude mirar, sin que sospechara, su mano. No había allí más que una ligera venda de gasa que disimulaba lo que quedaba de la herida. Comprobé que, en ese momento, hubiera podido simular que esa herida se la había provocado cualquier otra cosa que no fuera un balazo. De todos modos, para mí, a esa altura, era un nuevo signo exterior que entraba en el círculo de mi razonamiento. La bala, me dijo esa tarde Larsan, sólo le había rozado la palma y había producido una hemorragia bastante abundante.

Si hubiéramos sido más perspicaces, en el momento de la mentira de Larsan y, por ende, más peligrosos..., seguramente él, para desviar las sospechas, hubiera sacado a relucir la historia que habíamos imaginado para él, la historia del descubrimiento del bastón de algún modo relacionado con Darzac; pero los acontecimientos se precipitaron de tal forma que no pensamos más en el bastón. De todos modos, sin sospecharlo, inquietamos mucho a Larsan–Ballmeyer.

–Pero –lo interrumpí–, si no tenía nada planeado en contra de Darzac al comprar el bastón, ¿por qué lo hizo disfrazado de Darzac, con el sobretodo color gris, con el sombrero hongo, etcétera?

–Porque llegaba del lugar del crimen y, apenas lo cometió, había retomado el disfraz de Darzac que siempre lo acompañaba en su quehacer criminal, con

la finalidad que usted conoce.

Pero ya, como bien lo piensa usted, su mano herida lo inquietaba y tuvo, al pasar por la avenida de la ópera, la idea de comprar un bastón, que cumplió de inmediato... Eran las ocho. Un hombre con el aspecto de Darzac, que compra un bastón que encuentro en manos de Larsan... Y yo, yo que había adivinado que el drama ya había tenido lugar a esa hora, que acababa de tener lugar, que estaba casi convencido de la inocencia de Darzac, no sospecho de Larsan... Hay momentos...

–Hay momentos –dije yo– en que las inteligencias más profundas...

Rouletabille me cerró la boca... Y yo lo seguí interrogando, pero me di cuenta de que ya no me escuchaba... Rouletabille dormía. Me costó muchísimo despertarlo cuando llegamos a París.

## **29. EL MISTERIO DE LA SEÑORITA STANGERSON**

En los días siguientes, tuve ocasión de preguntarle de nuevo qué había ido a hacer a América. No me respondió con más precisiones que como lo había hecho en el tren de Versalles y desvió la conversación sobre otros puntos del caso.

Un día, terminó por decirme:

–Pero ¡comprenda que tenía necesidad de conocer la verdadera personalidad de Larsan!

–Sin duda –dije yo–, pero ¿por qué fue a buscarla a América? Fumó su pipa y me dio la espalda. Evidentemente, tenía que ver con el misterio de la señorita Stangerson. Rouletabille había pensado que ese misterio, que vinculaba de una forma tan terrible a Larsan y a la señorita Stangerson, un misterio al que no le encontraba ninguna explicación en la vida de la señorita Stangerson en Francia, debía tener su origen en la vida de la señorita Stangerson en América. Y se había embarcado. Allí, se enteraría de quién era ese Larsan y conseguiría las pruebas necesarias para cerrarle la boca... ¡Y se marchó a Filadelfia!

Y ahora, ¿cuál era ese misterio que había determinado el silencio de la señorita Stangerson y del señor Robert Darzac? Al cabo de tantos años, después de ciertas publicaciones de la prensa sensacionalista, ahora que el señor Stangerson lo sabe todo y lo ha perdonado, es posible contarlo. Por otra parte, la historia es muy corta y pondrá las cosas en claro, pues no han faltado personas malintencionadas que acusaron a la señorita Stangerson, quien, en

todo este siniestro caso, fue siempre, desde el principio, la víctima.

El principio se remontaba a una época lejana en que, siendo muy jovencita, vivía con su padre en Filadelfia. Allí conoció, en una velada en casa de un amigo de su padre, a un compatriota, un francés que la supo seducir por sus modales, su inteligencia, su dulzura y su amor. Decían que era rico. Pidió la mano de la señorita Stangerson al célebre profesor. Este hizo averiguaciones sobre el señor Jean Roussel y, desde el primer momento, advirtió que se trataba de un estafador. Pues bien, el señor Jean Roussel, lo ha adivinado usted, no era otro que una de las numerosas transformaciones del famoso Ballmeyer, perseguido en Francia y refugiado en América. Pero el señor Stangerson no sabía nada de eso y su hija tampoco. Ella sólo se enteraría en las siguientes circunstancias: el señor Stangerson no sólo había negado la mano de su hija al señor Roussel, sino que le había prohibido la entrada a su casa. La joven Mathilde, cuyo corazón se abría al amor y no veía en el mundo nada más hermoso ni mejor que su Jean, se indignó. No ocultó para nada su descontento a su padre, quien la envió para que se serenara a la frontera de Ohio, a la casa de una vieja tía que vivía en Cincinnati. Jean se reunió con Mathilde allí y, a pesar de la gran veneración que sentía por su padre, la señorita Stangerson resolvió burlar la vigilancia de la vieja tía y huir con Jean Roussel, decididos como estaban a aprovechar las facilidades que brindaban las leyes estadounidenses para casarse lo antes posible. Así se hizo. Entonces huyeron, no muy lejos: hasta Louisville. Allí, una mañana, golpearon a su puerta. Era la policía, que llegaba para detener al señor Jean Roussel, cosa que hizo, a pesar de las protestas y los gritos de la hija del profesor Stangerson. Al mismo tiempo, la policía informó a Mathilde que su marido no era otro que el tristemente célebre Ballmeyer...

Desesperada, tras un vano intento de suicidio, Mathilde volvió a casa de su tía, en Cincinnati. Esta estuvo a punto de morir de alegría al volver a verla. No había dejado, desde hacía ocho días, de buscar a Mathilde por todas partes y todavía no se había atrevido a avisarle al padre. Mathilde le hizo jurar a su tía que el señor Stangerson nunca se enteraría de nada. Así también lo quiso la tía, quien se sentía culpable de haber obrado con ligereza en tan graves circunstancias. Poco más tarde, la señorita Mathilde Stangerson volvía junto a su padre, arrepentida, con el corazón muerto para el amor, deseando tan sólo jamás volver a oír hablar de su marido, el terrible Ballmeyer, y lograr perdonarse su falta y rehabilitarse ante su propia conciencia a través de una vida de trabajo incesante y de devoción a su padre.

Ella cumplió su palabra. Sin embargo, precisamente cuando, tras haberle confesado todo lo ocurrido al señor Robert Darzac, pues creía muerto a Ballmeyer (ya que había corrido el rumor de su muerte), se concedió la suprema alegría, tras haber expiado tanto tiempo su culpa, de unirse a un

enamorado fiel, el destino había resucitado a Jean Roussel, el Ballmeyer de su juventud. Este le había hecho saber que no permitiría nunca su matrimonio con Robert Darzac y que la seguía amando, cosa que, ¡caramba!, era verdad.

La señorita Stangerson no dudó en confiarse a Robert Darzac; le mostró esa carta en la que Jean Roussel–Frédéric Larsan–Ballmeyer le recordaba las primeras horas de su unión en esa pequeña y encantadora rectoría que habían alquilado en Louisville: "... La rectoría no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor". El miserable se decía rico y formulaba la pretensión de llevarla allá. La señorita Stangerson le había dicho al señor Darzac que se mataría si su padre llegaba a sospechar semejante deshonor. El señor Darzac se había jurado hacer callar a ese estadounidense, ya fuera por el terror o por la fuerza, aunque tuviera que cometer un crimen. Pero el señor Darzac no era lo suficientemente fuerte y habría sucumbido sin ese buen muchacho que era Rouletabille.

En cuanto a la señorita Stangerson, ¿qué quieren que hiciera frente al monstruo? La primera vez, cuando, después de las amenazas que la habían puesto sobre aviso, se presentó ante ella en el "cuarto amarillo", trató de matarlo. Para su desgracia, no lo logró. Desde ese momento, fue la víctima segura de este ser invisible que podía chantajearla hasta la muerte, que vivía en su casa, junto a ella, sin que lo supiera, que exigía citas en nombre de su amor. La primera vez, le había negado esa cita, reclamada en la carta de la oficina 40; el resultado había sido el drama del "cuarto amarillo". La segunda vez, advertida por una nueva carta de él, enviada por correo y que le había llegado normalmente a su cuarto de convaleciente, había evitado la cita encerrándose en su gabinete con sus enfermeras. En esas cartas, el miserable le había prevenido que, como ella no podía molestarse, considerando su estado, él iría a su casa y estaría en su cuarto tal noche a tal hora..., que ella debía tomar las medidas necesarias para evitar el escándalo... Mathilde Stangerson, sabiendo que debía temerlo todo de la audacia de Ballmeyer, le dejó su habitación... Fue el episodio de la "galería inexplicable". La tercera vez, ella había preparado la cita. Porque antes de dejar el cuarto vacío de la señorita Stangerson, la noche de la "galería inexplicable", Larsan le había escrito, como debemos recordar, una última carta, en su mismo cuarto, y la había dejado sobre el escritorio de su víctima. Esta carta exigía una cita efectiva, cuya fecha y hora fijaba a continuación, prometiéndole traer los papeles de su padre y amenazando con quemarlos si volvía a esquivarlo. Ella no dudaba de que el miserable estuviera en posesión de esos preciosos papeles; con eso no hacía sino renovar un célebre robo, pues ella daría complicidad, había robado los famosos documentos de Filadelfia de los cajones de su padre... Y ella lo conocía lo suficiente para imaginar que, si no se doblegaba a su voluntad, tantos trabajos, tantos esfuerzos y tantas esperanzas científicas se transformarían en cenizas... Resolvió ver una vez más, cara a cara, a ese

hombre que había sido su esposo..., e intentar conmoerlo... Adivinamos lo que pasó... Las súplicas de Mathilde, la brutalidad de Larsan... Él exige que renuncie a Darzac... Ella proclama su amor... Y él la hiere..., con la idea preconcebida de hacer subir al otro al cadalso, pues es hábil y la máscara de Larsan que se pondrá en el rostro lo salvará..., piensa... Mientras que el otro..., el otro tampoco podrá explicar esta vez en qué empleó su tiempo... Por ese lado, Ballmeyer tomó sus precauciones..., y el procedimiento ha sido de los más simples, tal como lo adivinó el joven Rouletabille...

Larsan chantajeó a Darzac como chantajeó a Mathilde..., con las mismas armas, con el mismo misterio. En esas cartas, apremiantes como órdenes, se declara dispuesto a negociar, a entregar toda la correspondencia amorosa de otros tiempos y, sobre todo, a desaparecer... Si quiere conocer el precio para ello, Darzac debe ir a la cita que él fije, bajo la amenaza de divulgarlo todo al día siguiente, así como Mathilde debe someterse a las citas que él le imponga... Y en el mismo momento en que Ballmeyer se transforma en el asesino de Mathilde, Robert llega a Épinay, donde un cómplice de Larsan, un ser extraño, una criatura de otro mundo, que encontraremos un día, lo retiene a la fuerza y le hace perder el tiempo, esperando que esta coincidencia, de la que el futuro inculpa no podrá decidirse a explicar la causa, le haga perder la cabeza...

¡Sólo que Ballmeyer no había contado con nuestro Joseph Rouletabille!

\*\*\*

Ahora que ya está explicado el misterio del "cuarto amarillo", seguimos paso a paso a Rouletabille en Norteamérica. Conocemos al joven reportero, sabemos de qué medios poderosos de información, ubicados en las dos protuberancias de su frente, disponía para rastrear toda la aventura de la señorita Stangerson y de Jean Roussel. En Filadelfia, se informó de inmediato de todo lo relativo a Arthur William Rance; se enteró de su acto de abnegación, pero también de a qué precio había pretendido hacérselo pagar. El rumor de su matrimonio con la señorita Stangerson había corrido en otros tiempos por los salones de Filadelfia... La escasa discreción del joven sabio, la persecución incansable a la señorita Stangerson, hasta en Europa, la vida desordenada que llevaba con el pretexto de ahogar sus penas, nada hacía que Arthur Rance le cayera simpático a Rouletabille y así se explica la frialdad con la que lo recibió en la sala de testigos. Por otra parte, siempre había considerado que el caso Rance no tenía nada que ver con el caso Larsan–Stangerson. Y había descubierto el formidable romance de Roussel y la señorita Stangerson. ¿Quién era ese Jean Roussel? Fue de Filadelfia a Cincinnati, rehaciendo el viaje de Mathilde. En Cincinnati, encontró a la vieja tía y supo hacerla hablar: la historia del arresto de Ballmeyer fue un resplandor que iluminó todo. Pudo visitar, en Louisville, "la rectoría" –una morada



modesta y linda de viejo estilo colonial— que, en efecto, "nada había pedido de su encanto". Luego, abandonando la pista de la señorita Stangerson, siguió la pista Ballmeyer, de cárcel en cárcel, de presidio en presidio, de crimen en crimen; por fin, cuando volvió a tomar el barco hacia Europa en los muelles de Nueva York, Rouletabille sabía que, en esos mismos muelles, Ballmeyer se había embarcado cinco años antes, llevando en el bolsillo los papeles de un tal Larsan, honorable comerciante de Nueva Orleans, a quien acababa de asesinar...

Y ahora, ¿conocen todo el misterio de la señorita Stangerson? No, todavía no. La señorita Stangerson había tenido, de su marido Jean Roussel, un hijo, un varón. Ese niño había nacido en casa de la vieja tía, que se las había arreglado para que nadie jamás supiera nada en América. ¿Qué había sido del niño? Esta es otra historia que un día les contaré.

\*\*\*

Unos dos meses después de estos acontecimientos, encontré a Rouletabille sentado melancólicamente en un banco del palacio de justicia.

—Y bien —le dije—, ¿en qué piensa, mi querido amigo? Se lo ve muy triste. ¿Cómo andan sus amigos?

—Además de usted —me dijo—, ¿tengo verdaderos amigos?

—Pero espero que el señor Darzac...

—Sin duda...

—Y que la señorita Stangerson... ¿Cómo está la señorita Stangerson?

—Mucho mejor..., mejor..., mucho mejor...

—Entonces no tiene por qué estar triste...

—Estoy triste —dijo— porque pienso en el perfume de la dama vestida de negro...

—¡El perfume de la dama vestida de negro! ¡Siempre lo oigo hablar de él! ¿Alguna vez me explicará por qué lo persigue con tanta insistencia?

—Tal vez, un día... Un día, quizás... —dijo Rouletabille. Y dio un profundo suspiro.

FIN